

JOSEPH
AGUSTIN
CHAHO

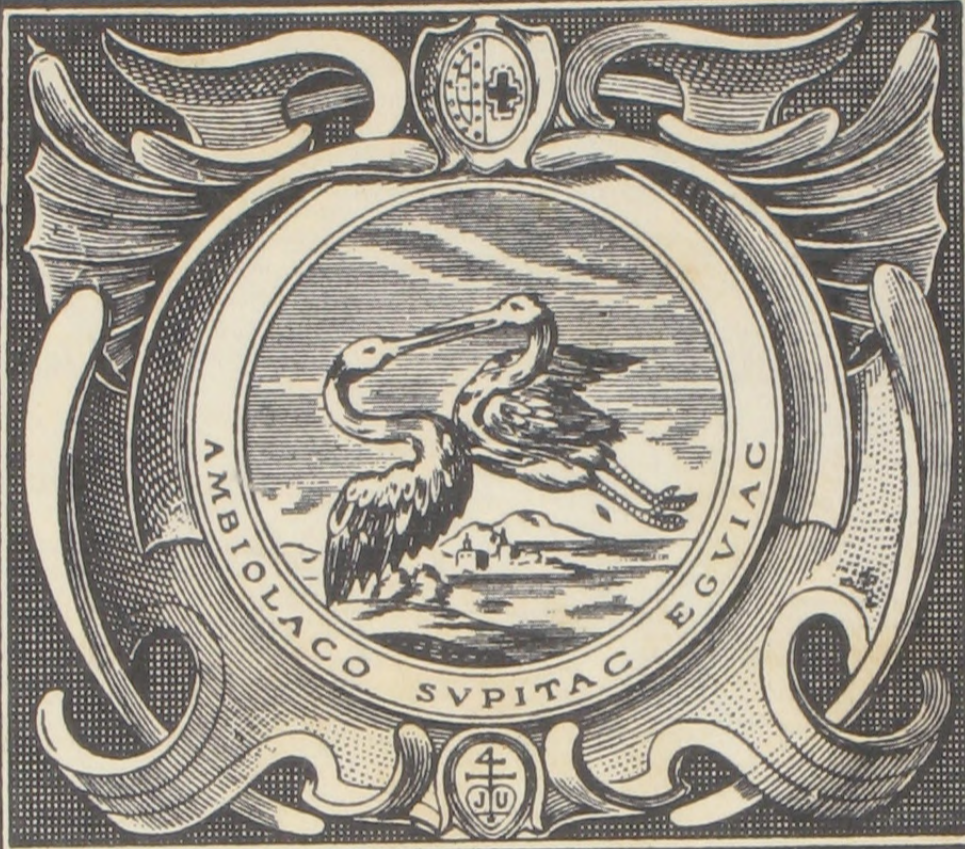
3932

VIAJE
A NAVARRA
DURANTE
LA
INSURRECCIÓN
VASCA



LIBRERIA INTERNACIONAL
SAN SEBASTIÁN

JVLIO DE VRQVIJO'REN



LIBVRVETATIK BAT



J. de U. 3602



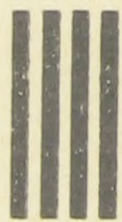
Don Juan Zumalacarré

A large, stylized signature in black ink, consisting of several loops and flourishes.

VIAJE A NAVARRA
DURANTE LA
INSURRECCIÓN
VASCA (1835)

POR

JOSEPH AUGUSTIN CHAHO



IMPRESA MODERNA
ALAMEDA DE RECALDE, 15
BILBAO, 1933

WALTER A. BROWN

DEPARTMENT OF

AGRICULTURE

(1908)

1908

JOSEPH ALBERTSON

1908

1908

A D. Julio de Urquijo,

Maestro en Vascolgia,

Rival en elecciones,

Querido amigo.

1875
The
of
the
of
the

Itinerario de Chaho y su cronología

MARZO-ABRIL 1835

Domingo,	15.	Salida de París	p.	16
Martes,	24.	A la mañana: Llegada a Bayona	p.	17
»	24.	Al atardecer: Camino de Sara.	p.	29
»	24.	Noche: Caserío de Sara.	p.	41
Miércoles,	25.	Mañana: Salida para Larrun.	p.	57
»	25.	» Llegada al Larrun	p.	63
»	25.	» Caserío de Vera y comida	p.	77
»	25.	» Llegada a Vera.	p.	85
»	25.	Media tarde: Llegada a Lesaca.	p.	92
Jueves,	26.	Mañana: Salida para Goizueta.	p.	116
»	26.	» Llegada a Goizueta	p.	151
»	26.	Cena.	p.	154
Viernes,	27.	Despertar	p.	155
»	27.	Comida y salida de Goizueta	p.	171
»	27.	Vista de Leiza.	p.	178
»	27.	Llegada a Ezcurra	p.	183
Sábado,	28.	Erasun	p.	186
Hasta, probablemente, el jueves, 2 de Abril, en Ezcurra.				
Viernes,	3 Abril.	Huici	p.	214
Domingo,	5	»	p.	214
Lunes,	6	»	p.	214
Martes,	7	» Lecumberri y Huici	p.	214
Pocos días después a Francia.			p.	224 y 230
Miércoles,	8 Abril.	p.	216 y 219
Lunes,	13	»	p.	216
Miércoles,	22	»	p.	216
Lunes,	27	»	p.	216

1870

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1870

1870

1870

1870

1870

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

	<u>Páginas</u>
CRONOLOGÍA DEL ITINERARIO	5
MAPA frente a la	8
INTRODUCCIÓN	9
I. BAYONA	13
II. LOS CONTRABANDISTAS	29
III. EL VIEJO LABURDINO	43
IV. EL MONTE LARRUN	63
V. EL NAVARRICO.—EL CAPUCHINO.	77
VI. LOS INSURRECTOS.	93
VII. LOS PIRINEOS	115
VIII. LA BIBLIOTECA.	151
IX. LA JUNTA DE NAVARRA.	171
X. VASCONIA OCCIDENTAL	191
XI. A LOS CASTELLANOS	207
XII. EL HOMBRE DE LA GRAN ESPADA.. . . .	215
INDICE DE MATERIAS	231
INDICE DE PERSONAS	235
EPÍLOGO DEL EDITOR.	241

TABLE OF CONTENTS

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX

INTRODUCCION

Cierto vasco inteligente, decía : «Sólo una vez en mi vida he estado en Castilla. Apenas había recorrido cuatro leguas después de Vitoria, cuando al llegar a Miranda, me vi rodeado de una población de convalecientes que animaba una vida lánguida : al pasar por Pancorbo y Briviesca sólo encontré enfermos y febricitantes ; Burgos me hizo el efecto de un vasto hospital, administrado por un cuerpo floreciente de enfermeros constituído por los curas (1). Allí terminó mi viaje, pues no me atreví a avanzar más, temeroso de encontrar la muerte : reemprendí, a toda prisa, el camino de Vasconia (2), donde entré sano y salvo por la gracia de Dios. Quemé mi traje de viaje en la orilla del Ebro, pues temía el introducir la peste (3) en mi querido país».

El cielo de Castilla es hermoso, y fértil su tierra ; pero el despotismo religioso y político engendra la pereza y la miseria. El trabajo, el poder y la gloria verdadera nacen de la libertad. Las provincias vascas deben a la libertad su bella y numerosa población y los ricos cultivos que cubren su suelo, naturalmente ingrato. Otras causas favorecieron el papel dominante que los vascos han desempeñado durante todas las épocas en la Península ibérica. El porvenir político de España está en sus manos, y el

(1) Véase las notas 3 y 5 de la pág. 96 y la *Segunda parte* de esta obra.

(2) *Biskaie* en el original. Véase la nota 1 de la pág. 191.

(3) Véase la nota 24 de la pág. 213 y la *Segunda parte*.

roble de su república *solar* que recuerda la felicidad de los períodos primitivos, es un símbolo de regeneración para esta tierra que tanto ha decaído.

El lector encontrará en este libro un boceto más o menos completo de la historia, costumbres y leyes de las tribus navarras y vasco-occidentales (4). He restituído a los vascos (5) su nombre histórico de iberos, y su nombre originario de euskarianos. He dado por asunto a mis descripciones el relato de la insurrección que ensangrienta los Pirineos occidentales desde hace dos años (6).

He podido admitir, según el derecho público castellano, la legitimidad de don Carlos, sin ser infiel a mis principios democráticos. Predico a los vascos la defensiva y la tradición hasta el día en que, colocados a la cabeza por la fuerza de las cosas, la iniciativa revolucionaria caiga en suerte a la *federación* de los vascos. Poco importa que los legitimistas de ambos reinos (7) se imaginen hacer del pueblo vasco el instrumento de su política. En cuanto a sus adversarios, los liberales, he sido, respecto a ellos, como el erizo de la fábula, y debo esperar que me dispensen igual acogida que a aquel en la conejera.

Sólo he buscado la verdad y la he proclamado alto, por lo que temo poco a los contradictores. *Mi libro es, en cierta forma, el testamento político de un gran hombre: Zumalacarregui.*

La insurrección que éste había organizado milagrosamente, triunfa hoy en los Pirineos. ¿Irá a Madrid el ejército victorioso? *Tengo razones para dudarlo, pues creo conocer a mis montañeses.*

Castilla, rechazando a Cristina, ¿abrirá sus brazos al Rey católico? El lector me permitirá que le cuente una anécdota que de los labios de un oficial del Cuartel Real escuché durante mi estancia cerca de la Junta de Navarra. Un ilustre general de la Mancha, partidario de Carlos V, escribía a este príncipe desde Madrid: «Señor: la Corte está por V. M.; Castilla no espera más que una señal de la capital para levantarse como un solo

(4) *Cantabres* en el original.

(5) *Montagnards* en el original. Véase la nota 3 de la pág. 44.

(6) Desde 1833.

(7) Francia y España.

hombre, en nombre de su soberano legítimo. V. M. me encontrará pronto a la cabeza de 100.000 castellanos. Espero órdenes referentes a la usurpadora». Al recibo de esta carta fué grande la alegría en el Cuartel Real. Los cortesanos (8) hablaban ya de desarmar a los vascos —montañeses inquietos, *federalistas* indóciles— y de apoderarse de Zumalacarregui. Sin embargo, un correo fiel fué expedido para Madrid con despachos en que se mandaba al noble general que encerrara en un *convento* a Isabel y a Cristina, y que las trataran con *las mayores consideraciones*. Un oficial superior que llevaba instrucciones más detalladas, siguió al mensajero y, reventando diez caballos, llegó a Madrid la mañana del día fijado para el levantamiento. Era un día de fiesta y la hora se acercaba. El oficial llegó a la casa del general y se hizo anunciar: entró y encontró al conspirador, solo en su gabinete, tomando chocolate con admirable tranquilidad. «Y bien, señor M... ¿está todo listo?» «Todo hubiera estado listo, pero nada tenemos que hacer», respondió, secándose los labios el flemático general. «S. M. me recomienda que trate a la regente con los respetos debidos a su rango, y no he podido encontrar en Madrid un *convento* en que pueda ser convenientemente tratada, por lo que he tenido que renunciar a mi proyecto».

Don Carlos nada debe esperar de los déspotas del Norte, como no sea vanos artículos de periódico. ¿Qué importan a los proyectos de aquéllos las realezas meridionales y los tronos carcomidos que los pueblos reducen a polvo? Esos bárbaros (9) esperan levantar otros tronos en que se sienten sus hijos. Ya los restos del feudalismo francés se alían al emperador del Septentrión y las condecoraciones de Rusia brillan en el pecho de los traidores. Antiguamente los godos, escitas y celtas; luego los vándalos y los cosacos. Los bárbaros se observan, arma al brazo, la agonía meridional y preparan la campaña de invasión. *Ahriman* se ha levantado por tercera vez sobre la tierra de las tinieblas; ese monstruo amenaza a la vez al Oriente y al Occidente. Persia y Francia, el

(8) Los *ojalateros* de Carlos V.

(9) Aplicado a los reyes europeos de aquel tiempo, en Francia, Austria, Rusia, Inglaterra, etc.

Indostán y España serían magníficas provincias para sus dos imperios gemelos. Con un pie en Constantinopla y el otro en París, el coloso quiere hacer gemir a la humanidad bajo el peso de su infernal tiranía : el *Cristo* (10) de nuestra civilización amenaza extinguirse. ¿Qué apóstoles predicarán la nueva Cruzada contra el Norte? ¿Quién desplegará la bandera meridional? ¿De dónde vendrá la luz? ¿Quiénes serán nuestros libertadores?

Bajo este punto de vista, la lucha entre don Carlos y Cristina es un suceso transitorio, un hecho aislado sin trascendencia : no va a iniciar un movimiento de la humanidad, sino que lo termina : es la última ondulación de una edad transcurrida. Los vascos conocen su porvenir : rechazarán de sus valles a los tártaros como sus antepasados rechazaron a los godos y a los antiguos celtas. *¡Los vascos quedarán libres e independientes en los Pirineos occidentales!*

Para terminar, diré que si mis precedentes escritos parecen caer en las nubes, éste *no es quizá sino demasiado claro. Me hago el eco de un pueblo, de una raza y de una civilización.*

Como el tiempo urge, no oculto cuál es *el fin* a que tienden los *Videntes* (11).

J. A. CHAHO (DE NAVARRA).

(10) Comienza la fraseología gnóstica de Chaho, tan extravagante como la teosófica actual.

(11) Algo parecido a los gnósticos o teósofos actuales.

I

BAYONA

El viajero que recorre Castilla reconoce al primer golpe de vista la mezcla o más bien, el residuo de las diversas poblaciones que la invasión guerrera y la conquista han hecho pesar desde hace cuarenta siglos sobre la patria de los viejos iberos. Múltiple y variada, enriquecida en mil fuentes, la lengua del inmortal Cervantes refleja a maravilla los tintes fisionómicos del carácter nacional; a la vez grave y sonora como la del orador romano e ingenua como un dialecto visigótico, imita la pompa y el hechizo del dialecto morisco con sus aspiraciones y sonidos guturales tomados de la aspereza del desierto. El castellano, libertado de su esclavitud hereditaria por el *federalismo pirenaico* y la religión de Cristo, ha conservado del celtíbero la sobriedad y los gustos sencillos; del romano opresor, la altivez; del visigodo, el instinto de un valor salvaje; del moro, su genio exaltado, contemplativo, sus celos desenfrenados en el amor y la perfidia de sus venganzas. Hay que agregar a esas impresiones generales la que produce sobre el extranjero el aspecto de una tierra naturalmente fértil, pero inculta, con pocas aldeas y ciudades pobres en que vegeta una población agotada en su fuente por el libertinaje y la miseria. Ahí, bajo del más hermoso de los soles, el hombre duerme acurrucado en la ignorancia, sin nada sociable ni vivo si no es el culto supersticioso con sus legiones de curas y frailes (1); nada

(1) ?.....

de monumental, fuera de las iglesias. El sonido incesante de las campanas, se tomaría por voces aéreas encargadas de proclamar a cada instante del día el genio dominador de la comarca. Un soplo de maldición parece planear sobre esos campos áridos y esas ciudades solitarias donde se cree escuchar todavía la salmodia de los inquisidores y ver relucir las llamaradas de sus hogueras en medio de las plazas públicas.

Castilla tiene al Ebro por límite yendo hacia los Pirineos. Este río permaneció navegable hasta la Edad Media; sus aguas han sufrido desde hace algunos siglos el mismo decrecimiento que las del Garona. Los montañeses vecinos de sus fuentes, cuentan que al acercarse las tormentas se escuchan profundos ronquidos en las entrañas de los valles, como si una lucha de fuegos subterráneos correspondiera a la agitación del aire exterior. El agua del río brota entonces turbia y humeante entre peñas. El Ebro conserva a distancia de algunas leguas el calor que aporta al nacer y jamás permanecen sus ondas cautivas bajo los hielos, reinando la más tibia temperatura en sus bordes. Pero en cuanto el viajero sigue su ruta hacia el Norte (2), siente un aire más vivo; se elevan colinas sombreadas de bosques surcados por torrentes; los accidentes del terreno se multiplican y se yergue a sus miradas sobre un horizonte fantástico el anfiteatro de los Pirineos, cuyos declives pueblan los vascos.

El viajero no ha hecho sino cruzar un río y la naturaleza ha cambiado de aspecto; el hombre, de fisonomía. Un país tan completamente nuevo despierta su curiosidad y, a poco que su imaginación soñadora se preste a ilusiones poéticas, podrá creerse transportado a una tierra inexplorada, bajo cielo lejano, en medio de un pueblo desconocido. De Castilla a Vasconia es completo el contraste cautivador.

No lo es menos del lado de Francia cuando, después de haber recorrido desde Burdeos esas landas arenosas donde yerran como fantasmas entre pinos miserables pastores encaramados sobre altos zancos y cubiertos de pieles de ovejas, el viajero franquea

(2) Del Ebro, viniendo de Castilla.

el Adour y penetra en los valles de los vascos norteños. Recientemente libertado del yugo feudal, el *Novempopuliano* (2 bis) habla un dialecto celta-romance fuertemente acentuado, que denuncia a la vez su servidumbre bajo los romanos y su origen bárbaro. La ciudad de Bayona, situada en la frontera del País Vasco, acerca a los dos pueblos sin confundirlos, y la vecindad de las cabezas gasconas sirve para hacer resaltar mejor todo lo que la fisonomía del montañés pirenaico presenta de originalidad poética,

Los vascos, hacia fines del siglo VI, expulsaron a los francos de la *Novempopulania*, y la Aquitania recobró un instante su independencia a la sombra de su estandarte *federal*. Entonces los montañeses llevaron hasta el Loira (3) el nombre de *Vasconia*, asignado antiguamente por los romanos a la Navarra peninsular. Dos siglos después, los vascones se vieron a su vez rechazados hasta los Pirineos por los *carlovingios*; y desde el día en que el Euskariano (4), terminando sus luchas sangrientas por la victoria de Roncesvalles, se atrincheró definitivamente en sus límites actuales con el orgullo de su antiguo origen noble, con los misterios de su idioma patriarcal y su libertad secular, la *Novempopulania* no conservó otras trazas del dominio protector de los euskaros sino el nombre corrompido de *Gascuña*, convertido en proverbial merced a las agudezas del ingenio hiperbólico de los gascones.

Los siglos de paz que siguieron para los vascos desde sus guerras de la Edad Media y la expulsión de los moros, habían dejado caer a ese pueblo en profunda oscuridad. Los montañeses acababan de salir de ella con gloria por la insurrección navarra y esta guerra de *independencia* de la cual Zumalacarregui se constituyó en Viriato. Los rumores más mentirosos acompañaron a su sublevación. Ignoro hasta qué punto el periodismo parisino pudo ser víctima de los errores que ha acreditado durante tanto tiempo y de la ilusión en que ha mantenido cuidadosamente a la opinión francesa acerca de las causas reales y del carácter distintivo de esta

(2 bis) Gascón.

(3) Errata por Garona.

(4) Nosotros nos hemos permitido suplantar el nombre de Iberos por el de Euskarianos, cuando se refiere exclusivamente a éstos; y lo mismo haremos con los de Cántabros y Navarros, con lo que evitaremos confusiones. (Berraondo).

insurrección. La verdad traspasa por fin la nube ; pero la prensa diaria no se ha despojado aún del maquiavelismo idiota que ciertos órganos de nuestra *Babel* política manejan tal vez como profunda habilidad. Los sofistas habían pronunciado sentencia de muerte contra un pueblo heróico, idólatra de sus instituciones igualitarias y de su *nacionalidad* original, no cesando de invocar contra él la brutalidad del sable. Fué entonces cuando la indignación arrancó de mi pluma novicia (5) el folleto *Paroles d'un Bizkaïen*. Defendí en él, con celo más ardiente que diestro, la causa santa de esos hombres libres que son mis *hermanos*, creyendo aún en la buena fe de los partidos. La sencillez del *Bizkaïen* hizo reír a los sofistas, y la imprudente franqueza del folleto hirió su vanidad. De todos modos el *National*, súbitamente iluminado, osó el sospechar por fin que los montañeses vascos combatían en el fondo por *sus doctrinas* y que la libertad virgen no envejece. Hizo a este respecto hasta un poco de historia inédita a expensas del *Bizkaïen*, y cesó de presentarnos la *federación* de los vascos como una institución *vieja* en pugna con *métodos* de nueva invención. Esta conversión súbita valió al *National* la polémica del *Moniteur* oficial y los sinceros cumplimientos de la *Gazette de France*. No me encargo de explicar por qué extraño motivo el mismo diario, volviendo a su abandonado tema, se ha apasionado con la más viva terneza por el general Mina y trenza todavía laureles al asesino e incendiario de Lekaroz.

La llegada de la primavera y la entrada en campaña del viejo guerrillero reanimaron la confianza del partido liberal. Su talento real y su fama popular prometían un rival digno de Zumalacarre-gui ; todo presagiaba acontecimientos decisivos y me apresuré a abandonar París con el pensamiento de unirme a la insurrección para llegar a ser testigo de las últimas victorias de los vascos o de sus primeros reveses. Recuerdo haber salido el 15 de marzo (6), dejando a *la guardia de Dios* y del señor profesor Lerminier (7) un

(5) Agustín Chaho escribió y publicó la presente obra antes de cumplir los veinticinco años de edad. (Berraondo).

(6) De 1835.

(7) Jean Louis Eugéne, publicista parisién (1803-1857).

libro mío recién aparecido bajo el título de *Philosophie des Révelations*, exposición débil, sin duda, pero verdadera de la doctrina social y filosófica de las civilizaciones ibéricas personificadas en EL VIDENTE.

Cerca de Bayona (8), rogué al conductor de la diligencia que me dejara en la carretera. Puso algunas dificultades. Tal vez suponía que mi intención era sustraerme al ojo vigilante de la policía entrando solo en la ciudad. Esta precaución hubiera sido vana, pues no me pidieron pasaporte menos de cinco o seis veces. No puedo dejar de pensar con amargura que, desde la aparición de la guerrilla navarra, *hordas de innobles agentes habían ensuciado con su barro de París, el brezo de mis montañas. El policía francés, espiondo bajo el vestíbulo patriarcal de los misterios de un techo hospitalario, me pareció el más odioso símbolo de la servidumbre del vasco desde el año 89* (9).

Me detuve algunos instantes sobre la colina al pie de la cual parece bañarse Bayona en el Adour. La vegetación primaveral de las montañas imprimía al aire *matutino* un perfume de vida y de frescura. El tiempo era magnífico. El pico del Vignemale, el de Gers (10), el Orhy, en el territorio de los vascos suletinos, y el Larrun, que domina a San Juan de Luz, son los puntos culminantes de los Pirineos, cuya cadena parece descender hacia el vértice (10 bis) del Golfo de Vizcaya para replegarse bruscamente y huir al interior de Guipúzcoa. Admiraba yo el amontonamiento caprichoso y la extraña arquitectura de estas montañas azuladas que la óptica acercaba a mis ojos; podía distinguir sus cimas dentadas dibujadas con precisión y gran nitidez sobre un horizonte sereno. Imaginé un instante ver sentada ante mí a la virgen Pirene, amante de Hércules, dejando caer al borde del Océano los pliegues de su vestido verde; vestido ondulante que era la provincia de La-

(8) Era la mañana del 24 de Marzo, martes, como se demuestra tanto en la nota 12, como contando los días de viaje en el cap. VII, en que dice salió de Lesaca el 26 de Marzo y en el cap. V, hablando de la fiesta de la Anunciación.

(9) 1889.

(10) Al Sur de Eaux Bonnes (Béarn).

(10 bis) Recuérdese a Sokoia por San Juan de Luz, palabra que expresa igual concepto.

burdi con sus retamas doradas, brezos y praderas, las aldeas desparramadas, los mil jardines, los ramilletes de árboles frutales y sus casas blancas con persianas rojas, respirando bienestar y limpieza.

Bayona usaba antiguamente el nombre de Lapurdium (derivado del nombre vasco *Lapur*, que significa piratería) (11) que se ha conservado en el territorio de los vascos laburdinos; los etimólogos quieren que su nombre moderno se componga de las dos palabras vascas *baïa-ona*, buen puerto, denominación que pudo ser justa el año 1150 y no lo es desde que las arenas hacen cada día más peligrosa y hasta impracticable su barra, gracias a la incuria de los gobiernos.

Un puente echado sobre el Adour separa la ciudad de Bayona del arrabal *Saint Esprit*, habitado por los judíos. Los *arrieros* que recorren las calles seguidos de sus cargados mulos, el aspecto de los almacenes y de los balcones que adornan la mayor parte de las casas, dan a Bayona un aire de ciudad española. Esta impresión se hace más sensible por el vacío y soledad que la ruina de su comercio hace reinar hoy allí. A mi entrada en la ciudad acentos de varias lenguas acudieron a mi oído, armonizando con lo abigarrado de su población. Los gascones se hacían reconocer por su dialecto, por la energía cínica de sus juramentos y, sobre todo, por la trivialidad de su aspecto. Noté en los paseos públicos numerosos oficiales castellanos del partido de la reina, cuyo torpe aspecto y color aceitunado contrastaban singularmente con la buena facha, el aire marcial y la elegancia de los oficiales franceses. Algunos refugiados españoles envueltos en sus capas, fumaban el *cigarrillo* al sol, graves y taciturnos.

Los vascos que salieron por la mañana de las aldeas vecinas, llegaban en grupos alegres, y cada muchacha iba acompañada de su novio. Cintura de seda roja, chaqueta azul a la carmañola, boina azul inclinada hacia la oreja, corbata a la marinera, ligeras alpargatas adornadas con cascabeles, tal es el traje de rigor para distintivo de hombres libres. Marchaban, según costumbre, puesto

(11) Ladrón.

el brazo alrededor del talle de su linda pareja. Una novia se llama en lengua vasca *emaztegei*, futura esposa ; un novio *senargei*, futuro marido ; y los montañeses saben conciliar con la mayor libertad de amor la santidad de las costumbres patriarcales y primitivas.

¡Qué placer fué para mí volver a presenciar las costumbres de mi país natal ; escuchar de boca de mis hermanos los sones expresivos, las modulaciones originales de este idioma ibérico tan misterioso, tan rico, tan perfecto ! Seguía con mi vista a cada vasco y hubiera querido hablarles a todos, ya que las escenas más indiferentes me inspiraban interés. Vi llegar una joven laburdina : se detuvo a sacudir con un pañuelo el polvo de sus pies desnudos, se calzó coquetamente los zapatitos de terciopelo negro que tenía en la mano y, después, irguiendo su talle esbelto, dejó ver la más picaresca carita *morena*, un poco tostada por el sol. Su pañolón fino, artísticamente replegado detrás de la cabeza y anudado en roseta sobre la frente, iba cubierto por pequeño sombrero de paja adornado con cintas ; tocado encantador que el capricho de la moda parisina honró antes con su sufragio y que el gusto alemán se apresuró a adoptar. Mientras yo soñaba con estas bonitas rubias de Alemania, tocadas a lo vasco, un suboficial de la guarnición se acercó a la joven y la dirigió algunas palabras aduladoras ; ella contestó locuela y riente. Pero un observador peligroso, gallardo mozo de veinticinco años, en el cual el galante militar no había parado mientes, se hallaba a algunos pasos cruzado de brazos, apretando convulsivamente en su ancho pecho el bastón rojizo de *níspero*. Estaba hermoso en su actitud amenazadora y fiera, en su postura académica, vigilando a la linda amada, a la prometida. Ante la sonrisa desdeñosa que desfloró sus labios, ante el fuego de celos que brilló en su mirada, se puso de manifiesto que la ciudad de Bayona protegía al sensible militar mucho mejor que su sable-puñal.

La noticia de la toma de Echarri-Aranaz por Zumalacarregui y los voluntarios vascos, acababa de extenderse por la ciudad (12).

(12) El 19 de Marzo de 1835, fué tomada esa villa, pero la noticia fué publicada en Bayona el 24 en la «Sentinelle des Pyrénées» y en «Le Phare de Bayonne» según me comunica muy amablemente el canónigo Mr. Daranatz.

Me apresuré a encontrar un guía, impaciente por llegar al teatro de una guerra tan gloriosa para nuestros *hermanos* españoles.

Conocía yo en Bayona una vieja mesonera vasca cuya casa era frecuentada por contrabandistas de la frontera. Acudí allí y un nuevo incidente me detuvo en una calleja. Era un *contrabandista* de anchas espaldas que se movía con aire teatral delante de un *estanco* cerrado jurando con voz temblona por el diablo (*Debruvia*), y blandiendo su bastón ferrado. Los espectadores se habían alejado prudentemente dejando campo libre al fogoso montañés. Furioso se lanzó sobre la puerta, la agitó y la conmovió; cual nuevo Sansón, iba a arrancarla de sus goznes cuando me acerqué a él:

—Amigo, sigue tu camino—, dijo, con el brillo de voz y una de esas miradas que la embriaguez y la cólera dan al vasco.

No tuve cuidado en recular ante esta amenaza, protegido, a pesar de mi traje francés, por la boina nacional con que me había ataviado y también por el bastón con punta de hierro que tenía en la mano. El contrabandista dejó caer sobre mí una mirada fija, una sospecha de ganancia atravesó su espíritu y desvaneciósese la expresión terrible de su cara para hacer lugar a *la más notable sangre fría*. Nada iguala a la movilidad de la fisonomía del vasco; los movimientos más contrarios cambian su alma con la rapidez del relámpago. Esto ocurrió al contrabandista. Se acercó a mí lentamente, e, inclinándose a mi oído con aire misterioso, dijo:

—Mil perdones, señor; todos tenemos nuestra curiosidad. ¿No es verdad que usted viene de donde sabe para ir donde le convenga, aunque sea a España?

Ante esta pregunta permanecí serio y repuse con una señal de cabeza para invitarle a seguirme. Lo hizo sin vacilar sacando de su bolsillo un tubo de *pipa* rota cuya vista excitó nuevamente su furor. Se volvió bruscamente hacia el *estanco* y salió de su pecho vibrante el grito de los montañeses, ¡*Axut!* (13), expresando la amenaza o el desdén. Creí que iba a volver a comenzar su estrépito, pero no tardó en acudir para caminar a mi lado con paso

(13) La «u» tiene el sonido que la es peculiar en francés. (Berraondo).

de beodo, mientras las puntas férreas de nuestras makillas nos hacían compañía sobre el pavimento. El contrabandista pronunciaba en su marcha mil frases sueltas a guisa de soliloquio, ora a media voz, ora alto y fuerte, mirando con aire farruco a los pasantes :

—¡ *Axut!*, los bayoneses! ¡ Gascones de gascones! ¡ Rrrr...! A veces quisiera echar al Adour todas estas barracas... ¡ Paciencia! Cada país produce su caza ; hay águilas en el Larrun ; no se encuentran en Bayona sino gorriones... y el procurador del rey... y ese cagotillo que ha tenido la picardía, porque estoy ebrio, de apoderarse de mi *pipa* para meter en ella pólvora y hacerla saltar en astillas, ¡ mi buena *pipa* guarnecida de latón...!, con riesgo de reventarme un ojo... Al fin y al cabo no era nada para quien conoce tan bien como yo la pólvora de los pantalones rojos y de los aduaneros.

El contrabandista refunfuñó esta última frase y, machacando con rabia el tubo de la famosa *pipa*, arrojó los residuos por entre las piernas de un centinela. ¡ *Axut!* Acabábamos de cruzar la *Puerta de España*. Me fué fácil reconocer en el lenguaje y en la apostura de mi laburdino, que tenía que habérmelas con un contrabandista subalterno, un *hachero* o mozo de cuerda ; pero no desesperé por ello de adquirir los informes que precisaba. No me engañó con su *falsa* embriaguez, y se dió cuenta del agrado con que le seguía en la conversación, detalle que excitó su numen.

—El proverbio dice que hay ojos y oídos debajo de las breñas ; aquí veo tantas orejas como adoquines y tantos ojos como granos de arena, a pesar de que todo hombre tiene secretos.

Al hablar así, el contrabandista fijaba en mí sus miradas penetrantes.

—Perdone, señor, perdone mil veces ; pueden vernos, pero desafío a quien sea a que nos oiga. Vuestro plumaje me anuncia un pájaro que no está obligado, como yo, a ir a buscar su alpiste bajo el fuego de los cazadores. ¿ Está usted de paso ?

No pude menos de sonreír ante esta pregunta alegórica.

—Se lo digo —prosiguió—, porque al fin cada cual tiene su idea, y si la vuestra fuera la de cruzar al lado Sur de los montes,

conozco el sendero que se debe seguir, el bosque en que se puede descender y la rama sobre la cual conviene balancearse.

El contrabandista se detuvo como para escuchar mejor mi respuesta, que no se hizo esperar.

—Amigo, le creo tan fino como un zorro viejo y cuento con vuestra fidelidad de vasco a toda prueba. Se trata de servir de guía a uno de mis amigos que desea salir *esta tarde* para Lesaca.

—¡Bien! —repuso el hachero—, eso se llama hablar euskara, hablar claro. Digo, a mi vez, que no podré acompañar yo mismo a vuestro amigo, puesto que he dado mi palabra al amo; y si los pantalones rojos y los aduaneros no se hallan más despiertos que de costumbre, espero atravesar el Larrun después de media noche con un saco de *salitre* sobre la espalda. Pero vuestro amigo no perderá nada, ya que tendrá por compañero al jefe de *fila* (14). Más fuerte que tres, más audaz, más astuto que toda la banda, ese fué amamantado por famoso jugo lácteo. ¿Dónde se hospeda vuestro amigo?

—Sería inútil decíroslo.

El contrabandista reflexionó un instante.

—Pues bien —dijo—, que venga *al oscurecer* junto a esta *gran cruz* que se halla al borde del camino. *Bolsa ancha y paquete pequeño*, tal es la consigna, ¿me entiende?

—Muy bien, amigo, mientras tanto ahí va para *pipas*.

Con distracción afectada recibió el dinero que le ofrecí y sellamos lo convenido con un apretón de manos; el hachero entró a grandes pasos en Bayona.

Continué solo mi paseo a lo largo del Nive. Este río desempeña un papel importante en la leyenda de San León, que los bayoneses reverencian como su primer obispo. Lapurdium, a principios del siglo x, estaba en poder de los normandos y, si hemos de creer a las crónicas contemporáneas, los vascos hacían dura caza de bárbaros. San León llegó por el camino que bordea el mar y encontró cerradas las puertas de la ciudad, cuyos centinelas se

(14) Xangarín.

negaron a abrírseles (14 bis). Se vió obligado a refugiarse sobre una colina a orillas del Nive y pasó la noche en una choza de ramas. Algunos vascos, llevando antorchas encendidas, acudieron a sacudirle bruscamente para despertarle, y hasta le amenazaron con sus armas haciéndole en su idioma varias preguntas que, según la leyenda, San León no pudo comprender. Probablemente no había recibido el don de lenguas. Pero hablaba muy bien el dialecto normando, porque, dos días después, irritó talmente a los bárbaros con sus predicaciones, que le segaron la cabeza. Las fábulas populares acompañan este relato histórico con detalles maravillosos.

El *altar de San León* es famoso en Bayona por el tratado de paz que allí se juró el año 1357 entre bayoneses y vascos. Hay que saber que los montañeses, estrechados por las armas *carlovingias* en sus antiguos límites de Zuberoa, Benabarre y Laburdi, habían conservado entre los gascones la más alta estimación y privilegios honorables, resto de su glorioso dominio en esas comarcas. Los vascos suletinos disfrutaban de entera libertad para el transporte de sus mercaderías y productos hasta Toulouse y en todo el radio de las provincias tan valientemente defendidas por nuestros antepasados. Los laburdinos reclamaban las mismas franquicias para sus mercancías a las entradas y salidas de Bayona. Este privilegio, ejercido imperiosamente por los montañeses desde hacía cinco siglos, disgustaba singularmente al Consejo municipal de la ciudad, habiendo sufrido hasta entonces frecuentes oposiciones; pero los vascos hicieron triunfar en todos estos pleitos su derecho por las armas. Cierta gentilhomme landés, llamado Pierre de Puyane, era el enemigo más acérrimo de los privilegios vascos. Había mandado una flotilla inglesa en el célebre combate de la Esclusa (15), y sus hazañas contra los franceses le conquistaron el favor del rey Eduardo (16). Su reputación de bravo y hábil marino, y sobre todo el odio que sentía hacia los vas-

(14 bis) Al decir de Webster en sus *Loisirs*, pág. 12, las vidas de los santos Amando, Adalbaldo, Rictrudis y León hablan de la idolatría en Laburdi en los siglos IX y X.

(15) En 1340; hoy se llama Sluis y está en Holanda, al Norte de Brujas.

(16) Tercero de Inglaterra.

cos, le valieron el año 1341 la dignidad de alcalde. El primer acto de su administración fué hacer abolir por los cien pares de Bayona la franquicia de los laburdinos. Hizo más : informado de que las mercancías de ellos se transportaban libremente en Laburdi por el puente de Villefranque sobre el Nive, colocó allí guardas e hizo exigir un portazgo inusitado, en virtud, según él, de los antiguos títulos de la ciudad, que hacían ascender su jurisdicción en este río hasta el punto de la más alta marea. A esta noticia, los vascos corrieron al puente de Villefranque, invadido por los satélites del alcalde, y mataron a unos y arrojaron a otros diciendo con ironía que acudían a comprobar amigablemente si la marea del Océano subía tanto como pretendían el alcalde y la corporación de Bayona. Las crónicas atestiguan que desde el tiempo del peregrino Eulogio, los vascos dejaban circular pacíficamente en sus valles a los traficantes que el espíritu industrial y el comercio de los moros atraían cada año a Zaragoza ; pero *el enemigo*, cualquiera que fuere, sintió siempre su venganza implacable y pagó el paso de sus montañas con tributo de sangre. Los bayoneses no tardaron en saberlo, pues algunos de sus mercaderes que se dirigían a España fueron muertos en Laburdi y saqueadas sus mercaderías. Una carta amenazadora de Eduardo III no consiguió que las autoridades de Laburdi trataran con rigor a los autores de tales venganzas públicas. En carta ulterior, el monarca inglés autorizó al alcalde y a los cien pares a restablecer el Wehrgeld (16 bis), dado que los laburdinos, a pesar de sus advertencias, no querían renunciar a esta vieja costumbre.

San Bartolomé, fiesta patronal de Villefranque, se acercaba. Los vascos acudían allí en masa cada año para entregarse a juegos y ejercicios en que sobresalían entre todos los pueblos vecinos. Puyane, que había jurado saciar su odio, se informó por un espía de que la muchedumbre de vascos y *cinco* de sus principales *caballeros* pasarían la noche en el castillo de Miots, que hoy no es sino montón de escombros (17).

(16 bis) Pago de homicidio u omecillo.

(17) En 1343. El castillo de Miots estaba sobre una colina en Proudine a legua y media de Bayona en la Nive. El puente se llamaba de Proudine (Labrousche, Riev. VI, 288).

El emisario terminaba su carta con estos versos :

Pés de Puiane ; heïts quan pots :

Non sabes pas quan sera ops.

«Pierre de Puyane, obra cuando puedas :

no sabes cuándo eso te será preciso.»

Por la noche los vascos, después de las diversiones fatigantes del día, a las cuales se habían entregado con la pasión y coquetería de costumbre, reposaban en el castillo hospitalario con la profunda seguridad que inspiran los regocijos públicos en país amigo. Secretamente llegado de Bayona con una turba de bandidos, Puyane cercó el castillo de Miots. A la señal convenida las puertas saltaron y se invadió el castillo. Los vascos, sorprendidos en lo mejor de su sueño, desnudos, sin armas, fueron asesinados, y los *cinco caballeros* reservados para una venganza más refinada del alcalde. Les hizo atar bajo su vista y ser arrastrados hasta el puente de Villefranque, donde se les ató a los arcos del puente. Mientras la marea ascendente les batía con sus olas, dispuesta a tragarlos, el gascón gozaba en su odio y decía, con tranquila decisión, que vino a su vez, a comprobar amistosamente si la marea del Océano subía efectivamente tanto como el alcalde y la corporación de Bayona pretendían. No fué así el noble vizconde de Orthe que bajo una orden sanguinaria trazada por un déspota imbécil, escribió en otra (18) noche de San Bartolomé, en nombre de la guarnición y de los bayoneses, la hermosa respuesta que labró su gloria.

La traición de Puyane se convirtió en señal de guerra. Mucha sangre fué vertida, hombre contra hombre y bando contra bando. Al fin los bayoneses, amenazados de exterminio, propusieron a los laburdinos la elección de un árbitro para dirimir la querrela en la persona de Bernard Ezy II, señor de Albret. Los laburdinos lo aceptaron sin vacilar. El árbitro condenó a esta ciudad de Bayona a pagar a Laburdi como reparación la suma de mil quinientos escudos de oro nuevos y a fundar diez prebendas en honor de los *caballeros* ahogados y para reposo de sus almas. Los bayoneses re-

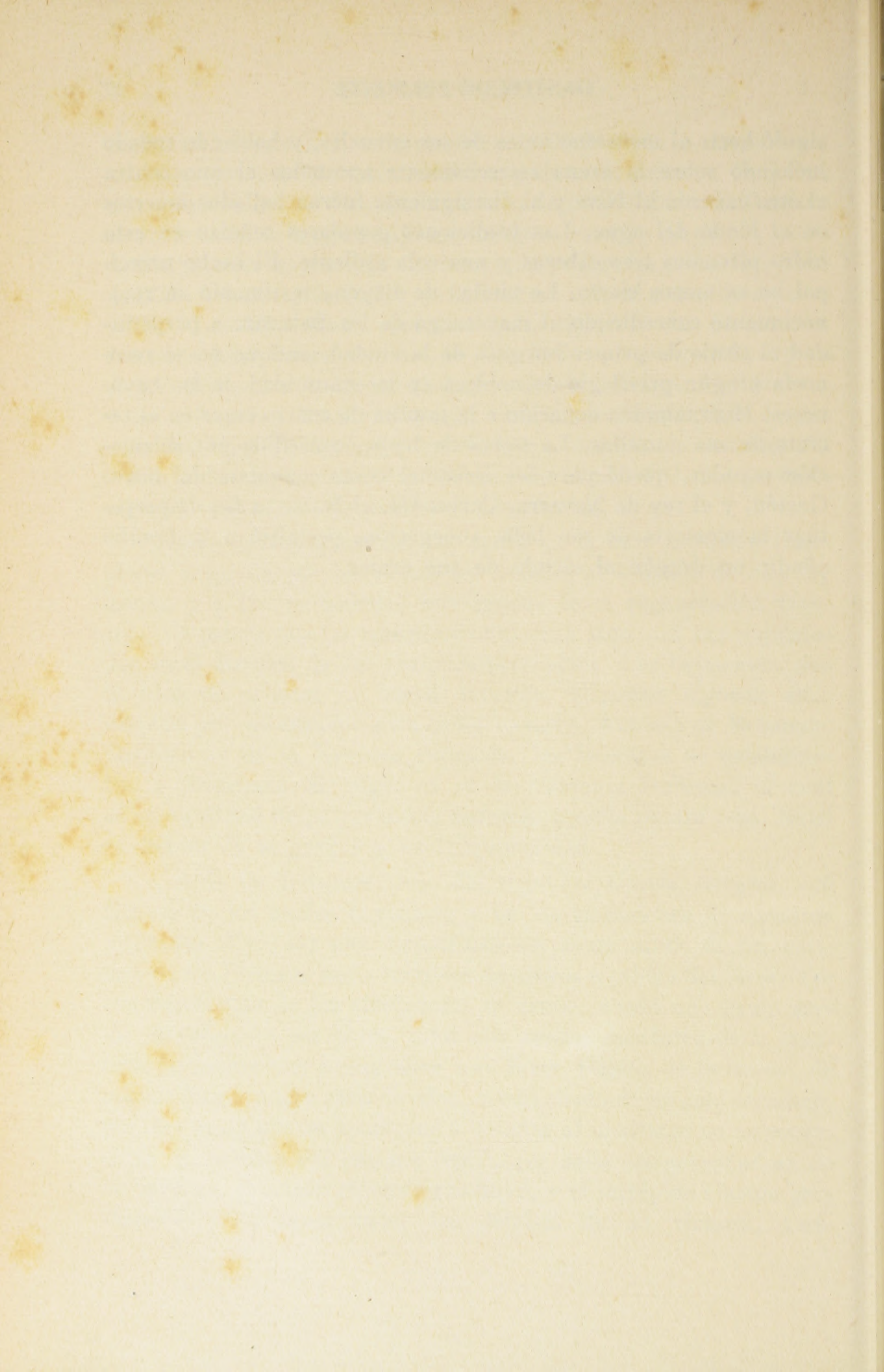
(18) La matanza de los hugonotes.

currieron de esta sentencia ante el rey de Inglaterra, cuyo favor poseían, pero este monarca cedió sus poderes al príncipe de Gales, su representante en Guyena. Un fallo definitivo dado en Burdeos el 11 de abril de 1357 redujo a quinientos escudos de oro la multa de los bayoneses, y a seis el número de prebendas a fundar. Confirmó la sentencia del señor de Albret en todo el resto de su contenido. Los laburdinos, conforme a los términos del documento, fueron a jurar sobre el *altar de San León* que concederían para el porvenir paz a la ciudad (con este nombre designan los montañeses a Bayona). Pero excluyeron nominalmente del pacto de paz a los dos hijos de Puyane, reservándose el derecho de matarles allí donde pudieran encontrarles. En cuanto al padre, había perecido miserablemente en las matanzas precedentes.

Hasta la revolución del 89, época en la cual la fusión libremente aceptada por los vascos les sometió al imperio de una ley común y a las oscilaciones *retrógradas* de la regeneración francesa, no parece que los laburdinos hubieran sido otra vez inquietados en el disfrute de sus antiguos privilegios. Los bayoneses, con la idea de afirmar la buena armonía, eligieron algunos años después por gobernador a un señor navarro, Antonio de Belsunze. Originarios de la Navarra española, los Belsunze se establecieron a principios del siglo XI en la Vasconia francesa, la cual se enorgulleció de poseer desde entonces aquella ilustre casa, fértil en héroes de la guerra y de la humanidad.

Gastón de Belsunze, hijo del *ricombre* García Arnaud, fué famoso en los anales bayoneses y en las tradiciones de nuestras montañas. En 1407 una monstruosa serpiente salida de los abismos de los Pirineos hacía terribles destrozos a orillas del Nive. Todos desertaban de los alrededores de Irube, donde una gruta servía de refugio a esa hidra, y los más osados cazadores de la montaña no se atrevían a exponerse a su furor. Gastón de Belsunze, de apenas diez y nueve años de edad, acompañado de un solo escudero, sin otra arma que su lanza, fué a desafiar al monstruo en su escondrijo. A la vista del enorme reptil, que salía estremeciéndose de su caverna, el criado aterrorizado huyó, y el intrépido Gastón permaneció solo, ignorándose los detalles de su victoria. Con-

siguió herir al monstruo antes de ser envuelto, y habiendo rodado luchando sobre la arena estrechamente apretados el uno contra el otro cayeron al Nive y al día siguiente fueron hallados muertos en el fondo del agua. Las tradiciones populares señalan en esta hidra pirenaica tres cabezas y una cola ardiente. El hecho principal no es menos cierto. La ciudad de Bayona testimonió su reconocimiento concediendo al mayorazgo de los Belsunze a perpetuidad el título de primer burgués de la ciudad, aunque no se reconocía ningún privilegio de nobleza en la comunidad de los bayoneses. Hizo también donación a la familia de cuatro casas en el recinto de sus murallas. La tierra de Irube, concedida por aclamación popular, quedó para los Belsunze como conquista del bravo Gastón, y el rey de Navarra, Carlos III, el Noble, a fin de perpetuar la memoria de tan bella abnegación, permitió a la familia añadir un dragón al escudo de sus armas.



II

LOS CONTRABANDISTAS

Los recuerdos históricos se sucedían en mi espíritu al ruido del Nive, cuyo curso iba yo siguiendo. No podía fijar los ojos a mi alrededor sin encontrar los Pirineos, el Océano o la ciudad de Bayona con sus deliciosas casas de campo rodeadas de jardines. Hubiera prolongado mi paseo hasta la noche si *el sol al bajar en el horizonte*, velado de nubes, no me hubiera advertido de que era tiempo para hacer los preparativos del viaje. Me apresuré a llegar a la ciudad e hice mi *paquete* lo más portátil y ligero posible, siguiendo la recomendación del contrabandista. Tuve cuidado de esconderlo bajo un *capote* de los más anchos y me dirigí hacia la *Porte d'Espagne*, que se cierra al anochecer. Acorté el paso al acercarme a este peligroso *pasaje* que la policía ocupaba. Bastaban mis inocentes bigotes para llamar la atención de esos señores y temía que después de exigirme el pasaporte tuvieran la ocurrencia de registrarme. No hicieron nada de eso y llegué a la fortificación.

El cielo estaba tormentoso y cubierto, circunstancia que *precipitó la caída de la tarde*. Pronto oí el grito resonante del contrabandista: ¡*Axut!* Me sorprendía no ver a nadie al pie de la *cruz de la cita* cuando un silbido modulado brotó de la carretera próxima. Eché mi *capote* hacia atrás a fin de que los *brillantes botones de mi frac* pudieran hacerme reconocer mejor en la oscu-

ridad (1). El hachero se hallaba ocupado con su jefe en un diálogo alegórico de que yo era objeto.

—¿Dónde está usted, Xangarín (*pie ligero*)?—dijo el hachero.

—¿Temes que Xangarín se pierda? No está beodo como tú y te ruega que guardes silencio—, contestó el guía.

—Te pregunto, Xangarín, lo que vas a hacer junto a esa *cruz*.

—Voy a buscar una amante que me espera—, respondió el guía, acercándose a mí con paso de lobo mientras el hachero, completamente ebrio al parecer, evolucionaba en el camino con gran tumulto para separar a los curiosos.

—¿Posees, pues, una amante nueva?—, voceaba el contrabandista—; guárdala bien, porque si le ocurriera alguna desgracia, no queda en Laburdi una sola muchacha que quisiera confiarse a ti. ¡Estaba yo muy seguro de que no ibas a esa *cruz* a recitar plegarias, ya que no guardas más temor a Dios que el último de los agotes y gitanos, Xangarín!

Al lector no le costará creer que mi coloquio con el guía de *pie ligero* fué de los más lacónicos. Observé con agrado la riqueza de su traje y auguré bien de su palabra breve, de su aspecto firme y frío.

—Apresurémonos—, dijo presentándome una chaqueta parecida a la suya y una faja roja—; deme ese *paquete* y el *capote*, sírvase quitar ese *frac* y la corbata, dejando el cuello desnudo, si le place. Como dió usted dinero esta mañana a ese escandalizador, está más borracho que lo preciso... Pero oigo a nuestras niñas; marchemos.

A estas palabras el guía, *empaquetando* todos mis efectos en el *capote*, los lanzó lejos a lo largo del glacis y hacia un grupo de muchachas que en nuestra dirección venían cantando. El *paquete* fué recogido de la hierba en un abrir y cerrar de ojos, y repartido sin que el jovial grupo se detuviera por eso en su marcha danzante. Las personas que han acudido al medio de la insurrección de los vascos por sus simpatías, por la *nacionalidad*

(1) La caminata tiene unos 11 km. en línea recta desde Bayona a Sara y la hicieron pronto, pues salieron de noche y llegaron a cenar. Vid. cap. III.

vasca o por los legítimos derechos de don Carlos, saben por experiencia que estas precauciones extraordinarias bastan apenas para hacer fallar la vigilancia rigurosa de la policía. El hachero formaba la vanguardia y nos precedía de lejos ocupando toda la anchura del *camino* y volviendo hacia nosotros sin afectación en su marcha irregular cada vez que veía paseantes sospechosos. Noté que calculaba sabiamente los zigzags de sus pies titubeantes balanceándose en torno mío para ocultarme el paso. A veces venía a apoyarse pesadamente en mi espalda y me empujaba al borde de la *ruta*.

—*Debroin aha mala* (2) —me dijo en uno de esos momentos—; el rabo demasiado largo traiciona en su agujerito a la ardilla. No hubiera usted hecho mal en dar un tijerazo a sus bigotes.

Yo guardaba silencio.

—¡Marcha con un vasco (3) y habla alto y claro! —agregó con voz terrible.

Comprendí la invitación y, a satisfacción marcada del guía (3 bis), inicié con el contrabandista un diálogo alegórico imitando las inflexiones variadas y la nota brillante que caracterizan al idioma de los montañeses. Creo que hasta fingí borrachera como el hachero. El guía parecía encantado. ¡Que perezca el navarro antes que despojarse de los instintos de su raza!

He descrito la juventud laburdina dirigiéndose de mañana hacia la villa por parejas amorosas. Las muchachas y los mozos se separan al anochecer y el regreso no presenta en las rutas sino grupos amistosos. Este sentimiento de la amistad, eminentemente social, no ha ofrecido jamás entre los euskarianos el carácter exclusivo y vicioso que empañó a los pueblos antiguos. Un amigo se llama *Adis-kide*, igual de edad, y en esta familia patriarcal y libre la población se halla naturalmente clasificada en un escala de subordinación moral en que la edad determina los grados: la amistad se cuenta por generaciones. ¡Verdadera sociedad! ¡Costumbres

(2) Llévete el diablo (?).

(3) Locución francesa: *courir comme un basque*. Véanse *Los Pirineos* de Víctor Hugo, cap. Pamplona y la 2.^a edición de 1921 del Diccionario alemán francés de Sachs Villatte, art. *laufen*, pág. 520.

(3 bis) Xangarín.

sublimes! El amor mismo, desprendido de toda idea de aplicación relativa al hombre, se ve designado por una de esas palabras generalizadoras, resplandecientes, que dan inteligencia tan vasta y profundidad tan divina a la poesía panteística de los montañeses: *amaoro*, productor de todo.

Las mozas caminaban delante llevando *paquetes* sobre las cabezas; los mozos las seguían a alguna distancia, entrelazando sus brazos alrededor de los cuellos, mezcladas sus negras cabelleras. Sus caras que entreveía al pasar tomaban de los reflejos sombríos y tormentosos de la noche, miradas singularmente animadas y expresión magnética de exaltación. Bardos improvisadores precedían a cada grupo a guisa de corifeos y cantaban *alternativamente* con aire sencillo, pero gracioso, coplas ingenuas y locuelas. Recuerdo haber disfrutado de un espectáculo casi análogo en fiestas de aldeas donde muchachas y muchachos refugiados por centenares bajo los pórticos de las casas a cada lado de una calle, se comunicaban sus sentimientos por medio de un bardo inspirado y, como en las fiestas nocturnas de nuestros antecesores cántabros, esperaban a la claridad de las estrellas el regreso del alba en medio de la doble embriaguez de la poesía y del amor. A cada improvisación de los bardos, los grupos repetían en coro estribillos de monotonía melancólica, que la sonoridad de los valles devolvían hermoseados; y estos cantos ibéricos, entrecortados de silencios, comunicaban al alma sueños íntimos, vibraciones indefinibles que descubren al hombre armónico los misterios de la vida y de la creación.

El hachero veía con la más perfecta indiferencia las escenas que me impresionaban tan vivamente, y con aire cómico me enseñaba una soberbia *pipa* nueva que había adquirido. El guía marchaba receloso, soñando, no ya en amor y poesía, sino en *fardos*, aduaneros, aprehensión, confiscación, multa, prisión quizás y procurador del rey, cuando un canto nuevo le hizo de pronto estremecerse.

—He aquí vuestra *ropa* que nos llega—, me dijo, y volviendo la cabeza lanzó el grito nacional de los vascos (llamado según el

dialecto *zinka*, *irrintzin*, *kikisai* (4), etc., expresando audacia, exaltación, placer, y por el cual los aborígenes hispánicos parece que imitaban el relincho de los corceles de Lusitania llamando a sus yeguas. Creí distinguir en el nuevo grupo a la linda *morena* de la mañana. La aparición de un inspector de policía que venía a caballo, vestido de levita gris y seguido de sus agentes, me impidió abordar a las muchachas. Ellas también vieron al jinete gris, e inspirándose en un motivo malicioso, cantaron a toda voz una de nuestras romanzas más populares, que el lector me permitirá citar :

I

- | | | |
|----|---|---|
| 1. | Txorittua, nurat hua,
Bi hegalez airian? | Pajarito, ¿dónde vas
Con dos alas por el aire? |
| 2. | Españalat juaiteko,
Elhurra duk bortian : | Para ir a España,
Nieve tienes en el puerto : |
| 3. | Algarreki juanen gutuk
Elhurra hurtzen denian. | Juntos iremos
Cuando la nieve se funda. |

II

- | | | |
|----|--------------------------|---------------------------|
| 1. | San Josef en ermitha (5) | La ermita de San José |
| 2. | Desertian gora da. | Subido el desierto está. |
| 3. | Españalat juaiteko, | Para ir a España, |
| 4. | Han da gure posada. | Allí está nuestra posada. |
| 5. | Gibelerat so-gin eta, | Mirando atrás, |
| 6. | Hasperenak ardura. | Los suspiros abundan. |

III

- | | | |
|----|----------------------|------------------------|
| 1. | Hasperena habil ua, | Suspiro, ea, vete |
| 2. | Maitiaren borthala. | Al portal de mi amada. |
| | Bihotzian sar akio, | Penetra en su corazón, |
| 4. | Hura eni bezala, | Como ella en mí, |
| | Eta gero erran izok | Y luego dila |
| 6. | Nik igorten haidala. | Que yo te envió. |

He restablecido este texto en su dialecto originario, que es el suletino (6). El dialecto laburdino da las variedades siguientes :

(4) Santso, lekaio y otros nombres que aporta Chaho en su «Biarritz».
 (5) Entre Larrau y el monte Ory.
 (6) Usamos la ortografía moderna para facilitar la comprensión.

I

1. Txorinoa norat hoa...
2. Españalat ioaiteko...
3. Algarreki ioanen gituk...

II

2. Desertuan gora da...
3. Españalat ioaiteko...

III

1. Hasperena habil oa...
2. Maitearen borthala...
4. Hura neri bezala...
6. Nik igortzen hautala...

Yo seguía a las cantantes.

—¡ A la derecha! ¡ Ese es nuestro camino!—, gritó el contrabandista, empujándome por el brazo para hacerme entrar en una *ruta vecinal* estrecha y sombría—; y si las canciones le agradan, cantaré por cuatro, hasta mañana, mejor que un ruiseñor.

El hachero aprovechó esta ocasión para desplegar una voz naturalmente bella e hizo oír la copla siguiente, en que reconocí uno de esos mitos cuya poesía original fué contemporánea de las civilizaciones ibéricas y que los griegos politeístas recibieron del Africa o del Oriente en la *segunda* (7) edad :

Hurandian, umen bada
Kantazale eder bat,
Zerena deitzen den bat.
Itxassoan, inganatzen
Ditu hak pasaierak ;
Hala nola, ni maitenak.

En el Océano existe
Una bella cantante,
Que se llama sirena.
En el mar engaña
Ella a los pasajeros ;
Como a mí, mi amada.

La oscuridad de la noche y los senderos rajados por las lluvias hacían *más lenta* nuestra caminata. A cada instante hundía yo uno u otro pie en charcos de agua. El hachero lanzaba gritos y exclamaciones risibles, haciendo como si se cayera, y se divertía en verme secar las botas contra los brezos.

(7) La *segunda* edad era para Chaho la de sangre y tinieblas que siguió a la primera o de oro.

Oyó el chis-chás de mis espuelas.

—El gallo joven tiene espolones largos—, dijo en su lenguaje alegórico.

Teníamos que pasar cierto *puente* (8) guardado por un *soldado* de línea. Los aduaneros encargados de la policía de los caminos se hallaban muy cerca en un cobertizo. El hachero se puso a cantar desde lejos marcando cada nota desigual con un paso pesado: «¡Tra... la... la... la!».

—¡Seguidme, seguidme!—, me dijo el guía por lo bajo—, ¡y cuando el hachero pare, pasad de prisa!

El falso borracho, perdiendo su centro de gravedad, corrió hacia el centinela y, de repente, se detuvo para recobrar su equilibrio pegando al suelo con el pie: «¡Axut!», gritó con voz vigorosa. Este grito, la aparición fantasmagórica del contrabandista, su mirada terrible, dominaron la atención del *soldado*.

El guía se había reservado en esta escena un papel fácil, en tanto que yo cumplía el mío *esquivándome*. Cogió al hachero con brazo de atleta.

—¿Te quieres hacer matar, salvaje, borracho?—, prorrumpió empujándole bruscamente hacia el *puente*. Y volviéndose hacia el centinela:

—Mil excusas, señor *soldado*. Tenga la bondad de no hacer mal a este bruto, que es un aldeano de mi vecindad y está «alumbrado». No sabe ya lo que se hace y faltaría al respeto hasta a las charreteras del general más ilustre.

Había yo franqueado el *puente* cuando el guía se nos unió riendo.

—Si los aduaneros hubieran venido —me observó—, hubiera yo quedado solo con el camarada para afrontar su interrogatorio y usted no tendría temor de ser llamado ni perseguido, puesto que estoy muy seguro de que el *pantalón-rojo* no le ha visto pasar; el badulaque se ha quedado atontado.

«¡Tra... la... la... la...!» , cantaba aún el hachero con extraña

(8) Pudo haber sido el de Arbonne o el de Ahetze, por los que pasa la carretera que desemboca en el bosque de St. Peé de que se habla algo más adelante.

expresión de astucia y de ironía. El deber de un guía comprende dos puntos esenciales : llevar al viajero sano y salvo a su destino, y entretenerle a lo largo de la ruta. Nuestros vascos cumplen el primero con religiosa fidelidad, exaltándose en los peligros y no descuidan el segundo. El hachero, sin abandonar su lenguaje figurado, no cesó de dirigirme mil adulaciones, imaginándose que era el mejor medio de interesarme en su conversación. El vasco, naturalmente entusiasta, sigue siempre las inspiraciones del corazón ; desde que se consigue cautivar su afecto, hace de uno un ídolo, ofreciendo algo de ingenuo y conmovedor en la expresión exagerada de su alabanza. El hachero seguía designándome bajo la alegoría de una novia del guía.

—¡ Xangarín!, ¿cuántas novias has tenido desde hace seis meses?

—Diez y seis—, replicó el Aquiles de los contrabandistas.

Rogué al guía que me hiciera conocer el nombre de la última.

—La última es usted, la penúltima fué el coronel E... (9). Los diez y seis, franceses, ingleses o españoles, excepto usted (10).

El hachero sin hacer caso a nuestra conversación, seguía imperturbable el hilo de sus alegorías :

—¡ Diez y seis novias! ¡ Es mucho, Xangarín! Arriesgaría los cinco sentidos de que la Naturaleza me ha dotado a que esas hembras han debido hacerte pasar noches duras. ¡ Por Dios!, Xangarín, guarda a tu nueva amada como a las niñas de tus ojos, porque es una flor de nuestras montañas, una gota pura de sangre euskariana (los vascos se designan a sí mismos con la palabra *Euskaldun* —único nombre nacional— que es un misterio histórico); es de la raza de los cristianos viejos y no tiene nada de común con los gitanos, agotes y gascones.

En una curva de *pequeño bosque* el contrabandista cesó de hablar y marchó silencioso durante diez minutos. Tuve una mala idea al bromear entonces.

(9) No creo fuera Henningsen porque entró por Dantxarinea, después de parar en el caserío de Mariñesi, novia de su guía, en Abril de 1834; además era capitán. Brigadier extranjero fué l'Espinasse. (Memorias de Alphonse Barrés, 1842, París). Pudo haber sido un español.

(10) Obsérvese cómo excluyen de entre los franceses, al vasco Chaho.

—¡ Hombre ligero! —me dijo—, ¿me tomas por un histrión cuyo papel fuera hacerte reír? ¡Feliz tú, cuyos pensamientos son siempre serenos! Hay instantes en que todo el dinero que pudieras dar al pobre contrabandista no tendría poder para ponerle alegre. La tierra que pisamos me ha sido fatal y no sé cantar al oído de los muertos.

A estas palabras pronunciadas con dignidad, el hachero se detuvo grave y melancólico, quitó la boina y se persignó lentamente. Una pequeña *cruz* de abeto estaba plantada al borde del sendero y la flor de los difuntos, la *hil lilia* de los antiguos euskeldunes crecía al lado, resaltando su color amarillo-tierra; fué escogida espontaneamente como emblema de duelo en los bordes de los lagos helados del escandinavo indígena y bajo el cielo perfumado del indio.

—Xangarín —dijo el hachero sombrío y como sumido en visión sobrenatural—; ¿no ves nada junto a esa *cruz*, una sombra..., un fantasma...?

—No veo nada —contestó el guía humorísticamente—; tan sólo un hombre ebrio, que eres tú.

—No más ebrio que en aquella triste noche en que el Espíritu de los infiernos condujo aquí nuestros pasos. ¡La pelea fué cruel y la fusilería a quemarropa!... Si quedaron paquetes en la ruta, no fué el mío, Xangarín, ¡ya lo sabes!..., pero mi hermano..., ¡mi hermano!, ¡me lo han matado!

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas cobrizas del montañés y un soplo de borrasca agitó su larga cabellera haciendo gemir a los brezos.

—¡ Lo mataron, pero le he vengado, Xangarín; porque tenía que ser así!

El laburdino se persignó de nuevo, se puso la boina y, golpeando el suelo con un palo, continuó la marcha a grandes pasos. La religión católica no ha hecho perder al ibero nada de su fatalismo primitivo: *hala behar beitzen*, «debía ser así»; tal es la única queja que arranca al cántabro el sentimiento profundo de la desgracia, y a menudo se le oye exclamar como al islamita: ¡Dios lo ha querido! ¡Estaba escrito!

Las colinas de Laburdi que íbamos cruzando no tienen nada de pintoresco, pero su aspecto es riente ; la vegetación se muestra vivaz por doquier ; el helecho crece hasta la altura del hombre ; la retama, con sus brillantes flores doradas, forma espesuras impenetrables que se secan cada dos o tres años. Los pastores las queman entonces eligiendo para el incendio alguna noche oscura de viento Sur. Nada iguala la rapidez del incendio y la belleza de esta iluminación salvaje, cuya claridad roja se extiende y refleja por todas partes, sobre las masas imponentes y abigarrados grupos de montes, según la gradación de las lejanías. Las tierras quemadas así se cubren enseguida de hierba nueva, y los pastores conducen allí sus rebaños durante el invierno. La retama mezclada con heno sirve de alimento al ganado, pero hay que cortarla menuda. Esta labor se hace generalmente durante la noche con mazos de madera guarnecidos de hierro cortante. Los golpes monótonos de este instrumento, surgiendo de las casas solitarias diseminadas en nuestro camino, constituían entonces el único ruido que se oía en el silencio de las lomas.

Entramos en el *bosque de Saint-Pèe*. Yo veía al hachero volver incesantemente la cabeza de un lado al otro y, como el perro de un cazador, alzarse o bajarse durante la marcha a fin de zambullir mejor sus miradas en las claridades del bosque. Se detuvo :

—Xangarín —pronunció en voz baja, que hizo murmurar el eco—, tal vez esté yo aún beodo y vea fantasmas ante mí, pero ¿no percibes nada más que troncos de árboles allí sobre ese linde?

El guía se fijó durante un instante en el punto designado.

—Veo un aduanero.

—Y ves bien, Xangarín—, repuso el hachero, cuyos ojos chispeaban.

Cambiaron una mirada y salió como un rayo deslizándose a través de los árboles, encorvándose y desapareciendo. Jamás un gato montés atisbando su presa, se arrastró con más precaución y menos ruido. No tenía yo ninguna autoridad sobre esos dos hombres, y lo mejor que podía hacer era callarme y observar. La espera no fué larga, pues al cabo de algunos minutos oí como un golpe asestado violentamente ; después un grito sordo... ;

luego nada, si no eran los ruidos borrascosos que circulaban por las profundidades de la floresta. El guía permanecía impasible, pero no pudo contener un gesto de satisfacción al ver al contrabandista que volvía.

—Ese, por lo menos, no cruzará su bayoneta por nuestro camino, ni nos pedirá el pasaporte, pues ya he despachado el suyo —dijo el hachero—, y sin decir más, reanudamos la rápida marcha. Pero las nubes se hacían negras y espesas, y vientos cruzados empezaban a soplar.

El guía parecía observar contento estas señales precursoras de tormenta.

—La lluvia nos amenaza —me dijo—, y dentro de un cuarto de hora le pondré en su albergue de esta noche.

Hicimos alto un instante en una *eminencia*.

—No era un aduanero, sino un soldado, un soldado francés, Xangarín —declaró el hachero golpeando con la mayor flema, un pedernal para encender su pipa.

—Aduanero o soldado, poco me importa en este momento, pero no golpees con ese acero, porque pueden verse de lejos las chispas.

—Imposible, Xangarín, la hoja de mi cortaplumas no da ya fuego.

—Sin duda acabas de apagarlo con sangre...

—Eso no, gracias a Dios. El pantalón-rojo quedará bien con diez días de hospital y la cifra de mi bastón, que le he grabado en el cráneo. En este tiempo en que el militar se hace aduanero, le trato como a un aduanero, es decir, un poco peor que a un perro viejo sospechoso de rabia. Fuera de eso, soy un hombre pacífico y bueno.

—¿Tú bueno?— repuso el guía—; ¡sí, si es posible serlo con instinto feroz de lobo y corazón incommovible de buitre!

—Xangarín, nada de acusaciones; ¿puede decir el brazo al hacha: por qué pegas? Hay más de una noche oscura en el año, y si tus *pies* son ágiles, tu brazo fué con frecuencia más rápido que lo debido. Y además el alma errante (*arima herratu*) (11) de

(11) En pena.

un hermano degollado no te persigue como a mí en las tinieblas, ni se alza delante de ti cubierta de un sudario blanco, ni la oyes como yo andar sobre los brezos y aullar con los vientos...

Aquí terminó el coloquio de los montañeses supersticiosos. El hachero se acercó a mí:

—La cama de la novia está dispuesta y ya no tiene usted necesidad de un beodo para vocear por el camino y dar el cambiazo a los espías que tienen la vista y las orejas largas. He desempeñado el oficio que se precisaba; mi paquete me espera. Sírvase disculpar las familiaridades o *nabastarriak* (literalmente salvajadas) que haya podido permitirme. Los hombres se reconocen fácilmente cuando han caminado juntos una vez por el mismo rastro. Hasta la vista, pues, y buen viaje.

Ese fué el adiós del contrabandista. Su ancha mano apretó la mía y, de la *altura* en que nos hallábamos, se lanzó hacia el *bosque* que acabábamos de abandonar. Casi al mismo tiempo el paisaje se iluminó con relámpagos seguidos de truenos, y advertí ya lejos al hachero de anchas espaldas y flotante cabellera, saltando por encima de retamas y brezos, tan ágilmente como hubiera podido hacerlo Xangarín, el guía de *pie ligero*.

El mal tiempo no era el único obstáculo que me impidió salvar el Larrun aquella noche. Jáuregui, llamado «El Pastor», y los liberales ocupaban aún la víspera (12) la línea de aldeas que yo había de atravesar para llegar hasta la Junta de Navarra. Los peseteros infestaban todos los pasos de la frontera política. Estos militares vascos, arrastrados bajo la bandera de Cristina por las seducciones y las mentiras de algunos jefes liberales, reciben cada día una *peseta* o dos reales de sueldo, de donde les viene ese nombre de *pesetero* que sus crueldades harán por siempre odioso. Dispersados en guerrillas en número de unos *tres mil*, no menos alerta que los voluntarios carlistas, y bravos como ellos, infatigables, conocedores del país, recorrían los montes cantando la *Marsellaise* y realizando en todas partes a su paso las proclamas terribles de Mina. Mi guía no quiso exponerse a acercarse a Vera

(12) 23 de Marzo.

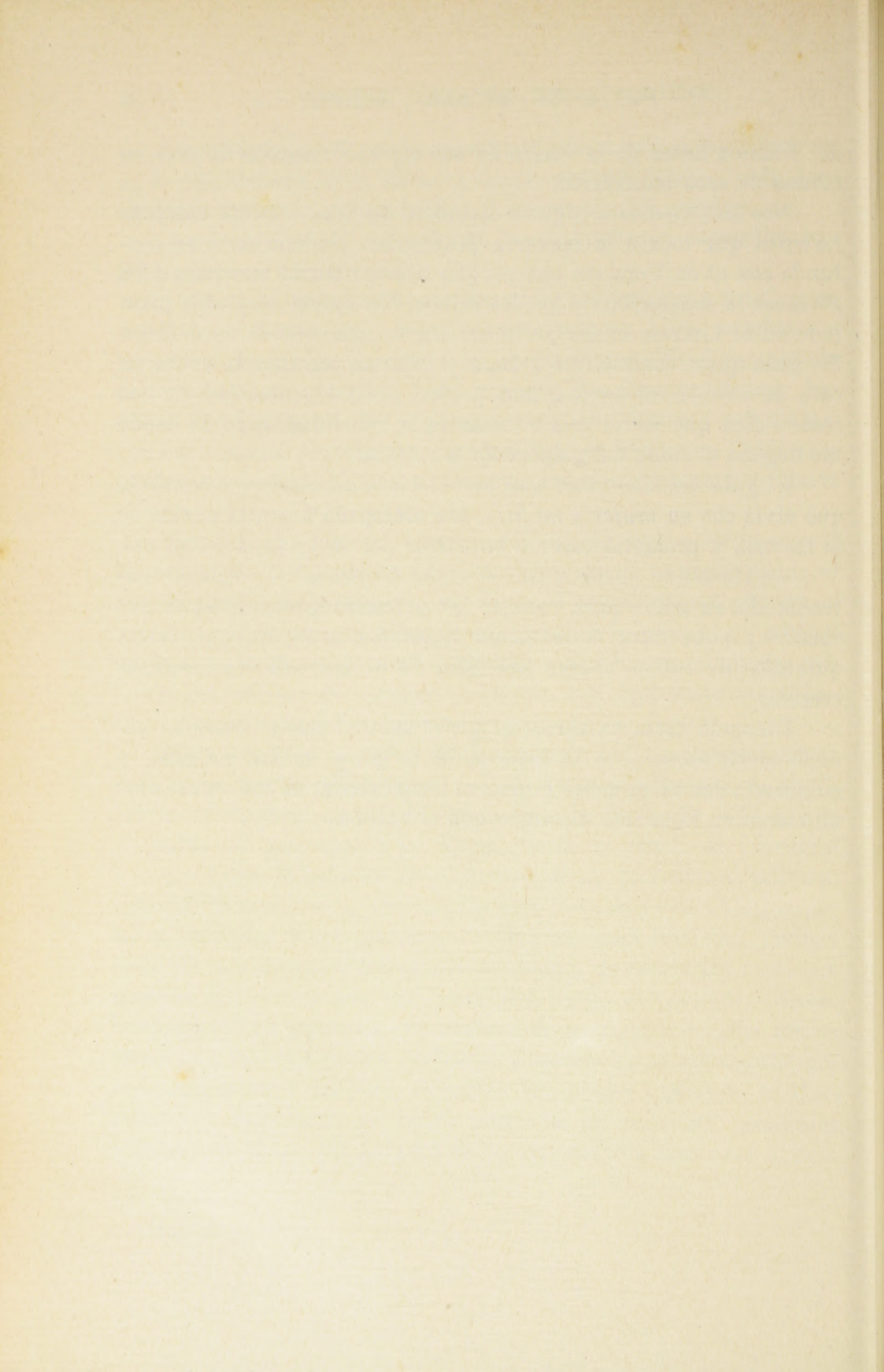
del Bidasoa antes de la vuelta de sus espías, temeroso de caer en manos de esos bandoleros.

Nos hallábamos a alguna distancia de Sara, última aldea de Laburdi que toca a la Navarra peninsular. Su territorio se confunde con el de Vera sin que ningún límite natural marque en los Pirineos la separación de los dos reinos. Un mojón de piedra plantado en el Larrun *divide políticamente lo que unió la naturaleza*. Mi guía quiso conducirme a Sara y dejarme durante la noche en casa de uno de sus espías, mas preferí pedir hospitalidad en una casa vecina que yo no veía a causa de la *oscuridad*, pero de donde me llegaba el ruido del golpear en la retama.

El guía me hizo saber que pertenecía a un *aldeano* acomodado que vivía con su *mujer* y su *hijo*. Me acompañó hasta la puerta de la morada y prometió *venir a buscarme* por la mañana temprano.

—¡ Hermosa noche para el contrabandista! —exclamó extendiendo su mano para recoger las primeras gotas de agua que caían— ; ¡ que dure la tormenta hasta mañana para que veinte quintales de *salitre* entren sin falta en el polvorín de los insurrectos!

Diciendo estas palabras, el guía, apático hasta entonces, pareció electrizarse ante la idea de la fatiga y de los peligros, y golpeando dos veces sobre la puerta hospitalaria, se fué veloz como un ciervo en la misma dirección que el hachero.



III

EL VIEJO LABURDINO

El vasco ejerce noblemente la hospitalidad, sea individualmente, sea como pueblo. La historia ha conservado el recuerdo del asilo concedido por la federación euskariana al célebre Corocota (1). Los vascones norteños sublevaron antaño toda la *Aquitania* para defender contra Ebroin (2), alcalde de palacio, a los señores de Neustria y de Borgoña que ellos habían acogido. Suintila el Grande, uno de los reyes visigodos más ilustres, no encontró en su infortunio otro refugio más seguro que el de los valles de Navarra, tan cruelmente arrasados por sus armas. Esta generosidad del carácter nacional se encuentra en las costumbres familiares del vasco. Es inaudito que el montañés haya cerrado su puerta al viajero y negado una hospitalidad pedida correctamente. Entre sus ideas nada tan sagrado como la persona de su huésped, no permitiéndose nunca una curiosidad indiscreta. Desde que os haya dado sitio en el hogar patriarcal y tendido la mano en señal de amistad, cualesquiera que fueren los peligros que os amenacen o la enemistad que os persiga, podéis contar al precio de su fortuna y de su vida con la protección inviolable que cree deberos. Pero para ganar la protección del vasco, provocar su confianza, excitar su franqueza natural, no hay que decir nada que choque con el

(1) Insurrecto del tiempo de Augusto. Dion Casio, libro 56, según la edición alemana de Tafel. Chaho lo tomó del Sanadon, pág. 103.

(2) El año 657.

sentido profundo del montañés (3) ; sobre todo, no hay que herir la dignidad de un hombre libre al cual el sentimiento, o, si se quiere, el prejuicio de su nobleza original permite raramente ver su igual en un extranjero. Dedico este pequeño párrafo de mi relato a ciertos escritores franceses del Sur, detractores de la hospitalidad euskariana.

Al golpe del guía en la puerta de la vivienda laburdina, cesó el tajar la retama y *un joven* aldeano franqueó la entrada. Avancé hasta el *padre* saludándole con un *Gau hon Etxeko-Iaona*, o «buenas noches, señor de la casa» (los jefes de familia reciben todos este título). El *anciano* me devolvió el saludo y reanudó gravemente su trabajo. Estaba yo demasiado hecho a las maneras vascas para inquietarme por tal recepción. El vasco no ha adquirido la prontitud de ingenio y la aparente espontaneidad de cortesía que esconden, bajo rientes manifestaciones externas, indiferencia egoísta e insidiosa falsedad de sus detractores. Todos sus movimientos salen del alma y sus ideas siguen a los hechos exteriores en orden de sucesión poética. Entregado a la realidad del sentimiento y de las emociones, vive, por decirlo así, su vida propia sin experimentar ese vacío profundo que la prodigiosa actividad de una existencia ficticia y de una sociabilidad convencional no sabrían llenar en los bárbaros más educados. El vasco es hombre natural y verdaderamente social. El instinto de la virtud regula su libertad indefinida, y cuando situaciones violentas no han irritado su indomable valor o sublevado terribles pasiones, se muestra en calma, meditabundo, contemplativo.

Encontré natural la conducta del viejo laburdino y no me cuidé de aparecer sorprendido o impacientado. Me crucé tranquilamente de brazos recorriendo con la vista una bella colección de instrumentos aratorios suspendidos en los muros. Mis observaciones se detuvieron ante el *joven* aldeano y ante el *viejo*, quien a su vez lanzaba sobre mí sin volver la cabeza una mirada entrecortada que cualquier extranjero hubiera considerado como amenazadora. El fulgor de una antorcha de resina exageraba singular-

(3) Esta palabra se refiere siempre en esta obra a los vascos y no a los habitantes de la provincia de Santander.

mente la expresión de sus rasgos tristes como hacía resaltar la cara masculina y característica del *hijo*. La energía en la frente, la negrura en las bien arqueadas cejas y el reflejo de sangre que colorea e inflama la mirada del vasco, le darían aspecto duro y huraño si la regularidad de la nariz, la belleza del ángulo facial y la línea airosa del mentón no comunicaran al conjunto de su fisonomía un carácter dominante de nobleza, de franqueza y hasta de jovialidad. La cabeza del vasco, fuertemente construída, tiene analogía en sus partes superiores con la del águila y la de las aves de presa: ofrece las prominencias que Gall y su continuador Spurzheim han asignado por asiento a los instintos destructores. Los creyentes de la frenología no dejaron de buscar la prueba de esta inclinación al robo que se reprochó a los Laburdinos (4); pero, aparte de la autoridad tan sospechosa de las protuberancias, la acusación es gratuita y nada la justifica fuera de las antiguas incursiones de los vascos en la *Aquitania* (4 bis). Los francos, sus enemigos, los miraban como a los más audaces ladrones de toda Europa.

—Hay que convenir en que son ustedes ladrones altivos— decía un cortesano de la corte de Dagoberto a uno de los vascos que acudieron hasta Clichy (5) para jurar un tratado de paz con aquel monarca.

—Dices verdad —le respondió el jefe montañés—, porque no tememos robar el Béarn, el Bigorre y toda Novempopulania a tu amo.

Los euskarianos ejercían sin escrúpulo, a título de represalias, el derecho de guerra y de conquista aportado del Norte por los bárbaros.

Tales eran mis pensamientos mientras el Laburdino golpeaba su retama sin romper el silencio y sin ocuparse más que para dirigir un vistazo inquisidor sobre mis botas cubiertas de barro o sobre *mi traje medio militar y medio civil*. La poca prisa del anciano tenía otro motivo de que yo empecé a darme cuenta, cuando oí a su *mujer* barrer con viveza la cocina, arreglar la vajilla y

(4) De ahí la etimología Lapurdi, ladronera.

(4 bis) Lo que olvidan quienes afirman que nunca hemos sido un Estado conquistador.

(5) Véase cap. IV, sobre la nota 17.

soplar el fuego. Veía de lejos sus idas y venidas por una puerta en que se detenía furtivamente para examinar al huésped desconocido. En cuanto terminaron los preparativos para una recepción correcta, el Laburdino echó al lado el instrumento de su trabajo y tomó por fin la palabra dirigiéndose al principio *a su hijo*, como para familiarizarme con el sonido de su voz.

—¡*Dominika!* (6), da de comer a esas vacas. ¡Qué horrible tiempo hace! ¡Invierno lluvioso deja mala cola! Me parece oír el trueno... Espero, señor, que no tendrá ganas de salir de mi casa, tan de prisa como ha entrado en ella.

—No, a fe mía —repliqué jovialmente—, si le place ofrecerme un sitio en la cocina, para secar mis prendas de vestir y un lecho cualquiera para dormir.

—Pues es lo que vamos a pedir a la *etxekanderea* —terminó introduciéndome en la cocina.

Saludé respetuosamente a la *Etxekanderea* —señora de la casa—, cuya figura agradable conservaba todavía vestigios de antigua belleza. Respondió a mi *agur* con un gracioso *ongi-etorri*, o «bien venido». El viejo Laburdino supuso tal vez que íbamos de prisa en nuestro conocimiento y nos recordó gravemente las fórmulas de etiqueta :

—¡Señora! —exclamó—, ¡he aquí un Suletino que viene a pedirnos hospitalidad para esta noche! ¿Accedes a concedérsela?

—Será lo que plazca al amo —repuso con la misma naturalidad, pero más seria que la primera vez.

—En este caso, señor, tenga la bondad de sentarse—, agregó el viejo vasco ocupando el sitio del rincón, con el cual no juzgó correcto honrar al joven desconocido.

Yo me preguntaba si la familia laburdina retrataba o no a Filemón y Baucis (7) mejor que a Abraham y Sara. El Laburdino fumaba su pipa en tanto que la vieja vasca hacía los preparativos de la *cena*. En cuanto estuvimos en la mesa, alabé la limpieza del servicio, la finura de la ropa blanca, la blancura y ligereza vaporosa del pan, y otros detalles no menos interesantes para mi

(6) a, sufijo aquí de nombre de varón, como luego en Sabino Arana.

(7) Personajes griegos de un poema mitológico de Lafontaine.

apetito. Era hallar el flaco de la dueña del alojamiento. Los elogios con que ensalzaba el gusto perfecto de las vascas, su amabilidad para hacer los honores de la casa y el aseo proverbial, acabaron de granjearme su benevolencia. Nos servía de pie sin tomar parte en la cena. El Laburdino notó que yo tenía tanto placer en hablar como en comer y no desvió ni un instante la conversación del sesgo que me complacía en darla.

—Sabed, señor Laburdino —le dije—, que vivo en París desde hace varios años. De todas las cosas de mi país natal, ¿cuál creéis que eché más de menos?... ¡El agua! ¡Cuántas veces en los cafés espléndidos de la gran ciudad suspiré por el agua viva y fresca de nuestras peñas! Me alteré hasta llegar a la fiebre y soñaba por las noches (7 bis).

El Laburdino rió a carcajadas mi entusiasmo por el agua de manantial o de torrente.

—Por lo que se refiere al agua, gracias a Dios —observó—, la nuestra es clara; pero temo que en cambio soñéis esta noche con el vino de Francia, porque el que tengo el honor de ofreceros es malo.

—Sepa que soy un cántabro de buena cepa, un verdadero euskariano que observa la ley y no hace ningún uso de ese líquido traidor, cuyo exceso embrutece al hombre abreviándole la vida. No bebo nunca vino.

El anciano se quedó perplejo:

—¡Por San Pedro! Haces bien y dices verdad, joven. Vivirás mucho tiempo como nuestros antepasados y no traicionarás tus secretos.

Mientras me hablaba de aquel modo con la brusquedad más amistosa, su mujer ponía el *postre* sobre la mesa y se sentaba al lado de su esposo, como es costumbre entre nuestros aldeanos.

—Señor Suletino —me dijo—, ved esta buena mujer que *habla* cuando quiere mejor que un libro, que canta como un serafín y que fué en su tiempo una de las más bonitas jóvenes de todo Laburdi.

(7 bis) Ya conozco yo algún paisano que suspiró por la misma falta en el extranjero.

El buen vasco, al hacer así el elogio de su mitad, creyó retrotraerse al tiempo muy lejano de que hablaba con tanta efusión.

La charla recayó sobre la agricultura y dejaré hablar al viejo :

—Los franceses nos reprochan el estar atrasados en el gran arte de cultivar la tierra y el permanecer obstinadamente sujetos a los usos de nuestros antecesores. Estimamos esas costumbres tradicionales, porque son las mejores ; pero el gascón es frívolo y vano en sus palabras y no profundiza la razón de las cosas. Un señor se burlaba un día delante de mí de las pequeñas carretas rechinatoras que empleamos en las montañas y censuraba sus ruedas cortantes y el ruido agudo que provocan. Le dejé decir. ¿Para qué iluminar al tonto sobre un asunto, cuando la ligereza y falsedad de su espíritu le inducen a error? Me contenté con responder que los carros de nuestros padres eran así y que nosotros no tenemos la pretensión de ser más cuerdos que nuestros progenitores. Aquel francés consideraba a los vascos como salvajes. En cuanto a las carretas de que hablaba, sus ruedas son cortantes para poder penetrar profundamente en la tierra arcillosa, circunstancia ésta sin la cual resbalarían —no sin riesgo— sobre las pendientes escarpadas que nos vemos obligados a recorrer. El eje está construído de manera que rinda un chirrido penetrante y continuo a fin de que cuando dos boyeros caminen en sentido contrario sin verse por senderos estrechos y tortuosos, el que asciende se pare para esperar a que el otro descienda y le cruce. Estos pequeños vehículos podrán ser tachados de no poseer el mérito de la elegancia y de que el sonido que rinden es desagradable, importuno ; pero sus defectos aparentes han sido calculados con buen sentido y reflexión ; y lo que es más útil y más conveniente es siempre más perfecto.

—*Zahar ele, Zuhur ele* o «palabra de anciano, palabra de cuerdo». Cuando el genio de los hombres libres, agudizado por la necesidad, se ha ejercido durante una larga serie de siglos sobre algún objetivo, al círculo de sus descubrimientos falta poco para quedar cerrado. Aplico esto a la agricultura, que es la más natural y la más respetable de las artes, siendo desde el origen de los tiem-

pos la primera ocupación de los patriarcas euskaldunes, como lo prueban los nombres significativos aplicados por nuestros antepasados a los diversos meses del año :

Urtarill : luna que comienza el año.

Otsill : luna de lobo.

Epail : luna de corte o poda.

Jorraill : luna de escarda.

Ostaro : estación de las hojas.

Ekain : exaltación solar.

Uztail : luna de las cosechas.

Agorril : luna de estiaje.

Urailla : luna del laboreo.

Urrill : luna de lluvias.

Azill : luna de siembra.

Lotazill : luna de sueño.

Tuve cuidado de citar estas denominaciones del calendario vasco en dialecto laburdino.

—Va para cincuenta años —exclamó el viejo— que repito esos nombres sin haber puesto atención en su valor expresivo y en la consecuencia que de éste puede derivarse. Me apercibo que no es usted extraño a la ciencia de los magos (*azti*), que explica el por qué de cada aserto. Yo, aunque de edad avanzada, he visto poco y he aprendido menos, o según el proverbio vasco, *guti ikusi, guti ikasi* ; no obstante, sostengo que los vascos entienden la agricultura tan bien como cualquier otro pueblo del mundo. La de los franceses ha sido hasta estos últimos tiempos un trabajo de siervo y esclavo ; pero va perfeccionándose cada día. La nuestra llegó desde hace mucho tiempo a un punto en que no podría modificarse sin decaer, porque está perfectamente apropiada al terreno. La comparación de los instrumentos aratorios es decisiva a nuestro favor, pudiendo los nuestros servir de modelo a los franceses, si llegasen a conocerlos y a apreciarlos. Un segador vasco hará él sólo, desde que sale el sol, más trabajo que cuatro normandos. ¿ Por qué ? Porque la guadaña del euskeldun es de estructura más sabia y más ligera. Los franceses uncen sus bueyes en el *cuello*, perdiendo así la mayor parte de la fuerza de este animal, la cual reside en la ca-

beza y en los músculos del cuello. El yugo de que los vascos se sirven para fijar una pértiga muy sencilla, es una pequeña obra de arte. Los bueyes, obligados a bajar la cabeza, tiran con más ardor y menos fatiga. Un niño con un aguijón basta para dirigirles, haciéndose más recto el surco. No es eso todo: el arado del vasco es ligero y la movilidad de la reja del arado, que pasa de derecha a izquierda según la dirección que se desea tomar, permite girar el surco con facilidad; en cambio, en la mayor parte de las provincias francesas, el labrador, después de haber trazado el surco de un lado, se ve forzado cada vez que va a empezar otro nuevo a ir a la extremidad opuesta del campo. He visto en Francia, pues fuí soldado de Napoleón, mil cosas tan torpes como esa y de las cuales no se dan cuenta.

Causó placer a este digno vasco cuando le comuniqué que un agrónomo inglés de los más distinguidos llamó a los vascos los primeros labradores del Occidente, y le conté la siguiente anécdota:

—Señor, usted y yo acabamos de comer algunos trozos de un pan de maíz alimenticio, fresco y agradable al paladar. Debo decirle que hace algunos años una respetable Academia de París trataba de averiguar por qué procedimiento químico podría conseguirse la fabricación de un pan de maíz. Todos aquellos sabios consideraban como muy difícil llegar a semejante resultado, cuando cierto diputado por los Bajos Pirineos lo supo y se vanaglorió de resolver el problema antes de los quince días. Escribió en seguida a Bayona e hizo le mandaran por la diligencia una soberbia panificación de maíz con peso de treinta libras, la cual fué depositada solemnemente en la secretaría de la Academia agrícola. ¡Hubo convocatoria extraordinaria y aclamaciones de admiración! La sociedad decidió por unanimidad que se concediera una medalla al inventor y que el descubrimiento se publicara en todos los periódicos. «¡Señores! —dijo al fin el malicioso diputado—: el apuro o dificultad consiste en saber a quién se ha de conceder la medalla si se tiene en cuenta que durante las tres cuartas partes del año los labriegos de mi departamento se alimentan con este pan, sin que yo pueda precisar desde cuántos siglos lo vienen hacien-

do...» La Academia, mordiéndose los labios con despecho, gustó, no la broma, sino el pan de maíz, reconociendo que era bueno, perfecto. La chanza era aún mejor...

La vieja vasca, viéndonos entregados a estas disertaciones, se retiró a preparar mi cama. A su regreso, volvimos a ocupar nuestros sitios alrededor del hogar. Hay una noble costumbre a la cual el vasco nunca falta, y que consiste en invitarnos a su mesa prestándonos la más generosa acogida antes de inquirir el motivo que os condujo a su casa. El montañés se entera con placer de las noticias de los países lejanos y considera como buena suerte la llegada de un forastero cuyas interesantes conversaciones cautivarán su velada, pero ejerce demasiado dignamente la hospitalidad para hacerla pagar a sus huéspedes con la confidencia de sus asuntos personales.

Algunas preguntas baladíes habían tan sólo traicionado la curiosidad de la Laburdina, para saber con qué fin me hallaba errante durante la noche y tan cerca de la frontera de España. Dije en varias ocasiones que llegaba directamente de París, y esta declaración fué suficiente para permitir conjeturar la verdad. El Laburdino evitó promover, aun indirectamente, la confesión que yo creía deber a tan buenas gentes y que no vacilaba en hacer. La vasca, al saber que en rayando el alba vendría un guía para conducirme al teatro de la guerra, lanzó una exclamación de temor.

—Mujer —le observó el anciano estoico—, ¿a qué esas muestras de sorpresa? Nuestro huésped no te ha hecho partícipe de sus proyectos a fin de conocer tu opinión sobre los mismos. En cuanto a vos —agregó dirigiéndose a mí—, seguid vuestra suerte, porque os alcanzará en todas partes y no os acaecerá sino lo que deba ser. Cada cual tiene su hora. He visto más de un campo de batalla, he seguido al emperador a través de los hielos de Rusia, y moriré probablemente en el lecho de mi padre y de mi abuelo.

Admiraba yo en boca del Laburdino la expresión poética de su fatalismo religioso. Le veía exaltarse al recuerdo de Napoleón, a cuya inmensa gloria debe Francia el haber subyugado el genio de la *nacionalidad euskariana*. Bajo el techo del montañés se hablará durante mucho tiempo de aquel hombre extraordinario, del

mismo modo que se habla aún (8), después de tantos siglos, de Anníbal, de Pompeyo y de Sertorio.

El Laburdino, deseando reparar el apóstrofe un poco duro que dirigió a su esposa, y tal vez deseoso de hacerla brillar en aquel talento de *hablar* con gracia que había ensalzado en ella, la interpeló muy amistosamente con un ¡*Etxekanderea!*... Encendió su pipa viendo que aquel título adulador producía efecto en el amor propio femenino, y terminó su frase como en las *Mil y una noches* :

—Cuenta a nuestro huésped uno de esos *Elezar* que relatas tan bien.

La palabra *Elezar* se traduce por «vieja palabra» o «viejo relato» y designa las fábulas cosmogónicas de que se compone la literatura tradicional de los montañeses. La vasca sonrió ante el ruego de su marido y, deteniendo el huso que daba vueltas entre sus dedos, hizo memoria. El «*etxeko-iaun*» continuó :

—Para mí fué siempre muy jocosa la extravagancia de aquel hombre que subía desnudo al tejado de su casa para saltar al patio a enchufarse los calzones que un criado le tendía desde abajo. Me gusta también la historia de aquel hijo de molinero que hizo fortuna vendiendo a los *tártaros* una hoz, un gato y un gallo. (Los vascos dan el nombre de *tártaro* a los celtas de la primera invasión (9), designándoles aún por el de *begibakar*, que equivale perfectamente a *cíclope*.)

—Todos esos cuentos son muy pueriles —replicó la vasca—, y nuestro huésped ha debido leer algunos más interesantes en sus libros..

(8) Aunque no bajo los techos de los labradores.

(9) Vinson creía que esta forma antropomorfa de la superstición no es sino el «*reksasa-hidou*», el «mal genio» de la Mandchuria; el «*cíclope*» griego, el «*gigante*» británico, el «*ogro*», el «*búlgaro*» de la edad media, el «*tártaro*» polaco. Suponen otros que ese ser mitológico de forma humana tomaría su origen en los antiguos recuerdos que la población ha conservado de individuos excluidos de la sociedad, fuera de la ley común, parias, tal vez trogloditas o habitantes primitivos de las cimas forestales.

A este semisalvaje que ocupaba en la imaginación popular un puesto próximo al del espíritu maligno desde la cristianización de los Vascos, se le atribuía una hija descrita también bajo figura humana y conocida con el nombre de «*Basa-Andrea*», literalmente «*Dama de los Bosques*», cuya existencia reconocían los pastores de las cumbres solitarias. (Berraondo).

—Pero no guardan menos sentido profundo —añadió su esposo—, porque recuerdan que los euskeldunes, nuestros antecesores, enseñaron a usar calzones a los hombres venidos del Norte, así como a segar trigo, a tener casa y a conocer las horas ; y si es que se buscan narraciones más serias, mi mujer las sabe tales que nuestro huésped no leyó nunca más maravillosas ; las metamorfosis del *Corcel Blanco* o *Zaldi Txuri* ; la fábula de la *Joven y del Toro de Oro* o *Urrezko Txala* ; la del *Huérfano*, la del *Pichón Azul* y la de la *Gran Serpiente* o *Eren Suge* (10). Con esta última alegoría comienzan mis *Paroles d'un Voyant*, que debe consultar el lector si se interesa por nuestras fábulas cosmogónicas y sus relaciones con las teogonías orientales.

—Te olvidas de que estas alegorías son muy largas y que nuestro huésped tiene prisa para irse a descansar —terminó la señora.

Decía la verdad. No me contenté con guardar un silencio significativo y alcé hacia ella mis ojos fatigados, sonriendo de modo que comprendiera que su observación era exacta y que se la agradecía. Soltó su rueca y se levantó al punto para encender una vela. Su marido tomó la luz y me condujo a la habitación que se me había preparado. Noté que la buena señora había tenido la pequeña vanidad de poner en mi cama sábanas que no eran las menos hermosas de su lencería, y dije al esposo :

—Las telas más ricas de Holanda no podrían igualar en finura a la ropa blanca de mesa y lecho que los vascos fabrican en familia, y ello desde la época patriarcal. Los *tártaros* (11) se enorgullecen de su civilización ; pero pasará más de un siglo sin que ese pueblo haya adquirido la armonía de vida social y la elegancia de costumbres que distinguen a nuestros *compatriotas*. Conozco un provincia francesa en la que los aldeanos se visten con pieles de animales y comen la sopa en cavidades practicadas en sus mesas, teniendo por convidados familiares a sus huéspedes de corral. La cocina se convierte por la noche en dormitorio. El lecho ordinario se compone de un gran armario en que cada cual entra

(10) Dragón.

(11) Franceses.

por un agujero para tenderse sobre la paja ; de suerte que, si uno u otro se asfixia o se muere, hay que sacarlo por los pies.

—Señor Suletino : a usted le gusta la chanza y veo que habla de los Bretones. Los conozco y son un poco sucios y sarnosos, pero de alma bella. He visto muchos en los ejércitos y he encontrado en ellos lealtad, franqueza y valor. Son los hombres de Francia con los cuales el vasco simpatiza más y acaso los únicos en quienes busca amistad. Los Bretones hablan como nosotros un idioma distinto, pero que no ofrece analogía alguna con nuestros *Eskuara*. Conocía particularmente a un granadero famoso de esta provincia : se llamaba La Tour D'Auvergne. ¡ «Quisiera haber nacido vasco!», decía a menudo. Durante la guerra del 93, Harispe dió las primeras pruebas de valor temerario y de rara sangre fría que distinguen (12) a ese general del emperador. Diez mil cazadores vascos, tal como éramos entonces, serían más formidables para Zumalacarregui que cincuenta regimientos de línea.

—Señor Laburdino : si el gobierno francés, al intervenir contra Zumalacarregui, declarara una guerra de exterminio contra la *independencia de nuestra raza*, tengo motivos para creer que, *en lugar de avanzar contra sus hermanos españoles, los vascos de Francia no se retirarían ante una resolución atrevida, dictada por los intereses de su gloria y de su libertad* (13).

El efecto de estas últimas palabras fué eléctrico en el ánimo del vasco-francés. Los recuerdos mágicos de *independencia nacional y de los esplendores de la patria*, mezclados a mil imágenes confusas de porvenir sangriento y peligroso, se ofrecieron repentinamente a su espíritu, despertando como en sobresalto el patriotismo exaltado del montañés. Sus ojos se encendieron y las arrugas cubrieron su frente oscurecida como por nubes sucesivas. Tomó mi mano y la apretó fuertemente, pero se quedó silencioso. La idea borrascosa que sublevé en él, cayó en las profundidades misteriosas del alma, y su mirada bravía se desvaneció como los relámpagos sin rayo que brillan y se apagan en un cielo negro.

(12) Murió en 1853.

(13) Es difícil hallar una frase más nacionalista.

Al fin, el noble labriego se acercó a la puerta marchando hacia atrás.

—Buenas noches y buen despertar, señor Suletino —pronunció para marcharse soñador con la cabeza inclinada sobre el pecho y con paso grave y solemne...

Era más de *media noche* cuando el señor de la casa me dejó para unirse a su mujer. El vasco joven es fiel a la novia de su elección y, desde que el casamiento ha apretado los lazos formados por el amor, los esposos no se separan durante toda la vida, pasando del mismo lecho al mismo ataúd; costumbre conmovedora por su sencillez y que recuerda la fidelidad natural y la unión instintiva de ciertas especies de pájaros y otros animales. Me instalé en las sábanas blanquísimas de mi cama, que conservaban perfume de pradera y me dormí para soñar en insurrección, combates, *independencia*...

Me despertó un canto *matutino* cuyos giros sonoros me anunciaban un aire vibrante y puro en la aurora de un hermoso día de primavera.

Jeiki, jeiki etxenkoak,
Argia da zabala ;
Itxasoti mintzatzten da
Zillarrezko trunpeta
Bai ta ere ikaratzten
Olandesen ibarra.

Levantaros, gentes de la casa,
El día luce en plena luz ;
Del Océano brota el son
De la trompeta de plata
Que hasta hace estremecer
A la orilla landesá (14).

La voz se detuvo cuando abrí una ventana que daba al cercano de la casa. El día (15) comenzaba a puntear y tuve alguna dificultad en reconocer a Xangarín que había cambiado de traje: una boina usada sujetaba sus largos cabellos recogidos por detrás; su pantalón ancho y su chaqueta de tela blanca estaban salpicados de barro; un enorme palo en la mano y su calzado ferrado completaban la indumentaria nocturna del jefe contrabandista. Se ponía de manifiesto que Xangarín, guiando la marcha de su banda a través

(14) Quizá holandesa. Chaho recogió antes que Salaverri esta poesía; no lo dice el P. Estella en su «Historia Vasca».

(15) 25 de Marzo, miércoles, como se ve en las págs. 17 y 19 y al comienzo del diálogo del cap. V.

de la tempestad, no había pasado la noche tan pacíficamente como yo. Después que cambiamos un *agur* amistoso, me dijo a media voz con tono reposado que anunciaba al hombre interiormente satisfecho :

—Ha tenido usted una buena cena y buen albergue, después de lo cual se puede una vez privarse de lo demás. Para nosotros la noche no ha sido amable y hemos visto un fuego distinto al del cielo, ¡ *arraio*... !

El guía agitó sus grandes ojos y meneó la cabeza para dar más expresión al juramento.

—Es igual —siguió Xangarín tranquilamente—, todos mis *fardos* se hallan seguros y mis hombres se encuentran bien a excepción del *hachero* de ayer, que ha recibido una bala en lo alto de *la frente*. Por su culpa ¡ animal ! ¿ Por qué se encarnizaba como un toro contra el pantalón-rojo en vez de huir ? Aunque el hachero hubiera caído muerto en el sitio, su jefe no le hubiera hecho otra oración fúnebre... Los cristinos no están ya —continuó Xangarín en voz baja— ; los unos (16) se vuelven a Pamplona y el Pastor está en marcha con su columna hacia San Sebastián ; el brigadier realista Sarasa deberá hallarse en Vera esta noche o mañana por la mañana. El Larrun se ve libre en este momento. Salid lo más pronto, pues tenemos que ponernos en marcha.

Sin esperar mi respuesta, el guía cruzó de prisa la valla del jardín y enderezó sus pasos hacia el *camino* inmediato.

Las casas laburdinas se parecen todas y presentan por fuera el mismo aspecto. Una puerta cubierta de emparrado daba entrada al jardín por el oriente ; al lado, se elevaban colmenas protegidas por una techumbre. El patio, puesto, según es usual, en la proximidad de las abejas, se resentía de la ausencia de las muchachas, y me pareció descuidado. El jardín, al contrario, perfectamente cultivado atestiguaba los cuidados de la dueña. En uno de sus ángulos verdeaba un laurel ; los montañeses consideran aún este árbol como preservador del rayo. Los manzanos constituían el principal adorno del vergel y, sobre el seto de espino blanco bien tallado

(16) Será fácil determinar a qué tropas se refiere.

que formaba el cerco, los nísperos elevaban sus tallos de trecho en trecho. Más lejos se extendían los campos y diversos cultivos que completan el dominio patriarcal vasco, los aledaños de la casa, la *Etxaldea* que el labriego tiene tanto esmero en conservar intacto y en transmitirlo en herencia a sus hijos.

Mientras me entregaba a esta inspección respirando desde una ventana el aire fresco matinal, Xangarín, de pie y apoyado en su palo, me esperaba en el *camino*, inmóvil como una estatua. Pronto estuve vestido. El señor del dominio rural se había levantado del lado de su mujer, dispuesto a acompañarme. En vez del ferrado bastón de *níspero*, arma inseparable del vasco durante su juventud, tomó el Laburdino un *palo* largo de fresno *blanco*, cetro pacífico que los ancianos euskarianos llevaban en la mano durante las fiestas y diversiones públicas como símbolo de autoridad patriarcal. Se puso chanclos que aumentaban su talla inclinada por la edad y se cubrió con la dalmática negra, *kapusaila* o *eskapila*, cuyo *capuchón puntiagudo* y alas caídas, parecen haber servido de modelo al traje pintoresco de ciertas órdenes religiosas. He dicho ya, en otra parte, que el cayado y la mitra de los Obispos cristianos, pastores del pueblo, imitan el gran bastón y el tocado *solar* de los videntes ibéricos, y que el traje primitivo de estos aborígenes, se ha conservado en gran parte en los ricos ornamentos de los sacerdotes católicos.

El viejo abordó a Xangarín tuteándole familiarmente y, a pesar de los *treinta años* con que contaba el jefe contrabandista, sus respuestas hechas con tono modesto y respetuoso eran testimonio de marcada deferencia; de tal modo el imperio de las costumbres nacionales, eleva entre los vascos la clase del labrador sobre todas las otras y presta veneración a la edad.

El *camino* que seguíamos nos condujo al pie del monte Larrun, entre las aldeas francesas de Sara y Askain. El anciano amonó el paso como para invitar a Xangarín a adelantarse. Nuestra última conversación se deslizó acerca de la insurrección vasca. El lector me perdonará que cite los principales rasgos de la charla a favor de algunas exposiciones históricas.

—Usted sabe, como yo, señor Laburdino, que los vascos re-

montan su origen hasta el patriarca Aitor y que todo aldeano de raza vasca, todo soldado ilustre, todo hombre libre, está reputado entre nosotros como noble hijo de Aitor, *Aitoren seme*.

—Es cierto —contestó.

—Le diré ahora que el nombre de Aitor es alegórico; parece ser el mismo que el Abraham (padre elevado, padre de la multitud) de los antiguos israelitas y árabes, y significa padre universal, sublime, y fué imaginado (17) por nuestros antecesores para recordar la nobleza original y la alta antigüedad de la raza euskariana.

—Nuestros antepasados —dijo el viejo—, fueron videntes y letrados, teniendo una multitud de adivinos y profetas, y el *Agnus* brilló sobre ellos durante la *edad primitiva*. ¡Sus hijos caminan en la noche oscura; son pecadores!...

Esta reflexión del Laburdino fué seguida de un instante de silencio.

—No ignora usted, señor Laburdino, que nuestros abuelos repoblaron España, Galia e Italia después del gran diluvio (véase la *Prüfung der Untersuchungen*, de G. de Humboldt, *ueber die Urbewohner Hispaniens*), y que los patriarcas, al formar su república *soldr*, improvisaron con la inspiración de Dios nuestra lengua *Euskara*, en la cual cada sonido es armonía, cada palabra verdad; y que, en fin, los vascos, distinguidos entre los pueblos de Occidente por el conocimiento de este *verbo* divino se llaman entre sí euskarianos, *euskaldun*, al mismo tiempo que dan el nombre de *erdera*, verbo imperfecto, *medio lenguaje* (17 bis), a los dialectos mixtos a las jergas tenebrosas de los pueblos extranjeros, sin exceptuar a las lenguas española y francesa.

—Todo esto es verdad —repuso el anciano, cuya atención cada vez era más intensa.

—Tal vez habrá usted oído contar la invasión de los pueblos del Norte y de los tártaros (18), que terminaron *la edad de oro* empezando para la humanidad *la era de sangre y de tinieblas* y el

(17) Véase la *Segunda parte*.

(17 bis) *Erdi-ara*, dando a *ara* la significación lengua que no vió Humboldt y que luego siguió Sabino Arana.

(18) Se refiere a los celtas.

reinado del genio malo. La conquista de los tártaros desposeyó a nuestros antepasados de su hermoso territorio y volcó en toda la Iberia los robles de sus *repúblicas federadas*. El país de los euskarianos, *Eskual-Erria*, que abrazaba primitivamente toda la Península Hispánica y una parte de las Galias, se restringió a las *siete* (18 bis) pequeñas provincias que los vascos ocupan todavía en los Pirineos Occidentales.

—Porque todo ello debía suceder— replicó el fatalista montañés levantando hacia el cielo los dos brazos que dejaban colgar las anchas mangas de su dalmática.

—Desde la invasión hiperbórea, diversos pueblos, tales como los celtíberos, los fenicios, los cartagineses, los romanos, los godos y los moros, han conquistado a su vez la España y, durante más de treinta siglos de combates, la *federación* euskariana, atrincherada en sus montañas, ha sabido defender contra las hordas bárbaras la *independencia originaria de sus repúblicas, sus costumbres y leyes patriarcales, los dialectos de su lengua primitiva y la gloria de su antigua nacionalidad*.

—También es cierto todo eso —afirmó el Laburdino con un signo, extendiendo el brazo para golpear la tierra con su *palo blanco*; porque el vasco no puede hablar sin gesticular, manifestándose al exterior la vivacidad de sus impresiones por la brillantez de voz y el juego continuo de una mímica expresiva que el movimiento de las pasiones convierte a menudo en teatral y pintoresca.

—Los navarros y vascongados se hallan hoy en armas al Sur de los Pirineos para defender contra los imperialistas de Castilla su *noble independencia* y la individualidad de nuestra raza primitiva y *solar*, bajo el mandato de un jefe libremente elegido, Zumalacarregui, y bajo la bandera *nominal* de un Señor y Rey, don Carlos.

—¡ Ah ! ya creía yo que eso fuera así —dijo con entusiasmo el viejo vasco—, y encontraba dificultad en creer los extraños rumores que se han hecho circular en nuestro municipio...

(18 bis) Y no seis, como ahora se dice sacrificando a Benabarre, tan grande como Laburdi y Zuberoa juntas y que al contrario de éstas llegó a ser un reino. No creo haya un solo benabarro que quiera desaparecer su personalidad en la Navarra que fué y no será.

—Un antiguo proverbio dice, con razón, que el hombre prudente jamás se ha engañado dos veces. Usted y yo, señor Laburdino, sabemos perfectamente *de dónde* proceden los ruidos embusteros que se tratan de propagar en nuestros valles.

Yo pronuncié estas palabras con aire misterioso elevando la mano hacia *el lado Norte*.

—Las hordas castellanas han hecho irrupción en Vasconia peninsular; el roble venerable, al pie del cual tenían lugar desde hace tres mil años las asambleas de la república, ha sido derribado. En su lugar, los cagotes han escrito en la *nueva lengua* esta inscripción digna de los bárbaros: **AQUI FUE GUERNIKA**.

—¿Será verdad?

—No habéis olvidado, sin duda, que Laburdi hasta la revolución francesa del 89, era una de las repúblicas de la *federación euskariana*. ¿Quiere decirme dónde se halló situado el roble de Ustaritz?, porque no he visto inscripción que indique el lugar donde los ancianos de esta región se congregaban en la primavera para formar la asamblea augusta del *Bilzar*, reunión de los ancianos del país.

El labrador dió dos pasos atrás.

—En verdad, joven —me dijo—, no sé si es el ángel de la patria o el espíritu tentador quien te ha dictado esas atrevidas palabras... acaba...

—¿Sois elector?

—Nada soy, como tampoco mis iguales, respondió el viejo vasco, con una sonrisa irónica.

—Señor Laburdino. Nuestro país es una ruina viva que los vascos españoles tienen a la vista, para anunciarles la suerte que les espera, desde el día en que instituciones opresoras logren abolir, al Sur del Bidasoa, la república secular de los hijos de Aitor. Todo pueblo que renuncie a su nombre está borrado de la historia y arrastra el destino de los vencidos. Un siglo más, y los aldeanos libres de Laburdi, que se titulaban señores nobles de sus casas, no serán sino colonos y siervos de los hombres de finanzas que trabajan sordamente en la usurpación social bajo la capa de la

justicia, siendo más peligrosos que los antiguos bárbaros cuya hacha feudal vino otrora a quebrarse contra nuestras peñas.

El Laburdino caminaba con paso desigual que denunciaba la agitación de sus pensamientos; su cabeza se movía de un lado a otro con la *capucha* terminada *en punta* y, con frecuencia, lanzaba sobre mí miradas bravías. Se acercó a mí.

—Agustín —llamó con voz concentrada inclinándose a mi oído, que caldeaba con su aliento—; lo que acabas de decir lo pensé yo hace tiempo, pero el día en que esta triste luz haya brillado para todos los espíritus será mejor llevar en el País Vasco una boina de aldeano que un sombrero de elector burgués (19).

—¿Qué dice usted? La clase de hombres, de que hablábamos hace un momento, tiene para ella, la ley que ella misma ha hecho, secundada por los que arrastran sables comprados por su oro y bayonetas cien veces más numerosas que lo que hace falta para exterminar hasta el último de nosotros.

—¿Aquí bayonetas? —preguntó el montañés irguiéndose como un viejo ciervo perseguido por los perros.

En vez de contestarle, le di un golpecito en la espalda y tendí la mano. Mi gesto silencioso le indicaba una casa solitaria de Sara, cuya entrada acababa de abrirse al sol naciente. En el umbral de la morada laburdina se mostraba de pie un soldado francés que era reconocido desde lejos a causa de su pantalón rojo. Al mismo instante, una nube vaporosa veló el sol a medias y extendió sobre las colinas una sombra de tristeza.

Noté por primera vez sobre los rasgos abatidos del Laburdino las fuertes señales de su avanzada edad.

No vacilo en confiar al lector nuestras conversaciones. Nuestros pequeños aires de conspiradores le parecerán de lo más inocentes. Este *patriotismo exclusivo* al cual el carácter vasco debe toda su poesía, parecerá muy estrecho a los sublimes genios de la prensa actual, los cuales desde hace mucho tiempo olvidaron su aldea

(19) Según me comunica Mr. Henri Gavel, en aquel tiempo sólo eran electores en Francia los que pagaban cierta cantidad mínima (en concepto de impuestos directos), llamada *cens électoral*. El pueblo suprimió esa exclusión electoral de los pobres mediante la revolución de 1848.

natal y cuya patria se extiende tan lejos como sus vastas concepciones y sus magníficas teorías gubernamentales. ¡ Esos políticos franceses tendrán lástima de nuestro anhelo de *independencia* y de nuestros votos de *nacionalidad* para lo futuro!

Evitaré al lector los adioses cambiados con el Laburdino. En cuanto el honrado hombre volvió la espalda, le seguí con la vista durante algunos instantes. Sus piernas adelgazadas se cubrían con medias de lana parda, cuya bordura se alargaba al caer sobre los chanclos, como en el indumento gótico que se ve al pie de la columna trajana. El corte del traje tenía algo de monumental. He visto muchas veces durante el invierno en lo alto de las colinas tapizadas de nieve, hacer su aparición a un vasco cubierto con dalmática, semejante a un negro fantasma, y descender gravemente la cabeza y las orejas envueltas en un capuchón triangular, sin dejar ver más que su nariz aguileña, los ojos brillantes y su barba velluda. Siempre me llamó la atención el aire austero del montañés y su andar imponente.

IV

EL LARRUN

Me uní con el guía al pie del monte Larrun en momentos en que aquél pataleaba de impaciencia, diciendo :

—Le creía a usted con cierta inclinación a conversar con las jóvenes, pero no hubiera jamás sospechado que la charla de un viejo aldeano tuviera tanto encanto para usted.

—El motivo de nuestro diálogo le hubiera interesado, Xangarín, porque hablábamos de abolir la aduana en estas fronteras.

—Muy bien, pero en tanto que ese hermoso proyecto se cumpla, le advierto que los aduaneros acaban de salir corriendo de Sara y suben en este momento por el Larrun del lado de la aldea con intención de cortarnos el paso. Hemos sido vistos. Supongo que no tendrá usted ningún deseo de ser interrogado, registrado, confrontado, y después conducido muy cortésmente a Bayona entre dos gendarmes. De modo que ¡ buen pie y buena vista ! : llevamos sobre esos lebreles diez minutos de ventaja y no se trata sino de correr.

Y corríamos. La liza era dura, pero llegamos los primeros a la cumbre y los aduaneros tuvieron que volver sobre sus pasos abandonando la caza. Un águila agarrada a una peña hizo oír su grito salvaje, emprendiendo el vuelo a nuestra proximidad. La noble ave trazó una circunferencia que se ensanchaba a cada vuelta para después terminar rápidamente su ascensión. Tal fué el vuelo de tu gloria, ¡ oh Zumalacarregui !, hasta el día en que la flecha te hirió en el cielo donde planeabas.

Yo quería correr de un tirón hasta Vera, pero Xangarín me detuvo :

—¡ No tan deprisa ! Los cristinos están quizás en el pueblo ; y además, los canallas peseteros no tienen nunca prisa en marcharse y, aunque no quedaran más que algunos en las tabernas, le pondrían a usted desnudo como un gusano y le harían sentir la punta de sus cuchillos. Espere aquí a que yo vuelva.

El consejo era persuasivo y no vacilé en seguirlo. El guía salió para Vera.

El Larrun dominaba un extenso paisaje, tal vez el más hermoso de los Pirineos Occidentales, tan ricos en panoramas pintorescos. Al mediodía, la Navarra peninsular, cuyos valles se suceden huyendo hasta el Ebro ; al Norte, las tres provincias de la Vasconia francesa, y Bayona, Pau, las Landas ; al oriente, la cadena de los Pirineos cuyas cimas gigantescas, semejantes a titanes, se elevan y se aglomeran por millares como para escalar el cielo ; al oeste, las costas escarpadas de las Vascongadas y la inmensidad del Océano. La claridad de un bello día me dejaba percibir a pesar de la distancia el lejano puerto de Bilbao (1) y distinguía, siguiendo el litoral, Guetaria, San Sebastián, Pasajes, Fuenterrabía y la isla de los Faisanes, llamada isla *de la Conferencia* desde el famoso tratado de los Pirineos al que van unidos los nombres de Luis de Haro y Mazarino y la entrevista de los reyes en ocasión del casamiento de Luis XIV con la infanta Ana de Austria. Veía correr el Bidasoa al salir de Navarra hacia el golfo y separar de Guipúzcoa el territorio laburdino. Ese río sirve de límite a los dos reinos de España y Francia. Tenía a mis pies Laburdi que acababa de cruzar y cuyas treinta parroquias podría contar. Ustaritz y Hendaya me recordaban dos épocas bien distintas de la historia de los vascos norteños, sus guerras contra los franceses y sus expediciones marítimas. (Gregorio de Tours, Fredegario, Aimoin, Fortunat, la crónica de Moissac, la Vida de San Emiliano del Biclarense, la crónica de Víctor de Turnon, la gesta de Dagoberto, la gesta de los Francos, las Vidas de San Julián de

(1) Quizá el Machichaco.

Lescar, de Santa *Rictrudis* y de San Amando, la vida de Carlomagno por Eginardo, los poetas sajones, la vida de Ludovico, los Anales franceses, el *De rebus Pipini*, la crónica de San Uvandre-gisilo, los Anales fuldenses, la crónica de Adelmus, las Guerras de Aquitania por Sigeberto, la gesta *tolosana* de Nicolás Bertrand, la historia del Languedoc por D. Vaissette, la Noticia de Oihenart, la historia del Béarn por Marca y los Anales de Navarra de P. Moret.)

Hacía un siglo que España era presa de los visigodos. Atanagildo y Agila se disputaban la corona electiva desde Teudis, cuando los navarros conquistaron (2) Alava a los bárbaros y poblaron esa comarca con sus colonias. Belisario volcó en un día la monarquía creada en la costa de Africa por los vándalos fugitivos y Liberio restablecía a los romanos (3) en Andalucía. Los vascos saludaron desde lo alto de los Pirineos el regreso de sus antiguos aliados. Las victorias de Belisario y de Narsés y las leyes de Justiniano dieron al imperio un brillo pasajero. Los visigodos, amenazados por todas partes, convocaron una asamblea general en Córdoba y proclamaron por rey a Leovigildo, que fué el Carlomagno de esos bárbaros. Los suevos, amos de Asturias y Galicia, habían recobrado su independencia. Leovigildo los avasalló, venció a los imperiales (4) de Andalucía y, llevando la guerra a los vascos alaveses, les obligó después de veinte batallas a elegir entre la servidumbre y el destierro. Una colonia de vascones emigrantes franqueó los Pirineos y se estableció en la Navarra baja (5) cuyas lomas se suceden sombreadas

(2) Parece muy verosímil que bárdulos y caristios fueran vascos, aunque no vascones. (Véase el magnífico artículo «Vasconia», de D. Bonifacio Echeagaray, en la *Enciclopedia Espasa*).

Yo estimo que los bárdulos se extendían de Pasajes al río Deva, correspondiendo al actual dialecto guipuzcoano, y que los caristios vivían entre el río Deva y el Somorrostro, continuado éste hacia el Sur por la carretera de Mercadillo, Ocharan y Valmaseda, al Oeste de cuya línea vendrían los autrigones, que no serían vascos según la toponimia vizcaína. Suponer a los caristios solo en la vertiente Oeste del río Deva me parece poco razonable.

(3) Bizantinos o del bajo Imperio de Oriente.

(4) De Bizancio.

(5) Donde no haría sino densificar la ya existente población vasca. Vid. «Testimonios de la Historia clásica». Campión, 62.

por brezos entre las dos lindas provincias de Zuberoa y Laburdi.

El abate Biclár (6) transmite en su crónica un pequeño incidente que puede dar idea de la religión de los vascos en aquella época. La fama había extendido en Alava las amenazas de Leovigildo, y el senado de la provincia se trasladó a *Amaya* (7). Un anciano, cubierto con piel de lobo, se presentó en la asamblea, la cual reconoció en él a San Emiliano que, de pastor, se había hecho ermitaño para asombrar la Tarraconense con las austeridades de su penitencia. El viejo solitario, apoyado en su largo cayado, se paró ante el roble del consejo. Su aparición inesperada elevó en el *Bilzar* un murmullo de sorpresa y curiosidad. La frente calva del ermitaño se hallaba llena de arrugas de todo un siglo; su barba blanca como la nieve le caía hasta la cintura; el sueño de la sabiduría parecía haber cerrado sus ojos, sobre los cuales resbalara la inspiración. El silencio se hizo profundo. Emiliano iba a hablar. Tal vez trajera el santo desde la llanura alguna noticia que interesara a la libertad de los alaveses; quizás inspirado por el cielo, revelara los proyectos de Leovigildo. Nada de eso, porque San Emiliano acudía hacia los jefes vascones a acusarles de sus pecados y de la ley que permitía a los sacerdotes de Vasconia occidental sostener una agapeta (8), *barragana*, una camarera, *gelari*.

Los junteros alaveses se burlaron del sermón y riéronse a las narices del santo varón. Andeka, uno de ellos, invitó bruscamente a Emiliano a retirarse, diciéndole que la gran edad había debilitado su razón. El ermitaño, encolerizado, golpeó violentamente la tierra con su bastón, levantó la cabeza con altivez y mostró encendidos sus ojos.

—¡Anatema! —exclamó el servidor de Dios con voz terrible que hizo ondular su barba blanca.

Andeka palideció ante ese grito y, tambaleándose como herido por un rayo, cayó muerto... Tal es el relato de los crédulos de leyendas.

Bajo las banderas de Leovigildo combatían sus dos hijos

(6) Biclarense. Vid. Oyenart, pág. 23.

(7) El Amaya de Burgos está separado de la Alava actual. Amaya cayó en 754.

(8) Nombre dado en la Iglesia primitiva a las mujeres que vivían en la casa de un sacerdote. Véase el cap. X.

Hermenegildo y Recaredo y su vasallo el indócil Ariomiro, rey de los suevos.

Los alaveses resistieron heroicamente, pero la victoria traicionó los esfuerzos de los vascones. Iruña (9), cuyas ruinas ocupan un amplio circuito en Alava; Gasteiz, hoy Vitoria; Cantabriaga, edificado en una colina frente a Logroño; *Amaya* y otros pueblos menos considerables, fueron incendiados por los bárbaros. Pero a medida que el vencedor iba edificando de prisa una fortaleza al pie del monte Gorbeyo, los vascos iban abandonando Alava y cruzando los Pirineos para descender en masa a la *Novempopulania* (9 bis), seguidos de sus mujeres y niños.

¡Qué espectáculo el de una población desesperada que marcha al destierro, más terrible que la derrota, afilando las armas con que deberá afrontar otros combates para conquistar su nueva patria! Los historiadores fijan en el año 581 de *Cristo* el establecimiento de los alaveses en la Navarra baja, entre Zuberoa y Laburdi. De esta época datan las primeras invasiones de los vascones norteños en la *Novempopulania*, sometida a los francos. El rey Chilperico (10) envió contra ellos al general Bladaste. Gregorio de Tours, que no se presenta siempre tan avaro en detalles, dice, muy lacónicamente, que el duque volvió herido después de haber perdido la batalla y los dos tercios de su ejército.

El franco y el vascón, dignos rivales el uno del otro, libraron durante los años siguientes más de un combate encarnizado. El bárbaro tenía en su favor su talla de gigante; el euskariano su agilidad, su vigor. El primero lanzaba de lejos sus mortíferos arpones; el segundo, las jabalinas romanas; los dos usaban broquel redondo como arma defensiva. El franco arrojaba durante la refriega su hacha de hierro con mango corto; la del vasco, más corta, era de bronce y rara vez abandonaba su valiente mano. El vascón manejaba con destreza el sable ibérico, puntiagudo, ancho y de dos filos, que los romanos adoptaron para vencer a los galos y conquistar al mundo; el *ganibet*, especie de cuchillo de caza o de puñal sujeto al cinto por una vaina, completaba la armadura del

(9) O Trespuentes.

(9 bis) Gascuña o Aquitania tercia.

(10) Muere en 585.

vascón y venía a constituir el último recurso de su coraje para desembarazarse del bárbaro en lucha cuerpo a cuerpo. El montañés combatía vestido a la manera de sus antepasados: camisa de anchas mangas y brillantes corchetes, capa redonda sobre la espalda y desnuda la cabeza de cabellos flotantes. Cantos guerreros acompañaban su marcha rápida, y sus ruidosos clamores sembraban el espanto, precursor de la muerte.

Los vascos en la primavera del año 600 acabaron de conquistar la *Novempopulania* y pusieron una guarnición en Burdeos. Hacer una riza o caza general; tratar indistintamente a los animales domésticos o a los salvajes y suspender sus despojos en las ramas de los árboles; entregarse durante varios días a alegres festines en que bailaban los guerreros y cantaban los bardos; plantar en cada poblado el roble de la libertad, tal era entre los euskarianos la manera de hacer una conquista. (Mayerne Turquet) (10 bis).

Los reyes Teodoberto y Teodobaldo hicieron contra los vascos dos campañas consecutivas y la guerra terminó por un tratado de paz, que cedía a éstos, las provincias que conquistaron con la condición de que recibieran de los reyes francos un duque o señor para gobernarles, pero sin tributo. El primer *duque* de los vascos fué Genial, y a su muerte el rey Clotario (11) envió para sucederle un señor llamado Aginan, que fué *vergonzosamente echado* por los vascos, para proclamar un jefe de su raza, recobrando así su *independencia*.

El ducado de Vasconia fué comprendido nominalmente en el reino de *Aquitania*, erigido en favor del joven Cariberto para compensarle de la parte que su hermano Dagoberto (12) le usurpó en la herencia paterna. El rey de *Toulouse* (13), lejos de armar contra sí la *independencia* de los vascones, buscó el apoyo de los mismos y la alianza de su *duque* Amando, casándose con su hija Gisela, que era ya célebre por su belleza, aunque tan sólo

(10 bis) Théodore. Escribía hacia 1591.

(11) Clotario II, que logró la unidad merovingia en 614. Hacia 602 sucedía lo relatado arriba.

(12) Hijo de Clotario II, que subió en 622. Creó el reino de *Aquitania* en 629.

(13) Cariberto.

contaba quince años. El autor de la Vida de Santa Rictrudis (14) nos comunica que los señores aquitanos iban a terminar su educación y a formarse en el manejo de las armas a la escuela de los belicosos vascones. Varios de ellos se casaron con jóvenes vascas imitando con ello a su rey.

Escuchemos al ingenuo cronista: «Aldabaldo, favorito de Cariberto, se casó con Santa Rictrudis, hija de Lucía y Arnaud, de la raza de los vascones. Este joven señor estaba dotado de todas las ventajas de la fortuna y de las más bellas cualidades del alma, cultivadas por una educación esmerada. Se le comparaba al rey por su buen aspecto, y los encantos de Rictrudis cedían apenas a la gran hermosura de Gisela. Asuntos de familia obligaron a Aldabaldo a realizar un viaje a *Aquitania* poco después de su matrimonio. ¡Joven esposa, qué esfuerzos hiciste en vano para retenerle! ¡Cuán conmovedora tu despedida cuando, alarmada por negros presagios y con los ojos anegados en lágrimas, no podías separarte de sus brazos! ¡Agobiada por una visión fúnebre le creíste ya tendido en un camino desierto, ensangrentado y atravesado de heridas! Pero se fué...; cayó lejos de tí, víctima del hierro asesino... Entonces para quedar sola con tu dolor, buscaste la sombra y soledad de un claustro, y el venerable Obispo de Utrecht, al sujetar el velo en tu frente, poco ha deslumbrante de alegría y de amor, no pudo negar una lágrima a tu infortunio.»

El reino de *Aquitania*, formado de las provincias comprendidas entre el Garona y el Loira (15), estaba habitado por catorce pueblos célticos (15 bis) cuya independencia hacía sombra a los francos. Dagoberto atrajo hacia su corte al rey de *Toulouse* (16) y le hizo envenenar como a Chilperico, su hijo mayor. La reina Gisela se refugió en la casa de su padre llevando en brazos a Boggis y Bertrand, últimos frutos de su himeneo. El *duque* de los vascones presentó esos dos jóvenes príncipes a la asamblea de sus guerreros, y los montañeses juraron sobre el hacha de armas, ha-

(14) Modernamente D. Domingo Aguirre ha escrito su «*Auñemendiko Lorea*», que trata de la misma santa.

(15) *Aquitania segunda*.

(15 bis) Se les tiene por iberos.

(16) Cariberto en 632.

cerles restituir la corona. Dagoberto les envió en este intervalo un gobernador, el cual fué quemado vivo, e hicieron una incursión hacia el Loira. Dagoberto reúne en seguida todas sus tropas de Borgoña y las pone al mando del gran referendario Radoin o Chadoin, generalísimo bajo el cual *once* duques mandaban cada uno un cuerpo de ejército: Arembert, Almagre, Leudebert, Euvandalmore, Hunalderic, Hermeneric, Barante, Uvilibalde, EGINE, Flariarde y Ranlenius. El monje de San Gall escribe que el ejército francés tenía además en sus filas una infinidad de condes y de aventureros. Los Vascones marcharon al encuentro de los franceses llevando a su cabeza al viejo *duque* Amando, y perdieron una batalla. Chadoin continuó con ardor este primer éxito y, arrasando todo a hierro y fuego, según la expresión de un cronista, avanzó hasta el límite del ducado de los vascones en el valle de Zuberoa. Ahí los montañeses se habían unido y volvieron al combate con nueva furia para obtener una de las más brillantes victorias que hayan señalado contra los francos, el valor de los vascos norteños.

Sabían los bárbaros admirar el heroísmo y respetar el resultado de los combates. Dagoberto propuso la paz y el *duque* Amando (17) condujo a Clichy a los jefes de los vascones, quienes se negaron a presentarse ante Dagoberto en medio de su corte, y se dirigieron directamente a la iglesia de Saint-Denis donde de una y otra parte, fué jurada una paz que garantizaba la completa *independencia* de los vascos dentro de los límites de su ducado y restituía la *Aquitania* a los hijos de Cariberto a título, es cierto, de feudo procedente de la corona de Francia. Aquí los débiles fulgores de las crónicas se apagan en la profunda noche que envuelve a la historia de los reyes holgazanes.

Amando muere. Los vascones proclaman *duque* a Lupo I (Lupus o López, llamado *Ochoa* en la lengua de los montañeses). El sucesor de Lupo I fué Eudón o Eudes, nieto de Cariberto, que subió al trono de Toulouse a la muerte de su padre Boggis y transmitió el título de *duque* de Vasconia a su hijo Remistain.

No haré sino indicar la caída de la monarquía visigótica bajo don Rodrigo y la conquista rápida de España por los árabes-

(17) de Vasconia.

moros. El mismo estandarte reunió en la batalla de Tours (18) a dos jefes y dos pueblos rivales: los aquitanos y los francos; Eudes y Charles Martel. El rey de *Aquitania* murió en *Toulouse* al mismo tiempo (19) que Pelayo en Asturias. Tuvo por sucesor a su hijo Hunaldo. El exterminio de la familia de Cariberto y la conquista de Aquitania parecían haber constituido el pensamiento capital de la política de los *Carlovingios*. Los vascos fueron casi los únicos combatientes que tomaron parte en estas luchas gigantescas defendiendo contra los francos la nacionalidad de Aquitania y el trono de Cariberto, del cual los montañeses hicieron el baluarte de su *independencia*. Pero la fortuna favoreció a los *Carlovingios* (20) y desertó de la bandera meridional.

Los cronistas de Austrasia adictos a la familia Martel y únicos que nos cuentan de aquel tiempo, han puesto en el relato de las guerras de *Aquitania* la concisión más desoladora y la más insigne mala fe. Los romanceros de los siglos posteriores las han desfigurado con ficciones groseras; el romance de Guerin de Monclave y el de los cuatro hijos de Aymon son lo grotesco de esta parte de la Historia. Es fácil reconocer al rey Hunaldo o al duque Remistain en ese ridículo Ivon, príncipe de Gascuña, que llevan a ahorcar y que Roldan encuentra en hábito de religioso y montado sobre un asno.

¿Cómo podía el heroísmo aislado de los vascones haber servido de dique al torrente de los bárbaros guiado por conquistadores como Martel, Pipino y Carlomagno, el Bonaparte de los antiguos teutones?

Los vascos, tras el fin trágico de su *duque* Remistain y el de Lupo II, proclamaron a Lupo III, nieto de Waifaro (21), último de los reyes *merovingios* de *Toulouse*. El joven *duque* se había nutrido, con el jugo lácteo de su madre Adela, del odio más ardiente contra los *Carlovingios*, y los vascones no respiraban sino venganza. La expedición de Carlomagno a España les ofreció la

(18) En Cenon, cerca de Poitiers el 17 Octubre 732.

(19) Eudes murió en 735, y Pelayo murió por 737.

(20) Carlomán en el año 744.

(21) El Gaiferos del retablo de maese Pedro en el *Quijote*. Murió en 768 y había sucedido a Hunaldo.

más bella ocasión de que supieron aprovecharse: me refiero a la jornada de Roncesvalles. Algunos escritores franceses colocan esta batalla en el rango de las fábulas y la abandonan a los romanceros del siglo trece. Sin duda, la vanidad nacional es perdonable cuando no tiene nada de pueril, pero no hay que llevarla hasta el ridículo y el absurdo, como lo han hecho esos críticos oscureciendo el testimonio de los cronistas y poetas contemporáneos. Los euskarianos no escribieron nunca su historia, ¡y es curioso leer la que sus enemigos les han hecho...! Por no citar aquí más que la victoria de Roncesvalles, ¿no se atribuyen esa gloria los gascones del Garona y los castellanos del Duero? (22). Lástima que esta batalla, ganada por los vascos norteños y sus hermanos de la Navarra española, tuviera por escenario el valle de Roncesvalles, tan lejos de los castellanos y de los gascones en una época en que esos pueblos no existían aún!

El secretario Eginardo, que se presume escribió sus anales al dictado de Carlomagno, comunica que toda la retaguardia del ejército francés *pereció hasta el último hombre* bajo el hacha de los navarros. Sesenta años después, los cronistas franceses evitan el citar los nombres de los cortesanos que hallaron la muerte en esta batalla, diciendo que la fama los había ya publicado bastante en Europa. Entre ellos estaba Egiberto, gran maestro de la casa del rey y Anselmo, conde del Palacio.

El famoso Roldán, conde de Angers, terminó en Roncesvalles su carrera caballeresca. La tradición fabulosa hace saber que un vascón, tras vanos esfuerzos por hender su armadura, arrojó su hacha de armas, cogió a aquel paladín cuerpo a cuerpo y, como otro Hércules, ahogó entre sus brazos a este nuevo Anteo. Los romanceros franceses describen a Roldán sobreviviendo a la matanza de sus compañeros y de Olivier, que había caído a su lado, y nadando en sangre, lleno de heridas, tocando con desesperación su cuerno encantado cuyo son infernal, rechazado por el eco, hizo temblar a Carlomagno fugitivo por las planicies de la *Novempopulania* (23).

(22) Y muy frecuentemente a los moros.

(23) Al Norte de Benabarra, ya muy lejos de Orreaga.

La piedad de los navarros elevó la capilla de Roncesvalles, donde las cenizas de los caballeros franceses reposan en tumbas subterráneas. Los montañeses eligieron para sepultura de los guerreros más vulgares un terreno particular en que se entierra aún a los forasteros que fallecen al pasar el valle. Los navarros enseñan después de diez siglos al crédulo viajero, las verdaderas botas y la espada auténtica de Roldán (24). Trofeos menos sospechosos son las enormes osamentas recogidas en el espacioso llano que sirve de entrada a Valcarlos y que más de una vez el capellán de Roncesvalles vendió a peso de oro a los peregrinos de Francia como monumento curioso y prueba de la alta estatura de sus antepasados los bárbaros.

El monje de Saint-Fleurs declara que la derrota de Roncesvalles oscureció en el corazón de Carlomagno toda la alegría de sus precedentes victorias; rechazaba aquel recuerdo con amargura; y cuando los Pirineos y España ofrecían el más bello teatro a sus armas, se le vió llevar sus furores a oscuras y frías comarcas, mereciendo por sus inauditos trabajos contra los sajones los odiosos títulos de conquistador fanático y de convertidor sanguinario.

Carlomagno, al restablecer el reinado de *Aquitania* en favor de su hijo Ludovico Pío, parece haber tenido por finalidad oponer una barrera a la propaganda *federalista* y a la *independencia* de los vascones. El rey de Aquitania (25) afrontó de nuevo la pelea a la cabeza de las tropas más aguerridas de todo el imperio germánico. Esta última guerra duró diez años y fué atroz; los prisioneros hechos de una u otra parte eran degollados o quemados vivos. Adalrico, hijo de Lupo III, murió combatiendo; después Centulio, después Semeno, luego Garcimiro, Centulio-Lupo y Aznar, consecutivamente proclamados *duques* de los vascones (26). Un último vástago de Cariberto y de Gisela, huyendo tras la persecución de los *Carlovingios*, se refugió en la Vasconia peninsular; más tarde, los montañeses le hicieron rey para marchar con él contra el califa de Córdoba y los árabes-moros.

(24) Hay una que se enseña como tal en Nürnberg.

(25) Ludovico Pío desde 806.

(26) V. Jaurgain en «La Vasconie» pág. 70, 118 y siguientes

Los vascos norteños, abandonando al feudalismo francés las provincias de Bigorre (27) y Béarn, se atrincheran definitivamente en sus límites actuales de Zuberoa, Benabarre y Laburdi, hacia el año 835. Pipino II, rey de *Aquitania*, ensayó imponerles gobernadores, pero fueron degollados todos; de suerte, dice el cronista, que no se encontró señor francés lo bastante atrevido para aceptar aquel puesto peligroso, y fué preciso que los bárbaros dejaran al indomable euskariano gozar a la sombra del roble patriarcal y de sus peñas tutelares, los placeres divinos de la libertad.

Los vascos de Zuberoa vivieron hasta la revolución de 1789 bajo el imperio de un *Fuero* o Derecho escrito en el reinado de Francisco I. Esta recopilación de leyes y costumbres conservadas por la pequeña república de los Suletinos, empieza así: «Por un uso de alta antigüedad los naturales y habitantes de esta tierra de Zuberoa, son de origen libre y franco, sin tacha de servidumbre; nadie tiene derecho sobre sus personas o sobre sus bienes. Los suletinos llevan armas en todo tiempo para defensa de su país, situado en la extremidad de Francia entre los reinos de Navarra y Aragón y el país de Béarn. Pueden cuantas veces quieran, reunirse, para tratar de asuntos comunes, establecer los estatutos y reglamentos que juzgaran útiles, y sus convenciones tendrán fuerza de ley; los burgos y comunidades deberán someterse. El derecho de caza y pesca, es común a todos los habitantes del país de Zuberoa, etc.».

Los Estados de Zuberoa, reunidos anualmente, se dividían en dos cámaras. M. Faget de Beaure (*Essais sur le Béarn*) prueba que la idea fundamental de la constitución inglesa fué tomada de los vascones por estos isleños, dueños de la Guyena durante largo tiempo (29).

(27) Actualmente Hautes Pyrénées,

(28) Tercer hijo de Ludovico Pío.

(29) En los «*Loisirs*» de Webster hay un trabajo titulado *Simon de Montfort et le Parlement anglais 1248-1265* que parece ser el mismo (que citaba Mourlane Michelena en «*El Sol*») publicado en 1883, con el título de «*Influencia de los fueros pirenaicos en la Constitución inglesa*» que no aparece en las Bibliografías. La nota de J. Sescosse en la pág. 458 de «*Los Vascos en la nación Argentina*» vale muy poco. Recuérdese también el soneto de Wordsworth.

Los vascos peninsulares dan a los de Francia el nombre de *Ultrapuertos* (ultramontanos), todavía les llaman *Auxak* (auscianos), de Auch o Elusaberri, una de las más florecientes ciudades del antiguo ducado de los Vascones. Se encuentran en las colinas de la Novempopulania torrecillas en ruinas o sea telégrafos nocturnos que servían a los montañeses para comunicarse de lejos sus señales por el fuego. Estas alturas ofrecen también campamentos circulares, característicos de la nación de los vascones, elevados en talud y rebasados por un parapeto sin presentar ninguna salida ni abertura ; pero los ágiles hijos de la montaña no tenían dificultad en franquearlos. Podían contener de unos mil a mil doscientos guerreros combatientes. Es ahí donde los vascones durante sus incursiones guerreras pasaban la noche con sus mujeres e hijos al abrigo de toda sorpresa. Estas fortificaciones no han perdido solidez ; las lluvias, los desprendimientos tan frecuentes en estos lugares desiertos, y un abandono de diez siglos, no han podido desunir la tierra que constituyó su cimiento ; porque hasta en los monumentos más sencillos, la mano poderosa y mágica del pueblo aborígen ha sabido imprimir un sello indestructible de duración e inmortalidad.

Los vascos norteños tomaron parte gloriosa en las guerras de la *federación* contra los árabes-moros hasta el siglo XIII. Con la paz comienzan las piraterías de los laburdinos, que recibieron el nombre de Lobos de mar. Hacían falta la audacia natural del vasco y su genio emprendedor, para meditar expediciones marítimas en la orilla del golfo más tempestuoso de todo el Océano. La ballena era frecuente en esa época por las costas labortanas. El vasco percibió de lo alto de sus rocas el enorme cetáceo y corrió a forjar el arpón que debía atravesar a la reina de los mares. Los laburdinos siguieron a la ballena hasta el estrecho de Davis (30), haciendo a la par la pesca del bacalao sobre los bancos de Terranova.

He leído que en el Capitolio de Washington figura el nombre de Vizcaya, lo que se relaciona a no dudar con los emisarios yanquis de que habla W. Goizueta en su respuesta a la encuesta universitaria vasca.

Estas cosas son puestas en duda por Baroja en su *Momentum catastrophicum*.
(30) Entre Canadá y Groenlandia.

Hoy, los vascos no tienen ya marina, y varias aldeas de Laburdi, florecientes antes, caen en ruinas. «¿Qué ha sido de los habitantes de ese lugar?», decía un viajero a un anciano de Hendaia sentado en cuclillas sobre la hierba de algunos escombros. «Los unos murieron», repuso el laburdino levantándose; «otros emigraron y la mayoría, fueron diezmados por la guerra...; los demás se hallan sepultados en el gran campo (*alor andia*) que está detrás de la iglesia» «¿Qué campo?», preguntó el interlocutor. El vasco miró fijamente al hombre frívolo que no le había comprendido, y salió haciendo con el brazo un gesto solemne: ¡ese gesto señalaba el Océano!...

El Navarrico. - El Capuchino

Hacía una hora que me paseaba alrededor del monte Larrun y mi guía no regresaba. Tomé la resolución de refugiarme en una casa aislada de Vera, que se percibía a cierta distancia. Reconocí al acercarme que debía pertenecer a algún aldeano poco rico. Me encontraba ya en el reino de Navarra y no dudaba de que el señor o amo de la habitación me dispensaría los honores de un verdadero hidalgo ; porque el vasco español, es aún más orgulloso y más austero que el laburdino.

Llamé a la puerta, y un hombrecito de diez años acudió a abrir. Su aspecto espiritual respiraba salud ; sus mejillas sonrosadas, su cabellera rizada, le daban aire de querubín, y las prendas de vestir de grueso paño no podían destruir esta primera impresión. Las miradas expresivas y curiosas que paseaba por mi persona anunciaban una inteligencia superior a su edad. Es increíble cómo la lengua euskariana, con sus raíces armónicas, con sus palabras compuestas, admirables por la riqueza de sus imágenes y por la transparencia de su idealismo, favorece el desarrollo del espíritu. Este hermoso idioma no se aprende, no se recuerda ; se adivina y se improvisa a esa edad misteriosa en que la naturaleza se revela al hombre, extraña y divina, y reacciona con todo el prestigio y poder de sus paisajes sobre la impresionabilidad virgen e imaginación poética del niño. Todos los sonidos del lenguaje primitivo son para él comprensibles, sorprendentes, y la armonía del Verbo inspirador redobla la iluminación del pensamiento y la vivacidad de las percepciones íntimas.

El niño sufre también en la sociedad vasca otras modifica-

ciones que influyen sobre su carácter. Los cuidados de que se rodea su debilidad, el derecho y la justicia que se respeta en él, educan su alma. Las ocupaciones habituales de un pueblo agrícola y pastor le permiten ser útil desde sus primeros años. Se cree un miembro indispensable de la familia y es tratado en consecuencia ; y la buena opinión que se forma de sí mismo se acrecienta cada vez que se le dirige con admiración el título glorioso de hombre, ¡ *gizona* ! En cuanto entra en una velada de treinta personas, los cantos y las conversaciones se detienen y un silencio profundo acoge su *agur* o su *gau on*, al cual todos los concurrentes contestan en coro. Entonces explica con voz alta y en términos claros y a menudo pintorescos el motivo de su presencia. Estas escenas patriarcales no se parecen en nada a las de las ciudades pulidas, donde todo es desmoralizador. El vasco, criado en otro medio social, crece para honrar su virilidad con las más nobles virtudes. Libertad, derecho y justicia, son tres ideas naturales que encarnan profundamente en él. Hay que haber estudiado el largo efecto de esta educación familiar, para darse cuenta de la inteligencia precoz del pequeño vasco, del heroísmo de que es capaz, de la altivez nativa del montañés a los veinte años, de su indomable energía a los cuarenta.

El niño que me había abierto la puerta de la habitación navarra representaba para mí el *Etxeko-Jaun*. Le pedí hospitalidad para una hora, añadiendo algunos detalles obligados acerca de la circunstancia que me conducía a la morada. «*Suba, suba*», respondió con viveza el pequeño vasco, y ya el niño alegre me precedía corriendo por la *escalera*, en tanto que los rizos del largo cabello saltaban sobre su cuello desnudo. Vi en la cocina un gran fuego ante el cual se enrojecía una marmita de hierro de dimensiones exiguas, emblema del pequeño hogar que debía alimentar. La criatura me presentó una banqueta, fué a buscar la suya y se sentó gravemente atizando el fuego, para imitar a su padre.

—¿Estás solo en la casa?

—Solo (1) ; mi padre se fué de mañana temprano al pueblo. Hoy es en España la fiesta de la *Anunciación* (1 bis).

(1) En la página 81 se ve que no estaba sólo.
(1 bis) Día 25 de Marzo.

—Y tú, ¿no vas a la iglesia?

—¡Ay, no, nunca! —contestó el niño dando tirones a sus pantalones de tela ordinaria—; y no es porque no tenga ganas, pues dicen que se ve allí a Dios Padre, a la Virgen María y al Niño Jesús, pero no tengo traje bastante bueno y usted sabe que hace falta dinero para comprar un traje completo.

—Entonces, ¿tu padre no es rico?

—No era tampoco pobre, puesto que tenía en su armario hasta *tres onzas de oro*, pero los cristinos le impusieron una contribución forzada y tuvo que entregarlas; así es que tengo que esperar hasta el año que viene para vestirme. Mi padre ha dicho que han violado sus *fueros*, sus derechos; porque los navarros no deben nada a los reyes ni a las reinas y sólo las cortes de Pamplona tienen el derecho de fijar los impuestos. ¡Paciencia! Cuando termine la guerra, los *Fueros* de Navarra quedarán restablecidos como siempre.

¡Sofistas, id a aprender de la boca de un niño las leyes de un pueblo libre! La banqueta sobre la cual se hallaba sentado, es para mí más respetable que las cátedras de vuestras escuelas. ¡Hermanito! ¡No puedo decir tu nombre al lector! No me atrevo. ¡Quien sabe si la suerte varia que la guerra puede aún traer y si las líneas que trazo no te serían fatales! Las hordas castellanas pueden aún invadir *mi patria*...

Temería el filo de los cuchillos para las infantiles manos que me han proporcionado el pan de la hospitalidad. La historia dirá cómo la crueldad de los bárbaros llegó hasta eso (2). ¿Qué habían hecho los niños de *Vasconia* para ser mutilados de esa forma? ¡Maldecían el yugo del extranjero y prometían ser valientes como sus padres...!

—¡Hombrecito!, tengo hambre, ¿qué me vas a dar para *almorzar*?

—Hay huevos frescos, leche y borona; sin duda mi padre traerá más. En cuanto a pan, hace tiempo que no ha entrado ni una miga en esta casa.

(2) Reproducimos estas palabras, como otras análogas, sin otro propósito que el de la fidelidad en la traducción.

Esta miseria me afectó y maldecí la opresión brutal que nada respeta, ni los vestidos ni el alimento del pobre. El *navarrico* me hizo los honores del frugal *almuerzo*, que dividimos a medias sobre las rodillas.

—¿De modo, amiguito, que los cristinos han arrebatado las *tres onzas de oro* a tu padre?

—¡Oh!, ¡si hubiera visto qué irritado se hallaba! El mismo día quiso marcharse voluntario de Zumalikarra (3) —y el niño por un trabucamiento silábico, familiar al genio del euskera, sincopaba así aquel nombre glorioso y daba una gracia infinita a su lenguaje—; rogué a mi padre que no me abandonara solo aquí, ya que mi madre había muerto y porque además se decía que Zumalikarra no tenía bastantes fusiles para darlos a los hombres de su edad.

—Y tú, ¿te atreverías a partir?

—No quisiera más que eso, pero no me admitirían —dijo el niño con tono confidencial—; no llego a la talla.

—¿Qué importa eso? Habrás oído contar la historia del pequeño guipuzcoano Perucho de Mummaras (4), que antaño gobernó a España, y la del pequeño Pedro Navarro que llegó a general de Italia y fué denominado el gran capitán (4 bis).

—¿Era tan famoso como Zumalikarra?

—No, porque hizo siempre la guerra en países extranjeros y no se batió jamás por Navarra (5).

—Vi a Zumalikarra el día en que cruzó estas montañas (5 bis) marchando a pie al frente de sus guías. Dos voluntarios llevaban

(3) También existe esa palabra en euskera. Véase el diccionario de Azkue.

(4) Seguramente el durangués Perucho de Muncharaz, alcaide del alcázar de Segovia en 1465, y luego de Madrid, de quien hablan Diego Enríquez del Castillo en la «Crónica de Enrique el Cuarto», págs. 200 y 220, cap. 113 de la 2.^a edición de 1787, y Labayru en su «Historia General del Señorío de Bizcaya», págs. 233, 251 y 257 del tomo III. La errata de Chaho la repitió en el diario «Euzkadi» Achica Allende, médico y fino escritor.

Enrique IV estuvo en Durango en 1457, llevándose a Perucho de Muncharaz y hay en Segovia una calle de su nombre. (Camilo Villabaso, «Euskal Erría», T. 18, págs. 69 y 132). Probablemente era hijo de Sancho Ruiz de Muncharaz, el preboste que vivía en Abadiano. Vid. también la Crónica de Alonso de Palencia.

(4 bis) ?.

(5) Frase que parece de D. Sabino Arana.

(5 bis) ?.

por las riendas su hermoso caballo y su gran mulo. El general se vestía con boina y pantalón rojos y zamarra negra con corchetes de oro ; largos bigotes y una gran espada... ; Si supiera usted lo que ha hecho estos últimos días! Ha tomado por asalto Echarri-Aranaz (6) y ha perdonado a todos los prisioneros. ; Qué diferencia de los generales cristinos que hacen degollar a nuestros enfermos y heridos!... Ha... escrito... una carta... de desafío... proponiendo... un duelo de quinientos navarros contra mil castellanos —dijo el vasquito, que había dejado caer su pan y su cuchillo, y gesticulaba con manos y cabeza parándose a cada palabra.

—; Hombre! ; Qué me dices? —exclamé fingiendo admiración.

El niño saltó de su banqueta y posando la mano en mi espalda, me miró a los ojos :

—; Sí, quinientos contra mil!— ; después agregó con malicia exaltada que le hizo asomar el rojo a la cara :— ; y los cobardes cristinos han rehusado el combate! (7).

El vasquito regresó a su asiento ; sus ojos chispeaban, su corazón latía con fuerza y le vi palidecer para adoptar su aptitud primera. Tales son las emociones infantiles que dan el primer temple al alma de los guerreros y de los héroes.

Preveía yo que a Xangarín le costaría dar conmigo en el asilo donde me albergué y resolví volver al Larrun después de haber premiado al *navarrico* con el dinero necesario para adquirir la modesta indumentaria que echaba de menos. El niño no vió en la moneda sino brillantes juguetes sin precio ; mas el tintineo de los *duros* produjo efecto mágico sobre un individuo que oí brusca-mente andar encima de nuestras cabezas.

—; Quién va ahí?

El pequeño no repuso, contentándose con *sonreir*. Un paso pesado hizo crugir la *escalera* vecina y, sobre la puerta de la cocina, asomó un fantasma sangriento con la cabeza envuelta en un pañuelo. El picaruelo *rió* a carcajadas ante mi estupor. «; Axut, tra... la... la...!» Era el hachero de la víspera. Al oír cantar al pobre, herido quizás de muerte, reconocí el carácter vasco y la edu-

(6) El día 19 de Marzo.

(7) No es cierto. El carlista era O'Donnell y el liberal López. (Henningsen).

cación que en el montañés hace que sea un deber ahogar los dolores para conformar su lenguaje al humor de los demás.

—¡Hein! —prorrumpió con voz hueca—, usted que paga tan generosamente el peor *almuerzo* cuyo servicio completo no vale cinco perras chicas, ¿no daría usted algo para que el pobre contrabandista compre, no diré *pipas*, sino un puchero de sesos, ya que el que me hizo mi padre se encuentra en muy mal estado?

El abatimiento del hachero, sus ojos apesadumbrados, su cabello mojado en sangre y su voz casi extinguida formaban un extraño contraste con la jovialidad que afectaba. El dinero que le di la hizo más sincera. El hachero hubiera prolongado sus muestras de agradecimiento, poéticas y alegóricas, a no surgir una voz *de fuera*:

—¡Ah, señor rey don Carlos: le hacían a usted falta vascos para aprovisionar vuestra guerra, vascos para emprenderla, y Zumalacarregui para mandarlos!

Habíamos oído hablar a Xangarín. Conducía un voluntario navarro (8), que iba a servirme de guía, pues ignoro aún por qué motivo no osaba avanzar Xangarín hasta Lesaca. Puso en la mesa un *paquete* que contenía parte de mis efectos, y me vestí nuevamente mi *verde frac girondino de botones de cobre*. El color de un traje no es cosa indiferente en día de guerra civil y sobre territorio español.

—Amigo —dijo burlón el voluntario al hachero—, me parece que ha aplastado usted en la frente la mosca que le picó.

El voluntario llevó al vasquito junto a una ventana para cambiar con él algunas palabras rápidas en voz baja, mientras yo me despedía del contrabandista diciéndole:

—Hachero, amigo mío, el pájaro no ha dirigido su vuelo tan bien que el cazador no haya podido alcanzarle. Cuídese bien hasta curarse. Desde hoy va usted marcado para que le reconozcan. **Hasta la vista.**

Me despedí de Xangarín teniendo cuidado de no dejarle celoso por el interés que testimonié hacia su hachero. El *navarrico* observaba en silencio y parecía esperar su turno. No le olvidé.

(8) El Capuchino.

El voluntario cargó amablemente sus bolsillos con mi *catalejo*, un *pequeño vocabulario* y otras bagatelas; tomó sobre la espalda los pocos efectos que Xangarín me había hecho pasar por la frontera, los cuales iban cerrados en una valija que llevaba la milésima de 1823 con estas palabras: *Aprovisionamiento de víveres*. Sentía impaciencia por marcharme.

—¡Hola, voluntario de Navarra!, si no está usted cansado...

—¡Ay, Jesús!; ¿cansado?, nunca.

—En ese caso va usted a hacerme el favor de conducirme a Lesaca a casa de don Pedro de Arizmendi.

—¿El boticario?

—El mismo.

—¡Santa María! ¿A casa del boticario de Lesaca? ¡Figúrese si le conozco! Soy de Vera. Era yo *capuchino* y los cristinos quemaron nuestro convento (9), ¡los perros! Tengo veinte años y me hice voluntario. Llevo aún mi antiguo hábito bajo mi capote... Vea usted... Pero tiene usted prisa. ¡Vamos! Voy a conducirlo derecho como una bala a casa del boticario de Lesaca, a quien estoy sirviendo como *asistente*.

Antes de trazar el retrato del singular compañero que el azar me enviaba, debo hacer saber al lector que un ayudante o asistente ejecuta junto a los oficiales las funciones de criado. En esta guerra, en que todo servicio de parte de los montañeses es voluntario, los empleos de menos relieve reciben nombres honorables que caracterizan la fraternidad de estos hombres libres y la nobleza natural al genio español. El espía mismo se convierte en *confidente*.

Si hubiera yo sido *extranjero*, el *Capuchino* hubiera atendido mis preguntas contestándolas brevemente. El lazo misterioso del idioma nacional bastó para establecer entre nosotros desde el principio, la misma confianza y la misma familiaridad que si nos hubiéramos conocido hacía mucho tiempo. Era yo el primer vasco francés cuyas simpatías irresistibles arrastraban hacia la insurrección. La ocasión era buena para el *Capuchino* navarro. Toda la exaltación que dos años de peligros y de trabajos

(9) Rodil, según Henningsen, T. I, cap. VI.

incesantes, de combates y de victorias, amasaron en él, hizo explosión con fuego arrollador de palabras al tiempo que descendíamos por las colinas que dominan la aldea de Vera.

El *Capuchino* era de corta talla ; sus cabellos, espesos, cubiertos por un gorro de cuartel, escondían a medias su figura morena, notable por dos ojos de excesiva movilidad. Llevaba un mal pantalón y por calzado alpargatas. Una cartuchera bien aprovisionada le servía de cinto por encima de su capote gris y sujetaba la bayoneta. Uno de sus brazos pendía con un fusil pesado, mientras que el otro, gesticulando constantemente, acompañaba a su cabeza, cuyo movimiento rápido igualaba la voluptuosidad de sus palabras. Se servía invariablemente del euskera, y los juramentos castellanos que entremezclaba muy de intento, daban a su charla una alegre energía. No me cuidaba yo de interrumpirle.

—Los vascos no han sido nunca domados ; son invencibles en su país, ¡c!... ¿Ve usted mi capote? Es el de un cristino que maté. Este fusil se lo tomé a un manchego que no comerá más el pan de la Reina, ¡p!... Estaba yo en los llanos de Vitoria (10). He visto fusilar al general O'Doyle, que hizo una mueca al caer, ¡demonio! ¡Qué matanza! ¡Había que ver a Zumalacarregui! ¡Santiago! Sus ojos lanzaban relámpagos, es sombrío y silencioso, pero, ¡qué sablazos!, ¡caray! ¿Y su caballería, Dios mío? Figúrese los hombres más fuertes y más intrépidos de los montes : el uno va vestido de húsar; el otro, de dragón; éste, de cazador ; aquél, como no se qué : un pañuelo alrededor de la cabeza, alpargatas, el pecho desnudo ; son el terror del enemigo ; uno contra cinco harían echarse atrás a todos los diablos del infierno ¡Satanás! ¿Sabe usted lo que se da al nuevo jinete? Un caballo y una lanza, pues para el resto del equipo están ahí los cristinos. Les dejamos desnudos como la palma de la mano. A esos herejes se les deja la corbata para reconocerlos mejor ; porque tenemos que despojar también a nuestros camaradas muertos (11). A éstos, Dios les dará el traje de la gloria... ¡amén! No

(10) El 27 de Octubre de 1834.

(11) Dice un biógrafo de Zumalacarregui que la toma de una caja de municiones tenía para los carlistas tanto valor como una victoria, y que más de una vez aquel

bastaría una existencia para contaros los horribles sufrimientos que hemos soportado. ¡Qué inviernos! Cristinos por aquí, cristinos por allí, cristinos por todos los diablos. Hemos pasado más de una noche con los pies en la nieve, sin otro reconfortante que un poco de vino y cigarros. Varios de nuestros voluntarios no contaban diez y seis años, pero cantaban ¡pobres ángeles! Más tarde lloraron, cuando hubo que amputarles los dedos de los pies que se habían helado. ¡Por fin la victoria! Hoy somos treinta mil hombres, y seríamos cien mil si no hubieran faltado armas. Todo requiere un principio. Nuestra caballería se compuso al principio de cuatro hombres. El más poltrón tenía un ronzal en lugar de brida, y dirigía su caballo a puñetazos diciendo al blandir su velludo brazo: «¡qué sablazos voy a dar, c...!» No tenía aún sable. ¡Que si hemos matado cristinos! Nuestros lanceros les empalan como a sapos. Uno de aquellos bravos se retiró de la pelea arrastrando su lanza, cuyo hierro se había doblado. Fué a sentarse al pie de un árbol. El general corrió a él (usted sabe que es guipuzcoano y que pronunciaba la *r* como la *d*), «¡cadaajo!...» El pobre lancero se moría de miedo: «Don Tomás, estoy cansado, no puedo más, he matado a diez y nueve». Sus camaradas aseguraron que el lancero decía verdad. Es que no hay que jugar con el general, porque es terrible en el capítulo de la disciplina (12). A la falta menor, palos. Si algún voluntario resiste, sus compañeros se encargan de administrar la corrección. Llamamos a eso justicia del pueblo (13). ¡Ay de mí!

El *Capuchino* calló fatigado al entrar en la aldea de Vera. Los niños nos saludaron con gritos de ¡vivan los Fueros!, ¡viva Carlos V! El *Capuchino* caminaba con aire importante y atareado, cambiando adioses con todas las personas que conocía, jactándose de llamarlas por sus nombres: «¡Hola, aita Antonio!, tengo para usted una noticia; vuestro sobrino se distinguió en el

caudillo hubo de renunciar al triunfo por falta de cartuchos; pero con su actividad y su genio militar suplía las inmensas desventajas de su situación. (B).

(12) Historiadores del general Zumalacarregui (1783-1835) declaran que «era obedecido con una abnegación sin ejemplo por los vascongados, que en él veían al genuino defensor de sus amados fueros». (B).

(13) «Implacable y tenaz cuando se trataba de corregir abusos.» (B).

último combate y es ahora voluntario de las milicias celestes. ¡Buenos días, Xaxina!; Perico pide su pantalón blanco; está curándose de su herida. ¡Adiós, Maritxu!, tu hijo me manda decir que ya no tiene camisa; está bien de salud». Cierta hidalgo de bastante mala presencia tomó la palabra en un grupo: «¿A quién nos traes, *Capuchino*? ¿Será algún negro?» Yo me dirigí directamente al interrogador: «¡Más blanco que usted, señor Moro!» Esta contestación, hecha en lengua navarra, me valió grandes aplausos.

—No dudaba de que fuera vasco —dijo el hidalgo, que desapareció confuso.

Los navarros dan a los constitucionales el apodo de negros y comparan la revolución española con una rebelión de negros; *comprenden muy bien la emancipación castellana, pero rehusan el asociarse a ella, rechazando una comunidad social (14) que produciría para los vascos la pérdida de su independencia nacional y de su libertad civil.*

Ibamos a salir del pueblo para proseguir nuestra ruta hacia Lesaca, cuando una voz fuerte gritó tras nosotros: «¡Para, demonio!» Al volverme noté a un coloso de hombre que nos seguía con paso de gigante y carabina al hombro. Era un aduanero carlista. Respondí a su saludo en lengua vasca. El talismán produjo su efecto, pues el aduanero llevando respetuosamente la mano a su boina, me rogó que le siguiera hasta el brigadier Sarasa, encargado de la policía de la frontera. Ignoraba yo que este jefe hubiera ya entrado en Vera. Dije al *Capuchino* que me esperara y seguí al gigantesco aduanero. Llevaba ancho cinto de cartuchos, y sus piernas, cuyas dimensiones estaban en armonía con su talla hercúlea, parecían hechas para calzar las botas de Roldán, que se guardan en Roncesvalles.

Pasamos ante la alcaldía de Vera. Este edificio, en todos los pueblos vascos, se distingue de las habitaciones particulares por su arquitectura. Está sostenido generalmente por arcadas y su fachada blanca se adorna con *grandes pinturas rojas* y escudos de armas. Sarasa se instaló en una casa vecina. Entré en un cuar-

(14) Frase claramente nacionalista.

tito cuya puerta cerró el aduanero. Las imágenes de San Saturnino (Jaon done Satordi), primer apóstol de Navarra, y de San Fermín, primer obispo de Pamplona, tapizaban el muro. Un registro destinado a inscribir los nombres de los viajeros estaba abierto sobre la mesa. Me permití hojearlo y observé que durante el primer tiempo de la guerra pocos oficiales castellanos habían salido de Inglaterra para tomar parte en la insurrección; pero al recorrer fechas más recientes, vi asombrado cómo crecía su número. El orgullo español lleva al exceso la manía de los grados. Cada uno de esos personajes oscuros se titulaba brigader, coronel o comandante. Al fin la puerta se abrió para dejar entrar al brigadier Sarasa. Su fisonomía me pareció agradable y espiritual. Una boina roja sombreaba sus cabellos grises; una chaqueta o zamarra negra de piel de cordero, le servía de uniforme; pantalones rematados de cuero y gran sable de caballería, completaban su traje de soldado-aldeano *adoptado por todos los oficiales del ejército rebelde*. Hallé facilidad y dignidad en sus maneras. Me dirigió la palabra en castellano.

—Señor Sarasa, si no sabe francés, sírvase hablarme en buen euskera, porque soy Suletino y no amo nada vuestros dialectos romances.

Nuestra conversación tomó desde aquel instante el giro más amigable.

—Usted es el primer vasco que nos llega de las provincias francesas —me dijo—; decididamente, los ultramontanos han olvidado a sus hermanos españoles.

Escribí mi nombre en el registro de policía y Sarasa me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme en Navarra.

—Hasta el fin de la guerra, tal vez; a menos que el capricho y la desconfianza de la camarilla me obligaran a regresar a París antes de lo que yo quisiera (14 bis).

Fijé la mirada en el brigadier para tratar de leer en su cara si el temor que acababa yo de insinuarle tenía algún fundamento. El astuto montañés no juzgó prudente dejarme entrever su pensa-

miento y tomó repentinamente un aire distraído dando una vuelta por la habitación.

—¿No le han dado nada los bayoneses? —me avanzó acercándose.

—Le suplico que crea, señor Sarasa, que no me he puesto en comunicación alguna con los legitimistas de Bayona. En cuanto a los anillos y signos de reunión con que suelen proveer a sus protegidos, yo no tengo necesidad de tales bagatelas.

El brigadier hizo un gesto cuya expresión me fué imposible determinar, y sin proferir palabra me condujo a un hueco de ventana. El sol brillante y caluroso comenzaba a elevarse sobre el horizonte. Sarasa me enseñó la colina sobre la cual Mina estableció sus campamentos encima de Vera cuando en 1830 quiso penetrar en Castilla por las provincias vascas a la cabeza de algunos miles de aventureros. Éraso y Santos Ladrón exterminaron esas bandas *extranjeras*, y Jáuregui (el Pastor) y Mina no se escaparon de la muerte, sino por una de esas retiradas familiares a la audacia y habilidad del viejo guerrillero, en tanto que Chapalangarra, su hermano de armas, caía cruzado por seis balas en Valcarlos. Había avanzado ante sus tropas esperando conseguir que ante una arenga suya los enemigos depondrían las armas. Santos Ladrón debía perecer más tarde (15) de igual forma. ¡Singular coincidencia!

Me despedí de Sarasa. El *Capuchino*, que me esperaba en el camino, se unió a uno de sus camaradas, natural, como él, de Vera. Teníamos que remontar algún tiempo el curso del Bidasoa y atravesar *un puente* que cruza ese río antes de llegar a Lesaca.

Los dos voluntarios hicieron el gasto para hacerme agradable el trayecto.

—José —dijo el *Capuchino* a su camarada—, estoy seguro de que el señor te escuchará con el mayor placer si imitas, como sabes hacerlo, al *inuxente* Cecilio.

Los vascos designan con este nombre a los individuos cuya imbecilidad no ofrece caracteres de maldad o furor. Estos otros

(15) En 1833.

son mirados todavía, en algunos valles, como poseídos del demonio y sufren exorcismos. El delirio tiene algo de magnético: la exaltación suprema de la poesía, participa también de la demencia y nadie más prestigioso que ciertos locos. No me sorprende el respeto supersticioso que los vascos profesan a los *inuxentes*, a quienes el Gran Espíritu ha trastornado el seso. Los montañeses conceden a sus divagaciones un mérito profético y se les atribuye en sus momentos lúcidos, el don de la doble vista que personas razonables se glorían de compartir.

A petición del *Capuchino*, el voluntario se puso a imitar la locura, declamando, cantando y danzando con una expresión delirante, que hubiera honrado al actor más perfecto.

El *Capuchino* me repitió a su vez las canciones guerreras que los diversos cuerpos del ejército insurrecto hacían oír al marchar al combate. El estribillo *Requeté*, ha quedado como mote para el *tercer* batallón de Navarra, que se ha conducido siempre de manera brillante. El *segundo* batallón lleva el nombre de *Salada*, cuyo origen es poco más o menos el mismo que el del precedente. Es imposible hacerse idea de la ardiente emulación que exaltaba el coraje de los montañeses de cada valle bajo las miradas de Zumalacarregui. La palma de la bravura, pertenece al inmortal batallón de los *Guías*, formado enteramente de voluntarios escogidos y ya distinguidos por acciones brillantes. El *sexto* batallón de Navarra viene después. La historia dice que en esta guerra el valor navarro fué igualado a menudo, por el de los vascos occidentales, que combatían bajo la *común bandera de la independencia* (16) como en los tiempos más gloriosos de la *federación vasca*.

El *Capuchino* terminó la serie de sus canciones con una copla castellana que, en su feroz ingenuidad, no hablaba nada menos que de desollar viva a la reina Cristina y de hacer un tambor con su piel para ir a redoblar el llamamiento por los valles de Aragón. Repitió esta copla con expresión digna de su horrible energía. Pensaba yo con placer en que la inspiración de los bardos

(16) Interpretación nacionalista de la primera guerra carlista.

euskarianos no prohió jamás nada semejante a este canto castellano. Los poemas heroicos con que nuestros antepasados celebraban las glorias de la patria o deploraban sus reveses, son de una elevación completamente bíblica, y la dignidad de costumbres patriarcales impresa en esas improvisaciones sublimes, realza aún más la poesía nativa del idioma vasco.

Por lo que respecta al país de Aragón —por donde el *Capuchino* hablaba de batir el redoble—, despojado desde hacía largo tiempo de su independencia y de sus fueros por el absolutismo de la monarquía castellana, el ruido de la insurrección navarra, no ha hallado eco en sus valles. Con su vista fija en el drama revolucionario, el aragonés parece esperar una bandera de porvenir que despierte sus viejas simpatías por la libertad. Tan indiferente a la causa del pretendiente como a la de doña Cristina, ha quedado tranquilo, frío e impasible, mientras la guerra estallaba en sus fronteras.

Las tentativas atrevidas de Carnicer y su aventura trágica sobre Aragón, apenas excitaron alguna emoción pasajera en el pueblo aragonés, naturalmente caballeresco y el más bravo quizás de toda España, después de los vascos.

Los voluntarios, habiendo percibido mi ensueño, cesaron de cantar y anduvimos algún tiempo en silencio. Los montes se acercaban a medida que avanzábamos. El río, encerrado entre rocas, roncaba su murmullo semejante al redoble de trueno lejano. El paisaje se hacía más sombrío. Al fin *el puente* (17) del Bidasoa apareció a nuestros ojos, abrazando con un solo arco toda la anchura del río. Un voluntario se paseaba arma al brazo en la extremidad del puente.

—¿Quién vive? —gritó al acercarnos.

—¡España!

—¿Qué regimiento?

—¡Carlos V! —contestó el monje soldado.

Pasamos. Oí al mismo tiempo las notas joviales de un silbo

(17) Cercano a la estación de Lesaca, del ferrocarril.

o flauta de tres agujeros y el golpeo cadencioso de la pandereta, bastante parecido al ruido del *tam tam* indio. Eran voluntarios que bailaban la danza de los vascos, sobre el césped, ante un cobertizo próximo transformado en cuerpo de guardia. La danza de los vascos, bailada otrora en ronda, bajo el roble de la libertad, se distingue por la viveza de los pasos y por los brincos ágiles de los danzarines, que siguen en la misma línea sin tocarse y dando vueltas tan pronto a la derecha como a la izquierda describiendo un círculo. Los voluntarios, vestidos con capotes grises y *boina roja*, no tenían en la mano el bastón ferrado que los montañeses sabían blandir lanzando gritos salvajes, ni los broqueles que los vascones antiguos entrelazaban chocando al bailar, sino largos fusiles limpios y relucientes, que el sol hacía resplandecer. Mis dos jóvenes acompañantes no pudieron resistir el deseo de dar algunas vueltas de baile al son del silbote y fueron a zarandearse al medio del círculo, con su carga en la espalda, hasta que tomamos la resolución de marcharnos.

El *Capuchino* no pensaba ya en su convento.

—Esos voluntarios —me decía con calor— son del valle del Baztán y fueron los primeros en rebelarse con don Martín Luis Echeberría, que es hoy miembro de la Junta de Navarra. ¡Oh, digno caballero, tan leal como bravo y navarro a toda prueba! Su esposa está en Burdeos; su hermana y su madre, prisioneras en Pamplona; su hija, de corta edad, se halla escondida en alguno de nuestros valles bajo disfraz oscuro. Los cristinos la buscaban últimamente para matarla: ¡pobre niña! ¿Conoce usted, tal vez, a don Martín Luis? Su hermano es (18) capellán de la Junta. El boticario de Lesaca (19), a cuya casa vamos, es pariente suyo. ¡He ahí otro valiente navarro! Ha sacrificado todo; sus *tres* jóvenes *hermanas* han mostrado la misma fidelidad y el mismo heroísmo. Los filisteos estaban *ayer* en su casa. ¡Bárbaros!, han pillado hasta las palomeras y cogido hasta el último pichón. Uno de ellos rompió la guitarra de don Pedro. A no ser por algunos

(18) D. Juan, vicario de Mañeru.

(19) D. Pedro Arizmendi.

oficiales menos rabiosos, hubieran echado a la calle su farmacia, de donde adquirimos los remedios. Don Pedro habla varios idiomas y sabe física y química, tan bien, como yo el pater noster. ¡Cómo sentirá no poderle festejar! Esta guerra le ha arruinado... Justamente, ¡héle ahí...! ¡Mirad, es él!

Vi un paseante que se dirigía hacia nuestro lado. Llegábamos a Lesaca (20). *El Capuchino* se adelantó corriendo, a anunciar al boticario la llegada del *Francés*.

(20) Debía ser media tarde.

LOS INSURRECTOS

El boticario vestía traje de oficial, como el que he descrito al hablar del brigadier Sarasa; sus espesos bigotes y ojos de lince, le proporcionaban el aspecto más intrépido; su talla media agregada a formas elegantes que anunciaban vigor y agilidad, su petulancia extrema y la exaltación de sus menores palabras, trazaban en él el tipo vasco de que yo he encontrado el sello en Zumalacarregui, Sagastibelza, Iturralde y en casi todos los jefes del ejército.

—¡ Amigo! —exclamó el boticario oprimiéndome entre sus brazos—, ya estáis en Navarra. Sangrienta, mutilada, pero siempre indomable, jamás *la patria* fué más hermosa que hoy. Los cuatro muros y el techo de mi casa quedan todavía para recibiros. Esos pillastres de peseteros, me han mandado decir, que la quemarán sin falta la primera vez que vuelvan a Lesaca. No faltaría más para su alegría, que cogirme vivo.

El boticario, o mejor dicho don Pedro de Arizmendi, me condujo a su casa y me presentó a sus *tres hermanas*. Estaban vestidas de negro, según la moda del país; sus cabellos trenzados y recogidos sobre la frente a guisa de diadema, estaban sujetos por altas peinetas sobre las cuales las señoritas vascas echan largos velos negros, caídos. Este traje, al primer golpe de vista, tiene algo de religioso y de triste, y el extranjero que viera por primera vez nuestras fiestas públicas, tendría la tentación de tomar a

los vascos por un pueblo en luto. El aspecto vivaracho y gracioso de las mujeres euskarianas destruye pronto esta primera impresión. El negro era el color favorito de los cántabros y lo adoptaron para sus banderas. Algunos batallones de los sublevados poseen banderas negras con huesos amarillos y cráneos que los cristinos no pueden ver sin terror. Aún hoy afecta el negro a la vestimenta de las jóvenes y las hace distinguir de las casadas, que se visten invariablemente de blanco. Estas últimas, se tocan con pañuelo blanco o *sabanilla*, anudado en la frente. Las hijas núbiles son las únicas que tiene el privilegio de presentarse en público con la cabeza desnuda; lo más frecuentemente, recogen sus cabellos en lo alto de la cabeza a estilo chinesco y los dejan colgar en largas trenzas. Llevan un cinturón de seda cuyos extremos son rojos, y este signo de la virginidad no les abandona hasta la noche de sus bodas, en que el feliz *senargei* hace de él, su trofeo. Aquellas a quienes una tierna debilidad hizo madres antes del sacramento, usan la *sabanilla* blanca con cintas negras y verdes, emblemas de pesar y de esperanza. Se reúnen con las mujeres casadas en las ceremonias religiosas y diversiones públicas, pero sin mezclarse con las vírgenes (1). Estas distinciones se convierten en salvaguardia de las costumbres y conservan en la fisonomía del pueblo vasco, la sencillez primitiva y el timbre de la antigüedad.

El boticario me propuso recorrer el pueblo, e ir a ver los voluntarios a la plaza pública. Visitamos la iglesia al pasar. La entrada de estos edificios religiosos está generalmente sombreada por la techumbre de un amplio pórtico, cuyo suelo está pavimentado con losas de tumbas unidas (2) y que llevan cada una un número de familia. Las casas más ricas y las distinguidas, tienen sus sepulturas en la nave. En las provincias francesas, al contrario, las iglesias se rodean de cementerios a los cuales la lengua vasca da el nombre poético de *Il-erri*, pueblo de los muertos. Cada tumba va sobrepuesta de una cruz de piedra, cuya forma afecta, a veces, la del disco solar. Una elevación de tierra imita al lecho del

(1) Chaho sigue aquí a Zamacola, «Historia de las Naciones Bascas», 1818, que aplica estas costumbres a Vizcaya. (B.)

(2) Así el pórtico de la parroquia de Orio se llama *zimitorio*.

muerto, que diríase durmiendo bajo las flores de que el túmulo aparece cubierto. He preferido siempre esta costumbre, a las anchas piedras que cubren la sepultura del rico, y hasta a esas estatuas yacentes de mármol, de manos enlazadas, privativas de las tumbas reales y de la grandeza.

Las iglesias de Navarra están generalmente edificadas en alturas, con el altar mayor vuelto al oriente. Una puerta privada, pila de agua bendita particular, y galerías particulares están asignadas a la casta de los Agotes de que hablaré más adelante. (2 bis). Los cantos griegos y romanos adoptados por el catolicismo no dejan de tener belleza. El órgano, expresión la más grandiosa del arte musical, subyugó por su armonía poderosa a los montañeses, a quienes las revoluciones sucesivas habían privado del arte social y de la civilización natural de los patriarcas, abuelos suyos. Hoy, el pueblo, en algunos valles del País Vasco acompaña con su inmensa voz a la voz del sacerdote ; todos los asistentes, hombres, niños, ancianos y mujeres, cantan con él en coro. La bóveda de las iglesias, pintada de azul y sembrada de estrellas, imita a la bóveda celeste, pabellón soberbio, bajo el cual, los antiguos celebraban sus alegres fiestas nocturnas en honor del IAO eterno.

La invasión de los bárbaros rugía a lo largo de los Pirineos, cuando el cristianismo se introdujo entre los vascos. Una idea militar parece haber presidido la edificación de sus templos fuera de las aldeas, sobre colinas elevadas de donde la vista puede extenderse a lo lejos. Los *montañeses* colocaron los objetos de su culto y las cenizas veneradas de sus muertos, en los sitios menos accesibles y más fáciles de defensa ; no se daban a las expansiones religiosas, sino después de haber tomado precauciones contra las sorpresas del enemigo. El campanario, *zenutegi*, *izkila-dorre*, servía de observatorio, y centinelas vigilantes tañían, si era preciso, el toque de alarma. Los cronistas transmiten, que durante toda la Edad Media, los vascos, iban armados a sus iglesias y depositaban en el recinto de la casa de paz la lanza y el hacha mortífera. Hacia la misma época, varios pueblos, abandonando al roble de libertad bajo el cual se congregaba el *Bilzar*, transportaron sus asambleas popu-

(2 bis) En el cap. XI.

lares al pórtico del templo, por lo que recibieron el nombre de *Anteiglesias*, *Elizaïntzin* (3). Me limito a estos rasgos descriptivos, pues mi finalidad no es apreciar aquí la influencia del catolicismo sobre los vascos.

Las pinturas emblemáticas que adornan las iglesias de Navarra son notables por varios conceptos. He descubierto en la armonía de sus colores una extraña inteligencia del mito (3 bis) y una ciencia profunda de los símbolos. Puedo citar el *Agnus* celeste, denominado blanco o *Xurien* por los iberos, los indios primitivos y los iraníes; en los templos vascos está pintado de blanco brillante sobre azul celeste encuadrado de rayos solares. Las más hermosas formas del arte cristiano, se unen a la filología primitiva, por las religiones de la antigüedad. Figurémonos la vida universal, simbolizada por la paternidad del Gran-Ser, ¿qué más majestuoso que el anciano olímpico, el *Padre*, planeando en el espacio al ruido de las armonías de la creación y redondeando con sus manos divinas los chispeantes globos de que siembra la inmensidad? Es admirable ese *Cristo*, saliendo glorioso del ataúd, con los brazos tendidos, sin esfuerzo, en inmovilidad perfecta y elevándose por el poder de su esencia etérea, como un rayo luminoso, medio sumergido en el azul. Me gustan también esas imágenes débiles, torturadas por el martirio, en que el alma humana parece exhalar su último grito de exaltación, semejante al sonido sublime que brota de la lira del poeta cuando se rompe. El *Vidente* se ha declarado casi solo en el nuevo siglo contra el culto cristiano (4), pero no ha sido por no haber comprendido lo que encierra de inspiración superior y de verdad filosófica en sus modelos primitivos, tan desfigurados por la mitología (5) del catolicismo. La escultura antigua escogió el mármol, elemento neutro, para reproducir lo humano por el ideal de las líneas y lo natural de las proporciones, sin usurpar jamás la misión de la pintura, que da agudeza mágica a sus

(3) *Elexateak* en Vizcaya.

(3 bis) No nos asociamos a las opiniones de Chaho sobre la religión católica, y sirva esta nota por otras que pudieran hacerse.

(4) Véase la nota 26 del cap. VIII.

(5) Véase la nota 3. El mito no es para Chaho la fábula sino el misterio y la representación artificial (Lambert, *Etude sur Augustin Chaho*. págs. 85 y 93).

formas ayudada por el prestigio y la ilusión de los colores. El arte gótico ha confundido las dos finalidades más distintas de la imitación, vanagloriándose de encarnar las imágenes palpitantes de la vida, con reflejos cadavéricos. Las estatuas de apóstoles, de obispos y de santos, que pueblan las más famosas catedrales del Occidente, no se parecen poco a los deformes fantasmas de cera que una cortina esconde a la curiosidad del pueblo en los bulevares parisinos. El bárbaro, ha chapeado de oro sus estatuas, como sus altares; y se le puede aplicar la frase de Apeles a un pintor mediocre: «no pudiendo hacer bella a tu Helena, la has hecho rica».

La iglesia de Lesaca, aunque pequeña, es en su estilo una de las más bonitas de Navarra. El boticario me hizo ver una virgen, cuya hornacina rompieron los peseteros, para llevarse la manzana de oro de su ramo. Me enseñó también un gran Cristo, ante el cual, cierto oficial liberal, profirió amenazas, blandiendo su sable. Este castellano blasfemo, recuerda la *tortilla* que el ateo Desbarreaux (6), espantado por una tempestad, arrojó por la ventana desafiando a Dios y a sus truenos. Crédulo o escéptico, el bárbaro es siempre el mismo y su *impiEDAD no es menos supersticiosa que su fe*.

Después de haber visitado el templo, descendimos a la plaza pública en que los voluntarios jugaban a la pelota, bajo los arcos de la alcaldía. Jugaban partido en el *trinquete*. Las reglas de este juego consisten, en hacer pasar la pelota sobre una cuerda tendida a la altura de cuatro pies, en medio de un cuadrado estrecho, cuyos ángulos, hacen que la dirección de la pelota sea bastante irregular y obligan a los jugadores a luchar contra esas dificultades reunidas, desplegando precisión en la vista, elasticidad en los movimientos y prontitud en la pegada, evitando estorbarse ni chocar los unos con los otros.

Los romanos tomaron de los iberos el juego de la pelota y le colocaron en el primer lugar de su gimnástica. Los vascos se reputan como los mejores jugadores de toda España y se dedican con pasión a esta diversión, que duplica sus fuerzas y su agilidad na-

(6) Probablemente Jacques Vallée, consejero del Parlamento francés, libertino y poeta que falleció en 1673.

tural, y que pone de manifiesto todas las ventajas físicas a las cuales, los montañeses atribuyen gran valor. Lo prefieren hasta a los placeres de la danza, y los ojos de una linda novia, tienen para el joven vasco, menos encanto, que una pelota lanzada hasta las nubes por su brazo nervioso, armado del guante de cuero. Los individuos que se distinguen en este juego, tienen gran estimación entre los montañeses y son honrados como los vencedores de los juegos olímpicos de la antigua Grecia, sobreviviendo su gloria durante varias generaciones. El navarro Assance (7) y el laburdino Perkain, fueron las dos grandes celebridades *del siglo último*. Lamento haber olvidado el nombre de un jugador *contemporáneo mío* (8) que hizo prodigios en presencia de S. M. Carlos V y de más de diez mil espectadores congregados en Elizondo (8 bis). Cada pequeña provincia tiene jugadores de que ella se vanagloria, y se envían frecuentes retos los unos a los otros, acompañados de apuestas considerables. Las fiestas patronales son elegidas generalmente para este género de espectáculo, y el cura del lugar, previendo la deserción que amenaza por la tarde a su iglesia, tiene la prudencia de terminar temprano los santos oficios. No es raro ver la población de un valle acompañando en masa a sus campeones y marchar así, con la música al frente y con los bardos improvisadores, que deberán inmortalizar en sus coplas, las fases diversas de tan singular contienda y el triunfo de los vencedores. De una parte y otra se eligen los testigos, cuyo deber, es, velar porque las reglas del juego sean observadas, fallando sobre los tantos dudosos. Estos jueces de canchas, llevan en la mano bastones ferrados y marcan los puntos con ra-

(7) Los adjetivos de procedencia deben estar equivocados, pues según d'Elbée en «Gure Herría», Perkain nació en los Aldudes benabarros y Azantza en la bella villa laburdina de Cambo.

(8) Comentando este párrafo se equivoca d'Elbée en «Gure Herría», pues cree se refiere a los dos jugadores precitados. El P. Donosti copia el error de d'Elbée en «El Día», de S. S. Ese partido debió tener lugar el día 13 de Julio de 1834. Según D. Javier Lascoz, párroco de Ciga, había un elizondar, gran sacador, llamado «Michico», hijo de D. Isidro Indart, y de nombre José Ramón. Jugó en 1821 en Madrid ante Fernando VII. ¡Assanze tenía en 1834, setenta y cuatro años de edad!

(8 bis) Carlos V entró por Dancharinea, llegando a las seis de la tarde del día 11 de Julio de 1834 a esa frontera. Durmió en Maya, desayunó en Arizcun y llegó a Elizondo el 12 de Julio, según el barón de los Valles.

mas de oliva. La pelota de que se hace uso es elástica y dura, pesando a veces hasta diez y seis onzas. Es un espectáculo divertido ver a los pelotaris coquetamente vestidos, calzando ligeras alpargatas y con guante de cuero en mano, tomar puesto en una cancha espaciosa y desafiarse, responder, correr, brincar con increíble agilidad, devolverse la pelota que tan pronto golpea el suelo cual bala, como describe un círculo en los aires, dejando suspensa tras sí, el alma de los espectadores interesados. Las apuestas se cruzan, las monedas de plata y oro llueven sobre el suelo y ¡ feliz quien las recoja! Los gananciosos animan a los jugadores con grandes aclamaciones; los que pierden, guardan triste silencio. Pero la fortuna, que distribuye sus favores entre campeones igualmente encarnizados, ágiles, diestros, se muestra caprichosa, y las alternativas de alegría y contrariedad se suceden con rapidez. El poblado al que *tocan* los honores de la jornada, está tan orgulloso como de una victoria y conserva una idea de preeminencia propicia a alimentar rivalidades locales que dividen a los montañeses. A veces, cuando al anochecer han terminado los partidos y las apuestas se liquidaron y se bebió buen vino, estalla la más furiosa querella. Una copla de bardo demasiado cáustica, un *axut* despreciativo escapado en la embriaguez del triunfo, da la señal: los bastones ferrados entran en danza...; después, cuando la refriega se dispersa, los dos bandos se retiran; los derrotados a hacerse vendar el cráneo esperando la revancha.

Nuestros voluntarios, sentados alrededor del trinquete, sobre losas que *el sol caldeaba* con sus rayos, miraban jugar a sus camaradas. No se entablaban entre ellos apuestas de dinero, porque si las distribuciones de cartuchos eran abundantes, su paga cotidiana era ligera, y los *cuartos*, raros en sus bolsillos. Apostaban cachetes, moneda que los gananciosos distribuían a merced.

Veía a un gran voluntario inocente, notable por sus anchas espaldas y risa atontada: cinco o seis jóvenes camaradas le tenían asediado. Siempre perdía, y si ganaba era lo mismo, pues le menudeaban los golpes como el granizo. Gritaba con su suplicante gran voz, con la seriedad más agradable, pero tenía jueces inicuos que se complacían en su suplicio: mil voces unáni-

mes le condenaban por doquier. Y los pillos, a pegarle cada vez más fuerte. Las risas eran inextinguibles.

—¿Ve usted a esos niños heroicos? —me observó el boticario—; la mayor parte de ellos no tienen aún diez y seis años y muestran caras de muchachas; tienen la lindeza de los gatitos y se convierten en tigres durante el combate. ¡Hay que verles correr hacia el fuego más vivo y precipitarse a lo más fragoso de la lucha! Reposan ahora de sus fatigas, indiferentes y alegres. La más santa de las causas les puso las armas en la mano, y la admiración y el amor de las poblaciones les envuelven. Cada madre de familia les recibe en su casa como a sus propios hijos, y en todas partes encuentran patria. ¡Qué diferencia con los cristinos!: Veréis a éstos lo más a menudo taciturnos, sombríos, desanimados, parapetándose en las casas; sus juegos consisten en aullar **tras las ventanas**, apuntando a los pasantes para incitarles a lanzar gritos sediciosos que no tienen eco en estas montañas. La sed de pillaje excita su ardor, que tienen necesidad de sostener y de exaltar con demostraciones anárquicas, gritos confusos, cantos discordantes. La noticia de *la proximidad de Zumalacarregui* ha bastado para hacer desalojar de Lesaca al Pastor (9), que corre con su partida a encerrarse en San Sebastián.

El boticario me condujo a una casa vecina en que encontramos una reunión de oficiales, algunos de los cuales, se hallaban sentados al extremo de una larga mesa, cartas en mano, fumando cigarrillos y bebiendo vinos generosos de la Ribera. Los otros se paseaban por la habitación, con sus sables pendientes y pantalones guarnecidos de cuero. Eran en su mayor parte, robustos aldeanos, de talla más que ordinaria. Soldados de la *independencia*, debían sus grados al sufragio de sus conciudadanos, y los de más edad, no pasaban de los cuarenta años. Sus gestos vivos, impetuosos, denunciaban un exceso de fuerza y de vida; su lenguaje naturalmente pintoresco, animado, recibía en sus voces masculinas y sonoras una brillantez poderosa. Imaginad espesos bigotes en caras cobrizas, ojos de águila y frentes terribles sombreadas por una *boina de color de sangre*, chaquetas o zamarras de piel de oso, paso

(9) Jáuregui.

ágil, marcha salvaje y posturas llenas de nobleza y dignidad. Jactanciosos como los héroes de Homero y los paladines de la Edad Media, bravos como los guerreros fanatizados de Odín, y tendréis una idea fiel, de cómo eran esos oficiales montañeses.

Al entrar, el boticario me dirigió la palabra con aire regocijado para brindarme la ocasión de contestarle en el idioma nacional. Se dió prisa en darme a conocer y en anunciar, que venía yo a recoger notas, para escribir la historia de la insurrección. Tuve ocasión de sentirme lisonjeado, por los aplausos que se me dirigieron unánimemente, con entusiasmo de cordialidad inequívoca y con la admiración ingenua, que nuestros montañeses iletrados, profesan hacia la misión del poeta y del historiador.

—¡ Hijo! —exclamó uno de ellos, mezclando esta exclamación castellana a la lengua del país en trasporte afectuoso en que el excelente vino de Tudela tenía su participación— ; conque ¿ has venido de París nada más que con esta idea patriótica? ; Bien hecho! Los vascos se cubren de gloria ; y pasan en Navarra cosas que merecen ser escritas en todos los idiomas, para que sirvan de ejemplo a todos los pueblos.

—*La primera guerra de la independencia* (10) no tuvo historiadores —dijo bruscamente un gran hombre seco y de bigote gris— ; pero no fué ni menos sangrienta ni menos gloriosa. Los granaderos franceses eran gigantes, comparados con la vil canalla de cristinos, que se debiera expulsar de nuestros valles, sin otra arma que palos.

El que habló así, nos volvió la espalda al acabar su frase, y se paseó por la habitación con paso largo y mesurado. Su *capa* larga, tan vieja como las guerras de que él hablaba, no era sino un compuesto de *jirones recosidos* y de piezas superpuestas, como tejas sobre un techo arruinado.

—Agustín —me agregó—, puesto que tiene usted el proyecto de escribir un libro, le contaré punto por punto todo lo que ha pasado en nuestros Pirineos, *comenzando por las guerras de Napoleón*. España estaba encorvada bajo el yugo extranjero. Un fiel navarro, al cargar sobre su mulo el carbón que llevaría a las

(10) La guerra de Napoleón o la del 93 (Vid., pág. 104).

ferrerías, juró la independencia de su país y cogió la carabina. Patriota ardiente, guerrillero famoso, este hombre se llamaba Espoz y Mina. ¿Por qué fué preciso que el destierro cambiara el corazón de nuestro antiguo general? ¿Ha olvidado tan pronto qué raza de hombres crece a la sombra de nuestros valles? ¡Insensato, que se ha vanagloriado de sembrar entre nosotros el terror (11) sin comprender que el sentimiento imperecedero de la *nacionalidad*, domina aquí a todos los demás! Sus crueldades le deshonoran y nos irritan, sus amenazas vanas nos dan lástima... ¿Qué se hizo del tiempo en que vi a Mina, sencillo montañés, calzar la abarca y almorzar sentado en un banquillo, con su taza de chocolate entre los pies, sin otra mesa que la piedra del hogar? Entonces, su voz era poderosa en Navarra y su prestigio igualaba al del Viejo de la Montaña (12). Más de un vez, se acostó el sol sobre nosotros, en las altas fronteras de Aragón y se levantó sorprendido de volvernos a ver al día siguiente en las extremidades de Alava (13), sangrientos y victoriosos, repartiéndonos los ricos despojos de un convoy francés. El ángel de la patria favorecía nuestras expediciones aventureras. La codorniz agazapada en los campos de labrantío, pasa menos desapercibida que el guerrillero montañés acostado al borde de las cabañas, con la carabina a punto, esperando la señal del cabecilla, con una oreja pegada a tierra para escuchar el paso de los caballos y el rodar lejano de las carretas enemigas. El viento que hace gemir los brezos, guarda para él sonos proféticos y confidencias misteriosas. Interroga a los ruidos de la planicie en sus murmullos aéreos. La hora se aproxima. La luna, medio velada, se inclina sobre los montes para contemplar nocturnos combates... ¡Silencio! ¿Oís esos cantos joviales?... Son de regimientos franceses que se internan en el *valle* sombrío donde la muerte está de centinela. ¡Adelante! La noche está tranquila, los astros refulgen en el azul (13 bis)... Un fantasma silen-

(11) Quemó Lecaroz el día 14 de Marzo de 1835, según me escribe el P. Alzo. Véase la pág. 74 del libro «Euskal Erría» (El Estatuto de Estella en el Parlamento).

(12) Hassan, jefe de la secta de los asesinos (consumidores de haschisch), que luchó en Siria contra cruzados e indígenas por los siglos XII y XIII.

(13) Marcha de Mina del 8 al 9 de Abril de 1812 para la primera sorpresa del collado de Arlabán, 15 leguas en un día.

(13 bis) ?.

cioso se levanta en lo alto de una loma, un silbido agudo sale y se prolonga ; es Mina dando la señal : ¡ Arrama ! Más numerosos que las espigas antes de la cosecha, los guerrilleros se han erguido con sus largas carabinas. El fuego estalla, el monte está ardiendo, una lluvia de plomo hiere a los gabachos —denominación española, injuriosa para los franceses—, y sus cadáveres cubren el valle. ¡ Arrama ! ¡ Victoria de los hombres de los montes ! ¡ Agustín, yo he presenciado todo eso !

Una mímica expresiva y teatral acompañó a los detalles de este recitado dramático, desarrollado al modo de nuestros bardos improvisadores. El relámpago de la inspiración se apagó, para dar paso a una cólera sombría. El oficial de guerrilleros recogió sobre la espalda *las mil piezas de su capa*, pidió cigarrillos a sus vecinos y durante el resto de la tertulia conservó un silencio huraño. Los jugadores habían dejado sus cartas para tomar parte en la conversación. Mi excelente amigo, el boticario, se sentó a mi lado con el brazo sobre mi espalda. Delante de mí se hallaba *uno de los principales jefes*, cuyo nombre he de callar (14). Con tono breve y positivo, que anunciaba al hombre superior, dijo *el jefe insurrecto* :

—La envidia de los castellanos fué el primer motivo de esta guerra. No podían sufrir que las provincias vascas se gobernaran y administran por sí mismas, en *completa independencia*, mientras que muchos empleos civiles y militares eran desempeñados en Castilla por vascos (15).

—Eso siempre fué así —repuso alguien—, y los favores distribuidos a nuestros compatriotas, eran privilegio del mérito o premio de servicios prestados.

—Si es cierto que los vascos se obstinan en conservar libertad y derechos, no lo es menos que en toda circunstancia les fué muy querida la gloria de España —dijo el boticario (16).

(14) Es posible se trate de D. Joaquín de Elío, vid., pág. 116, pues según Mitchell en su «El campo y la corte de D. Carlos», pág. 130, Elío quería en 1839 que Navarra quedase independiente, lo que confirma D. Ángel Zabala en la Rev. «Euzkadi» de Mayo de 1905.

(15) Recuérdese la discusión parlamentaria del Estatuto Catalán.

(16) Esta manifestación de españolismo ha imperado siempre en el partido carlista. Recuérdese el «Españolak gera» de la marcha de Oriamendi.

—Su lealtad a la causa general no ha podido disipar el temor que inspiran y la desconfianza de que son objeto —replicó el comandante S. (17)—. Después de las guerras de la independencia (18), nuestras invencibles milicias fueron diseminadas entre plazas fuertes de España, y nuestro país quedó desarmado. Se adoptó la misma medida a raíz de las guerras de la Fe (19).

—¡ Advertencia para los montañeses el día en que Carlos V entre triunfante en Madrid! —gritó desde su rincón el oficial guerrillero de la capa *remendada*; después, vació de un trago su vaso y se puso a fumar, con el codo apoyado sobre la mesa.

—Se anuncia —dijo el boticario— que la regente envía contra nosotros a las guarniciones de las ciudades del Sur. En este caso, los oficiales vascos, que entre ellas se cuentan en gran número, no pasarán el Ebro sino para afiliarse bajo nuestras banderas.

—Es bastante curioso —dije a mi vez— que los mejores oficiales del ejército de Cristina sean vascos, y que los castellanos, tan envidiosos de nuestros privilegios, obedezcan a jefes de nuestra raza, tales como Iriarte, Gurrea, Oráa, Jáuregui y Mina (20)...

—Esos oficiales tráfugas —dijo el comandante S...— serían más temibles si tuvieran a sus órdenes mejores soldados. Iriarte y Gurrea son activos y bravos, pero el más peligroso de todos es, sin contradicción, Oráa. Yo estoy siempre en guardia, mientras ese lobo de monte merodee a diez leguas de distancia, pero dormiría tranquilo la siesta a seiscientos pasos de un jefe castellano. En cuanto a Jáuregui, su papel en esta campaña se limita a pasearse entre San Sebastián y Lesaca, a fin de proteger los envíos de dinero que el gobierno francés hace diariamente a los generales de Cristina, y llevar su tropa tan en calma como otrora

(17) Sagastibelza.

(18) La de Napoleón y quizá la del 93. Vid., pág. 101.

(19) La del 21 al 23.

(20) Oráa, que procedía de Zumárraga (Juan Carlos Guerra, en la Rev. «Euskal Erría», t. 50, pág. 31), era natural de Beriain de Galar; Jáuregui, de Villarreal de Urretxua, y Mina, de Idozin de Ibargoiti. Asimismo, en la segunda guerra, Blanco era de Donosti; Moriones, de Leache, y Loma, de Salinas de Añana. Juan Manuel Balmaseda era castellano, fugitivo de Fuentecén (cerca de Roa) en 1822, y sublevado en Riaza; Arizaga era de Osuna. Véase la nota 20 del cap. XII.

hiciera con sus corderos, porque ustedes saben que fué pastor, como lo indica el apodo de *Artzaia*, o Pastor. Preveo un fin trágico a todos estos hombres extraviados.

—¡ Amén! —concluyó levantándose un *gordo* y gallardo *capitán* que había guardado silencio hasta entonces—; el que lleva la guerra a su país natal, bajo cualquier pretexto que sea, merece la execración pública, y con más razón cuando su furia no obedece sino a sed de oro. Esta es una verdad que se la diría yo al mismo Mina, y tan redonda como una pelota: ¡ *pilota bezain biribil!* Agustín —agregó el capitán dándome una palmada familiar en la espalda—, usted es joven y yo tengo cincuenta años. Créame, todos esos generales de Cristina son zorros viejos, y no hay uno que de antemano no esté seguro de ver fracasar sus armas contra la insurrección de los vascos, pero han encontrado en esta guerra excelente ocasión para redondear su fortuna. Cada uno de ellos ha conservado el mando de jefe, justamente, el tiempo preciso para apropiarse algunos millones. Admiro los engaños de vuestros periódicos parisinos, que tomaban en serio sus fanfarronadas. Ya se sabe a qué atenerse en cuanto a esos capones cebados, de los cuales se pretendía hacer águilas. Puedo citar a Rodil, que no se dignó esperar la llegada de su sucesor, para abandonar el ejército y tomar el camino de su pueblo, precedido de una recua de veinte mulas cargadas de hermoso dinero francés.

La peroración del *capitán gordo* excitó la hilaridad general, permaneciendo serio tan sólo el *jefe* de que he hablado, y que observó:

—La cuestión de conquista y de unidad que ensangrienta a los Pirineos occidentales es grave y fué planteada contra nosotros por el gobierno precedente. El deseo de obligar en nuestras regiones *exentas* a una fusión con Castilla, arrebatando a los vascos el privilegio de su libertad, lo dictó el testamento de Fernando VII, violador de la constitución española. El rey moribundo preveía nuestra resistencia y, deseando evitar a la regente los disgustos y peligros de esta guerra, resolvió preparar la ejecución de su testamento aboliendo nuestros *fueros*. Esta amenaza excitó en las provincias vascas una sorda fermentación, precursora de subleva-

ciones populares, y diputaciones diversas hicieron llegar hasta el rey exposiciones respetuosas, pero enérgicas. Fernando, por toda respuesta, hizo avanzar sobre el Ebro un ejército de treinta mil hombres (21)...

Aquí el *jefe montañés* apretó convulsivamente el puño de su sable, y una contracción involuntaria frunció sus negras cejas; pero se repuso en seguida en su calma y sangre fría, prosiguiendo en estos términos:

—Mientras el ejército gubernamental marchaba sobre las provincias vascas, la insurrección de Julio estallaba en París; Bélgica y Polonia siguieron el ejemplo de Francia, el helvético agitó su bandera federal y, hasta en Oriente, valientes poblados de montañeses respondieron, desde el Atlas hasta el Cáucaso, con gritos de libertad. El momento no era favorable para que se provocara a los vascos a una guerra de *independencia*. El gabinete de Madrid llamó a las tropas escalonadas sobre el Ebro y la cuestión quedó pendiente hasta la muerte de Fernando, cuando la causa de la herencia legítima vino a complicarla en nuestro favor. La ley sálica, adoptada desde hacía mucho en España, priva a Cristina de todo medio de justificar su usurpación, no siendo discutible el derecho de S. M. Carlos V *sino para el sentido democrático y revolucionario*. Es difícil prever las convulsiones que puedan cambiar la faz de la Península Hispánica. Sea lo que fuere, los vascos conocen su derecho y sabrán hacerlo triunfar. ¿No es cierto, compañeros?

La sangre fría del *jefe rebelde* desapareció ante esta última frase, pronunciada con voz eléctrica y brincando hasta el medio del cuarto. Hubiérase dicho que un ave de rapiña acababa de abatir su vuelo. La adhesión más calurosa fué la respuesta de aquellos montañeses, y las bóvedas del espacioso salón, heridas por el temblor de sus voces sonoras, resonaban como un tumulto broncíneo, en tanto que se agitaban brillantes, los sables de los facciosos. El *jefe* paseó durante algunos instantes la vista en torno suyo, con expresión altiva; luego volvió lentamente a su silla.

(21) En 1830, bajo la dirección de Asta y Cavanillas, siendo ministro Calomarde, según el folleto de Zarrabeitia de 1837.

—Agustín —me ordenó—, escribirá usted a los franceses cuanto ha visto y oído.

En aquel momento, los tambores redoblaban en la plaza pública y calles de Lesaca, invitando a los voluntarios a pasar revista y a *la oración del anochecer*. El comandante S... me había conducido hasta el hueco de una ventana, y allí le pregunté acerca de los principales actores de la insurrección: Valdespina, Zabaia, Eraso, Iturralde, Zumalacarregui.

«Valdespina —me dijo— pertenece a una de las más antiguas e ilustres familias de Vizcaya (22). Nació en Ermua, en el magnífico palacio de sus antepasados, que los cristinos incendiaron. Desde su primera juventud tomó las armas en defensa de su patria, siendo capitán en 1793 y haciéndose admirar como valiente por los franceses. La invasión extranjera le dió ocasión de mostrar toda su lealtad a la causa nacional, tomando parte activa y gloriosa en la guerra de la independencia; y más tarde le ocasionó una detención brutal y el destierro a Cádiz, por causa de su hostilidad declarada contra el gobierno constitucional. Tras la restauración de la monarquía castellana y la entrada de Fernando VII, fué Valdespina proclamado diputado general de su país vizcaíno, desplegando en este puesto honroso, su talento administrativo, para ser reelegido por aclamación en las asambleas siguientes, bajo el roble de Guernika. Nombrado presidente de la Diputación general de Vizcaya después de la muerte de Fernando, propagó rápidamente la insurrección carlista en Guipúzcoa, Alava, Navarra, y hasta en Castilla, donde envió dinero, municiones y armas. Cuando las tropas liberales invadieron las provincias vascas, Valdespina compartió el éxito con el brigadier Zabala contra Sarsfield. Olvidaba decir, que tenía el brazo derecho destrozado por una bala en una guerra precedente, habiendo sufrido la amputación del mismo. Hoy tendrá unos sesenta años sin que la edad le haya hecho perder en nada su vivacidad natural. Une el espíritu más amable a una instrucción sólida y variada, así como la bondad de su alma, iguala a la cortesía y afabilidad de sus maneras. No me queda sino hablar de su pequeña talla,

(22) Bizkaie en el original.

capa gris y sombrero blanco, para terminar el retrato de don José María de Orbe y Elío, marqués de Valdespina.

No había terminado de hablar el *comandante* (23) cuando se volvió rápidamente e hizo señal al capitán *gordo* para que se acercara.

—¿Conoces a Zabala? —le dijo.

—Ciertamente —respondió el *capitán* con su franqueza habitual—, conozco a don Fernando de Zabala, natural de Munguía (Vizcaya), capitán de caballería durante la guerra de la independencia, prisionero de Estado bajo la constitución milagrosamente evadido, guerrillero formidable a la cabeza de mil jóvenes vizcaínos, brigadier, diputado general de Vizcaya al advenimiento de Carlos V, general, grande de España, vencedor del rebelde Sarsfield, finalmente en desgracia y refugiado con su gloria en no sé qué parte del reino inhospitalario de Francia (24).

Una vez de haber respondido de esa forma, corrió el *capitán* a la revista de su compañía.

—Uno de los mejores caracteres que tendréis que describir en vuestra historia es el de don Benito Eraso —continuó el comandante S***. Este gentilhomme, apareció por primera vez en la escena política en 1821; elegido miembro de la Junta de Navarra por las Cortes del reino, reunió en Roncesvalles ochocientos jóvenes navarros, que fueron el núcleo del ejército llamado de la Fe. Habiéndose restablecido la paz en España, Eraso fué enviado a Madrid y retenido como prisionero de Estado; su mujer concibió el más vivo pesar, que llegó a degenerar en demencia. En 1830 Eraso a la cabeza de un cuerpo de voluntarios navarros rechazó a la fracción de Chapalangarra (25) en Valcarlos. Fernando le concedió el título de coronel de infantería, pero, habiendo sido licenciados los voluntarios, Eraso quedó privado de mando y volvió a su hogar para vivir inactivo hasta el advenimiento de Car-

(23) Sagastibelza.

(24) Eliseo Reclus escribía que Chaho, a quien podía titularse «el último de los vascos», nombre que él mismo aplicaba a Zumalacarregui, prefirió encerrarse en una habitación angosta de un quinto piso de Bayona a soportar la innoble vigilancia de los agentes de Francia... *Riev.*, pág. 78, tomo XX. (B.)

(25) El poeta Espronceda formaba entre los invasores.

los V. Vuestro pariente M. D*** ha debido contaros los detalles románticos de su *evasión* a Burdeos, cuando fué conducido desde Pau como un malhechor, sin que los gendarmes le perdieran un momento de vista acostándose en su habitación, a pesar de lo cual, se ha dicho que fué puesto en libertad bajo palabra que violara evadiéndose... Oculto bajo disfraces abigarrados, tardó un mes en cruzar las cincuenta leguas que median entre Burdeos y los Pirineos. Al fin, el fiel navarro se unió a sus hermanos en medio de las llamaradas de mil fogatas que iluminaban los montes para anunciar y festejar su regreso. El bravo Iturralde había organizado como por encanto los dos primeros batallones de Navarra, bajo la fusilería de las columnas enemigas, que surcaban en todos sentidos nuestras provincias. Un partido numeroso le reservaba el título de general en jefe, pero Eraso hizo inclinar la balanza en favor de Zumalacarregui. Es un espectáculo honroso para nuestro país, el ver a don Tomás coronarse, entre sus dos fieles amigos, de gloria inmortal, merced al mando en jefe que debe a la abnegación del uno y a la generosidad del otro. Don Benito Eraso nació en Barasoain, Navarra, y cuenta unos cuarenta y cinco años. Pocos hombres unen como él la modestia a los más variados talentos; la bravura, a los sentimientos más delicados de humanidad; la actividad más infatigable, a una dulzura inalterable; la levadura del odio no fermentó jamás en su bella alma, que refleja una fisonomía expresiva y riente; su lenguaje seductor persuade a los espíritus más rebeldes; su patriotismo, tan puro como exaltado, los subyuga. Le ofrecieron tres veces el mando supremo sin que se hubiera podido conseguir que lo aceptara, y no ha dado aún la medida de su talento militar, pues no ha hecho brillar aún más que su valor. La posición independiente y desinteresada de este jefe virtuoso, imprime a sus consejos una fuerza irresistible y a su influencia, un carácter de religiosidad, cuyo prestigio, recuerda al Ángel de la Guarda, velando por los destinos de la patria.

El comandante que con tal imparcialidad hacía el elogio de sus hermanos de armas, era el bravo Sagastibelza. El jefe montañés reunía en sí dos fisonomías distintas, que se suceden por transiciones rápidas: el ibero y el moderno español. Si hablaba en

la lengua de Cervantes era grave, enfático, y la elevación de su pensamiento buscaba las magnificencias del lenguaje ; pero al primer acento del idioma de los vascos, su inspiración se convertía en más franca y más abrupta, su exposición más viva, su manera más decidida, una nueva vida brotaba del fulgor de sus miradas movibles ; el timbre de su voz se hacía más mordaz. No sé qué soplo de indomable libertad emanaba de este hombre más bien pequeño de talla, pero esbelto y fuerte como un leopardo (26).

Resonaba en la plaza la contestación de ¡ *presente!* de los voluntarios en la revista. Cada compañía formó círculo en torno de su sargento mayor y se puso a recitar con él el largo rosario que forma la oración *nocturna* del ejército. Oficiales, burgueses, curas y frailes, atraídos por la curiosidad, acudían a engrosar nuestra reunión. Se descubrían al entrar con ligera inclinación de cabeza y pronunciaban estas dos palabras : ¡ *Ave María!*, a las cuales se respondía *Madre de Dios*. Reconocí en este saludo tan cristiano, el llamamiento de reunión, que los vascos adoptaron antaño, al formar a la voz de Pelayo su primera cruzada contra los sarracenos. Este recuerdo de los tiempos pasados arrojó un prisma poético a la escena a que me veía transportado. Los variados grupos de montañeses, sus extraños trajes y figuras atezadas, cuya expresión fantástica exageraba progresivamente *el día que declinaba*, formaban un cuadro prestigioso que la imaginación de un pintor, podría apenas bosquejar. Rogué a Sagastibelza que me hablara de Zumalacarregui.

—Lo haré con placer —contestó con perfecta gracia tomándose una mano— ; y puesto que estáis resuelto a escribir para la posteridad, la historia de nuestra insurrección, es justo que os hagamos conocer al hombre superior, que es su alma poderosa y digno jefe. En pocos días su fama se ha hecho camino sobre la faz de la tierra.

(26) El bravo Sagastibelza, a quien Chaho demuestra tanto cariño y admiración, murió heroicamente en Lugariz (encima de donde hoy se halla el cuartel de la Guardia civil en San Sebastián, inmediato a Ventaberri) luchando frente a la Legión Británica, como referimos en nuestra novela corta «La Batalla de Oriamendi». Era el día 5 de Mayo de 1836. (B.)

Zumalaren izena
 Eta haren omena
 Hurrun da hedatzen :
 Erregeren gortetan
 Hiri eta kanpañetan
 ¿Nork ez du aditzen
 Zumalaz mintzatzen ?

El nombre de Zumala
 Y su celebridad
 Lejos se extienden :
 En las cortes reales
 En villas y campos
 ¿Quién no oye
 De Zumala hablar ?

Este verso que los carlistas han aplicado a Zumalacarregui, pertenece a una antigua improvisación dedicada al ricohombre de Belsunze, que comienza : *Belzunzeren izena*.

—Agustín —añadió vivamente Sagastibelza—, reconoceréis al acercaros a este hombre heroico, que en su pecho palpita un noble corazón, y le amaréis, estoy seguro de ello. Los señores que me escuchan conocen como yo a Zumala: todos podrán confirmar la verdad de mis palabras.

«Don Tomás de Zumalacarregui e Imaz vió el día en Ormaiztegui, de padres nobles, en la noble provincia de Guipúzcoa. Cuenta próximamente unos cuarenta y cinco años y no tenía aún diez y seis cuando abrazó la profesión de las armas. Alférez en 1812, se fué a Cádiz junto a su hermano mayor, miembro de las Cortes (27). Regresó en 1822 con el grado de teniente al regimiento de las órdenes militares que se hallaba en Pamplona. Ofreció su espada a los defensores de la Fe y obtuvo el mando de un batallón. Al fin de esta guerra fué nombrado coronel del 4.º regimiento de línea; después, del de Borbón, 16 de línea, y por fin del de Extremadura, 15 de línea. Estaba en Galicia mandando este último cuerpo cuando en 1830 se le pasó a la reserva. Zumalacarregui se retiró entonces a Pamplona con su mujer e hijos. Tales fueron las fases diversas de su carrera militar hasta el día en que se le otorgó el título de generalísimo. Costumbres honestas, genio austero y meditativo, amor al trabajo, he ahí los rasgos que describen su juventud. Se desarrolló tarde, como esos frutos excelentes madurados a fin de estación, y mostró siempre más racioci-

(27) Se alistó como voluntario en la guerra de la independencia y se halló en la defensa de Zaragoza, llegando al empleo de capitán a la conclusión de dicha campaña, en la que fué hecho prisionero consiguiendo evadirse. Tomó parte en la batalla de Izarraitz, según nos cuenta Vacani (el Espasa, en el artículo Zumalacarregui, escribe Irrazain).

nio que ingenio. Sus miras organizadoras, que consiguió hacer adoptar, le conquistaron reputación de buen oficial de estado mayor, tomando puesto entre los coroneles más distinguidos del ejército español. El único defecto que se le reprocha, y que es lo que constituye para nosotros su mayor mérito, es la idolatría que profesa a la nacionalidad de nuestra raza, su patriotismo exclusivo. ¡Navarros, decidme!, cuando ese guerrero apareció sobre la montaña enarbolando el nuevo estandarte, ¿era Pelayo, García o Mitarra (28)? ¡El hombre vulgar se había transfigurado! ¡Quedé deslumbrado del brillo del héroe y le saludé como a un profeta, jurando vencer o morir con él!

—¡Y nosotros contigo! —respondieron los insurrectos con voz formidable en un impulso de entusiasmo eléctrico, y un relámpago repentino brotó de todas las miradas, iluminando las imponentes figuras de los montañeses, que *la noche*, cada vez más sombría, borraba gradualmente; y cuando esas formas fantásticas volvieron a tomar su primitiva inmovilidad, se produjo un instante de profundo silencio, durante el cual, no se oyó sino el murmullo del *rosario*, recitado en la plaza pública por los voluntarios. Después, la campana de Lesaca tocó el *Angelus* y al mismo tiempo sonidos aéreos surgieron del cielo y fanfarrias lejanas se mezclaron al tintineo del bronce: armonía religiosa y guerrera a la vez, que la pureza del aire y la sonoridad de los valles hacían más vibrante y mágica en el mutismo nocturno. Desconfiaba yo del poderoso encanto que subyugaba mi espíritu y me creía víctima del engaño de una ilusión, semejante a la del montañés supersticioso que cree oír cacerías del rey Arturo, en el seno de las nubes, ladridos de jaurías y relinchos de caballos mezclados a los sonos de un cuerno encantado. Pero los ruidos que llegaron hasta mí eran reales y acudían cada vez más distintamente y con más intensidad. «¡El general!», exclamó Sagastibelza, golpeando el suelo con su pie; y le vi crecerse y alargarse en la sombra, como un ave que reanuda su vuelo. «¡El general!», repitió la muchedumbre con ruidosa aclamación, y los hombres de la montaña, saliendo en tumulto de la habitación, hicieron su aparición en la plaza pública. En un

(28) Vid. Oihenart págs. 314 y 317. Es Sancho I Garcés.

instante los voluntarios se hallaron en armas y su comandante a caballo. Zumalacarregui les había habituado a las sorpresas, a las salidas imprevistas, a marchas nocturnas. Era él, que en carrera rápida, se había acercado a la frontera para recibir un convoy de armas y municiones, en tanto que las tropas liberales, escalonadas sobre esa línea de los Pirineos, huían a San Sebastián y Pamplona ante la proximidad del generalísimo vasco.

Varias compañías de guías llegaron primero a la plaza, del lado de Vera. Las alpargatas de los montañeses cooperaban a la rapidez de la marcha. El aspecto de sus formas grisáceas, circulando sin ruido a la luz de los *faroles*, me hubiera parecido la evocación de un sueño fantástico, a no ser por la voz firme y sonora de los oficiales que dirigían los movimientos de los voluntarios. Los guías precedían a un escuadrón de aquellos *lanceros* que el capuchino me pintó tan formidables (28 bis). Dos jóvenes oficiales les seguían bien montados: el uno, navarro (29), de alta talla, don Vicente de Reina, el más bravo y el más instruído de nuestros artilleros; el otro, francés, llevando en su melancólica cara de vendeano el duelo de su hermano recientemente muerto en un combate: Barrés (30). Al fin *apareció* (31), en medio de universal aclamación, el general en jefe rodeado de un grupo agitado de oficiales. Las antorchas colocadas en las ventanas alumbraban su cara expresiva y severa, su *boina* y pantalón *rojos*, su zamarra negra y su *larga espada*. Llegado ante los voluntarios, puso su caballo al paso; la fatiga había coloreado con un reflejo sanguíneo los rostros naturalmente sombríos de los guerreros montañeses; inmóviles, con sus capotes grises, sus *boinas pardas*, sus puñales afilados, sus relucientes fusiles, seguían con mirada exaltada la vista fascinadora de Zumalacarregui, que pasaba lentamente ante sus filas. Los

(28 bis) Pág. 85.

(29) Había nacido en Cuba.

(30) Henningsen dice que en Mendaza, en Diciembre de 1834. Era el mayor de tres hermanos.

(31) Contradicción con el comienzo del cap. XII. Zumalacarregui tomó Etxarri-Aranaz el 19 de Marzo y estuvo hasta el 25 cercando Olazagutia que fué evacuado: el 26 fué a la Amezcoa, el 28 estaba en Zuñiga y el 29 sostuvo la batalla de Arroniz. Parece, pues, también raro en este aspecto el que Chaho le pudiera ver en Lesaca el 25 de Marzo. Sin embargo, léase la pág. 100.

faroles iluminaban la línea de batalla y agrandaban la sombra del jefe ilustre. Zumalacarregui hizo un gesto y se detuvo levantando la cabeza hacia el cielo, como para buscar la estrella de su destino... Un viento fresco agitó *la bandera de Navarra* que iba delante de él; tambores y cornetas resonaron. Cinco minutos después, los voluntarios, lanzando mil gritos de alegría, salían de Lesaca con la carabina a la espalda. Los lanceros trotaban sobre el pavimento. Zumalacarregui lanzó su caballo soberbio y salió a galope, seguido de su Estado Mayor, como Sancho el Fuerte ante sus Ricombres. Volvió la cabeza hacia la plaza y *noté* una vez más sus bigotes caídos y su noble rostro sereno e inmóvil, como una cara de león. Luego, el gran hombre desapareció...

El boticario me condujo a su casa.

—Agustín —me dijo—, la noche es oscura y los cristinos temen a las tinieblas, como los niños. No tiene usted nada que temer por esa parte y puede dormir tranquilamente algunas horas; pero al rayar el día, ¡*alerta!* Iremos a ver a la Junta de Navarra y a don Martín Luis.

VII

LOS PIRINEOS

A pesar de la vigilancia de la policía y de los centinelas apostados en los accesos a la frontera de España, la irregularidad de las colinas de Laburdi y la multitud de senderos que las cruzan, hacen fácil el paso, sobre todo de noche; y diez mil guardias con ojos de lince, no bastarían para cerrar las salidas que los guías saben abrirse. Los contrabandistas se encargan de pasar los caballos y, mediante cien o doscientos francos de recompensa, responden del valor de los animales que se les confían. El cumplimiento de lo tratado les cuesta a veces la vida; más de un hachero laburdino ha caído moribundo entre barrancos, herido al galopar sobre su montura por la bala del aduanero o de un pantalón rojo.

Llegado sin misterio a Bayona, provisto de pasaporte en regla, me hubiera sido fácil atravesar Laburdi, bajo pretexto de visitar a algunos amigos, pudiendo así acercarme a la frontera y alcanzar furtivamente el territorio español. Preferí hacer de noche este trayecto en compañía de contrabandistas, ganando con ello el placer de tomar algunas notas y el de evitar las brutalidades de la policía francesa. La rapidez de nuestra marcha, no me permitió obtener un caballo y proyecté comprar uno en cuanto llegara al teatro de la insurrección.

A mi entrada en Lesaca, cambié mi bastón ferrado por un pequeño látigo y limpié las espuelas esperando hacer la adqui-

sición que me proponía de un rocinante, sin sospechar que a más de quince leguas a la redonda me sería imposible encontrar uno que pudiera servirme. Todos los caballos que no habían sido cogidos para montar la Caballería o los oficiales del ejército insurrecto, eran pequeños como cabras; una silla y una brida eran objetos no menos raros. Lo supe a costa mía cuando me fué preciso, imitando a los *arrieros*, sentarme en las altas albardas de sus mulos para recorrer de ese modo los senderos más escarpados, balanceado como una pagoda sobre los precipicios.

Me prestaba yo alegremente a este modo de viajar. El aire vivo y puro de los montes me quitó la impresión febril que el soplo devorador de la gran ciudad de París hace sentir a la larga. Sentía renacer en mí nuevas fuerzas, y la actividad física permitía el reposo a mi pensamiento, fortaleciendo el alma en las fuentes de una vida fresca y poderosa. No me hubiera costado nada hacer a pie mis excursiones. El boticario, mi excelente amigo, me aconsejó que tomara provisionalmente uno de esos caballitos de la montaña, y consiguió procurarme uno, vivo, robusto y muy bonito; desgraciadamente, no llevaba sino albarda en vez de silla, y por brida un ronzal; la espuela, que sentía por primera vez, le hacía brincar como una gamuza.

Salimos de Lesaca *el jueves 26 de marzo*, después de haber esperado en vano hasta el mediodía noticias de la Junta de Navarra. Por esta época residía en Leiza o en alguna de las aldeas de los alrededores, protegida por el quinto, sétimo y noveno batallones de Navarra, mandados por el coronel *Elío* y por el intrépido Sagastibelza. Nuestros bardos espontáneos comparaban este último jefe al gavilán que se encarama en la cima de una roca salvaje dispuesto a caer sobre toda presa que se ponga al alcance de sus miradas penetrantes. Son muy altas las montañas que debemos cruzar; pertenecen a la cadena central de los Pirineos y forman como un arco cuya cuerda fuera la gran carretera de Pamplona a Tolosa. Entre estos dos pueblos, a diez leguas del primero y tres del segundo, se eleva Lecumberri sobre el camino real, dominado por algunos villorrios, de los cuales, el más considerable es Leiza. Nuestro itinerario a través de los montes se dirigía hacia ese úl-

timo lugar pasando por Goizueta, que se esconde a medio camino en garganta profunda.

El boticario montaba un caballo joven y hermoso ; un cordón encarnado retenía a sus espaldas enorme estuche de catalejo, que no abandonan jamás en sus marchas los oficiales montañeses. Cuatro voluntarios componían nuestra escolta, armados hasta los dientes ; otros dos, de los más ágiles, formaban la vanguardia y nos precedían bastante lejos, corriendo de altura en altura hasta perder aliento, para despejar nuestro camino, al que bajaban rara vez. He notado el placer con que todos nuestros voluntarios desempeñaban este fatigoso cometido ; el vasco lleva en sí al nacer el amor hacia los combates, y es imposible llevar más lejos que él el menosprecio hacia la muerte y el fatalismo, pudiendo afirmarse que el hombre de monte consentiría con gusto vivir todo el año en *guerrilla*, a no ser, por la necesidad de cultivar la tierra, de la cual obtiene su subsistencia.

El propietario del caballito que yo montaba nos acompañó para cuidarlo ; no llevaba otras armas que un hacha y su puñal. Este bravo aldeano, padre de familia, era completamente sordo a los cuarenta años, y obtenía con cierta extraña facilidad de los signos, juego de los labios y expresión de la cara, el conocimiento de las palabras que le dirigíamos en lengua vasca. Los montañeses *euskarianos* constituyen, creo yo, el único pueblo del occidente en cuyo seno se hayan observado sordos de nacimiento que hablan. Este fenómeno, que se reproduce entre los vascos más de sesenta siglos después de la creación de su idioma *euskara*, demuestra la expresividad natural y la magia viva de ese verbo primitivo. En los pueblos que tienen dialectos mezclados y bárbaros, los sordos de nacimiento permanecen mudos durante toda su vida, aunque a menudo los órganos de su voz estén bien desarrollados y sean perfectos. Como el juego labial y fisionómico de las personas a quienes ellos ven hablar, no se halla jamás en relación exacta con las impresiones naturales y el sentido íntimo del sordo, no puede éste adivinar el sentido de tales muecas convencionales ; y el valor expresivo de las inflexiones de la voz, así

como la sonoridad significativa de la palabra, son misterios para él imposibles de presumir o de concebir.

Di cuenta de mis reflexiones al boticario, y nuestra charla duró sin cesar el tiempo en que el camino nos permitió marchar en pareja, hasta que insensiblemente la pendiente de los montes se hizo tan rápida y los senderos tan estrechos y rocosos, que nos vimos obligados a separarnos. Ibamos el uno tras el otro, guardando cierta distancia para evitar el arrastrarnos mutuamente en las caídas a que nos hallábamos expuestos. El camino pasaba rara vez sobre las cimas de las colinas; se dirigía generalmente a lo largo de sus flancos escarpados y se levantaban sobre nuestras cabezas grupos de árboles y peñas, mientras que los torrentes roncaban a nuestros pies por los barrancos. Tan pronto el sendero trazaba sus contornos sobre terreno húmedo y resbaladizo, como era interceptado por raíces entrelazadas de algún roble milenario; y tallado el camino lo más frecuentemente sobre peña viva, presentaba asperezas y desigualdades que debíamos salvar. Mi caballito avanzaba resueltamente con paso ágil y seguro, llevando la cabeza baja y olfateando su camino entre miradas que a veces hacían presumir inteligencia y meditación. En los pasos difíciles relinchaba con fuerza, como en señal de inquietud, vacilaba, se alargaba como una serpiente y, después, eligiendo y decidiéndose, brincaba a través de los obstáculos como para probar la precisión de su vista así como la fuerza y elasticidad de sus lomos. Me inspiró tal confianza y seguridad, que abandoné la dirección del cabestro o ronzal y me agarré a la albarda en que me sentaba para no ocuparme sino de las magnificencias del paisaje y del rico cuadro de montañas iluminado por un hermoso día.

Los Pirineos separan la Península Hispánica de la antigua Galia, comarcas ambas que llevaban primitivamente el nombre de Iberia; una línea dirigida por las cumbres de los montes siguiendo la caída de las vertientes y la división de las aguas, forma los puntos actuales de esta división, que no está de ningún modo trazada regularmente si se tiene en cuenta que las cimas más elevadas de los Pirineos no pertenecen a su cresta central y se derivan frecuentemente de ramificaciones vecinas y de cordilleras paralelas

o laterales. En los Pirineos, al E. de Vasconia, los picos de Os-sau (1), de Bigorre (1), de St. Barthélemy (2), el Roc Blanc (3), el Canigó, se adelantan hacia el llano francés, donde su pirámide aparece más alta y grandiosa por su aislamiento; la Maladetta, la Punta de Lardana (4), el Monte Perdido, penetran muy adelante en el territorio español; la línea de fronteras que se dirige por los puntos menos elevados del centro, ofrece en consecuencia desviaciones e irregularidades. En los Pirineos vascos los valles del Bidaso, del Baztán y una parte del de Luzaide corresponden al país vasco español, aunque situados sobre la vertiente septentrional.

Las circunscripciones eclesiásticas designan con bastante exactitud las antiguas divisiones de nuestras provincias y sus límites políticos en la Edad Media. Una carta de Arsius (5), primer Obispo de Laburdi, del año 980, incluye en su diócesis el Baztán hasta Belate, el valle de Donestebe de Lerín, Ernani y desde Donosti hasta Santa María de Arost en Guipúzcoa: prueba de que los límites entre Francia y España han variado a menudo y de que el principio que los determina es arbitrario.

«Los Pirineos comienzan en el Ebro y terminan en el Adour», decían a los romanos los antiguos vascos. Aferrados a sus rocas, siguiendo la expresión pintoresca de Florus, los euskarianos creían formar parte integrante de los Pirineos, no concibiendo que, prescindiendo de la identidad perfecta de origen, idioma, costumbres y leyes, la circunstancia de habitar al Norte o al Mediodía de un monte fuera suficiente para separar políticamente a poblaciones que se tocan y se confunden en la intersección de los valles. Fundamentados en ese principio y en el derecho histórico, tal vez algún día los vascos intenten recobrar la *unidad nacional*, si malas inspiraciones no vienen a contradecir la voz de la justicia y de la sana política. La interposición de

(1) Ambos se denominan *de Midi* y el segundo también de Bagnères.

(2) Al Norte de Ax-les-Thermes.

(3) 2548 metros de altura. Cerca de Bains d'Usson y Quillan (Aude).

(4) O Posets, en Huesca como los otros dos.

(5) Vid. Julio de Urquijo en su *Introducción* a las obras vascas de Etcheberri-Sara, p. LXXVI, en que se demuestra la falsedad de este cartulario. Véase la «Noticia de ambas Vasconias» de Oihenart p. 302 y la «España Sagrada» tomo 32, p. 235 del P. Risco.

un pequeño pueblo libre previene las luchas que la vecindad de grandes naciones es capaz de hacer nacer. Si malas inspiraciones no contradicen la voz de la justicia y de la política sana, *la independencia de la Federación vasca* se proclamará sin combate.

El primer beneficio de esa unión sería poner término a las peleas que la fijación de límites o su desplazamiento, han hecho nacer entre los vascos de los dos reinos, fomentando nuevos derechos contra usos antiguos. Los gobiernos de Francia y España se han propuesto siempre el alimentar las querellas de los montañeses y, muy a menudo, el instinto guerrero de los vascos, unido a la impetuosidad de su carácter, les ha hecho víctimas de esa odiosa política; con demasiada frecuencia fueron desconocidos los lazos sagrados de su parentesco nacional, y ultrajados los gloriosos recuerdos de la *federación* de nuestros antepasados. Los vascos Suletinos se vanaglorían aún hoy de la matanza de los navarros del Roncal, y las rocas de nuestra frontera, testigos de tal ceguera rabiosa, conservan grotescas inscripciones grabadas por el hacha de los vencedores.

Los Pirineos orientales terminan hacia el pico de Mauberme, al E. del nacimiento del hermoso río Garona. La cadena occidental adquiere su mayor elevación entre los valles de Aran y de Ossau. El pico de Ainie domina esos valles pintorescos, habitados por poblaciones de bella y valiente raza que pudiera fácilmente confundirse con los vascos si su dialecto bearnés o romance no los acercara a los gascones. Los navarros y los suletinos llaman al pico de Ainie *Ahuñemendi* (Montaña del Cabrito), denominación que aplican a toda la cordillera pirenaica (según Charpentier, «Essai sur la constitution géognostique des Pyrénées») y cuyo origen no he podido descubrir.

Ahuñemendi no tiene sino mil doscientas toesas (6) de elevación sobre el nivel del mar y conserva durante todo el año su túnica de nieve, aunque las observaciones barométricas de Ramond hayan fijado a mil cuatrocientas toesas en los Pirineos, la altura

(6) Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1 metro y 949 milímetros. (Berraondo).

de las nieves perpetuas para las cimas vueltas hacia el Norte. Rocas erizadas forman su diadema y defienden la entrada de sus ventisqueros. La imaginación de los bardos euskaros ha hecho de esta altura inaccesible, la residencia encantada de hadas y genios (*laminak*, denominación que los romanos tomaron de los iberos.) Allí brilla un cielo constantemente sereno, vivificando con su rocío la verdura y las flores mantenidas entre rientes boscajes por una eterna primavera; allí conciertos aéreos, cantos joviales, danzas ligeras, mientras los vientos silban en lo profundo de los valles y los espíritus malignos, llevados sobre el ala de las grullas, vagan errantes dando alaridos a lo largo de las colinas y a través de la espesa niebla de donde la nieve se desprende en copos. ¿Véis brillar la cima de *Ahuñemendi* y cómo sus macizos plateados toman del sol reflejos deslumbradores? No es un ventisquero cuyas claridades atraen vuestras miradas, sino el palacio encantado de *Maitagarri*, la más joven y seductora de los genios ibéricos. Un cinto mágico oprime el esbelto talle de la joven hada y fija los pliegues de su vestido azul tachonado de estrellas; un aro diamantino sujeta su cabellera rubia y chispea en su frente con menos brillo que el fuego divino de sus ojos azules; lanza de plata arma su delicado brazo; un *ciervo* ágil es su corcel. Cierta día de verano, *Maitagarri* (nombre que en lengua vasca significa *amable, adorable*) se aventuró por un bosquecillo sombrío y frondoso para saciar a su rápido *ciervo* en el agua fresca de un arroyo límpido y rumoroso. El bello *Luzaide*, tendido a la orilla, dormía profundamente. La sorpresa de la virgen igualó a su turbación; ante la vista del joven montañés derramó sobre él miradas en que se pintaba el amor; y el encanto que la cautivaba, actuando con rapidez, entregó pronto su alma al delirio ciego, a la embriaguez sin freno que caracterizan a esa pasión. Temblorosa, loca, corrió a buscar lianas o bejucos para encadenar al dichoso pastor. *Luzaide* se despertó en lo alto del *Ahuñemendi*, en una gruta en que los brazos de su amante entusiasmada le oprimían aún, ficción que está recordando el palacio fantástico de Armida (7) y la historia de sus amores.

(7) Heroína de «La Jerusalén libertada» del Tasso.

Más de cien riachuelos y arroyos nacen en los Pirineos occidentales y atraviesan las regiones vascas, siguiendo los mil contorneos y sinuosidades de los valles para echarse en el Ebro, el Adour o el Océano. Son innumerables los torrentes que acuden a engrosarlos en su curso precipitado; sus aguas son bellas y de una extremada limpidez, pues las peñas de donde brotan en abundancia, se encuentran al abrigo de los desprendimientos que hacen tan fangosas las neveras de los Alpes. El pescado de nuestros ríos adquiere en sus aguas sutiles, una carne firme y gusto delicado, que le hacen predilecto de los aficionados (8).

Los Pirineos orientales se unen a los Alpes por medio de la Montagne Noire y los Cévennes. Las montañas occidentales que llegan al cabo Iger, son una rama lateral, un contrafuerte de la gran cadena que, atravesando Guipúzcoa y Vizcaya, se prolonga hasta Galicia. Aquellas montañas se desprenden de esta cadena principal en el fondo del valle del Baztán (cerca de una antigua abadía en el monte Atxiola) (9), que da el nombre a esta rama.

Los vascos, herederos de la civilización de los iberos, ven en el fuego central del globo el principio creador y el agente renovador de la tierra. Le llaman *Suge*, fuego o serpiente, y le califican *Leheren* (*Lehen-heren*) o sea primero-último (10). Este mito, emblema de las luchas de la naturaleza, es igual a *Leherenus*, Dios marcial de los antiguos novempopulanos. La geología ibera enseña que los cataclismos terrestres son periódicos y universales; los magos euskarianos habían descubierto hasta el secreto de esas

(8) Suprimimos unas páginas destinadas a dar cuenta de las teorías de los geognostas Palassou y Charpentier acerca de la formación de los valles y de los montes, etc. (Berraondo).

(9) Sería más exacto decir que se desprende en los Aldudes. Atxiola está al N. de Elizondo y O. del collado de Maya en Otsondo; también le llaman Atxuela. La abadía puede ser la de Urdax.

(10) Nótese la coincidencia con el «*Ámaia eta Asiera*» de Navarro Villoslada, con el «*Alfa y Omega*» y con el «*Ami*», de los jelistas, pues *mi* es el nombre de la letra *m* que el Diccionario de Bera-López Mendizabal coloca al final del abecedario vasco, siguiendo las famosas Lecciones de ortografía del euskera bizkaino, páginas 31 y 32.

Chaho en su «*Biarritz*» dice que *heren* es tercer (T. II, p. 75).

imponentes renovaciones, en sus relaciones con la rotación diurna del globo, su curso anual alrededor del sol y las precesiones equinocciales, que son el resultado de este doble movimiento; asignaban a la corteza terrestre un espesor medio de quince leguas, de las cuales, el océano, ocupa sólo una vigésima parte. Los cálculos modernos confirman la exactitud de la ciencia primitiva y de la geognosia trascendente de los hijos del Sol. Los dialectos vascos expresan con la voz *egia* tanto la verdad como el sol.

... ..

Una montaña situada cerca de Salinas, en Guipúzcoa, es el único punto de la cadena occidental en que se han descubierto conchas fósiles incrustadas en mármol azul *veteado* de espató.

... ..

Séame permitido el citar la cosmogonía de los vascos, dejando para más tarde la alegoría sabia de los mitos iberos y el rasgar el velo misterioso que esconde el sentido real y positivo de sus fábulas poéticas :

Leheren Suge dormía enroscado en sí mismo dentro del lago interior, estanque de fuego; su respiración profunda hacía mugir a los ecos del Infierno (lugares inferiores); el huevo-mundo que le sirve de cubierta, parecía dispuesto a romperse ante los movimientos convulsivos que agitaban al monstruo durante su letargo. Al fin, el ángel del IAO, dejó caer en el Océano la sexagésima gota de su clepsidra, que marca los *Tiempos*; proclamó el fin y la consumación de los siglos, e hizo sonar las siete trompetas de bronce. A esta señal *Leheren*, el Gran Obrero de Dios, se despierta sobresaltado en sus cavernas, abriendo siete fauces de donde brotan los volcanes; en diez días consume y devora la antigua tierra, y con su larga cola, más diestra que la del castor, amasa la tierra nueva en las aguas del Diluvio; después de terminada su obra, el dragón, semejante al gusano de seda que edifica su prisión, se enrosca de nuevo sobre sí mismo y vuelve a dormirse, mecido noche y día, por cuatro genios, en espera del despertar de los siglos y de la aurora del nuevo *Tiempo*.

No obstante, multitud de hombres y mujeres asustados por la catástrofe, se habían refugiado sobre las montañas y fueron

cambiados en piedras. El vasco *arritu* significa petrificado y asustado. Esta metamorfosis duró diez siglos, tras los cuales fueron devueltos a su forma primitiva, por el canto divino de un pájaro luminoso. Su posteridad volvió a poblar durante la *primera edad* Africa, España, Italia y las Galias, dispersó sus colonias en Oriente hasta Persia, que recibió de ellas su nombre primitivo de Irán. Los patriarcas occidentales se llamaban *Euskarianos*; la historia de los Bárbaros les designa bajo la denominación de raza del *Sol* (11) y del *Cordero* y reconocen por su antecesor al sublime Aitor, el primer nacido de los *Videntes* (12).

Mucho antes de la formación del pueblo judío y de la vergonzosa servidumbre que debía hacer expiar duramente a ese montón de esclavos fugitivos, sus pretensiones a la nacionalidad, el sobrenombre de pueblo de Dios se aplicaba originariamente a los únicos patriarcas del Mediodía, recordando el teísmo que profesaban los euskarianos antiguos, ajeno a símbolos, sacrificios, oraciones y culto. La tradición general confirma que la religión natural (el mentalismo puro, harmónicamente expresado por la improvisación del lenguaje) fué el elemento moral de la sociabilidad de los primeros hombres y de su unión política en *repúblicas federadas*, según la multiplicación progresiva de las tribus.

El lenguaje astronómico de los euskarianos, refleja poéticamente los sencillos y agrestes usos de este pueblo pastor. El título de hijos del *Cordero*, con que la historia les designa, se explica por la palabra *Xurien*, común en los dialectos de la India, Persia e Iberia española para designar ora un cordero o el sol; Cordero celeste que pasa cada año triunfalmente por los doce rediles zodiacales del firmamento. Los indostanes llaman *Argi* aún al sol, palabra sabia que los vascos españoles emplean para designar la luz, mientras aplican al astro que es manantial de toda luz *Egi*, denotando, en sentido moral, civilización y verdad. Por alusión a la armonía natural realizada en el desenvolvimiento de su sociedad, y en memoria de la verdad divina, encarnada en su lenguaje improvisado, los

(11) Raza solar es la intelectualidad en el Baghavad-Gita indostánico. Vid. «Historia de la ciencia secreta» de Henri Durville, p. 66.

(12) Se ha olvidado de que es un mito creado por él mismo.

euskarianos, pueblo del IAO, nacidos durante la *primera edad* bajo el brillante cielo del Mediodía, se llamaron con razón Hijos de la Luz y del *Cordero*.

Los *euskarianos* se establecieron en España veinte siglos antes de la irrupción de los celtas o tártaros, franquearon el estrecho de Hércules sobre ligeras canoas descritas por Estrabón, que dirigían a fuerza de remos con destreza y rapidez asombrosas, y sin temor a emprender largos viajes. Ya no se pueden poner en duda las relaciones comerciales que los *indo-africanos* conservaban en aquella época con los americanos del Sur, interrumpidas por la invasión de los celtas, pero el recuerdo de América, pronto borrado en el espíritu de los bárbaros, se conservó entre los vascos pirenaicos originando las expediciones marítimas en la Edad Media. Se debe la conquista de las Canarias en 1393 a los guipuzcoanos. Algunos historiadores hasta aseguran que uno de nuestros excelentes marinos llamado Juan Vizcaíno (13) o de Cantabria, reveló el primero la existencia de América a Cristóbal Colón; por lo menos es seguro que acompañó a este célebre navegante.

Los *euskarianos* desembarcaron en las costas de Andalucía y una de sus tribus se extendió a lo largo del Azeche o Río Tinto de los modernos españoles (que corre entre el Guadiana y el Guadalquivir). Las aguas de este río son de cierto color blanquecino y poseen una propiedad corrosiva que deseca las hierbas y convierte en áridas las orillas. Los *euskarianos* le dieron el nombre de *Ib-er* (Río ardiente), que Plinio tradujo por *Urium*. Tal nombre de *Ib-er*, fué aplicado después con la misma exactitud al gran río de los Pirineos (14): y la historia no tardó en adoptarlo para designar la España y sus habitantes primitivos. La mayoría de las *provincias federales de la Iberia* recibieron el nombre de su villa principal: *Luzeta* (Villalonga o larga), *Lobeta* (15) (Villa del Sol), *Otheta* (Villa de las Retamas) (16), etc., de donde provienen Lusitania,

(13) Juan de la Cosa. («Biarritz»).

(14) Ebro.

(15) Valencia y Cuenca.

(16) Inútil parece advertir que no nos hacemos solidarios de estas etimologías, muchas de las cuales son a todas luces inadmisibles. Reproducimos éste como otros escritos antiguos, a título puramente documental. (B.) Proceden de Poza y Echave. (G.)

Lobetania, Othetania, Karpetania, Oretania, Cerretania (17), Bastetania (18). *Esas provincias* conservaron sus nombres durante la Edad Antigua, después de la invasión de los celtas y del establecimiento de los fenicios, griegos, cartagineses y romanos; la península, por el contrario, perdió el suyo, recibiendo, en cambio, el de Hispania, cuyo origen se desconoce.

La alta Bética, regada por el Anas (19), había sido llamada en euskaro *Beturia* (*beti*, siempre; *ur* agua), alusión a los ríos que fertilizan el Elíseo español. Varios nombres de pueblos tales como *Urza* (20), *Urgoa* (21), *Ilurgi* (22), *Anastorgi*, *Ifaztorgi* (28), *Iriturgi* (23), *Iturriazko*, *Urbiaka* (24), *Urbion*, expresan la abundancia de aguas; y la posición geográfica de aquellas antiguas ciudades *euskarianas* concuerda con sus nombres significativos. Las mismas denominaciones, repetidas de distancia en distancia hacia el Norte de la Península, indican bastante bien la marcha de las tribus ibéricas. *Salduba* (Villa del Caballo), que fué la Cartago (25) de los *Betikoans*, fué transportada a orillas del Ebro por un enjambre de emigrantes, y los romanos dieron a esta colonia el nombre de Cesárea-Augusta, de que la lengua romance hizo Zaragoza. *Iriturgi* (23) (Fuente-Villa) e *Iriberry* (Villa Nueva), grandes poblados de la Bética, se reencuentran en la extremidad opuesta de España, donde la segunda recibió el nombre de *Choko-Illiberry* (Villanueva del Golfo, o Sinus), pues dominaba la costa sobre la cual los griegos-focenses, fundadores de Marsella, edificaron más tarde Rosas y Ampurias.

La invasión de los godos, que devastó tan cruelmente nuestras (27) comarcas meridionales, puede sólo proporcionar una

(17) Cerdaña o Alto Segre.

(18) Murcia.

(19) Guadiana: región de Zafra, Peñarroya, etc.

(20) Urci es Almería, o Mujacar.

(21) Urgavo: hacia Jaén y Urgia, Cabezas por Córdoba.

(22) Ilurco: hacia Loja, Ilurci, Agreda.

(23) Illiturgi: hacia Bailén, Andújar. La nórdica es Irurzun según Altadill.

(24) Teruel.

(25) Era Marbella; Cartago aquí quería decir metrópoli comercial.

(26) Iliberis: Granada.

(27) Puede referirse sin error a francesas y a vascas.

(28) Véase la *Segunda parte*.

imagen de la gran emigración de celtas o tártaros. La invasión hiperbórea va siempre seguida de guerras seculares; trae con ella un sistema opresor que tiene como finalidad, exterminar con el sable las poblaciones indígenas o aniquilar, por medio de su fusión con la raza conquistadora, sus leyes, sus costumbres, su idioma y hasta el recuerdo de su nacionalidad. ¿Qué queda hoy del mundo romano destruído por los godos...? Poca cosa; nada dentro de algunos siglos. Si se reflexiona que las hordas célticas, retenidas en la infancia social y en su rusticidad nativa, por las influencias de un clima tenebroso, precedieron *unos tres mil años* a los nuevos bárbaros, se comprende fácilmente que después de *edad y media* de devastaciones de guerra y de derrumbamientos políticos, sólo los vascos pirenaicos, gracias a sus montes tutelares, hayan resistido en Occidente a los choques terribles que desarraigaron a las tribus euskarianas del suelo fértil en que se habían pacíficamente multiplicado durante el renacimiento del género humano (29).

Los celtas, dueños de las Galias, hicieron su entrada en España por los Pirineos orientales y, costeano los mares, trazaron en su marcha conquistadora el vasto semicírculo que la Península describe desde *Soko-Illiberis* (30) hasta el cabo Finisterre, antiguo cabo Céltico o de los Artabros. Las hordas bárbaras penetraron en las provincias del interior subiendo por los ríos, conductores naturales de sus movimientos estratégicos. Los iberos aragoneses opusieron viva resistencia a los tártaros: Diodoro de Sicilia cuenta que, como consecuencia de una lucha sangrienta, los dos pueblos concluyeron un tratado de paz y no tardaron en confundirse. La provincia habitada por esta población mixta recibió el nombre de Celtiberia, y los euskarianos puros dieron a ese dialecto semítico el de *Erdarada* (*Skrada* es lengua en el Indostán), que designa una lengua imperfecta y mezclada (30 bis).

El dialecto indo-escita fué llamado *sam-skrada* por los brahmanes del Ganges; el radical *sam* traduce exactamente la palabra

(29) Tras el diluvio.

(30) Ampurias. Vid. «Historia primitiva», pág. XXIV, de Chaho.

(30 bis) *erd-ara* (*erdi-ara*) semilenguaje en la Carta a Xavier Raymond, p. 19, 1836. Chaho veía, pues, lo que Sabino Arana en el ensayo *Euzko*, 60 años más tarde.

vasca *erdi* y significa como ella, mezcla, corrupción ; el *skrada* de los indostanes y el *skarada* de los iberos son los homónimos de los dos idiomas meridionales. Hay un dialecto indostánico primitivo que no es el sánscrito.

El paso de los celtas a lo largo del Mediterráneo parece haber sido rápido, hallándose sus establecimientos en menor número por ese lado que sobre la costa occidental, donde la terminación germánica *briga* sirve para hacer reconocer las villas ibéricas que recibieron el yugo de los conquistadores : *Arriko-briga*, *Zezen-briga*, *Mirubriga* (31), *Lakobriga* (32), *Nerto-briga* (33), *Zetobriga*, *Langrobriga*, (34), *Mandobriga*, *Larabriga*, *Konimbriga*, *Deobriga* (35), *Talabriga* (36), *Koteobriga*, *Zeliobriga*, *Nemeto-briga* (37), *Bolobriga*. La mayoría de los pueblos abrieron sus puertas al vencedor y, temiendo irritar con una resistencia impotente la ferocidad natural de los bárbaros, aceptaron sin murmurar su alianza y se confundieron con ellos. Entre las numerosas tribus que se entregaban exclusivamente a la vida nómada y que vivían bajo tiendas fuera del recinto de las ciudades, muchas fueron exterminadas ; otras, que se hallaban en la proximidad de los mares, escaparon a la muerte expatriándose de la tierra natal. La tribu de los Siluros desembarcó en las costas del país de Gales, donde Tácito reconoció en ellos a descendientes de los iberos ; pero los galo-bretones, rechazados del interior de Inglaterra por los pictos, los jutos, los sajones, los daneses, los normandos, destruyeron enteramente a esos montañeses hacia el quinto siglo de la era cristiana. Los *euskarianos*, a los cuales Escocia debe su nombre primitivo de *Ibernia* (38) sufrieron la misma suerte ; los que fueron acogidos en Sicilia, no pudieron mantenerse en cuerpo de pueblo, y un número considerable de esos fugitivos encontró en los montes de Córcega un asilo más seguro. El filósofo

(31) Mirobriga en Lusitania.

(32) Lagos en el Algarba.

(33) S. O. de Zaragoza.

(34) Sur de Oporto.

(35) En Cabriana, despoblado de Salcedo de Alava.

(36) Hacia Aveiro.

(37) Hacia Ponferrada.

(38) Ibernia era Irlanda y Caledonia, Escocia.

español Séneca escribía a su madre, desde el destierro, que los corsos usaban la vestimenta cántabra y hablaban aún la lengua primitiva de España, alterada por la mezcla del griego y del ligur. La más numerosa de las colonias ibéricas llegó hasta el Cáucaso y fundó el floreciente imperio de la Iberia asiática (39), del cual *Argiri*, *Artanize* y *Afanize* (40) fueron ciudades principales. El Ebro y el Araxes (41), cuyos nombres se conservan aún entre los vascos pirenaicos, regaban el territorio de los iberos orientales; Pompeyo sometió ese pueblo al yugo, con que en vano había amenazado a las repúblicas de Navarra.

El itinerario seguido por los godos en su conquista de España vuelve a trazar fielmente la marcha de los antiguos celtas y, como sus predecesores, los nuevos bárbaros se apoderaron primero de la Celtiberia; los vándalos silingos, costeando el Mediterráneo, se echaron sobre la Bética, que obtuvo de ellos su nombre moderno de Andalucía; los alanos se hicieron dueños de la Lusitania que se llama desde entonces Portugal; los suevos se establecieron en Asturias y Galicia. Pero, a la llegada de los godos, España, huérfana de sus poblaciones primitivas, no ofrecía sino una mezcla de antiguos celtas, fenicios, cartagineses, persas y griegos, que los romanos tenían sujetos a la misma cadena y que la misma servidumbre había confundido. El territorio de los aborígenes euskarianos se limitaba en esta época, a los valles de Vasconia. Los romanos, según el viejo Isidoro, dieron a la Vasconia occidental el nombre de *Cantabria*, derivado de *Kantua* (una de sus principales poblaciones) y del río *Ebro*. Los mismos romanos denominaron *Vasconia* a Navarra, por la riqueza de sus pastos y la vida nómada de sus habitantes (42). Los geógrafos griegos y

(39) Hoy es la Georgia o Grusia de Transcaucasia.

(40) Afanize es el nombre de un collado de Benabarra al N. del bosque de Irati.

(41) El Araxes nace en Armenia y separa Persia de Rusia: recuérdese el homónimo de Tolosa. El Ebro era el Kura que pasa por Tiflis y se une con el Araxes antes de desaguar en el Caspio.

(42) Confróntese con el *basoko* de Moguel (pág. 747, de la Real Academia). Sin embargo, me parece inverosímil el que los vascos hayamos olvidado ese nombre euskérico y en cambio nos lo conserven nuestros vecinos. Como casi todo el mundo, seguimos a Humboldt en la derivación vasco de *eusko*. Saroihandy cree que vasco es un galicismo. (Riev.) Echave, en la página 57 rect.º, dice: «... de los Pirineos y en una población de las más muy antigua que hay en ellos a la parte de los Bascos de Fran-

latinos rechazaron las denominaciones nacionales de los euskarianos: Pomponia Mela hasta prescinde de dar los nombres de las ciudades y ríos de Cantabria, bajo pretexto, de que un oído romano no podía retener las inflexiones de la lengua de los montañeses, ni un escritor plegar a las desinencias latinas, sus terminaciones originales y rebeldes. La palabra Navarra significa, en euskera, región de valles (*naba-erri*), etimología adoptada por los historiadores franceses desde Mézeray (43). Varrón conserva exclusivamente el nombre de Iberia, asignándole por extensión la quinta parte de la península. El docto romano comprendía, sin duda, en esta delimitación, las provincias celtibéricas recientemente desmembradas de la *federación cantábrica*, cuyo destino habían seguido, participando de su gloria hasta su sometimiento definitivo bajo el emperador Augusto.

Los aborígenes, al establecerse en los Pirineos occidentales, quemaron las sombrías florestas que los cubrían: Posidonio, Diodoro de Sicilia y Estrabón hablan de ello, y no faltan a sus relatos circunstancias fabulosas, dignas del genio pueril de los griegos. Estos autores cuentan, que, el ardor del incendio fundió los metales que los Pirineos guardaban en su seno, brotando el oro y la plata por mil grietas para derramarse en arroyos. La palabra *pyrene*, de origen griego, recuerda, según se dice, ese gran incendio; según otros filósofos, designa el rayo que hiere tan frecuentemente las cimas escarpadas de las montañas; tal vez hace alusión al fuego creador y a la fábula de los Titanes.

El suelo virgen de las montañas desplegabá un lujo desordenado de vegetación parásita; los Pirineos conservaron durante mucho tiempo su aspecto salvaje y los productos monstruosos que la naturaleza bruta desarrolla en sus primeras creaciones. Los vascos tuvieron que defenderse contra los ataques de enormes serpientes que salían periódicamente de las partes más húmedas y más profundas de los bosques. ¿A qué familia pertenecen aque-

cia, que al presente hay pocas casas en ella, llamado por los escritores *Basconcio*, y por los naturales *Bascoyen*, que quiere decir población sobre montes o selvas, por quien se llamaron aquellas partes y todas las provincias de Navarra, *Bascones*, y mi lenguaje *Bascuence*».

(43) François de Mezeray, 1610-1683.

llas hidras pirenaicas? ¿No se hallaría en otra edad geodésica el continente europeo situado bajo una zona más cálida, y el cambio de clima, consecuencia de cataclismos, no habría hecho perder a esos dragones su energía vital al mismo tiempo que les dejaba el tamaño y las proporciones de su especie? Las crónicas nos enseñan que en la Edad Media los Pirineos no se hallaban aún libres de esos terribles huéspedes y que los Caballeros de la Montaña empleaban en perseguirles y combatirles los intervalos de reposo que les permitía la guerra contra los moros. He contado ya la victoria de Gastón de Belsunce sobre el dragón de Irube. Un hecho análogo se produjo durante el siglo XVI en el valle de Zuberoa (44), en que el joven de la casa de Zaro (45) consiguió matar a uno de esos monstruos. El caballero, prudente, atrajo al reptil fuera de su caverna por medio de un cordero vivo atado a la entrada para servir de cebo. Había dispuesto bajo el inocente animal, una especie de máquina infernal que hizo explosión en el momento en que el dragón furioso se enroscaba en su presa. Zaro, que había tenido el valor de prender fuego a la pólvora, huyó con la cara cubierta de la sangre y tierra que saltaron sobre él. La idea de que era perseguido, junto al horror que sentía, precipitó su carrera. Había franqueado el umbral de su mansión y hallábase delante de su mujer, cuando perdió la respiración y cayó muerto, sin haber podido proferir palabra. No trato de garantizar de ningún modo la exactitud de estos detalles, algunos de los cuales habrán sido desnaturalizados al pasar por la boca del pueblo; pero sería difícil colocar en el rango de fábulas hechos atestiguados por crónicas y relatados diariamente sin otro matiz maravilloso, que la poesía de tradiciones populares.

Las habitaciones de los vascos, desparramadas a lo largo de los ríos sobre los declives de las colinas y en las profundidades de los bosques; la riqueza de vegetación, la variedad de sitios, el aspecto pintoresco de los montes cultivados hoy hasta sus cumbres; un aire de vida, libertad, placer, animando a todos los pai-

(44) En Valdextre o Ibar-eskuña de Basaburua o alto Zuberoa.

(45) Zaro está al S. E. de St. Jean Pied de Port. Citado por Pío Baroja en su «Zalacaín el aventurero».

sajes, y la magia de recuerdos históricos, hacen de los Pirineos occidentales un país de los más interesantes.

Su clima es templado, pero muy variable; la vecindad del Océano comunica al aire una frescura agradable que el soplo ardiente del *Solano* o *Egua*, viento del sudeste, reemplaza a la proximidad de los equinoccios y de los solsticios. Los vientos este y nordeste se sienten raras veces y convierten el aire en más fresco y puro, haciendo brillar al firmamento con vivo resplandor durante las serenas y hermosas noches de otoño. El viento del sudoeste interrumpe la sequía de verano con violentas tormentas que trae en sus alas; los picos de los Pirineos que le sirven de conductores eléctricos, concentran explosiones rápidas; el rayo estalla sobre peñas insensibles y hiere los desiertos, mientras el aguacero cálido y radiante fertiliza los valles; la tempestad ruge y se disipa en algunas horas, pero a veces es seguida de algunos días lluviosos. El otoño es casi siempre magnífico en los Pirineos; los inviernos, a veces muy rigurosos, no carecen de hermosos días; las lluvias prolongadas sólo reinan en primavera, estación que a veces termina con heladas tardías y fuertes y se ve turbada por tormentas precoces, de que el mismo invierno no está exento. La naturaleza ha reunido en los Pirineos occidentales todas sus riquezas; multiplica sus oposiciones y sus contrastes, mezclando a la vez estaciones y climas; la temperatura se halla expuesta a las transiciones más súbitas; a menudo, al declinar el más bello día, el horizonte se cubre con velo sombrío, la lluvia cae durante toda la noche y, al amanecer, el sol se alza resplandeciente en un cielo que ha vuelto a serenarse: imagen de la belleza, que brilla con nueva luz después de haber secado las lágrimas que la inundaran.

La vegetación de los Pirineos no es menos rica ni menos variada; corresponde al clima con su movilidad, contrastes, colores fantásticos y mil matices, que tan pronto se funden armoniosamente, como resurgen vivos, resaltando por su oposición. Los accidentes bruscos del terreno y la diferencia de exposición acercan a todas las especies, a todos los géneros; se ven crecer las plantas acuáticas junto a las alpinas y las que produce un suelo

árido y calcinado: las saxifrangas, la campanilla, el liquen o musgo, el acónito, las soberbias liliáceas, eléboros, valerianas, titimáneas, la genciana, la germandrina, eufrasia, el esquinanto, la tormentila, sensitiva, clemátide, el calamento, la pequeña salvia, el pan de cuchillo, la digital purpúrea, la mandrágora, el árnica. La flora de los Pirineos occidentales cuenta con distinción entre sus amantes más estudiosos e infatigables a Tournefort (46), Palassou, Picot de Lapeyrouse y Ramond (47).

La clase de mamíferos que disputan al hombre la residencia y posesión de nuestras montañas es muy numerosa. Sin contar el linco, que ha llegado a ser raro, y la marta que se esconde en el fondo de los bosques, se encuentran la ardilla (*urxainx*, come-avellanas), la comadreja (*andereiger*, linda-señorita), el erizo (*sagarroi*, come-manzanas), el tejón (*artzku*, el «ursus meles» de Linneo), la liebre (*erbi*, doble-labio), la nutria (*uain*), el lobo y zorro, huéspedes libertinos y destructores que merodean, aunque sus cabezas estén puestas a precio. La caza del jabalí (*basurde*, cerdo salvaje), compensa al vasco de los perjuicios que este animal ocasiona en las plantaciones de maíz. La familia preciosa de los rumiantes provee el ciervo (*orkatz*), gamo (*orein*), corzo (*basahintz*), la cabra montés con sus grandes cuernos nudosos plegados hacia atrás; la gamuza, bonito animal cuyo pequeño cuerno recto termina en gancho puntiagudo, con el labio superior ligeramente partido y sin lagrimal como los ciervos y los antílopes, de conformación que se acerca a la de la cabra. En ausencia de más formidables cuadrúpedos, el oso (*artz*) es el rey de nuestros bosques y de nuestras alturas solitarias; el oso negro frugívoro es más común que el pardo carnívoros; uno y otro no se muestran durante el día sino con el buen tiempo; el primero se alimenta de moras, uvas salvajes y fresas perfumadas, que tapizan hasta el fin del otoño, las peñas expuestas al Sur, pero su regalo más goloso consiste en una miel rústica que se desliza como en arroyuelos a lo largo de las hendiduras de ciertas rocas piramidales, en que las repúblicas de abejas se establecieron secularmente

(46) Joseph. Botánico de Aix, en Provence (1656-1708).

(47) Louis François Ramond de Carbonnières, nacido en Strassburg (1753-1827).

por millares de enjambres, sin temor a que jamás la mano del hombre llegara a arrebatarse de su patria inaccesible, los tesoros de sus colmenas repletas.

La gran águila pardo leonada es la más notable de las aves sedentarias de nuestros Pirineos; vive solitaria y taciturna, tan distinta de la pequeña águila chillona de plumaje gris de hierro, pintada de blanco y negro. El nombre *arrano*, del rey de los pájaros, indica en euskera su costumbre de encaramarse sobre las peñas más enhiestas y salvajes, para establecer allá su nido y reinar soberano. Todos los pájaros huyen de los sitios que frecuenta el águila; únicamente la alondra, más atolondrada o más confiada, se muestra en ellos durante el verano; picotea sobre el césped incoloro, la tierra fresca, que una variedad de topes salvajes, levanta al construir sus galerías en la proximidad de los ventisqueros. Hago notar que el euskera designa la yedra y el buho con la palabra *untz*, sin duda porque la yedra se adhiere a los viejos troncos de los árboles y a los escombros que habita el enemigo del día. La misma expresión (48) caracteriza entre los vascos al hombre estúpido cuyo espíritu se halla sumido en las tinieblas, por alusión al ave nocturna que jamás ve el sol y cuya luz le cegaría. Los griegos y romanos hicieron, al contrario, del buho consagrado a Minerva el símbolo de la prudencia y de la razón (49), y es que los griegos y los romanos, hijos de la Noche, eran tribus célticas (49 bis). Los *euskarianos*, raza meridional y solar, comprendían de otro modo que los bárbaros, las claridades de la inteligencia y la vida luminosa de la creación. ¡Así se encuentra hasta en los más pequeños detalles del lenguaje el genio particular de las dos grandes razas humanas y el carácter esencial de las dos lenguas, que se disputan de edad en edad, el mundo social!

Los Pirineos, situados entre el Mediterráneo y el Océano, son punto de descanso natural para las tribus de pájaros viajeros

(48) *Ontz y mozolo*.

(49) No se ha tenido en cuenta esta curiosa observación en la emisión de sellos pro Universidad Vasca por la benemérita Agrupación de Cultura Vasca de Madrid, ni en la decoración de la sala de lectura de la Biblioteca Provincial de Vizcaya.

(49 bis) ?.

que dirigen sus emigraciones anuales tanto hacia el norte como al sur. La cadena occidental, menos elevada y menos árida, atrae preferentemente a esos huéspedes pasajeros que la diversidad de su instinto, canto y plumaje hacen tan interesantes al observador. Las cacerías a que los montañeses se dedican con ardor, proveen con un rasgo más a las magníficas escenas que el amigo de la naturaleza no puede cansarse en admirar. Desde la primavera las golondrinas de mar remontan nuestros ríos recorriéndolos con alas rápidas, seguidas por gaviotas y otras aves marinas, cuyos nidos reposan en arrecifes del Océano; pronto se presenta la abubilla en las puntas de los brezos que comienzan a verdear, y canta erizando las plumas de su bonita cresta; el cucillo se adelanta en los bosques al nacimiento de las hojas y hace oír las dos notas de su monótono cuplé repetido por los niños de la aldea y por el eco. Llega el estío y, de regreso, el brillante verderón desafía a los mirlos con silbidos joviales y cadenciosos; la naturaleza despierta y se anima; los bosques han repuesto su verdura y la gran voz de los Pirineos, elevando sus armonías, proclama la estación del amor. Los buitres, desterrados en invierno, entran en muchedumbre en las montañas; el buitre barbado toma un vigor poderoso con sus alas anchas cuya envergadura sobrepasa aún la de la gran águila; el buitre pirenaico, de cabeza calva, desciende a lo profundo de los barrancos y planea sobre las aguas. Con el otoño llegan los picofinos, los papafigos, el estornino, los tordos, las codornices, en tanto que sobre la retama dorada y los chaparrales amarillentos el ruiseñor, los jilgueros, pardillos y todas las familias de pájaros cantores vuelan por bandadas numerosas, se llaman vivamente, reuniéndose para redoblar en coro estribillos de adiós, en pos de otra primavera y de otros amores en la lejanía.

La paloma oceánica (*urzo*, paloma de agua), la torcaz azul que desempeña tan gran papel en la cosmogonía ibérica, llega a los Pirineos en setiembre. Los naturalistas consideran esta hermosa ave como el tronco de los pichones domésticos; nada iguala la rapidez de su vuelo ruidoso y es imposible hacerse idea del estrépito que acompaña a esos pájaros, cuando caen por millares en

los grandes bosques de hayas ; huéspedes inofensivos convertidos en símbolo de la inocencia y de la dulzura. Viven de bellota y su carne suministra entonces un manjar delicado, por lo que los cazadores les preparan mil muertes. La caza más divertida se hace con grandes redes tendidas a la extremidad de una cañada. La elección del lugar y la habilidad de los cazadores concurren a hacerla de más o menos éxito, siendo su producto lo bastante lucrativo para convertir cada red de tirada una propiedad importante y lucrativa. El gavilán y el aguilucho son las únicas aves de rapiña que la torcaz debe temer, pues la rapidez de su vuelo la pone al abrigo de todas las demás. El gavilán se lanza a tierra perpendicularmente y se vuelve de espaldas para coger a su víctima a quien hiere con su pico cortante y su pecho óseo ; pero las torcaces, conocedoras por instinto, evitan su alcance abatiendo súbitamente el vuelo. La idea de la caza en redes está fundada en esta observación. Los cazadores se apostan sobre las colinas en un radio de media legua cerca de las redes, armados de raquetas blancas cuya forma imita a un gavilán. Sus ojos penetrantes no se separan del horizonte en que vapores imperceptibles le hacen reconocer cada bandada de torcaces hasta veinte minutos antes de acercarse. Se avisan mutuamente con gritos y señales y lanzan sus raquetas con tanta inteligencia y oportunidad que rara vez evitan que las torcaces tomen la dirección fatal. El instante solemne de su triunfo es aquel, en que las tímidas aves, apretándose en columnas con vuelo atolondrado en que las precipita el terror, hincan el pico en las redes que caen para envolverlas. Todas las palomas cogidas vivas se venden para proveer la mesa del vasco durante el invierno ; las que se sirven en otoño fueron muertas a tiros y, según se dice, son hasta mejores. Para atraerlas se utilizan cebos vivientes a los cuales se les ha privado de ojos. Los vascos, pueblo noble e hidalgo, cazaban aún en tiempo de Henri IV (50) las torcaces con aguiluchos, así como practicaban la caza con halcón (*autore*). El perfeccionamiento de las armas de fuego ha hecho abandonar esta distracción, prohibida

(50) De Francia y III de Navarra.

en toda Francia bajo pena de muerte y reservada a los placeres de la nobleza y de los reyes, bajo el régimen de los bárbaros.

La llegada de las aves viajeras a una comarca, se determina por la madurez de los frutos de que cada especie se alimenta. Unas vienen a los Pirineos al principio de las cosechas ; otras en la estación de las vendimias. Las grullas (*kurloo*) forman la retaguardia de la emigración, pero dirigiendo su vuelo sobre las regiones que el águila frecuenta en verano, esas aves pasan sin detenerse a menos que el mal tiempo y las nieblas no molesten a su línea de batalla, obligándola a descender. La garza, cerceta, pato salvaje, ganso salvaje, avutarda y cigüeña residen en los Pirineos durante parte del invierno. Existe un ave viajera más famosa y rara ; es el cisne salvaje, distinguido por su pequeñez del cisne doméstico y cuya conformación singular la clasifica entre las aves canoras. Las observaciones hechas por Mongez en Chantilly no permiten dudar más, acerca de que fueron verídicos los antiguos, en la tradición del cisne que canta. Picot de Lapeyrouse ha disecado algunos. No aparecen en los Pirineos sino de siglo en siglo durante los inviernos más rigurosos.

La imaginación de los vascos, ayudada por la reminiscencia confusa de los países que los primeros euskarianos habitaron, no ha dejado de poblar los Pirineos de seres misteriosos y abigarrados, que sirven de lazo supersticioso entre la creación material y visible y el mundo fantástico de vestiglos y espíritus. El más popular de esos mitos pirenaicos es el Señor Salvaje (*Baso-Jaun*), especie de monstruo con figura humana, que el vasco coloca en el fondo de los negros abismos o en las profundidades de los bosques. La talla del *Baso-Jaun* es alta, su fuerza prodigiosa ; todo su cuerpo está cubierto de un largo pelo liso que semeja una cabellera ; marcha de pie como el hombre, bastón en mano, y sobrepasa a los ciervos en agilidad. El viajero que precipita su marcha por la cañada, o el pastor que conduce su rebaño ante la proximidad de la tormenta, se oye llamar por su nombre repetido de loma en loma : es el *Baso-Jaun*. ¿Alaridos extraños vienen a mezclarse con el murmullo de los vientos, con el quejido sordo de los bosques a los primeros atisbos del rayo? : es también el *Baso-Jaun*.

¿Un negro fantasma iluminado por rápido relámpago se yergue en medio de los abetos, o se agacha en el hueco de algún carcomido tronco de árbol, separando sus largas guedejas a través de las cuales brillan unos ojos centelleantes? : el *Baso-Jaun*. ¿La marcha de un sér invisible se escucha detrás de uno, acompañando su paso cadencioso, al ruido de los de éste? : es siempre el *Baso-Jaun*.

El vasco cuenta en el rincón del fuego, el encuentro que tuvo con el Señor-Salvaje cuando era joven y llevaba la existencia de los pastores : refiere la hora y el sitio, describe el paisaje y no vacila en declarar su terror, de que vivamente participa el auditorio infantil que atiende al relato del abuelo con la mayor curiosidad. Era una noche oscura, noche fría de invierno ; los vientos silbaban a través de las ramas de los árboles ; la niebla había descendido, la nieve caía blanca y helada ; el pastor, que regresaba de la alta montaña, caminó solo hasta media noche. Se vió obligado a detenerse en el bosque, pues el espesor de la niebla le escondía su ruta. Se para ; un tronco de árbol cortado a la altura del ramaje se alzaba ante él, blanco de nieve. El montañés distraído le dió maquinalmente un golpe con su palo y, repentinamente, el tronco, inanimado al parecer, dió un salto terrible dejando caer como un velo la nieve que le cubría, para aparecer ante el pastor, inmóvil de terror, el *Baso-Jaun* rugiendo como un león, ojo avizor y con las crines erizadas... El narrador de junto al fuego, cuenta este extraño incidente con un tono de verdad persuasiva y deja creer que él es el héroe de la aventura. Heredó el relato de su padre, quien a su vez lo recibió de su abuelo. Se podrían así remontar doscientas generaciones, hasta el tiempo de la estadía de los *euskarianos* en Africa, porque el *Baso-Jaun* de los vascos, es sencillamente, el orangután que proveyó a los antiguos egipcios y griegos de la fábula de los Silvanos y de los Sátiros.

Este nombre de *Baso-Jaun*, dado al orangután por los *euskarianos*, expresa con una especie de ingenuidad, el asombro mezclado de terror que se apoderó del aborigen a la vista de un animal tan parecido al hombre. Aun en nuestros días los negros de la

costa se imaginan, que el mutismo de los grandes monos, es astucia de su parte, a fin de sustraerse a la tiranía de los blancos y a los penosos trabajos de la esclavitud. El euskariano, mejor observador, no tardó en reconocer en el orangután a un sér desprovisto de razón, privado de palabra e inferior al hombre social con toda la distancia que separa a la reflexión inteligente del ciego instinto. Consagró este descubrimiento con la fábula del Herrero y el *Baso-Jaun*, cuya forma pueril (el Herrero pincha la nariz del Señor-Salvaje con tenazas enrojecidas al fuego) oculta esta moralidad filosófica: el Señor-Salvaje es un bruto, un animal, un simio; y el hombre, un hombre, el sér excelente, inteligente, *Gizon* (*Gu-iz-on*, nosotros-sér-excelente, perfecto).

No se deben rechazar indistintamente como apócrifos o fabulosos, los relatos de los vascos acerca de apariciones del hombre de los bosques en los Pirineos occidentales. Se encuentran en estas montañas verdaderos salvajes, y su existencia, por inexplicable que sea, no está menos confirmada. Obreros que trabajaban para mástiles en 1790 en el bosque de Irati observaron en varias ocasiones a dos de esos individuos. Le Roy, que dirigía los trabajos, cuenta ese hecho interesante en una de sus memorias científicas: Uno de los salvajes, joven mujer de largos cabellos negros, completamente desnuda, era notable por sus formas elegantes, por sus rasgos regulares y bellos, a pesar de la extrema palidez de su cara. Se había acercado a los trabajadores y les miraba aserrar los árboles con aire que testimoniaba más curiosidad que temor, y las palabras que se dirigían los obreros excitaban visiblemente su atención. Animada por el éxito de su primera visita, volvió al día siguiente a la misma hora. Los obreros se habían formado el propósito de hacerla prisionera, si era posible conseguirlo sin hacerla daño, y uno de ellos se acercó a ella arrastrándose, mientras otro de sus camaradas hablaba alto gesticulando con viveza para cautivar la atención de la joven salvaje; pero en el momento en que el leñador tendía su brazo para cogerla por una pierna, un grito de alarma salió del bosque vecino advirtiéndole a la muchacha la naturaleza del cepo que se la tendía. Dió un salto de asom-

brosa agilidad y huyó hacia la selva con la rapidez del relámpago. No volvió más, y se ignora la suerte de la pareja salvaje.

La gruta de Balzola, en Vizcaya, tiene la reputación de alimentar en sus entrañas toda clase de monstruos. Hace algunos años los habitantes de una casa vecina oyeron durante varias noches alaridos prolongados que parecían provenir de voz de mujer. (El buen humor malicioso, que anima en las provincias meridionales de Francia a los *Loups-Garous* (51) y a los *Ganipotes* de aldea, no podía tener relación alguna con esos gritos nocturnos.) Varios jóvenes llevaron a cabo una batida a favor de un claro de luna magnífico, y el primer objeto que percibieron a la entrada de la cueva fué un fantasma negro con figura humana, que se precipitó en la caverna repitiendo su alarido siniestro. (Vid. Zamacola. *Historia de las naciones bascas*.)

La palabra significativa de Balzola, equivale, a fragua tenebrosa. Este vasto subterráneo, dividido en numerosos compartimientos y galerías, parece haber sido alguna rica mina de hierro explotada por los antiguos, y se halla situada en la extremidad de una cañada salvaje en medio de la cual, se eleva una roca pintoresca naturalmente tallada en arcada, llamada *jent-il-zubi*, puente de la muerte (52). La entrada de la gruta, practicada en la roca viva, conduce a un vestíbulo espacioso y sombrío en que vienen a terminar todas las salidas del laberinto. Las aguas que la roca destila dan humedad al suelo, el cual se halla sembrado de huesos, de los cuales algunos son humanos; los aldeanos están persuadidos de que pertenecen a personas devoradas por las serpientes. La bóveda del negro pórtico está tapizada de murciélagos a millares próximos unos a otros, como las abejas que penden en racimos de las colmenas. Sus gritos y bordoneo de las alas, suenan al principio en el oído del viajero a su entrada en la caverna; pero, a medida que avanza, murmullos sordos y profundos, silbidos agudos, redobles lejanos, se escuchan por todas las bocas del subterráneo. A veces diríase que son gemidos humanos que los

(51) Hombres-lobos o licantropos. V. *Heterodoxos españoles*, 2.^o tomo y 2.^a edición. Menéndez Pelayo.

(52) Puente de los gentiles.

vergajos de las Furias arrancaban a sus víctimas ; otras veces, ruidos fuertes y cadenciosos imitando el batido de una fragua y los pesados martillos de los cíclopes cayendo sobre el yunque de bronce. Hay días y estaciones en que esos ruidos formidables aumentan y se extienden al exterior ; la imaginación de los aldeanos los interpreta de manera que aumentan el terror que inspiran ; pueden tener por causa la caída de torrentes interiores y compresiones del viento en las cavidades sonoras del subterráneo.

La gruta de Balzola no es la única del mismo género en las regiones vascas, sino que existen gran número de ellas que servían antiguamente de refugio a la población de los valles contra la invasión enemiga, y los guerreros de la montaña mismos, cuando la victoria no había respondido a su valor, se encerraban allí a veces para salir invencibles.

La Baja Navarra o Benabarre posee unas de esas profundas cavidades, capaz de contener más de diez mil combatientes : Una colina disimula su abertura ; la *Torre del Diablo* (53), que la sirve de coronación, contiene huesos humanos y cráneos ; el color del cemento petrificado por los siglos atestigua que fué humedecido en sangre. Recuerdos trágicos se unen a estos monumentos terribles ; algunos datan de la guerra de los Vascones contra los romanos ; los hay que remontan hasta las primeras luchas de los montañeses contra los celtas.

El vasco, desde su establecimiento en los Pirineos, no ha conservado de invariable, más que la divina lengua y la libertad originaria de sus antecesores, habiéndose modificado su sér físico con la larga estadía en las montañas. Las influencias de otra tierra y de otro cielo, han hecho perder al vasco el tinte moreno y la cabellera rizada que Tácito atribuye a los antiguos iberos ; su talla, primitivamente pequeña, ha aumentado hasta acercarse a la de los gigantes, hijos del norte. El alma euskariana ha sufrido en el curso de los siglos la metempsicosis de una encarnación nueva y, por decirlo así, local ; pero este cambio, más aparente que esencial, no ha destruído las formas y las armonías caracte-

(53) Dasconaguerre «Le golfe de Gascogne». Gruta de Isturitz.

rísticas que hacen de esta raza, uno de los más bellos tipos de la especie humana.

La defensa y el cultivo de sus valles que ocupaban laboriosamente a los vascos, les privaron pronto de la riqueza y del ocio que les hubieran sido indispensables, para mantener la civilización literaria de los iberos, en el seno de su pequeña confederación guerrera. Los magos de la república *solar* (*Jaun-Aztiak*) no fueron ya en los Pirineos, sino astrólogos ignorantes y brujos miserables, que no por eso dejaron de conservar una reputación adquirida con justo título. Los romanos, en tiempo de Septimio-Severo, les comparaban todavía a los adivinos de Hungría y a las profetisas escandinavas, hijas sabias de la Voluspa (54). La poesía cántabra privada del auxilio de la escritura, no tuvo más eco que la improvisación inculta de los bardos y sus cantos fugitivos, olvidados en seguida. Los vascos perdieron hasta la inteligencia de su lengua, y este oscurecimiento de la luz social favoreció el establecimiento del politeísmo en algunas villas de Navarra, y más tarde, de la religión católica, profesada hoy por la universalidad de los montañeses. El sol de los *videntes* se apagó en su horizonte durante *la era de sangre y tinieblas*, y la influencia de un genio malo desató los lazos de la fraternidad primitiva, cambiando las condiciones del deber, aislando la abnegación y expatriando el amor.

Los vascos no pudieron desprenderse de la preeminencia esencial que resulta de su origen y de una *independencia* hereditaria, y permanecieron superiores a todos los pueblos de raza céltica, por leyes, costumbres, usos que recibieron de la naturaleza, y por la alta prudencia que ella les inspiraba en los detalles de la vida práctica. Su establecimiento en los Pirineos fué una toma de posesión pronta y completa, como debía serlo la de un pueblo que *treinta siglos* de civilización ininterrumpida había armado de todas las condiciones necesarias para combatir y vencer a la naturaleza más rebelde. Los vascos, al llegar a las montañas, eran agricultores consumados, y sus mujeres habían adquirido

(54) Poema cosmogónico de los Eddas.

celebridad europea en el arte de fabricar telas, de tejer la lana y de variar los colores de los tejidos por el tinte y el bordado. Mientras los galos y los celtíberos formaban medio desnudos bajo las banderas de Aníbal, los *cántabros* echaban sobre sus espaldas, elegantes y ricas capas, ostentando brillantes armas cuyo cincelado las daba mayor realce. El sable galo, de mal temple, se plegaba a la menor resistencia, se torcía al golpe; el bárbaro se veía obligado a enderezarlo cada vez en la refriega, exponiendo al furor del enemigo su cuerpo de gigante, desnudo hasta la cintura, sin otra defensa que un tatuaje abigarrado y jeroglíficos groseros. La espada cántabra, adoptada por los romanos, era por el contrario de perfecto trabajo y de forma sabiamente calculada, no pudiendo el hierro más duro ponerse a prueba de su filo. Horacio ha elogiado el broquel redondo de los infantes vascones; su hacha de armas ofrecía en el bronce una fusión de metales de que la Edad Media perdió el secreto. Los vascones son hoy el único pueblo del Occidente que reúne claramente y sin confundirlos, los dos aspectos predominantes de la fisonomía general de la humanidad: la civilización primitiva de los patriarcas meridionales y el genio guerrero de los bárbaros hiperbóreos.

La irrupción de los celtas en la Península Ibérica y el establecimiento de las tribus euskarianas en el seno de los Pirineos occidentales, iniciaron para los montañeses un duelo secular, convertido en más sombrío y más exaltado por una serie no interrumpida de guerras con los pueblos dominadores de la Península y de las Galias: celtas, cartagineses, romanos, visigodos y moros. No hablaré de las luchas más recientes que la loca presunción de la monarquía debía desatar vergonzosamente contra la *independencia* de los hijos de Aitor y la gloria de sus *repúblicas federadas*.

Por la invasión de los bárbaros, había sustituido en todo el mediodía la esclavitud a la libertad primitiva, la iniquidad de la guerra y de la conquista a la divina justicia, el código político de los tiranos al derecho de las naciones. El movimiento humanitario se efectuó desde entonces de norte a mediodía fuera de sus vías naturales de luz y de paz. La *independencia* de los vascos, no les impidió sentir el golpe de rechazo de la catástrofe social, que hizo per-

der al hombre su armonía y su ley en el estado de pueblo y de familia, y los montañeses se convirtieron en un pueblo soldado, siendo para ellos de necesidad imperiosa la adopción de algunas leyes tomadas de los bárbaros, como condición de fuerza y resistencia.

Ya bajo los romanos, últimos representantes de la invasión céltica (55), la legislación de los vascones había sufrido alteraciones; la llegada de los godos determinó su decadencia y las leyes marciales de los bárbaros, fueron votadas bajo el roble patriarcal de la federación euskariana en toda su brutalidad salvaje. ¡El código suletino encierra una singular tarifa para golpes y heridas: tanto por un golpe de jabalina, de hacha, de lanza, de pica, de daga o de puñal! La cuota de la multa variaba según la gravedad de las heridas, y jurados expertos estaban encargados de sondar su profundidad y medir sus dimensiones. Quien quisiere ver por curiosidad el dibujo de un sable navarro hundido hasta la empuñadura en un pecho de hombre, la hallará dibujada exactamente sobre una página del código suletino. Esas leyes góticas, introdujeron entre los vascos las venganzas de familia a familia, tales como se observaban en dicha época entre los montañeses escoceses, con las rivalidades y enemistades feroces de los clanes y de las tribus (56).

El desafío legal, el duelo y el juicio de Dios, usados entre navarros y vascones norteños durante la Edad Media, no fueron adoptados sino en el siglo décimo quinto por los *vascos occidentales o cántabros* propiamente dichos (57). La ley de Guernica dice que el *Jaun*, o señor de la república, debía asistir al duelo sentándose al pie de un árbol. Los duelos por procuradores y campeones estaban sobre todo en uso en las refriegas de provincia a provincia. Un tratado antiguo concertado entre el vizconde de Béarn y la Junta de Zuberoa (Soule) determina, que los suletinos acusados de robo o muerte, cometidos en territorio gascón, tendrían la facultad de librarse de la acusación por duelo o por juramento, a su elección. La superstición de los montañeses temía la prueba

(55) ?.....

(56) Se refiere a las pependencias de los Parientes Mayores, que dieron motivo a nuestra novela corta titulada «El caballero de Amezqueta». (B.)

(57) Alaveses, guipuzcoanos y vizcaínos.

del juramento que debía hacerse puesta la mano sobre el evangelio o sobre santas reliquias ; pero preferían sostener su inocencia espada en mano. El tratado mencionado, decide, que *en lo futuro tales combates tendrán lugar en el territorio del Béarn, y que los vascos no acudirán nunca, más de cincuenta, acompañando a sus campeones* ; ¡ tanto terror inspiraban a los gascones el ardor indomable y la impetuosidad de nuestros montañeses ! Estos detalles no parecerán insignificantes a los lectores que rebusquen en las costumbres y usos de un pueblo, la huella de sus destinos históricos y de las influencias sociales que han modificado su carácter en la sucesión de los siglos. La perfidia y la crueldad del Scyta fueron a menudo contagiosos para el ibero pirenaico, y los vicios de los *cagotes*, debilitaron más de una vez sus antiguas virtudes.

Hay para las naciones un ambiente humanitario, como para el hombre un medio social, y el movimiento irresistible de un mismo torbellino arrastra a los individuos y a los pueblos. ¿ Qué importa que este principio esté teñido de fatalismo y que su alcance panteísta derribe todas las nociones de la moral vulgar si hay en ello la evidencia de un hecho para todos los no sofistas ? El hombre familiar vive en su tribu, nación, pueblo, como el pueblo vive en la humanidad, como el género humano vive en Dios, motor supremo, universal ; y la creación reacciona en una escala descendente, del gran todo a los individuos, por círculos armónicos. Ciertamente, las fases humanitarias son generales, sea en bien, sea en mal, y se suceden por edades. La sociedad no tiene sino dos maneras de ser, y con la invasión del Norte la llegan siempre tiranía, guerra y crimen, babelismo del lenguaje y tinieblas del espíritu.

El vasco es el hombre del Mediodía, el patriarca ibérico revestido de la armadura del bárbaro desde las invasiones del Norte. El pacífico aborígen, una vez que se vió recluso en los Pirineos occidentales, consideró sin miedo sus nuevos destinos, adquiriendo en el más alto grado el instinto guerrero de sus opresores y, extremándose en todo, les sobrepasó en audacia como antes en luz, nobleza y virtud. La necesidad, la desesperación y el derecho natural

de la defensa le pusieron las armas en la mano, y la embriaguez de sangre desvió a veces su coraje ; pero sus excesos mismos eran justicia y venganza, porque la agresión no procedía de él. Un poeta en quien respira entero el genio de Roma etrusca, de Roma conquistadora y soberana, Lucano, ¿no dice que los iberos pirenaicos habían llegado a ser el horror y el espanto del universo? ¡ Con qué colores altivos el cantor de la guerra púnica, Silio Itálico, traza el retrato de aquel cántabro, hijo mayor de la Iberia, a quien ni el hambre ni la sed, ni los ardores del estío, ni las escarchas de los inviernos pudieron derribar, y para quien todos los trabajos y peligros se convertían en ocasiones de gloria!

Nec non totus adest vesper ; populi reposti,—Cantaber, ante omnes, hiemisque, aestuque, famisque,—Invictus ; palmamque ex omni ferre labore.—Mirus amor populo, quúm pigra incanuit aetas,—Imbelles jam dudum annos praevertere saxo :—Nec vitam, sine Marte pati : quippe omnis, in armis,—Lucis causa sita, et damnatum vivere paci... (Silio Itálico, libro III).

El valor salvaje de los *montañeses*, expuesto a la admiración de los pueblos, vino a ser motivo de exageraciones y de fábulas. Se contaba en Roma, que los guerreros de Cantabria cuando llegaban a la edad en que blanquean los cabellos y se debilita la mano, trepaban a las rocas enhiestas, entonaban al sol declinante su himno de muerte y se lanzaban a los precipicios para terminar una existencia ya insoportable, desde que no podía consagrarse a la gloria de los combates.

Independientemente de estos rasgos sublimes que forman hoy su fisonomía nacional, el vasco presenta gustos e instintos generales a todos los pueblos montañeses. Lleva hasta la idolatría el amor a su país natal, tanto más excesivo cuanto más desheredados por la naturaleza se hallen los objetos a los cuales se refiere. La residencia en estos montes tiene para él un atractivo a que nada iguala y encantos cuya magia nada puede destruir. Los sudores que le costó su cultivo, la sangre con que los regó tantas veces, les hacen más caros a su corazón, y este sentimiento exaltado aumenta más por la pasión dominante de la *independencia* y de la nacionalidad. Para estudiar al pueblo vasco con

fruto en las situaciones diversas de la vida social y para comprender bien el drama filosófico de su historia, no hay que perder jamás de vista los tres aspectos que presenta, el resplandor de su fisonomía noble y poética: aborigen de raza *solar*, soldado indomable, montañés civilizador y predestinado.

Los vascos, exceptuados los habitantes de las costas del golfo de Vizcaya, que se entregan a la marina, constituyen un pueblo agrícola y pastor. El ganado constituye su principal riqueza, y se nota que en su idioma patriarcal la palabra *aberatsua*, designando al rico, significa poseedor de numerosos rebaños. Los vascos no crían bueyes; las vacas tiran de las carretas en los valles y, las que se deja vagar en gran número sobre los montes, son pequeñas, ágiles y casi salvajes; los caballos que hay son igualmente vivos y robustos, pero pequeños. La hermosa raza que los caballeros navarros mantenían con tanto esmero durante las guerras contra los moros, se ha perdido ya, o poco menos.

Los años de paz que siguieron para los vascos después de estas luchas gloriosas, trajeron su fruto. El cultivo, tan rico en las cuencas de los valles, ha continuado sus conquistas hasta las cimas más ásperas; cobra su tributo sobre los más pequeños trozos de terreno y las menores tiras de verdor que le disputan las peñas. Las rampas más escarpadas ofrecen campos cultivados, y sería imposible trazar los surcos por medio del arado. El instrumento de que los *vascos* se sirven para labrar, lleva el nombre de *laia*: es un gran tenedor de hierro con empuñadura de madera, cuyos dientes pueden tener diez y seis a diez y ocho pulgadas de largo, por tres o cuatro pulgadas de separación. Las mujeres y las mozas toman la misma parte que los hombres en este trabajo que se hace marchando hacia atrás, y la *laia* que manejan sus manos no es ni más pequeña ni menos pesada. Los trabajadores de ambos sexos se colocan en filas con una *laia* en cada mano, acercándolas de modo que queden los brazos con la fuerza y libertad necesarias; después, encorvados hasta los riñones, golpeando todos sobre la misma línea en cadencia, levantan y dan vuelta profundamente a un mismo terrón de tierra con la fatiga

y esfuerzos de que es fácil hacerse idea. Este fuerte ejercicio contribuye a dar a los vascos una anchura de pecho y de espalda que, unidos a la talla esbelta y a la agilidad proverbial del montañés, imprimen a su manera de andar un carácter de majestad salvaje, de elasticidad y de vigor.

Sobre todo al recorrer los valles pintorescos de Vizcaya y Guipúzcoa, el viajero percibe asombrado sobre montes aparentemente inaccesibles esas filas de trabajadores que se encorvan, se yerguen y vuelven a doblarse con movimiento fuerte y medido. No se puede dejar de admirar en este aspecto al pueblo más laborioso del Occidente, maravillándose de que muchachas jóvenes de formas elegantes y a menudo quebradizas, puedan afrontar medio desnudas en este penoso ejercicio la duración y el peso de todo un día. Al fin, cuando se esconde el sol, cesa el trabajo, las filas se deshacen y las *laidas* son arrojadas a tierra. Al mismo instante, las notas joviales de un silbo agudo y los redobles de un tambor se escuchan disipando con sus sonos mágicos la fatiga. Los grupos se animan en seguida; muchachas y mozos se dan las manos para ejecutar rondas ágiles sobre las plataformas de las peñas. A los cantos de las vírgenes se unen los gritos claros de los *montañeses*, y frecuentemente la noche ha extendido sus sombras hasta los declives de los valles, para que los danzarines desaparezcan en la oscuridad, mientras el tamborcillo de hada y la flauta de gnomo, envían a los ecos sus sonidos prestigiosos. Alguna observación de este género habrá dictado la frase espiritual de Voltaire, cuando este poeta quiso pintar a los vascos con un solo trazo, llamándoles, *un pequeño pueblo que brinca y baila en lo alto de los Pirineos* (58).

Los antiguos Cántabros se entregaban con éxito a la explotación de las minas de hierro, supliendo la falta de máquinas hidráulicas con la acción del fuego. Plinio y Estrabón han descrito confusamente los procedimientos por ellos empleados. Los vascos modernos, no se muestran ni menos asiduos, ni menos hábiles, en esta la-

(58) «La Princesa de Babilonia», según D. Ramón Berraondo en su artículo «Voltaire y los Vascos», de la *Riev.* T. 19, p. 393.

bor. Las fábricas de anclas para navíos (58 bis), de hierro fundido, de armas de fuego y de armas blancas de las Vascongadas, son las mejores de toda España, y estas últimas rivalizaban sin desventaja con las de Toledo y Córdoba, en tiempo de su mayor celebridad bajo los moros. La provincia de Vizcaya sola, posee más de ciento cuarenta fraguas y martinets que funcionan día y noche. La mina más rica que se encuentra es la de Somorrostro (59), la cual parece inagotable aunque se saca de ella por término medio cada año un millón de quintales de mineral. En las cañadas más abruptas en que no se descubre traza de cultivo y donde los rebaños se aventuran rara vez en medio de bosques que deben proveer el carbón necesario para la explotación, los talleres de cíclopes, ocupan los sitios más agresivos. Los animales salvajes, inquietados por el genio del hombre hasta en sus retiros más escondidos, apenas pueden ocultar su pavor, y los ruidos de los martinets de las fábricas se mezclan sin cesar con el rodar de cascadas, gritos de águilas y murmullos solemnes de las selvas.

Las costas de Vizcaya y de Guipúzcoa presentan otras escenas. He dicho que la cordillera de los Pirineos se separa bruscamente del golfo labortano y se dirige hacia Galicia atravesando las Vascongadas: las montañas que se suceden del lado del Océano disminuyen de tamaño a medida que se van acercando a la orilla: el terreno se hace arenoso y descubierta para terminar en peñascales pintorescos contra los cuales el mar acude tan pronto a adormecerse riente y apacible, como a romperse con estruendo. Laredo (60), Lequeitio, Bilbao, Deva, Guetaria, San Sebastián, Pasajes, son los puertos más considerables que marcan la línea de las costas. Los vascos que las habitan son audaces navegantes, excelentes marinos y, en ocasiones, formidables corsarios. Si quisiera dibujar la actividad, elegiría por asunto del cuadro esos

(58 bis) Se llamaba *vizcaínas* a las anclas. (Dicc. Marítimo de Lorenzo. Madrid, 1864). Industria introducida por Fermín Guilisasti. «Euskal-Erría», T. 62, p. 382. Guchsesti es una mala lectura de Jovellanos, Diario, p. 30.

(59) De Triano.

(60) No creo que Laredo haya sido vasco de raza, sino de Autrigonia, territorio limitado, en mi opinión, por el río Nesua o Somorrostro al Este y el río Asón al Oeste.

puertos vascos. Una circunstancia que sorprende a los viajeros es, el que las mujeres se ocupen de la carga y descarga de los navíos. Se sentiría pena al verlas soportar fardos pesados, si su porte ligero, sus diálogos espirituales dotados de la mayor volubilidad y sus risas alocadas, no anunciaran que el cansancio no puede abrumarlas. He visto a menudo dos muchachas de talla esbelta, con las manos en jarras, sostener sobre sus cabezas el mismo fardo sin perder el equilibrio, y andar coquetamente emparejadas con paso ligero y cadencioso. La jornada termina con danzas. Los extranjeros no cesan de admirarlas y encuentran singular una vida tan sencilla. En todo el país donde el hombre busca el peligro, la mujer se dedica alegremente al trabajo; y las vascas se hallan familiarizadas con el uno y con el otro.

¡Ay! Los siglos pacíficos que siguieron a la expulsión de los moros han terminado su curso en nuestras montañas. Los pueblos de Occidente se agitan, las convulsiones revolucionarias se suceden con rapidez. ¡Los últimos días de la tribulación han visto alzarse el sol de sangre, y las luchas por la *independencia* han empezado para los hijos de Aitor! ¡Cuál será tu destino, oh pueblo del *Agnus*? ¿La raza antigua del *Sol* deberá por maravillosa transfiguración elevarse a nuevo destino social, a una gran misión del futuro? ¿O ha de pronunciarse la decisión fatal contra la nación de los *Videntes*? ¿Esas últimas tribus tendrán ya que llevarse a la tumba las claridades agonizantes de las civilizaciones ibéricas y la santa imagen de la primitiva libertad? ¡No están tal vez lejanos los días en que los guerreros de los valles, diezmados por el sable de los cagotes, irán errantes a sus peñas sin otro asilo que selvas sombrías y grutas subterráneas en que nuestros antepasados se refugiaron en tiempo de los bárbaros, con sus armas sangrientas y sus banderas hechas jirones!

LA BIBLIOTECA

La más cordial acogida nos esperaba en Goizueta en *casa de un amigo del boticario*, donde hallamos a la familia de un oficial guipuzcoano llamado Gaztañaga, miembro, según creo, de la *Diputación a guerra* de esta provincia (1). La hospitalidad amable de que fuimos objeto forma parte de los más agradables recuerdos de mi viaje.

La fatiga y la impresión del aire frío me habían entumecido y luchaba contra un sueño irresistible al entrar en la sala de recepción, cuyas paredes blanqueadas, no tenían para ocultar su desnudez, más que unos malos grabados franceses representando las cuatro estaciones. La habitación estaba mejor adornada por una reunión de damas, cuadro viviente de poesía, en que más de una joven ingenua y riente significaba la primavera, y en que más de una linda mamá, recordaba la estación de los frutos. Un bardo montañés que hubiera entrado en la sala no dejaría de comparar el círculo femenino a un grupo de estrellas brillantes o a un jardín de variadas flores, que el céfiro balanceara sobre sus tallos. He descrito precedentemente el traje de las vascas; el color negro domina en él, pero su fisonomía vivaracha, la elegancia de su tocado, sus pendientes de orejas, largos y relucientes, que se agitan siguiendo las posturas coquetas y movimientos graciosos de sus cabezas, cambian en adorno su velo monástico, quitándole su sig-

(1) En efecto, como me comunica D. Julio de Urquijo, Manuel Gaztañaga era en 1835 secretario de la Diputación a guerra carlista de Guipúzcoa.

nificación religiosa. La situación física y moral en la que me hallaba me hizo en aquel momento insensible a los encantos de la más amable de las conversaciones. Me contenté con saludar en silencio a las damas, yendo a sentarme en una silla de la extremidad del cuarto, donde no tardé en adormecerme, mientras el boticario, perfecto caballero, rendía honor al bello sexo y a los buenos vinos y refrescos que le fueron servidos.

Para las damas vascas es una ley el no importunar con preguntas o con su charla a los huéspedes forasteros que la casualidad las conduce. El amigo que os acompaña, no expone vuestro nombre la vez primera en alta e inteligible voz, como para demostrar que no sois hombre sospechoso, y no se espera a saber quién podéis ser, para trataros con miramiento y cortesía. Encontráis en todas las caras expresión de franqueza y de bondad, sin que podáis experimentar la menor contrariedad, bastándoos una actitud grave, decente y pasiva, tan favorable a la observación. Se os permite callaros y respirar tranquilamente, puesto que os veis libre, por lo menos en apariencia, del yugo de la etiqueta, insoportable para los hombres tímidos y para aquellos a quienes la naturaleza no ha dotado exteriormente, de las ventajas frívolas que agradan al primer golpe de vista.

Las maneras más seductoras no pueden excusar entre los vascos la desenvoltura del alma o del espíritu, porque revela al hombre sin juicio, o al falso y elástico cuyas muecas, como las de un comediante, obedecen a la voluntad y a la costumbre, independientemente del sentimiento real. La cortesía del vasco viene del corazón: franca y jovial, no excluye una reserva llena de sagacidad, que el Ibero adquiere de su dignidad patriarcal y de su finura de montañés; un aspecto de abandono oculta ese tacto vigilante, a pesar de la impetuosidad de su carácter y el entusiasmo de su imaginación poética.

Las damas vascas, saben aliar la curiosidad femenina con la cortesía en uso y la modestia que les es peculiar. Por poco que el exterior y la fisonomía de un huésped las inspire interés, no dejan nunca de informarse con habilidad, de todo lo que le concierne, entreteniéndole con elección de asuntos que juzgan de su agrado. Si

oyen pronunciar vuestro nombre, aparentan menos aprenderlo que recordarlo. El guerrero y el poeta, cuya alma se nutre de estimación pública y de gloria, se preservan difícilmente de la ilusión, y su amor propio se engaña fácilmente por el aire persuasivo que ellas saben dar a un cumplimiento diestro. Desde ese momento le es a usted permitido entablar un conocimiento más amplio, y las relaciones con ellas toman un sesgo familiar y de intimidad. No os designaban al principio sino por la palabra *jaun*, o señor, en tercera persona, pero vuestro apellido obtiene su vez para dejar paso luego al nombre. Pronto desaparece el *Don* que le acompañaba, y viene usted a ser sencillamente Agustín, Pedro, José, etc. ; no se hablaría de otro modo de un hermano o de un amigo íntimo. Este lenguaje afectuoso, animado por una mirada seductora, no revela sino la franqueza natural de un alma amante y la sencillez de la inocencia, no dibiendo buscarse en ello un reflejo del viejo cristianismo, sino la fraternidad primitiva del pueblo *euskariano*.

Los españoles, juzgando de los extranjeros por sí mismos, ven sin desconfianza la ingenuidad de sus mujeres ; el hombre vicioso, ejercitado en el arte de la seducción, se deja arrastrar pronto por el atractivo del trato íntimo, al que es admitido, y llega a ser audaz. Pero por mucha habilidad que ponga en cuidar sus transiciones, se expone a desprecios mortificantes y amargos desengaños. Conozco quienes han sido claramente despedidos, atraesados por una expresión burlona, que las vascas saben dar áspera y acerada. Halagar el amor propio de las españolas, motejando a las inglesas de gazmoñería libertina y a las francesas de coquetería egoísta y pérfida, es un medio más cierto de disminuir la vigilancia de una virtud demasiado severa o de reprimir sus estallidos.

Las vascas no tendrán quizás la belleza de las andaluzas, pero compensan esa ligera desventaja con una alegría más espiritual, con gracias más finas, con el gusto perfecto de su tocado y con una limpieza exquisita de su persona, que las damas castellanas de la clase más elevada no imitan siempre. Lo que eleva a las vascas sobre las demás mujeres de España es un espíritu

exaltado de *nacionalismo*, reconociéndose en ellas el ser divino al cual nuestros antepasados consagraron primitivamente un culto de amor y el homenaje religioso que las vírgenes de Iberia compartían solas con el gran IAO.

Los bárbaros, para quienes el derecho residía en la fuerza y cuya espada estaba más afilada que su espíritu, arrancaron a la mujer su corona de flores. El *euskariano* divinizó el imperio de la belleza, y los mismos cántabros, al adoptar los mitos de la idolatría céltica, no olvidaron alzar altares a las *Damas* o *Dominadoras* (*andereak*). Si el hombre vidente expresa en su verbo inspirado, en su palabra improvisada, la luz celeste; si, rey del globo por su genio y por sus armas, es realmente la más perfecta de las encarnaciones terrestres, ¿qué ser merece mejor que la mujer su culto, ese lazo de amor que le une a Dios? Pero aquí me hundo involuntariamente en las profundidades de una filosofía teogónica poco familiar al lector francés.

Reanudo el hilo de mi narración.

Me hallaba aún *dormido* sobre una silla cuando a la *hora de cenar* el boticario me llamó con su voz sonora y vibrante. Nos sentamos a la mesa; los ruidos de los platos y el buen humor algo ruidoso de los invitados me *despertaron* del todo. Oí hacer el elogio de los navarros de la Edad Media, a los cuales su apetito excelente dió el sobrenombre de *grandes comilones*. Se contó que tras un desayuno copioso, volvían a comer a las once para obedecer a lo que llamaban divertidamente en lengua romance *la ley del reyno*. Comían a la una con el mismo apetito que si no hubieran tomado nada durante la mañana, y se sentaban otra vez a la mesa a las cinco, para luego cenar a las diez, comiendo como el hombre de Horacio, para beber otro tanto. Strabón refiere que en su tiempo los vascos hacían sus comidas acompañadas del son de instrumentos de música. Los convidados se sentaban alrededor de una larga mesa dispuesta en forma de media luna. Los viejos, los magistrados, los guerreros más distinguidos ocupaban los sitios preferentes. Se empleaban muchachas en el servicio y, detrás de ellas sobre un estrado, se veía a los músicos y cantores. El festín terminaba con la improvisación de los bardos y con alegres danzas. Strabón

ensalza la gracia y agilidad de los danzantes, que se doblaban por las rodillas hacia atrás hasta tierra para alzarse en cadencia con tanta agilidad como vigor. El catolicismo abolió gradualmente las fiestas sociales que los euskarianos de la montaña conservaban de sus antecesores, siendo raras sus comidas públicas, que han perdido pompa y prodigalidad. De todos modos, los vascos siguen siendo alegres y aficionados a grandes festines, diferenciándose en esto, como en todo, del castellano serio, que vive sobriamente, silencioso y retirado.

El elogio de Zumalacarregui ocupó casi toda la conversación durante la cena, y se citó entre el número de sus buenas cualidades como jefe y como soldado, la costumbre que había contraído de someterse a las mayores fatigas sin tomar alimento alguno, y de comer *guapamente* sin hallarse nunca incomodado por una larga abstinencia o por exceso de buena comida. Viriato y Pelayo fueron nombrados como modelos en este aspecto; pero quedaron de acuerdo en que ninguno de estos dos grandes hombres podía ser comparado al rey Sancho II Abarca, que perseveraba diez días enteros en voto de privarse de todo alimento hasta que él consiguiera alguna gran victoria sobre los moros, para después devorar a la punta del asador un cordero asado, bebiendo sin respirar un *cántaro* de excelente vino de Tudela, unos diez litros medida francesa. (La *abarka* es un calzado vasco que Sancho II llevaba habitualmente y que ha suministrado el apodo que este monarca recibe en la Historia; está hecho de piel de carnero y se sujeta alrededor de la pierna (2). Fenelón lo ha descrito al hablar de los antiguos iberos.)

Por fin nos levantamos de la mesa y pedí permiso para irme a acostar. Al entrar en la habitación que me fué preparada, noté una pequeña *biblioteca* que me propuse revisar al día siguiente después de haberme repuesto de las malas noches que pasé desde mi salida de París. Me esperaba un lecho que debo citar en reconocimiento del sueño verdaderamente olímpico que me deparó.

Los cantos de los pájaros me *despertaron* a las cinco de la

(2) Hemos tratado de este monarca épico, que un historiador denomina el Aníbal navarro, en nuestra novela corta titulada *Sancho Abarca* y que se refiere a la leyenda del Jaizkibel (B.).

mañana. Las fibras de la cabeza escapadas a la acción magnética del sueño liberan el pensamiento que parece renacer y surgir rompiendo los obstáculos que le envuelven. Experimenté un sentimiento íntimo de calma y bienestar, y no olvidaré en mi vida aquel instante delicioso.

Están muy aproximados los montes que encierran a Goizueta en una garganta profunda; sus bosquecillos sirven de asilo a una multitud increíble de pájaros cantores para quienes la primavera había ya comenzado, aunque los árboles y las breñas estuvieran aún desprovistos de verdor. Esos pequeños músicos no dejan nunca de saludar con gorjeos a la aurora, cuyas salves alegres se prolongan hasta salir el sol. Escuchaba desde mi cama dos cantos distintos, el uno muy cercano, el otro más alejado y que salía del extremo opuesto del valle. Se respondían regularmente uno a otro y se confundían por intervalos en concierto universal. Me figuraba que un pastor *euskariano*, errante por los montes, había alzado su tienda durante una noche en el fondo de la cañada y que, asombrado al despertar por las mismas impresiones que yo, resolvió fijar allí su residencia dando al lugar el nombre fresco y matinal de Goizueta, que lleva la aldea (*Goiz*, significa la mañana, y la terminativa *ueta* expresa repetición, número, armonía) (2 bis). El día crecía por grados; sus claridades, penetrando en mi cuarto a través de las persianas cerradas, resbalaban sobre imágenes de santos y obispos suspendidas en las paredes, así como sobre las baldas polvorientas y ennegrecidas de la pequeña *biblioteca* de que he hablado ya.

Abrí mis ventanas: el aspecto de Goizueta justifica los rientes pensamientos que su poético nombre despierta en el espíritu, y se notan varias casas que dominan a las demás y que se distinguen por su arquitectura. Pertenecen a *Indianos*, clase de rentistas que debo hacer conocer al lector.

El *Indiano* vasco suele ser un segundón de familia, enriquecido por su comercio en América, donde habrá pasado la mayor parte de su vida. Joven, dejó la casa paterna y Vasconia, provisto de una carta de recomendación para algún rico compatriota

establecido en las colonias. Un poco de geografía y aritmética, el vivo deseo de tener éxito y el conocimiento imperfecto de la lengua castellana, eran los recursos sobre los cuales fundaba la esperanza de su fortuna. Relatos exagerados le habían pintado la tierra indiana como un magnífico *Eldorado* temible para los europeos a causa de su clima febril y devorador. Simple dependiente durante mucho tiempo, mereció por su inteligencia y por su actividad ser puesto a la cabeza de alguna plantación de azúcar o de tabaco. No fué demasiado duro para su rebaño de negros, obtuvo algunas ganancias, traficó por su cuenta, recorrió los mares afrontando tempestades y se hizo rico. No se había jamás apagado en su corazón de vasco el amor al país natal; ni el afecto hacia alguna mulata le hizo olvidar el de las jóvenes de Navarra, compañeras de su adolescencia, haciendo que el recuerdo de los graciosos valles de los Pirineos convirtieran en intolerables los ardores de un cielo extranjero. Regresó a sus montes queridos para construir la casa más hermosa de la aldea, a veces hasta un palacio, cuya arquitectura moderna contrasta con los castilletes-fuertes de nuestros antiguos Ricombres. El Indiano no muestra pretensiones aristocráticas y posee maneras sencillas y gustos fáciles, agradándole hablar de su familia pobre a la que ama y de la que no se avergüenza. Su tez se ha hecho amarillenta, el cuerpo seco, y lleva bastón con empuñadura de oro. Bebe mucho licores y café, se pasea constantemente, y fuma para ahuyentar el fastidio.

El vehículo enérgico de todos los desenvolvimientos sociales es la necesidad subordinada a las leyes multiplicativas de la especie humana. Nuestros bardos improvisadores, cuando quieren cumplimentar a las vascas por su fecundidad, las comparan al manzano. No es raro ver un montañés de sesenta años todavía fuerte que cuenta alrededor de su rústica mesa dos veces el número de los hijos de Jacob, y aún más. La guerra devoraba antiguamente ese lujo de población, que hubiera producido hambre en nuestras pequeñas provincias. Los siglos de paz que siguieron a la expulsión de los moros favorecieron su crecimiento. Como los productos de la agricultura y los rendimientos de los rebaños habían llegado a ser insuficientes, los vascos se dedicaron al comer-

cio e intentaron expediciones marítimas que tuvieron por resultado la conquista de las Canarias (3) y el descubrimiento de América (3 bis).

Cervantes, que en cada línea muestra el sello de una observación profunda o de una pintura histórica, alude al papel preponderante que los vascos jugaban en América, cuando a propósito de la dama vasca (4), habla de su marido, encargado de un puesto importante en las Indias occidentales. El autor español se burla con una malicia no carente de hostilidad nacional, de la jerga castellana del escudero, que acompañaba a la *Andere* vasca. La nobleza que los vascos deben a su cualidad de hombres libres y a su antiguo origen es ridiculizada con humor: ¡ *Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar!*

Cervantes está perfecto cuando muestra al colérico gentil-hombre amenazando con matar a su misma ama si se opone más tiempo a su duelo con don Quijote. Es de suponer que un autor navarro no hubiera concedido la victoria al héroe de la Mancha. La sátira es fina. Saavedra, el inmortal, sabía pintar, pero ya se conoce a los castellanos, y los vascos prefieren aún el papel del león de la fábula. ¡ Oh, gascones!

Organizaron inmediatamente las pesquerías de Terranova y anudaron su comercio de intercambio con los pueblos del Canadá (4 bis). Sus establecimientos en el Sur son bastante conocidos para que prescindamos de enumerarlos; poseyeron allí largo tiempo muchas bellas provincias. Su lengua se encuentra aún hoy allí muy extendida y es tal vez de todas las hablas europeas la que ha proporcionado más denominaciones a la geografía moderna de América.

El vasco obtuvo del piel roja la estimación y la confianza que los indios negaban a los demás españoles. Existían diversos pun-

(3) Véase Zuaznabar. «Euskal-Erría». T. 56, p. 15, y T. 18,

(3 bis) Se refiere a Juan de la Cosa o Juan Vizcaíno o de Cantabria (*Biarritz*). «Euskal-Erría» dice en el T. 56, p. 363, que el vasco (?) Alfonso Sánchez de Huelva notificó su existencia a Colón. Sanadon habla de esto en la p. 46. Humboldt cuenta que el marino Derrazu comunicó lo mismo al Dr. Ducos (Viajes, p. 181). Véase la nota 17 de la p. 212.

(4) *Quijote*, cap. VIII.

(4 bis) Artículo de Ramón Berraondo, en *Euskalerraren Alde*, T. 11, p. 241.

tos de acercamiento entre el *euskariano*, hijo del *Sol*, y los incas, sus lenguas ofrecen notables analogías resumiendo con inspiración la alta poesía de las civilizaciones primitivas, que se traduce en mitos ingeniosos de la literatura alegórica de los aztecas, del culto panteísta de los Brahmanes y de la religión de los Magos, sectarios de Mithra (5). El vasco y el indio poseen el mismo estilo de ingenio y de imaginación. Guerrero, como el canadiense tártaro (?), el *euskariano* sentía como aquél la santidad de la venganza y el respeto a los muertos, viendo sin asombrarse al Iroqués y al Hurón alzar el hacha de las armas (6) como señal de los combates, y reconociendo en la *caldera* del jefe *Mingo* (7) la que dibujaban los Ricombres de Navarra en sus *pendones*. Admitido a sentarse entre los sabios indios alrededor del *Fuego del Consejo*, el aborígen de Vasconia creyó volver a ver el *Bilzaar* de los ancianos pirenaicos, y el montañés de Oriente fumó gravemente con los salvajes el calumet de paz.

Lejos de imitar a los castellanos, los vascos se mostraron amigos de los indios, sin separarse de la humanidad de que el virtuoso Las Casas vino a ser tipo sublime. El sentido justo de nuestros montañeses venció a las sugerencias infernales del fanatismo religioso (?). La estrechez teológica de los monjes castellanos, la árida sutileza de su genio ergotista y la ignorancia profunda de los vándalos y de los godos (?) que marchaban bajo sus banderas, no podían sostener la comparación con la inteligencia superior de las civilizaciones americanas y la riqueza de su cultura artística. Las crueldades cometidas por los castellanos (8) en su conquista de América serán el eterno oprobio del catolicismo; el pontífice romano dió la señal de la destrucción (9) y de las matanzas que iban a asegurar a los españoles la conquista religiosa y política de ese bello país; pueblos enteros fueron degollados y sus monumentos destruídos o incendiados. Se aproxima el día en que

(5) Divinidad del mazdeísmo persa.

(6) El famoso tomahawk.

(7) Mingo y macua eran nombres despreciativos algonquinos para iroqueses, víboras en algonquino y su variedad huronesa. Vid. «El último mohicano», de Fenimore Cooper.

(8) Véanse las notas 20 y 24 de la pág. 213.

(9) Véanse las notas de la pág. 96.

los videntes (10), sentados sobre las ruinas, pedirán cuentas a la religión gótica de la sangre que derramó a torrentes y de las luces que apagó en su noche.

Las memorias contemporáneas nos han transmitido el nombre del guipuzcoano Aguirre, cargado de una crítica severa, muy merecida por los furores de este salvaje aventurero. Habitó mucho tiempo en Lima, donde murió su mujer dejándole una hija única de dieciséis años, dotada de rara belleza. Aguirre meditaba ya en su espíritu designios que sólo el genio vasco puede concebir. Proyectaba nada menos que arrojar a los castellanos del Perú, dando a ese magnífico imperio su antiguo lustre y su independencia, así como restaurar para su hija el resplandeciente trono de los Incas. Aguirre amaba entrañablemente a su niña, y este sentimiento le hace menos odioso, aportando mayor interés al drama tempestuoso de su vida.

El marqués de Cañete, *virrey* del Perú, había encargado a don Pedro de Ursua, gentilhombre navarro, desembarazar la navegación del río Marañón, inquietada por la tribu guerrera de los Omaguas (11). En la primavera del año 1559, Ursua salió del Cuzco con mil doscientos hombres. Aguirre se unió a la expedición, excitó pronto un *alboroto* en su tropa, asesinó a don Pedro y se hizo proclamar emperador por los soldados (?). Se vanagloriaba de poder resistir a las fuerzas que el *virrey* no podía tardar en enviar contra él. Una marcha rápida y acertada debía conducirle bajo los muros de Quito, y un golpe de mano podía hacerle dueño de esa capital. Cumaná, Caracas, Santa Marta (12) y Venezuela, sirvieron sucesivamente de teatro a los furores de sus bandoleros. El poeta Alonso de Ercilla se puso en camino para combatirlo, diciendo que aquel monstruo deshonoraba a Vasconia y que quería liberar de él a la tierra. Nadie ignora que este gran hombre era vizcaíno (13). Supo al llegar a Panamá que el ejército real bajo las órdenes de García de Paredes había derrotado a Aguirre en

(10) Véanse la nota 26 de la pág. 166 y la 3 bis de la pág. 96.

(11) Al norte del Perú.

(12) En el volumen V de *Los vascos en América*, por Ispizua, no figura esta ciudad colombiana en el itinerario.

(13) Pero nacido en Madrid.

Tocuyo, viéndose el fogoso cabecilla abandonado por sus bandidos, que emprendieron la fuga tras débil resistencia. He leído en una compilación francesa, titulada *Anecdotes américaines*, que el guipuzcoano, cercado por todas partes, se defendió con rabia de león, y que la presencia de su hija, que no se había separado de él, exasperó su desesperación, cuando, bañado en sangre y cubierto de heridas, iba a sucumbir. Volviéndose hacia su hija, dijo: «Tu honor y el mío no quieren que vivas para ser víctima de nuestros enemigos. ¡Muere de mano de tu padre!» Con estas palabras y apoyando su carabina en la garganta de la desgraciada, la hizo caer moribunda a sus pies. Le decapitaron el mismo día y sus miembros fueron descuartizados (14).

El examen de la *biblioteca vasca* ocupó agradablemente mi mañana hasta la hora de la comida. El primer libro que cayó en mis manos fué el *Geroko gero*, del elocuente Axular: *de non procrastinanda poenitentia*.

Este sacerdote, de origen vasco, vió el día en *Gascuña* (15). Hacía falta a su ardiente patriotismo el país natal de sus antepasados, y vino a establecerse en Laburdi a los treinta años, consagrando algunos años al estudio de la lengua nacional en que debía adquirir enseguida reputación de orador y escritor. Su libro, publicado en 1640, prueba hermoso talento, gran ingenio, finura y vasta erudición. Es singular que Axular, descartando cuidadosamente las cuestiones de mitología católica y de fe (?), no haya hecho sino un tratado de moral universal en que invoca sucesivamente a San Agustín y Platón, Ovidio y la Biblia, Jesucristo y Sesostris. Ha mezclado en su libro todos los dialectos vascos, como hizo Homero con los dialectos helénicos. El estilo de Axular es original, rico, variado, pintoresco; pero su frase precisa pulimento y armonía, y el autor no ha rechazado con bastante se-

(14) El 27 de Octubre de 1561. Todavía hoy se llama «fuego del tirano Aguirre» a los fuegos fatuos de las sabanas.

(15) Puede remitirse el lector al estudio titulado *Axular y su libro*, publicado por don Julio de Urquijo en la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, donde quedan aclarados todos los extremos referentes a la patria (Urdax), origen, apellido, etcétera, del famoso escritor euskeldun (B). En su obra *Biarritz* (II, 235), Chaho le hace de Zugarramurdi.

veridad los términos romances que se hallan aliados a nuestro idioma ibérico alterando su pureza.

Axular se proponía dedicar su obra a Bertrand d'Etchauz, arzobispo de Tours, último retoño varón de una antigua familia (16) de la sangre real de Navarra, con la cual están aliadas las casas de Harispe y de Belsunze. Este prelado murió antes de la publicación del libro. Axular tuvo la feliz idea de dirigir su dedicatoria al noble difunto, y ello constituye una pequeña obra maestra por su sentimiento, elevación y poesía. No deja de exaltar el rasgo del vizconde de Etchauz desenvainando su sable en las cortes de Benabarra y jurando castigar con su mano a quienquiera osare elevar la voz en favor de la religión reformada.

Se cita un rasgo parecido del vizconde de Belsunze. «¡ Quien me quiera, que me siga!», decía con altivez. Se trataba de rechazar a los hugonotes del Béarn, que acababan de intentar una irrupción en las provincias vascas, queriendo saquear la villa de Saint-Palais. Uno de sus predicadores se había adelantado hasta Mauleón, en Zuberoa. El hidalgo Maytie le impuso silencio en la iglesia; como insistiera, Maytie, envuelto en su capa, cruza rápidamente el templo, saca un hacha que llevaba escondida y del primer golpe derriba el púlpito y el predicador.

Mauleón ha dado nacimiento al docto Enrique Sponde, continuador de los *Annales* de Baronius (17).

La misma villa se honra con haber sido cuna del historiador Oyhenart, cuyo nombre *me* atrevo a reivindicar como un honor de familia. Era abogado del Parlamento de Navarra. Tenemos de este autor una selección de *Proverbios vascos* y una colección de poesías, notables por su estilo ágil, ingenuo y gracioso. Se titulan *Oihanarten gaztaroa* (Juventud de Oyhenart) (18). Su *Noticia de las dos Vasconias*, escrita en latín con estilo fácil y puro, le ha merecido un lugar distinguido entre los historiadores y críticos. El

(16) El castillo o sala de Etchauz está cerca de San Esteban de Baigorri, y es el que G. Humboldt llama Ichos en la pág. 100 de su *Diario del viaje vasco*.

(17) Cardenal que escribió los *Annales ecclesiastiques* (1538-1607).

(18) Título imitado de *L'adolescence clémentine*, que contenía las poesías de Clément Marot.

gusto fino que presidía a sus investigaciones y la elección de sus juicios merecen convertirle en autoridad.

En Zuberoa ha nacido también Bela, modesto escritor que los desvíos de una juventud borrascosa no pudieron arrancar al culto de su país nativo. Joven, bravo, bien hecho, espiritual, Bela fué a residir a París, donde brilló algunos instantes en la corte y disipó su fortuna en placeres. Una actriz, a quien amaba, quiso compartir su fortuna con él. Los dos amantes se fueron a la Turena y se establecieron en un lugar encantador de las orillas del Loira. Bela hizo poner encima de la puerta de su castillo esta inscripción navarra: «Lehen hala; orai hola; gero etxakin nola.» (Antes así, ahora, como esto; después, no sé cómo). Bela recordaba así con indiferente alegría las tres fases de su existencia. El porvenir, que parecía querer desafiar y que temía quizás en el fondo de su corazón, fué para él más dulce y dichoso que lo que esperara, pues retirado en el seno de su familia, pasó sus últimos días estudiando medicina e historia. Recogió sabias notas para una *Historia general de las tribus cántabras* que se proponía escribir, pero la muerte lo impidió.

Sus manuscritos, cuya huella se ha perdido, estuvieron durante mucho tiempo en manos del obispo Sanadón, publicista muy avanzado en las ideas revolucionarias de la escuela jacobina francesa, lo que no le impidió abrazar la causa de la *independencia* de los vascos, llevado de admiración hacia la belleza de su carácter nacional y la superioridad de su república *solar*. El escritor constitucional (19), tituló su libro: *Ensayo sobre la nobleza de los vascos, redactado sobre las memorias de un militar vasco por un amigo de la nación*. La nobleza de los vascos, legalmente reconocida por los edictos de los más famosos reyes de Francia y de Castilla, fué para los montañeses la salvaguardia de su derecho individual y social en una época de feudalismo y de guerra en que la posesión de armas y la propiedad del suelo, constitutivos de privilegio nobiliario, garantizaban la dignidad natural del hombre y del ciudadano contra las usurpaciones del absolutismo monárquico. La argumentación histórica del obispo Sanadón, desarrollada en un

(19) Sanadón.

tomo de trescientas páginas, no tenía otra finalidad que la de sustraer la Baja Navarra o Benabarre de la rapacidad del fisco francés afirmando el derecho que tenían los montañeses a votar sus impuestos, administrar su país y gobernarse por sí mismos.

Habiendo intentado Enrique IV de Castilla imponer un *pedido* de algunos céntimos a las provincias exentas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos, los guipuzcoanos dieron muerte a los recaudadores con *su delegado de fianzas* (20). Las Juntas *federales* significaron al rey que los vascos, como hombres nobles y libres, no debían tributo a nadie y no reconocían otra ley que la república de sus ascendientes.

Habiendo los vascos norteños rechazado victoriosamente el yugo feudal que los francos pretendían imponerles, hicieron prevalecer su alodialidad originaria. El pastor suletino, armado de su hacha, dejando crecer su larga cabellera, marchó a la par de los guerreros que los siervos y villanos llamaban *señores* entre los bárbaros. Todo vasco es *jaun* (señor o amo) y no aplica nunca otro epíteto a sus hermanos. Los montañeses, en las transacciones civiles, añadían invariablemente a su nombre la partícula *de*, que expresa el derecho de independencia y la propiedad civil. Según el Código suletino, aceptado por Francisco I, los vascos condenados a muerte por crimen de alta traición, debían ser decapitados, como los gentilhombres. Aún en nuestros días, en virtud de los edictos de Carlos V, los vascos de Francia reciben el título de *caballero* en todas las cancillerías de Castilla; tienen derecho a llevar espada y pueden ser admitidos, en calidad de cadetes en los regimientos españoles, sin más pruebas de nobleza que las de su origen.

Los vascos españoles gozan *a fortiori* de iguales privilegios; las poblaciones castellanas están en su opinión manchadas de vasallaje y servidumbre; miran a la misma nobleza castellana como poco digna de su alianza a causa de su mezcla con los judíos; el aldeano montañés, antes de conceder su hija al gentilhombre de

(20) Al judío Gaon en Tolosa, el 6 de Mayo de 1463: era recaudador de la Real Hacienda y pertenecía a la aljama de Vitoria. Garibay hace estar ese día a Enrique IV en Fuenterrabía: había tenido lugar en Hendaya la entrevista entre Enrique IV y Luis XI, el 20 de Abril. Revista «Euskal Erría», T. 58, p. 51.

las llanuras, se muestra exigente y difícil sobre los títulos que deben probar la ilustre ascendencia de su yerno.

Los viajeros que cruzan alguna aldea de Navarra o Vasconia occidental, se asombran de percibir en las fachadas de las casas, a pesar de su apariencia triste y rústica, grandes escudos de armas en que la ciencia heráldica ha agotado sus combinaciones con tanta riqueza y variedad como las brillantes *carrozas* de que se rodea el Luxembourg parisino en los días solemnes de sesiones legislativas. Cada uno de estos escudos significa, alegóricamente, un episodio de la guerra contra los moros, un hecho de armas o alguna circunstancia análoga en la cual el jefe de la mansión patriarcal hizo brillar su valor. La nobleza de los vascos es nacional y colectiva, no invocando sus prerrogativas sino frente a los extranjeros, ya que los títulos de conde, marqués, barón, concedidos a los jefes montañeses por los reyes de Castilla o de Francia, no tienen valor alguno en la opinión pública, siendo rechazados como exóticos por las instituciones republicanas de un país en que reina la igualdad. Las dignidades de Ricombre y de Infanzón, introducidas en Navarra durante la Edad Media, no eran sino grados militares caídos en desuso después de las guerras sarracénicas.

He oído con frecuencia a los *beaux esprits* políticos mofarse del privilegio de nobleza que los vascos han conservado por derecho de origen antiguo, de independencia hereditaria y de gloriosa libertad. La cuestión es saber si los movimientos revolucionarios que arrostra la sociedad de nuestros vecinos deben rebajar a los vascos al nivel de una raza ilota o si la tendencia de progreso relativo no debe elevar, por el contrario, a los cagotes hasta la sublimidad de la ley ibérica. ¿Por qué quieren los bárbaros anular el tipo de su regeneración futura? Los sofistas, que predicán la restricción del derecho electoral reteniendo en la servidumbre pública al noventa y nueve por ciento de la población, me parecen ridículos al negar a los vascos, bajo la falsa interpretación de una palabra, la superioridad de su posición civilizadora. Juvenal llama a los navarros pueblo noble (*Nobilis* (nub-i-lis), significa en latín el que toca las nubes; *humilis* (humi-lis), el que se arrastra por la tierra) entre los bárbaros; noble, como los romanos; noble, sobre todo, como todo

pueblo en que residen la iniciativa de la luz social y el santo dogma de la igualdad.

Hay que buscar fuera de la literatura actual de los vascos los títulos de la civilización de este pueblo, aunque relativamente a los límites estrechos que ocupa y al papel secundario que le impuso su debilidad, haya producido tanto como cualquier otra nación europea en publicistas, jurisconsultos, filólogos, historiadores y poetas célebres: Quintiliano, Prudencio—Rodrigo-Simón (21); Navarre (22), Garibay, Moret—D. Esquivel de Alava (23), J. B. Larrea (24)—Huarte, Larramendi, Tomás Iriarte, Alonso de Ercilla. No omito al hijo de Blanca y nieto de Sancho VI el Sabio, Teobaldo I el rey trovador, que hizo, al decir de las antiguas crónicas, «las más bellas, deleitosas y melodiosas canciones hasta ahora oídas».

Tomás Iriarte nació en Tenerife, de padres guipuzcoanos. Se educó en Madrid y ensayó su talento poético traduciendo algunas tragedias de Voltaire. Sus fábulas literarias imitadas por Florián (25), le colocarían a la cabeza de los fabulistas si La Fontaine no hubiera existido. Iriarte pone en ridículo los defectos de algunos poetas rivales suyos. Su estilo es puro, abundante, elegante; su ironía fina y ágil; su manera picante, ingenua y graciosa. El *Poema de la música* demostró las altas inspiraciones que favorecían a su genio, valiéndole una carta de Metastasio, más lisonjera para él que los aplausos de un público idólatra. Esa última obra está considerada entre las mejores del Parnaso español y podría bastar a la gloria de Iriarte. Las persecuciones de los monjes llenaron de amargura sus últimos días; atribuían al gran hombre el alimentar en su corazón la filosofía de los *Videntes* (26); fué de-

(21) Errata por D. Rodrigo Jiménez de Rada. Vid. pág. 208.

(22) Será D. Martín Azpilicueta, el famoso Doctor Navarro, natural de Barasoain (1491-1586).

(23) Diego de Alava y Esquivel, obispo de Astorga, Avila y Córdoba; nació en Vitoria y murió en 1562.

(24) Juan Bautista Larrea, jurisconsulto nacido en Madrid en 1645.

(25) Fabulista francés que murió en 1794.

(26) Este pasaje y los de las págs. 96 y 160 me hacen pensar si tenían relación los *Videntes* con los masones. Sin embargo, don José Miguel Barandiarán, que con ese objeto ha mirado listas masónicas, no ha encontrado el nombre de Chaho en ellas. Llorente, en la pág. 449 de su «Historia crítica de la Inquisición», hace a Iriarte «sospechoso de profesar la filosofía anticristiana».

clarado sospechoso, y en una penitencia misteriosa, su noble cabeza tuvo que inclinarse bajo la férula insolente de la Inquisición. No hay que confundirle con el vasco Iriarte (27) que falleció en Sevilla en 1685 y fué considerado como el mejor paisajista de su siglo.

Juan Huarte vió la luz en San Juan Pie de Puerto, en la Navarra francesa, e hizo aparecer en 1580 su *Examen de los Ingenios*. El autor, como buen médico que era, termina su libro con consideraciones fisiológicas expresadas en estilo bastante ingenuo para parecer cínico y brutal a muchos lectores. Huarte era enemigo de las mujeres, y quiero creer que había estudiado anatómicamente la ley de los sexos, pero que desconocía el amor. El sistema de generación que profesa parece haber inspirado *L'art de procréer les garçons á volonté* (28) y la triste *Megalanthropogenesis*. Culpo también a Huarte de no haber atribuído a cada espíritu sino facultades exclusivas y especiales, pareciéndome que bajo este punto vió mal el modo de acción de la luz inteligente y los fenómenos de nuestra vitalidad. Aparte esos errores, que constituyen, es cierto, la sustancia de su libro, Huarte merece por su estilo rico y nervioso, por sus opiniones sanas, por sus exposiciones nuevas y profundas, por sus pensamientos originales y atrevidos, la celebridad de que gozó desde el siglo dieciséis. ¿Podría creerse que, a pesar de la fama de veinte traducciones (29) a todas las lenguas de Europa, el *Examen de los Ingenios* escrito en castellano, fué desconocido durante más de doscientos años en la Península? Pero, ¿por qué asombrarse? ¡Los portugueses dejaron morir de hambre a su Camoens y los castellanos a su Cervantes (30).

(27) Ignacio. Nació en Azcoitia en 1620. El Espasa le hace morir en 1669, pero ese año no hizo sino dejar la Secretaría de la Academia sevillana. «Euskal-Erría», T. 73, pág. 234.

(28) ¿De qué autores?

(29) Artigas en el Libro Homenaje a C. Echeagaray y Simonena, en el Congreso de Estudios Vascos en Vitoria.

(30) Los franceses despreciaron a Jacquard (telar mecánico), los alemanes a Diesel (motores), los austrohúngaros a Mendel (herencia), y Semmelweis (asepsia), los italianos a Galileo (movimiento de la Tierra), y los yanquis, obteniendo el record de las torpezas, a Bushnell (primer submarino práctico), Fulton (vapor), Ericsonn (metal Monitor), Maxim (ametralladora), Hotchkiss (fusil) y los hermanos Wright (aeroplano).

Genio poderoso, bravura heroica, carácter inflexible, vida errante sembrada de peligros y aventuras, el vizcaíno Alonso de Ercilla tuvo todo eso de común con el autor de *Los Lusíadas* y con el de *Don Quijote*. Se le dió el sobrenombre de Homero español y no le faltó sino el odio del destino y el sello conmovedor de la desgracia para igualar la celebridad de aquellos grandes hombres. A los veinte años había ya recorrido España, Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, cuando acompañó a Chile al capitán general Alderete (31) para ir a combatir a los araucanos, tribu salvaje que acababa de sacudir el yugo de los españoles. Esa guerra, en la cual Ercilla tomó parte gloriosa, forma el asunto de su *Araucana*. Bardo y soldado a la vez, Ercilla no dejaba la espada sino para escribir, y los combates del día exaltaban, por su aún palpitante memoria, sus inspiraciones de la noche. Grababa con un alfiler sobre bandas de cuero sus bellos versos a los cuales lo feliz de la rima y su elegancia armoniosa dan un sello de perfección raciniana que no se encuentra en ningún otro poeta español. Más ágil que el más ligero de los Puelches (32), más infatigable que el robusto Araucano, más intrépido que el indómito Mapochote (33), el héroe vizcaíno vino a ser el terror de los salvajes, y los más valientes caciques cayeron bajo sus golpes. En la batalla de Millarapué, Ercilla persiguió a los indios hasta sus últimos refugios y triunfó de su valor, exaltado por un odio ardiente y por la desesperación. Ercilla siguió al general Mendoza en la conquista de tierras remotas que los europeos acababan de descubrir, desde el estrecho de Magallanes hasta el valle de Chiloe. Con diez compañeros, la mayoría vascos, Ercilla cruzó sobre una piragua el archipiélago de Ancudbox, tan peligroso por sus arrecifes y corrientes, y avanzó por sus tierras, no plantando como Hércules una columna, sino grabando con la punta de una daga en la corteza de un árbol ciertos versos lindos que se han conservado. De regreso a Lima, Ercilla encontró esa ciudad entregada a regocijos públicos con ocasión de la coronación de Felipe II; la juventud brillante y caballeresca acu-

(31) Jerónimo.

(32) Al N. del río Colorado, en Argentina.

(33) Los Mapochotes eran el núcleo central y más importante de los araucanos.

día de todas las provincias del Perú a tomar parte en justas y torneos. Ercilla se llevó los honores de la jornada que Juan de Pineda pretendió disputarle, llegando a ser tan vivo el altercado, que los jóvenes, excitados, pusieron mano a las espadas e iniciaron un combate que estuvo a punto de convertirse en general. Mendoza, que alimentaba una animosidad personal contra Ercilla, le condenó al principio a ser decapitado; pero habiéndose puesto a su lado la opinión pública la sentencia fué conmutada por prisión y destierro.

Sus eminentes servicios, sus heridas, su gloria, que la publicación de la *Araucana* hizo más hermosa, no encontraron en la corte sino envidia e ingratitud. Ercilla resolvió pedir justicia, pero, bien a causa de una repugnancia invencible, o por razón de una timidez poco concebible en un hombre de educación tan caballeresca y espíritu tan decidido, el héroe poeta permaneció mudo en presencia del rey. «Habladme por escrito, don Alonso», le dijo bondadosamente el monarca, lisonjeado al creer que el imponente brillo de la majestad real había vislumbrado a Ercilla. Desde este momento, perdida toda ilusión, se retiró a Bermeo, en Vizcaya, patria de su padre y de su abuelo. La esterilidad de su casamiento hacía aumentar su tristeza; quizás no debía acusarse sino a sí mismo y a los amores veleidosos que le habían sujetado sucesivamente a muchas mujeres distinguidas por su ingenio y por su belleza. Ercilla era de talla media, ágil, nervioso, bien formado. La energía de su alma se dibujaba en su mirada viva; su paso, firme; su barba espesa, con su larga cabellera, que señalaban en él al montañés vasco, estaban en armonía con el carácter del ilustre vizcaíno. Dotado de espíritu vivaz, era amable con las mujeres, aunque su galantería tuviera algo de despótica y de oriental. Vano, ligero, presuntuoso con los hombres, su natural irascible e incorregible petulancia de vasco cambiaban en enemigos mortales a los envidiosos que creaba su gloria. Se ignora la época de su muerte.

Los vascos no tienen literatura nacional; sus escritores se han servido casi todos de las lenguas latina, castellana y francesa. Al consultar sus biografías, se descubre que la mayoría, educados lejos de su país natal, perfeccionaron sus conocimientos en via-

jes, imprimiendo algunos de ellos a sus composiciones un sello original y superior. Es sensible que a ninguno se le haya ocurrido aún iniciar a los extranjeros en los secretos del pensamiento ibérico e iluminar su estilo con los mágicos reflejos de esa poesía panteísta en que se descubre la ciencia profunda de nuestros antiguos adivinos y las más ricas inspiraciones del Oriente. La lengua vasca, excluída hoy de la instrucción pública, no se ve profesada sino en el colegio de Vergara (34). ¿Por qué abandonar así al *eskuara* primitivo de los Hijos del *Sol*? ¿Por qué no se hace revivir esa antorcha de luz popular? La resurrección de la literatura *euskariana* será el triunfo de los *Videntes*.

(34) Confirmado por Pirala en su «Historia de la guerra civil», y por Dembowsky.

IX

LA JUNTA DE NAVARRA

Supimos en Goizueta que la Junta de Navarra se hallaba en Leiza. El boticario de Lesaca, o mejor dicho, don Pedro de Arizmendi quiso acompañarme hasta allí. Salimos enseguida de *comer* a fin de poder llegar al término del viaje antes de la noche (1). Los voluntarios que formaban nuestra escolta el día anterior nos habían dejado, con excepción de uno solo, uniéndose a sus batallones respectivos cuya proximidad bastaba para seguridad de nuestro camino. El que quedó con nosotros se llamaba *José María*, y le veo aún con su chaqueta amarilla, su frente cuadrada, su pequeña boina pegada a la cabeza como un casquete y sus orejas salientes que le hacían parecerse al Magua de los Mohicanos (2). Había sido mucho tiempo arriero en las herrerías de Larrau, en Zuberoa, y a la primera noticia de la insurrección navarra abandonó mulo y cestos para hacerse voluntario y llevar las armas, género de vida más noble y que convenía más a su inclinación, como me lo hizo saber diciendo :

—Puesto que nací para tener las manos ennegrecidas, prefiero la pólvora al carbón, y si he cambiado mi pan moreno por cascajo

(1) El 27 de Marzo, viernes.

(2) De Magua (lobo) procede el nombre de los pieles rojas mohawks, vecinos de los mohicanos en los ríos Hudson y Thames. Fenimore Cooper publicó en 1826 «El último mohicano», y en él aplica el nombre de Macua a un mohawk adoptivo. Los mohawks eran iroqueses y los delawarees y mohicanos eran algonquinos.

Mohican o mohegan significa también lobo. Lucharon éstos contra los mohawks.

y mis ochavos por piedrecitas, el hombre, después de todo, no tiene más que una vida, y cada uno su destino. Vuestra provincia de Zuberoa es encantadora —agregó—, y se puede recorrer todo el país vasco sin encontrar muchachas más bonitas, ni mejores cantores o danzantes tan perfectos, a no ser quizás en el Duranguesado, comarca que destaca en Vizcaya como un parterre en medio de un jardín. Vuestros suletinos muestran más cortesía que franqueza, y tienen todos lengua dorada, mano pronta, siendo demasiado pendencieros ; pero no pelean nunca sino con armas francas, pudiendo la residencia en este valle hacer feliz a un hombre. ¡ *Ala Jinkua!*

José María repitió esta exclamación familiar de los suletinos con la prosodia particular a su dialecto, y prosiguió :

—No he olvidado vuestras mascaradas de carnaval : el *xerrero* abre la danza con su escoba de crin, su cinturón de campanillas, sus *medias*, una de las cuales es *blanca* y la otra *roja*, su toca emplumada y su chaqueta de mil colores ; el pastor, armado de una gran hacha, conduce sus corderos, detrás de los cuales trota el oso. Los *kukulleros* (3) brincan a continuación, vestidos de seda, abigarrados de cintas, agitando el ligero caduceo que llevan en la mano, guiados por el *zamalzain*, bailarín incomparable que hace cacolear su caballo postizo con singular gracia, agilidad y aplomo ; el *jaun*, espada en mano, da el brazo a su dama ; el *laboraria* (labrador) marcha en línea acompañado de su *etxekandere*, enarbolando su aguijón en una mano y en la otra una bandera flameante. Tras ellos forman remolino hombres y mujeres, llevando los *gitanos* (3 bis) alborotadores la mochila y blandiendo sus sables de madera enrayados de negro. Por fin aparecen en grupos danzantes los distintos gremios ; los caldereros (4) de Auvernia, cuyo equipo, aspecto y jerga son tan cómicos. Luego viene el obispo montado en un burro y dos viejos mendigos cierran la marcha. Una vez llegada la mascarada a la plaza pública, ejecuta con los habitantes de la aldea una *farándula* alegre, y los espectadores forman

(3) De Kukulla, cresta «Biarritz», de Chaho. *Tchingare* es zingaro.

(3 bis) *Bouhaume jauna* es Señor gitano.

(4) Bertzgiñak. «Biarritz», de Chaho.

enseguida un gran círculo para que las máscaras hagan admirar sus danzas respectivas, a las que sigue un baile general con acompañamiento de tambores. La fiesta termina con festines y danzas que duran hasta la noche (5).

José María nos habla después con admiración de las *pastorales* que los jóvenes componen y ejecutan en el valle de Zuberoa. Aparte algunos episodios tomados de la Biblia, los recuerdos de las cruzadas y de la guerra con los moros han proporcionado los argumentos de estas singulares obras de teatro. Su desarrollo es sencillo, y no hacen sino reproducir —siguiendo el orden histórico— la vida de un gran hombre o los acontecimientos de una guerra. El espíritu marcial de los vascos se revela en el placer que les procura el recuerdo de los combates. Algunos de sus dramas informes se titulan *Aitor*, *Carlomagno*, *Roldán*, *Solimán*, *Almanzor*, *Godofredo de Bouillon*; el último héroe que los pastores suletinos pusieron en escena esperando a Zumalacarregui fué Napoleón. El teatro se alza al aire libre. La representación comienza invariablemente con un largo prólogo o recitado cuya prosodia musical recuerda la melopea griega; las cuartetos rimadas que se suceden regularmente hacen monótono el diálogo.

Los arneses de los actores, su brillante declamación, sus gestos furiosos y sus combates simulados forman un espectáculo extraño, incoherente y a veces muy original, en que se respira el genio popular con su energía ingenua y los contrastes abigarrados que siempre acompañan a la infancia del arte. El teatro suletino cuenta ya diez siglos de existencia, sin sufrir cambios ni progresar desde su origen. Su aspecto caballeresco dibuja a veces felizmente el entusiasmo de las pasiones y la dignidad de la historia, demostrando en nuestros aldeanos una vocación artística de la cual sería fácil obtener inmenso partido gracias a la belleza del idioma euskariano. Todas las armaduras del país, collares de perlas, las cadenas de oro, los penachos fastuosos, ricos trajes, son puestos a contribución para ese género de espectáculo, dándole un lujo desprovisto de gusto, pero

(5) Acerca de las pastorales y mascaradas suletinas pueden consultarse los números 212 y 310 de la revista *Euskalerraren Alde* (B.).

con brillantez. José María, dotado de excelente memoria, nos citó como modelo completo para los papeles de Papa a un bufón meritorio que unía a la profesión de zapatero remendón las de violinista y bardo improvisador. Lo que hay más singular es que las muchachas se disfrazan de hombres para representar las mismas pastorales, y a veces en presencia de diez mil espectadores. Ejecutan con la seriedad más cómica su parodia femenina, despojándose de la modestia y timidez de su sexo para imitar los aires terribles de que sus novios les dan las primeras lecciones.

El voluntario, de buen humor, reanudó enseguida su monólogo acerca del valle de Zuberoa :

—¿Vive aún el cura de Saint E...? (6). Es el mejor sacerdote que ha existido, sin otro defecto que su debilidad por el buen vino de España y por las faldas. Su máxima favorita era que nada había mejor que un intervalo de algunos minutos acompañado de oscuridad. Cuando el vapor del vino rancio le nublabá el cerebro y él atravesaba las montañas sobre su mula (la más fuerte que ha transportado a hombres), el digno cura no se molestaba por un sapo, un ladrón o una mujer que podía encontrarse en el camino : tomaba entonces la bóveda del cielo por la de su iglesia y entonaba con su voz de trueno un *De profundis* o un *Miserere* capaz de despertar a los muertos.

Había siempre en su casa abundancia de vino, aceite, sal, café, chocolate, azúcar y comestibles coloniales que llegaban al presbiterio sin pagar derechos. Todo contrabandista podía acudir a confesarse atrevidamente, estando seguro de obtener su absolución sin penitencia. Él mismo engañó más de una vez a los aduaneros, siendo testigo aquel día en que, revestido de sus ornamentos fúnebres y precedido de la cruz, condujo un ataúd cargado de contrabando, mientras los aduaneros, arrodillados al paso del pretendido difunto recibían de su hisopo una lluvia de agua bendita. Era de la buena cepa del viejo clero : bebedor con sus feligreses, gran jugador de bolos, conocedor del de naipes, mejor lanza-

(6) Quizá Saint Etienne, cerca de Sauguis. No he querido investigar sobre el portador de esa fama dudosa.

dor del hacha y de la barra que cualquier vasco, se deleitaba en asistir los domingos a las danzas y diversiones del pueblo.

—¡Cura incomparable para preservar las cosechas que podían ser devoradas por las orugas o devastadas por el granizo!— agregó el voluntario cuyos rasgos duramente expresivos dibujaban un terror supersticioso—. ¡Sus oraciones eficaces mataban los insectos, su palabra poderosa conjuraba el rayo y las borrascas, su imperio era mágico sobre los príncipes del infierno! Le vi curar a un aldeano *poseído* de un demonio mudo. Cinco hombres de los más robustos pudieron con dificultad conducirlo hasta el altar. El cura le retuvo de un brazo, le puso el evangelio sobre la cabeza y recitó las santas palabras del exorcismo con una fuerza que pocos curas saben darles; pero el diablo se enfureció demasiado, y el exorcitante tomó al poseído en sus brazos, apretándole como si quisiera hacerle salir del cuerpo la lengua y los ojos, en tanto que profería el formidable *aparta Satán* con voz que hacía temblar las vidrieras del templo. El demonio pareció vencido bajo la forma de una ligera nube, y dejando tras sí un olor a azufre, huyó por la puerta con la rapidez del relámpago. El *poseso* quedó expirando, pero creo que murió en estado de gracia y que su alma, recibida por los ángeles, fué al cielo.

José María se había adelantado a nuestros caballos y marchaba con paso largo volviendo a cada instante la cabeza hacia nosotros acompañándose en su charla con gestos originales y pintorescos. Cada uno de sus pasos hacía resonar sus armas, que vibraban al concierto de sus miembros nervudos. Fingí compartir su supersticiosa creencia y tuve cuidado de no interrumpir su relato: me enseñó muy bien lo que llega a ser la mitología (7) del catolicismo en el pueblo ignorante.

A alguna distancia de Goizueta nos vimos obligados a hacer alto al pie de una montaña para dejar bajar a dos batallones guipuzcoanos cuyos voluntarios desfilaban uno a uno por sendero estrecho y peñascoso. Eran la mayoría hermosos hombres o lindos muchachos aun imberbes. Algunos conservaban, a pesar de su alta estatura, aire de infancia y expresión de dulzura femenina. La

(7) Véanse otras notas anteriores acerca de este concepto.

vivacidad de gestos y la volubilidad de su cháchara atolondrada no mostraban nada de la petulancia inquieta ni del genio ardiente de los navarros. Su fraternidad de alegría y de amor recordaban las primeras edades de la historia ibérica, y la poesía de la felicidad que acude a encantar al hombre en la primavera de la vida respiraba en ellos con el alma pacífica del Várdulo; justificaban por algo de ligero y de gracioso el nombre de *Giputza* que el patriarca recibió en los Pirineos. Las memorias de las danzas locuelas de su provincia seguían a esos jóvenes a través de los peligros y se mezclaban a las imágenes de la guerra, viviendo en rivalidad de bravura con los voluntarios de las otras provincias, pero no poseían ni la rica indumentaria y aspecto severo de la milicia vizcaína, ni el aire sombrío y fiero que revela tan bien la pobreza del navarro.

Estos batallones servían de escolta al Ayuntamiento (8) de Guipúzcoa, al cual hallamos en la altura. Arizmendi (9) se detuvo para cambiar algunas palabras con aquellos señores: en dos minutos se originó un embrollo en el camino. Los montañeses tuvieron precaución de poner pie a tierra por fortuna para uno de ellos, pues habiéndose abierto camino su perro a través de las patas de un soberbio mulo gris, sujeto éste por cadena de hierro, el sombrío animal se cruzó en la senda, se encabritó y, perdiendo tierra, cayó de cabeza al precipicio. El propietario hizo frente al choque a fuerza de riñones. En su lugar, querido lector, usted y yo hubiéramos dejado que rodara al diablo el mulo con su cadena, contentos al no seguirle; pero él se cuidó bien de hacer eso, conociendo la medida de su fuerza atlética y más preocupado por el temor de una pérdida irreparable que por el peligro de ser arrastrado. Cogiéndose con el brazo izquierdo al tronco de un árbol, se hizo fuerte con la mayor sangre fría hasta el último extremo: «¡adiós mi mulo!», dijo con largo suspiro mientras el animal daba vueltas lentamente sobre sí mismo. No pudo sujetarlo más tiempo, pero no había aún perdido toda esperanza pues, enganándose a unas zarzas, se dejó resbalar tras el mulo detenido en su caída por arbustos y suspendido entre cielo y tierra en inmovi-

(8) Será Diputación a guerra (comienzo del cap. VIII) porque el día 5 de Abril estaba la Junta de Guipúzcoa en Leiza. El relato tiene lugar el día 27 de Marzo.

(9) Don Pedro, boticario de Lesaka.

lidad instintiva. Varios voluntarios arrojaron sus fusiles y se precipitaron en su ayuda, consiguiendo poner a la bestia en pie y hacerla trepar a pico hasta el camino. Todo ello se hizo en menos que he tardado en contarlo. La sangre fría de los espectadores me hizo comprender mejor cuán familiares les eran los accidentes de este género. «He aquí, no obstante —me decía yo—, los menores riesgos que amenazan a nuestros insurrectos cuando la oscuridad y el mal tiempo les acompañan en sus marchas forzadas a través de los montes. Los miembros de las Juntas y los magistrados de nuestras provincias, ancianos separados de sus familias, perseveran desde hace dos años en esta vida errante y penosa, teniendo por perspectiva una muerte cruel. ¿Cuál sería el móvil de su abnegación si no fuera la ley del deber y el patriotismo más puro?»

La aventura del mulo, contada con algunos embellecimientos, circuló de boca en boca por la línea de voluntarios. *Uno de esos traviosos* se puso a cantar la improvisación de uno de nuestros bardos más ingeniosos, comparable por el verbo cáustico y la originalidad pintoresca del trazo a la descripción del famoso Rocinante de la Mancha. Es una pintura acabada del *Mulo de la Fragua* (10) : cabeza grande, ojo huraño, pelo en sentido extraño, huesos salientes, patas torcidas, aspecto lastimoso y las enfermedades que afligen al pobre animal, nada ha quedado olvidado. La canción ofrecía algunas alusiones al incidente del momento que fueron acogidas con clamorosas carcajadas. La hilaridad se hizo general en la copla final :

Erregeren serbixura
Mandoa trostan,
Sokak errestan ;
Eun koropillo eta
Berreun puztan,
Azkena puntan ;
Epein (11) obe lizate
Batere ez ukan.

Al servicio del rey
El mulo al trote
Las cuerdas arrastrando ;
Cien nudos y
Doscientos cabos,
El último nudo en la punta
Mejor que tener a estos sería
No tener nada.

(10) Prototipo del que trabaja mucho trayendo carbón para la herrería, come mal y duerme poco. Según Mr. Henri Gavel, se dice hoy en Zuberoa en el mismo sentido «eiherako astua», es decir, el burro del molino.

(11) Errata por *Hek baino*, según se ve en «Chants populaires du Pays Basque», de Sallaberry (poesía *Ikazketako mandoa*).

—¡He aquí a los guipuzcoanos! —exclamó José María— ; con coplas rimadas y al son de la flauta, les haríais ir al fin del mundo.

Continuamos nuestra ruta sin otra peripecia hasta el crepúsculo. Entonces ofrecía el paisaje uno de esos contrastes que son frecuentes en la cadena central de los Pirineos. El sol poniente estaba radiante, el cielo sereno, un soplo tibio elevaba hasta nosotros desde la *Ribera* su perfume vernal, mientras a nuestra izquierda la montaña se coronaba de niebla y un viento norte hacía revolotear en torno nuestro copos de nieve. La ruta se ensanchaba a medida que avanzábamos ; el joven caballo de Arizmendi trotaba con ardor ; el mío, demasiado pequeño para mantener la misma marcha, galopaba como un ciervo y yo me hallaba encantado.

Ibamos a encontrarnos a la vista de Leiza, y sólo nos faltaba descender la suave pendiente de las lomas para llegar a la aldea. *Un viejo leñador* gritó que nos detuviéramos y corrió hacia nosotros boina en mano. El buen *hombre* nos hizo saber que los cristinos se dirigían hacia Leiza, si no se habían apoderado ya del pueblo ; que la Junta (12), sorprendida por una compañía de voluntarios, tuvo apenas tiempo para ganar el camino de Ezkurra para acercarse a Sagastibelza. Un tiro de fusil, que hizo mugir los ecos del valle, nos confirmó la advertencia del *viejo leñador*. La alternativa de volver sobre nuestros pasos o de pasar al alcance del fusil de los cristinos no era agradable. Arizmendi temblaba ante la idea de encontrar a los *peseteros*, y me fué fácil notar que el amor propio tomaba mayor parte que el miedo en aquel sentimiento, porque era hombre de vender cara su vida y de recibir la muerte sin palidecer, aunque no podía soportar la idea de caer víctima de esos bandoleros de quienes se escapó más de una vez afrontando amenazas. Tras juramentos enérgicos exclamó : «¡ Adelante!... ¡ Adelante!...» y *salimos al galope*.

Pronto percibimos a Leiza, cuyas casas se confundían a nuestros ojos tras un vapor azulado. Hicimos alto. La reverberación oblicua del sol agonizante desplegaba sobre la altura una red de luz que hacía más nebuloso el fondo de la cañada en que

(12) De Navarra.

las colinas proyectaban ya su sombra. Vimos grupos de hombres, de mulos cargados, líneas de soldados que salían de la aldea ; pero lo que ninguno de nosotros pudo llegar a percibir fué a cuál de los dos partidos en guerra podían pertenecer, tan inciertas nos parecían las formas y colores, aún con el auxilio del antejo de larga vista, a través de la mezcla de sombra y de luz que planeaba el horizonte. José María fué invitado a dar su opinión. Alzó las espaldas por toda respuesta, moviendo sus ojos con expresión vaga, y luego, tendiendo silenciosamente la mano, nos mostró sobre un altozano lejano, cierto soldado cristino de casquete plano vestido de azul y apoyado en larga carabina que relucía a los últimos rayos del sol.

—¡ Aquel —dijo Arizmendi—, es evidentemente alguno de *populo barbaro*, un verdadero filisteo!

—Ello es prueba de que los *cristinos ocupan la aldea*, dije a mi vez.

Arizmendi lanzó un juramento: y José María desviándose golpeó la tierra con la culata de su fusil y dejó escapar una sonrisa *negativa* recuperando su aire impasible.

La tarde era magnífica ; una perdiz cantaba a cierta distancia de nosotros. Este contraste de una naturaleza tranquila y grandiosa, elevando armonías de alegría y de amor por cima del ruido vano de las miserias sociales, me impresionó vivamente. Las bandas armadas que yo veía caminar por las faldas de los montes con lentitud y pequeñez de hormigas, me hicieron sentir piedad hacia los furores del hombre bárbaro. Reflexionando acerca de las causas de esta discordia en el concierto terrestre, hacía votos por el día en que la humanidad, durante tanto tiempo febril y delirante, alcance el final de su edad tenebrosa para entrar en el *Edén* secular profetizado por los *Videntes*, y en que el globo, inundado por la doble luz del hombre y de Dios, deba prodigar sus frutos más ricos y girar armonioso en el espacio hasta la consumación de nuestro *tiempo*.

José María, que me observaba, parecía satisfecho de la tranquilidad de mi ensueño. Suponía yo que el astuto pícaro sabía perfectamente a qué atenerse acerca de las tropas cuyo aproxi-

mación temíamos, así como que había reconocido por algún indicio a *nuestros insurrectos*, sin querer decírnoslo. Disimulaba él para tener ocasión de alentar y reposar tras la *carrera violenta* que acabada de hacer *siguiendo a nuestros caballos*. En cuanto Arizmendi le dió orden de salir en descubierta, salió corriendo con aire indiferente sin la menor vacilación hacia el camino por donde desfilaran... sus *camaradas*, los voluntarios. Allí, colocando su fusil se acostó sobre la hierba, a lo largo, para esperar nuestra llegada. Tomamos el camino de Ezkurra, en busca de la Junta, dejando detrás de nosotros a Leiza amenazada con la vista de los cristinos.

Llegó la noche. Su oscuridad creciente redoblaba la claridad de las estrellas de que el cielo se hallaba cubierto. José María, en quien este cuadro despertaba agradables recuerdos, reanudó la conversación acerca del valle de Zuberoa :

— ¡ He aquí la hora en que el joven suletino, levantándose el primero de la larga mesa en que ha cenado con su familia, recoge de un rincón su bastón de *níspero ferrado*, hunde su boina hasta la oreja y sale al campo para ver a su prometida, *emaztegeia*, que vive a veces a tres leguas a través de alguna alta montaña! Pero el miedo al cansancio no podría detener a un cortejador (*korteliant*) ; los pensamientos de amor hacen el trayecto agradable y el camino corto. Si se abstraer un instante del encanto de su ensueño, será para ensayar improvisaciones poéticas que describen su llama y que, cantadas bajo la ventana de su amada, deberán hacer nacer en ella tiernos sentimientos ; o será para recitar con voz vibrante su papel de alguna *pastoral* en que, revestido de magnífico traje obtendrá un gran triunfo ya de Sophi de Persia (13), ya de caballero cristiano. ¡ Cómo brinca de júbilo ante esa idea ! ¡ Qué bien indica su paso impetuoso la embriaguez del alma y los sentimientos que la agitan ! ¡ Qué audacia brota de su mirada en que brilló el fuego del amor ! ¡ Qué sueños encantadores le mecen en su gloria ! Blandiendo el bastón ferrado con que golpea la tierra, hace resonar el *sinka* jovial ; grito de advertencia o amenaza que hizo temblar más de una vez a su rival o al malhechor que ocultó sus pasos a favor de la sombra ;

(13) Místicos parecidos a los Yoguis hindúes.

grito simpático al cual debe responder el viajero inofensivo si quiere alcanzar, al pasar junto al vasco, un *agur* amistoso. Hay que ver al joven montañés precipitar su marcha hacia los lugares donde le llama el placer, desdeñando los senderos trazados, eligiendo la ruta más directa, vallados y muros linderos, barrancos profundos, ríos y torrentes, negros bosques impenetrables para los demás. Nada le detiene. Franquea todos los obstáculos, corre, brinca ágil y soberbio, ora tenga por guía como ahora nosotros el fulgor de las estrellas, ora la luna favorezca al amante con su luz propicia, ora la noche tempestuosa extienda en torno suyo claridades fulminantes; porque ama, porque es esperado bajo el techo mágico donde vela la querida; *maitagarria!* de su corazón, la flor; *lilia!* suave que ha de adornar su pecho de hombre, la estrella; *izarra!* misteriosa que conduce sus pasos errantes y preside su destino.

He tratado de reproducir fielmente las palabras de José María: me apercibo de que los menores defectos de mi traducción (14) son los de haber sustituido por el movimiento triste y afectado de la perífrasis francesa el giro incisivo y profundidad del rasgo que caracterizan al idioma vasco, el haber borrado la jovialidad ingenua y la naturalidad que dictan los entusiasmos más atrevidos del pensamiento del montañés. José María se ensimismó un instante y su voz ruda, en que dominaba un acento de melancolía, hizo oír una romanza suletina cuya primera copla era:

Txori erresiñola,
Ots, emak eneki (15)
Maitiaren bortala,
Biak algareki;
Gero deklara izok
Botz ezti bateki,
Aren adiskide bat
Badela ireki.

Ave rui señor,
Ea, ven conmigo
Al portal de mi amada,
Ambos juntos;
Luego dila
Con voz melosa
Que un amigo de ella
Está contigo.

La romanza continúa en el mismo tono y traza con sencillez

(14) De la lengua vasca en que hablaba José María a la francesa en que apareció el original de Chaho.

(15) Se elide *bideari*; *eman bideari* es ponerse en camino.

los detalles de esta escena campesina. «Cuando llegamos a la puerta de mi bienamada, los perros ladraron : me *oculté* tembloroso y el ruiseñor se encaramó sobre la copa de un árbol (15 bis).» La idea de tomar del ruiseñor sus acentos más conmovedores y dulces para invitar a la muchacha a conversaciones amorosas, ¿no es ingeniosa, como es muy poética la alegoría del lenguaje *seductor* que los novios saben emplear para expresar su ternura? El ruiseñor canta y despierta a la amada ; una ventana se abre misteriosamente ; un diálogo se entabla entre el *orfeo* de los *ramajes* y la joven, la cual pregunta el nombre del suspirante que busca su corazón y su mano ; el pájaro evita la respuesta y retrata con los más vivos colores el martirio del amante :

Egarri gaixto batek
Heben gabilzazu.

Una sed ardiente
Aquí nos conduce.

La joven replica ; muestra con ironía el fresco arroyuelo que corre por una revuelta de la cañada : «Ahí podréis saciar a placer la sed que os atormenta» :

Zuk galtazen duzuna
Gure behar dugu.

Lo que vos pedís
Nosotros precisamos.

Y la ventana se cierra bruscamente. José María, al terminar su canción, dijo : —¡ Oh !, conozco más de un ruiseñor que no ha suspirado nunca en vano bajo las ventanas de su *emaztegei*. Vuestros suletinas, aunque dotadas de una alegría picante, son en el fondo excelentes mozas y no dejan a sus amantes helarse a la luz de las estrellas. Las ventanas no son tan altas que no se pueda llegar hasta ellas ; las relaciones entabladas en la plaza no tienen escrúpulos para favorecer el acceso. Hay siempre medio de parlamentar y proponer una capitulación, siempre que la fortaleza no esté ocupada, como debía estarlo sin duda, cuando el joven a que se refiere nuestra canción fué despedido de modo tan mortificante. Si una madre de familia no durmiera profundamente en esos momentos, sería mirada como una mujer extraña, que obtiene un placer celoso dañando la colocación de sus hijas ; en

(15 bis) Heltü ginenian maitenaren bortala Horak hasi zeizkun xaupaz berala Laster egin günian bertan gordatzera; Erresiñula igain zübiain batetara. Sallaberry, 1930, p. 253.

cuanto al padre, nunca piensa ni se mezcla en esas cosas ; los hermanos están ocupados y las hermanas y primas se ayudan mutuamente. La noche pasa en charla íntima y se cuida de hablar muy bajo. El regreso se hace a paso acelerado, y estad seguros de que el sol encontrará al joven suletino en el campo, con la mano en el arado, fresco y dispuesto como si hubiera pasado la noche durmiendo. ¡ Dios lo sabe ! Alguna vez la gordura inexplicable de la *emaztegei* viene a traicionar el misterio ; pero una hermosa boda lo arregla todo. He conocido vascos que ese día gastaban todo el dinero que poseían en el mundo, no quedándoles más que el amor y trabajo para alimentar el hogar el resto del año. ¿ Queréis que os diga en pocas palabras mi opinión acerca de vuestros suletinos ? Honran el nombre del hombre. Son ingeniosos y bravos. Alimentan dos inclinaciones naturales que el sacerdote no puede vencer jamás : la venganza y el amor.

José María nos hablaba aún de Zuberoa cuando entrábamos en la plaza pública de Ezkurra, ocupada por los equipajes de la Junta, de la intendencia y de la *imprensa*. El marqués de Valdespina y su capellán habían llegado los últimos y estaban aún a caballo. Los armeros se instalaron en las casas vecinas y dejaban oír el ruido de limas y martillos. La distribución de los alojamientos quedaba terminada. Los cirujanos se ocupaban en curar a unos sesenta heridos que se habían transportado en camillas. Las diversas ambulancias organizadas en medio de la insurrección recorrían día y noche los montes en pos de las tropas que debían protegerlas contra el furor de los cristinos. Los rebeldes no poseían aún ninguna villa o plaza fuerte para establecer hospitales. El transporte de cada herido exigía el concurso de una docena de hombres que se relevaban alternativamente. He visto muchos jóvenes voluntarios a quienes esa vida errante agudizaba cruelmente las heridas ; sus caras pálidas y enflaquecidas mostraban impasibilidad estoica ; se hubieran avergonzado de proferir una queja ; algunos, torturados por el escalpelo del cirujano, entonaban canciones guerreras improvisadas por bardos, mientras el extravío de sus ojos denunciaba la violencia que se imponían para resistir al aguijón del dolor. La privación de las cosas más necesarias retra-

saba su curación, felices de no caer en poder de los cristinos, que les degollarían sin piedad. El lector no podrá hacerse idea de las dificultades inauditas contra las cuales supo luchar Zumalacarrégui para hacer de esta insurrección milagrosa un instrumento de victoria. ¡Maldición a los pérfidos cuyas tramas han abreviado su carrera! No recogerán la herencia del gran hombre; sus brazos son demasiado débiles para el peso de su pesada espada.

No me extenderé acerca del recibimiento amable que recibí de don Martín Luis (17) y sobre el regreso de Arizmendi a Lesaca. La Junta de Navarra se dignó ofrecerme *hospitalidad*, favor precioso que acepté apresurado y al cual debo haber podido estudiar en su vida íntima a los dignos representantes que Navarra puso a la cabeza de la insurrección.

El cura Echeberría (18), presidente nominal de la Junta, residía junto a Carlos V, y la presidencia real era ejercida por don J. (19) Marichalar, cuya influencia había sublevado en torno de Pamplona los primeros batallones que se alinearon bajo la bandera de Santos Ladrón. «¡ Ah! —me decía Marichalar—, si aquel bravo general no hubiera perecido de modo tan súbito y trágico, la insurrección se hubiera organizado en pocos días sobre toda la línea de los Pirineos, y no hubiéramos precisado más de tres meses para terminar con los cristinos.» La muerte de Santos Ladrón consternó a todos los buenos navarros, desconcertando las medidas de los principales insurrectos que, privados de su general y no teniendo armas que distribuir, se vieron obligados a licenciar a los voluntarios que habían acudido en masa al primer llamamiento. En esas circunstancias la posición de Marichalar se hizo crítica y, errante y fugitivo con una pequeña banda de guerrilleros, no hubo clase de peligros que no tuviera que vencer para escapar al ejército enemigo que cubría Navarra. Don Martín Luis, presentado en el teatro de la guerra con los sublevados del Baz-

(16) El tiempo demostró la exactitud de esta profecía.

(17) Echeberría (del Baztán), miembro de la Junta de Navarra.

(18) Don Juan, vicario de Mañeru, hermano de Don Martín Luis; se sublevó en Vera contra Maroto en Agosto de 1839. El año del relato tenía 40 años. Según el «Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio vasco-navarro...», era beneficiado de Los Arcos.

(19) Don Joaquín, vecino propietario de Añorbe.

tán, demostró la misma perseverancia y el mismo heroísmo de Marichalar hasta el día en que los esfuerzos de Iturralde, el regreso de Eraso a los montañas y el nombramiento de Zumalacarre- gui, cambiaron el carácter de la lucha e hicieronles aceptar sus deberes en calidad de miembros de la Junta nacional. Marichalar es hombre de alta talla y dotado de gran fuerza muscular, cualidad física de la que los montañeses hacen gran caso y que no des- deña él mismo. Se mostraba envuelto en una capa forrada de rojo y cubierto con un sombrero de anchos bordes. Este traje, unido a sus cabellos levantados, presta a su exterior algo grave e impo- nente, aunque la expresión un poco vaga de sus ojos azules anun- cie la bondad, y su cara ofrece el tinte quemado que hace reconocer a los Vascos peninsulares.

Fuera del secretario Peralta, mozo de ingenio y buen sentido, cuya fisonomía fina y astuta ocultaba demasiado una amable fran- queza y un excelente corazón y que había sido elegido, aunque ignoraba o porque ignoraba completamente el euskera (¿tenía la Junta algún *secreto* para su *secretario*?), el más joven de los miembros de la Junta era don Martín Luis; la prisión de una parte de su familia y el alejamiento de su mujer, refugiada en Burdeos con la de don Crisóstomo de Bidaondo y Mendinueta, colega suyo (20), le sumía a veces en negra melancolía. La dul- zura y la bondad, unidas a un extrema valentía y a la exaltación de una imaginación poética, forman el fondo de su carácter. La serenidad patriarcal y el genio ardiente de los montañeses, de- nunciados por un donaire caballeresco, concurren a fijar en él ese hermoso tipo navarro, del cual el artillero Vicente de Reina pre- sentaba a mis ojos la más bella imagen (21).

Martín Luis y Vicente de Reina poseían toda la confianza de Zumalacarregi, quien les amaba como a hijos suyos. La muerte de Reina, cobardemente asesinado por los cristinos (22), fué una pér- dida irreparable para la insurrección; vino a agravar el inmenso

(20) Como vecino de Baztán, y propietario.

(21) Vicente Reina era natural de la isla de Cuba («Resumen histórico», T. I, pág. 419).

(22) Fué hecho prisionero cerca de Puente la Reina y asesinado luego por los liberales el 14 de Julio de 1835 (Henningsen, T. II, pág. 278). Según Barrés, el 13.

duelo en que la muerte de Zumalacarregui había sumido al ejército de Eraso (23) le iba a elevar al colmo. Don Benito deja un niño de veinte años que ha dado mil pruebas de un brillante valor. ¡Ojalá el joven roncalés escape al destino que persiguió a su padre y viva para marchar sobre sus gloriosas huellas y vengarle! Reina era el único empleado en las relaciones confidenciales que Zumalacarregui mantenía diariamente con la Junta de Navarra. Quedé maravillado de la facilidad con que traducía al castellano los periódicos franceses, y las disertaciones de nuestros políticos no podían sino ganar en boca de intérprete tan elocuente. Reina estaba organizado para brillar igualmente en una tribuna, en un consejo de guerra o en el campo de batalla. «Vuestros sofistas parisinos —me dijo un día—, han ennegrecido cien mil resmas de papel para embrollar con su insípida prolijidad la cuestión tan sencilla de saber si el rey debe reinar o gobernar en un estado libre, y no preciso para refutarles sino las cartas dirigidas a la Junta por los alcaldes de nuestras aldeas.» Tomé las misivas que me presentó y leí al dorso de cada una las palabras siguientes: *A la Junta gubernativa*, a la Junta que gobierna.

Al día siguiente (23 bis), nos volvimos a encontrar en Erason, donde la Junta iba a visitar a Sagastibelza y al coronel Elío. Reina, al ver unos *libros* colocados sobre la mesa de un copista tomó uno y me lo entregó. Era un *Essai critique sur la constitution des provinces basques* (24). Leí en casi todas las páginas la glosa de este axioma fundamental, escrito con cursiva: *la nación ordena, el rey ejecuta*. Esto me dispensa de entrar en mayores detalles acerca de la constitución del reino de Navarra; la de las provincias vascas occidentales es aún más democrática, y los sofistas que por sus declamaciones quisieran negar a los vas-

(23) De una caída de caballo en Setiembre de 1835, estando por enfermo en situación de cuartel. Vid. p. 214, nota 29.

(23 bis) Era el 28 de Marzo.

(24) Hay un «*Essai historique sur les provinces basques (Alava, Guipuzcoa, Biscaye et Navarre) et sur la guerre dont elles sont le théâtre*». Bordeaux, 1836, que Allendesalazar dice ser 2.^a edición, lo que solo creo de las primeras 220 páginas, que aparecieron antes en la *Gironde Revue de Bordeaux* que tiene un extenso capítulo «*Constitution des provinces basques*». Dice *onezimus* por *oñacinos*, como Laborde en la pág. 37 de su obra.

cos la iniciativa de la regeneración española, o que predicán la destrucción de este pueblo valiente, blasfemando del santo nombre de libertad se burlan impúdicamente de la verdad y de la justicia

La estadía de la Junta en Ezkurra duró toda una semana (25), que nos pareció muy larga. El lector me creerá sin dificultad cuando sepa de qué modo vivíamos en ese villorrio, uno de los más pobres de Navarra. Una pequeña habitación de doce pies cuadrados, amueblada con tres sillas de madera, una mesa coja y *dos malas camas*, servía a la vez de salón de recepción y de deliberación, de comedor y de dormitorio. El presidente Marichalar y don Martín Luis ocupaban *una de las camas*, y yo compartía la *segunda* con el señor de Vidaondo. El cura Echeberría, capellán de la Junta, y el secretario Peralta, se contentaron con *un jergón* echado en el corredor vecino, y pasaban noches bastante crudas envueltos en sus capas. Teníamos al lado numerosos cuerpos de guardia; debajo, una veintena de caballos y mulas se peleaban en la cuadra; encima, los *arrieros* y los *confidentes* se acostaban mezclados sobre la paja de un granero, sin contar la familia del propietario de la casa. El señor Díaz del Río (26), abogado de la Junta, se había alojado en otro lugar, mientras yo ocupaba como huésped favorito su lugar en mesa y lecho.

El desayuno se componía de una taza de chocolate. La comida y cena brillaban por su extrema frugalidad. Nuestra sopa de tocino y las legumbres que preparaban cuatro gallardos voluntarios, más apropiados para sablear cristinos que para un servicio de mesa o cocina, recordaban el caldo negro de los Espartanos. ¿Qué serían, por lo tanto, la cocina del cuerpo de guardia y el rancho de un sencillo voluntario? Comíamos con tenedores de madera y sin cambiar de platos, considerando que no había sino uno para cada individuo. Durante dos días, bebimos los seis en el mismo vaso, y el señor de Vidaondo decía con este motivo: «Nuestro

(25) Entraron el 27 de Marzo. Entretanto, el día 29 de Marzo tuvo lugar la acción de Arroniz, entre Zumalacarregui y el liberal Aldama. Quizá saliera Chaho de Ezkurra, el día 3 de Abril. Vid. pág. 214, nota 27.

(26) Don Benito, vecino propietario de Puente la Reina.

cáliz circula en ronda como la copa hospitalaria de los antiguos, y no nos faltan más que coronas de flores y lechos de rosas para imitar el lujo de un banquete romano».

En el País Vasco peninsular el hogar está colocado en el centro de la cocina —bajo una ancha chimenea en embudo—, donde se seca la leña sobre barras transversales, una de las cuales sostiene el llar. Se pone la gente alrededor del fuego, como en el vivac. Uno de mis placeres consistía en sentarme en medio de nuestros voluntarios, viéndoles cortar panes negros con sus puñales manchados de sangre. Allí se colocaban los *confidentes* llegados con cartas para la Junta de todas partes de España. Nos contaban detalles interesantes acerca del obispo de Solsona (27), sobre Carnicer (28) o sobre el cura Merino. He notado que los vascos generalmente estiman poco a este último, pues además de que *los montañeses verían con repugnancia a uno de sus sacerdotes abrazar una misión política y ceñirse la espada*, indispuso contra él a todos los jefes navarros y vascos occidentales la pretensión ridícula que Merino manifestó de ser elegido generalísimo de las provincias del Norte. Frecuentemente oí hablar de él como de un loco desprovisto de talento militar, reprochándosele haber derrochado sin resultado muchas armas y fusiles, pero sin que nadie le discutiera el desinterés, el valor y la actividad que le distinguen. Me le han pintado como un hombre de pequeña estatura, seco y nervioso, con medias de seda negra, sayo de estudiante y sombrero puntiagudo; trabuco que no le abandona nunca, ni de día ni de noche; aspecto hético; ojos relucientes que junto con el misterio de que rodea todos sus actos y con el terror que su energía personal inspira a cuantos se le acercan, conservarán al cura guerrillero fisonomía original en la historia.

El ocio momentáneo en que nuestros voluntarios vivían en *Ezkurra* les permitía entregarse a diversos juegos, que a veces

(27) Don Juan José de Tejada durante la primera guerra carlista. En 1822 lo era Don Manuel Benito y Tabernero, constitucional.

(28) Manuel: fué jefe con Cabrera al principio en Aragón y el Maestrazgo.

resultaban sangrientos. Un motivo de querrela lo constituían las gracias de las muchachas que ellos se disputaban a puñaladas o bayonetazos. Al menor indicio de alboroto, al más ligero murmullo, acudía don Martín Luis a interponer su autoridad; pero algunas veces su ascendiente se limitaba a suspender o retrasar el combate, que los voluntarios resolvían lejos de la vista de sus jefes. Bromeaba yo con don Martín Luis acerca de su prontitud en lanzarse en medio de los peleadores y sobre la misión de pacificador que desempeñaba con tacto y firmeza admirables. «C....! —me respondía—; los navarros tienen paciencia corta y mano larga; mis pícaros no precisan más de un minuto para esgrimir los cuchillos, y cada segundo de retraso puede costarnos un soldado valiente. No permanecerán mucho tiempo ociosos, se lo garantizo. ¡Que se cuiden los cristinos!»

Recuerdo un día en que los voluntarios estuvieron a punto de degollar en pleno mediodía sobre la plaza pública a un *capitán guipuzcoano* que se permitió decir que en la última refriega los batallones de su provincia se habían conducido con más resolución que los guías de Navarra. Don Martín Luis llegó a tiempo para salvar al pobre diablo a quien su imprudencia iba a costar la vida; los jóvenes que le rodeaban bajaron los párpados como para velar sus ojos radiantes, y los puñales entraron en sus vainas. El capitán fué reprendido con energía por Martín Luis y amenazado con ser fusilado enseguida y arrestado hasta el día siguiente. Fué un modo hábil de sacarle del peligro, y la presencia de Martín Luis protegió su retirada. «Si este imbécil tiene la desgracia de aparecer en el dintel de su puerta después de la puesta del sol, es hombre muerto», observó sonriendo Martín Luis, y se puso a tararear una canción.

Esta circunstancia y mil otras me han probado que los vascos precisan oficiales *nacionales*. El montañés es un león que puede ser guiado con un hilo, pero se irrita fácilmente, y hay que identificarse con él, participar de sus instintos y pasiones terribles para comprenderle y conducirlo sin riesgo. El *extraño*, que

él desprecia, no podría tener éxito con él ni por la dulzura ni por la aseveridad. Todo jefe *castellano* que siente plaza en las filas de la insurrección se verá pronto expulsado con imprecauciones (29), como el general González Moreno, a quien el favor de Carlos V no ha podido preservar de esa ignominia (30).

(29) Eso le sucedió al jefe Vargas con los guipuzcoanos.

(30) Fué asesinado en Urdax más tarde, el verano de 1839. El año 1831 atrajo a Torrijos engañado de Gibraltar a Fuengirola y le fusiló con otros 52 compañeros.

VASCONIA OCCIDENTAL ⁽¹⁾

La ingratitude de la *camarilla* legitimista obligó al general don Fernando Zabala a buscar un refugio en Francia, sin que la animosidad de los *castellanos* tuviera en cuenta los servicios que había rendido a la causa de Carlos V desde el origen de la insurrección. El marqués de Valdespina, que tomó parte en las victorias de aquel general contra Sarsfield, incurrió en la *misma* desgracia: se vió privado de su mando y se encontraba en la época de mi viaje junto a la Junta de Navarra. Las relaciones que tuve ocasión de mantener con este digno señor me permitieron confirmar que no eran exagerados los elogios que se me hicieron de él. Vizcaya, de la que fué tanto tiempo primer magistrado, constituía el motivo principal de sus conversaciones, y hablaba con facilidad elegante el dialecto de esta provincia. El incendio de su hermoso castillo de Ermua (2) nos ha hecho perder una rica colección de libros vascos. Esta biblioteca fué de gran auxilio para Astarloa, docto vizcaíno que conocía sesenta lenguas y cuyas aberraciones filológicas, como las de D. Erro, van mezcladas con jui-

(1) Leído detenidamente este capítulo y cotejado con otros pasajes, traduzco por Vasconia occidental el título original de Vizcaya, dejando de lado sus otras acepciones de Euskaria (País Vasco completo) y de Euskalerría española o peninsular. Así denomino a las tres grandes regiones vascas: 1.^a, Vasconia Norte o continental (o País Vasco Francés); 2.^a, Navarra, y 3.^a, Vasconia Oeste (Alava, Guipúzcoa y Vizcaya). Vascongado es el que habla vascuence, sea de donde fuere. En *Paroles d' un Biskaiien* habla de «las tres repúblicas de Vizcaya», confirmando mi traducción.

La 2.^a y la 3.^a constituyen la Vasconia peninsular.

(2) Hacia el 15 de Agosto de 1834 por los Urbanos de Eibar y su jefe Celaya. V. «Carta al marqués de Valdespina», por J. E. Delmas, Riev. T. 20, p. 40.

cios verdaderos y profundos. Fué consultada (3) por el ilustre G. de Humboldt en el viaje que hizo a España antes de publicar su *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens* (3 bis).

«Los castellanos —me decía el marqués de Valdespina—, querrían aniquilar los títulos gloriosos de nuestra independencia y de nuestra nacionalidad, excitados por miras despóticas y por la envidia inveterada que alimentan contra los vascos. El hermoso idioma eskuara, que es la prueba y el sello de nuestro origen ibérico, ha sido objeto constante de sus ataques, y hasta han intentado corromper la verdad de la historia. ¿No ha escrito Llorente seis grandes tomos para sostener que los vascos occidentales fueron sometidos por el emperador Augusto? Pero no ha podido desmentir en este punto la tradición de los pueblos y el testimonio de los autores contemporáneos: el triunfo de los cántabros está comprobado para honor de *mi patria* y de España.»

Los castellanos se apoyan en treinta disertaciones para afirmar que los vascos occidentales de la Edad Media y los antiguos cántabros no son el mismo pueblo, pero si el yugo de Roma humilló a nuestros antepasados, como Llorente ha pretendido, ¿cómo podremos atribuir el origen de su república (4) a los godos, cuya invasión fué posterior en más de cuatro siglos a las memorables guerras de la Cantabria? No es menos inhábil sostener que las tribus euskarianas son resto de legiones góticas a las cuales los emperadores de Occidente hubieran confiado la guardia de nuestros Pirineos. Las cohortes bárbaras no fueron nunca encargadas de vigilar esa parte de la cordillera. Los romanos ocuparon Lapurdium, en Novempopulania, y mantuvieron guarniciones en las fortalezas que Augusto y Tiberio hicieron construir en la orilla meridional del Ebro; pero esos imperiales no tenían posiciones militares en territorio cántabro. Mucho más tarde,

(3) De ser cierto eso, aparecería sea en el *Segundo Diario de Viaje* sea en *Los Vascos*, lo que no se da.

(3 bis) Examen de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de España por medio de la lengua vasca.

(4) Parece quiere decir Chaho que si lucharon agrupados contra los romanos ya eran una república. Llorente dice que al destruir los godos al Imperio romano de Occidente, quedaron liberados los vascos, originándose así su república.

cuando el tiempo debilitó el odio que dividía a las dos naciones, la federación de Gernika permitió al comercio romano establecer algunas factorías en las costas de la Vasconia occidental y de Labort. En cuanto a los navarros o vascones, perseveraron fielmente en la alianza romana que Escipión y Pompeyo les hicieron aceptar. Entre las villas y hermandades de Navarra, Tarra-ga usaba en virtud de un contrato el título de confederada; Ilurce (5), el de Municipio; Kaskan (6) disfrutaba del derecho del *Latium*. Las otras repúblicas de Iruña o Pompeyopolis, Ilumberry (7), Araquil, Seguia (8), Iturisa, (9) etc., no solamente no eran tributarias, sino que sus milicias recibían siempre el salario del imperio para combatir bajo sus águilas. El infatigable valor de los navarros se había señalado en la expedición de Marco Antonio contra los Partos, y reprimió la sublevación de Clodio Civil y de Alemania en la victoria de Gelduba (10). Más tarde, los vascones, lejos de hallarse sometidos a la vigilancia de las hordas góticas, constituyeron el más firme apoyo del imperio de Occidente, quebrantado por los bárbaros, y se mostraron, según la expresión de Orosio, más romanos que los mismos romanos (Plinio; Tácito, libro IV; Orosio, libro VII; Paulo Emilic, libro X, década primera).

Uno de los recopiladores de que he hablado cita a los alanos como fuente de la población euskariana. Es cierto que estos conquistadores avanzaron por Novempopulania hasta los pueblos de Beneharnum y de Lapurdium, que redujeron a cenizas; pero el ejército enviado contra ellos por la federación cántabra los derrotó completamente a orillas del Adour y, persiguiéndoles con ardor, les hizo repasar el Garona como fugitivos. En memoria de esta victoria los vascos dieron al dogo el nombre de *alano* por alusión a los perros que corrían en tropel con los bárbaros. Las pieles de animales de que los guerreros del Norte iban cu-

(5) Gracuris. Hacia Agreda.

(6) Cascante.

(7) Lumbier.

(8) Egea.

(9) Espinal o Aurizberri.

(10) Cerca de Duisburg, en Rhenania (Oncken, «Historia Universal», tomo IV, págs. 246, 273, 277, 281).

biertos, y el olor infecto que esparcían, recordaron a los montañeses del Pirineo, los antiguos celtas o tártaros (11). Hacia la misma época, los hérulos hicieron un desembarco en las costas de Vasconia occidental para experimentar la misma suerte que los alanos; las tres cuartas partes dejaron sus bajeles. No obstante, los alanos se habían introducido en la Península por los Pirineos Orientales —tras los vándalos y los suevos—, dando un gran rodeo hacia el mediodía para entrar en Portugal; los suevos continuaron ese circuito y se remontaron hasta Galicia y Asturias. Rechiario, rey de estos bárbaros, que hizo algunas devastaciones a lo largo de las fronteras de la Cantabria, fué rechazado por los vascos occidentales hasta hacerle perder las ganas de volver. El paso rápido de Eurico, rey de los godos, por Navarra, y el bloqueo de Pamplona, turbaron tan sólo un instante la paz profunda de los Pirineos Occidentales hasta las guerras de la federación contra Leovigildo. (Idacio, Olymp. 307; Moret, Anales de Navarra.)

Los detractores de los vascos, después de haber intentado oscurecer el brillo de nuestra historia antigua, no han dejado de asignar a la lengua eskuara (los vascos dicen que fué ia de Aitor o la de Adán y su aserto es verdadero como alegoría, ya que estos dos mitos representan la humanidad de las primeras edades) un origen moderno; algunos la confunden con los dialectos romances salidos del babelismo en la Edad Media y fijados hacia el siglo XII, queriendo desprender de nuestro vocabulario cierto número de expresiones procedentes de las lenguas griega y latina. Confieso que debemos a los bárbaros las palabras *rey*, *reina*, *reino*, *imperio*, *emperador*, *príncipe*, *principado*, *servidor*, *esclavo*, *miseria*, etc. En cuanto a las otras palabras tomadas en préstamo, cuyas equivalencias existen en el idioma vasco, su antigüedad quedaría demostrada por ese cambio y no indican sino las relaciones diarias de dos pueblos de raza distinta, a los cuales la necesidad de comprenderse mutuamente obligó a mezclar sus lenguajes para crearse una lengua común. Sin embargo, como las tablas filológicas perduran, esos gramáticos, con vivo pesar, se han visto for-

zados a reconocer en el dialecto várdulo o guipuzcoano hasta tres mil raíces ibéricas que le pertenecen por derecho propio, y pueden contarse doble número de radicales en los otros cinco dialectos euskarianos; lo que suministra un léxico original, sin rival por su extensión y riqueza, ya que cada raíz vasca, como germen poderoso, desarrolla una serie de ramificaciones análogas que atestiguan en el lenguaje primitivo de los iberos, una filosofía divina y un fondo lúcido de inspiración.

Voy a citar algunas raíces haciendo notar que también existen con igual significado en el sanscrito litúrgico:

Lleno, *betia*; eternidad, *beti*.

Principio masculino, *ar*; fuerte, poderoso, *aas-k-ar*, o *ask-ar* (bastante macho); fuerza, *indar* (lo que está en el macho); luz, *argi*, sol; *argiama* (fuente de luz); gusano, *ar*; encarnación *aragi*; llama, *gar*.

Agua, *ur*; torrente, *uharri* (agua que rueda entre piedras); río, *uhaiz* (agua que suena como el viento); océano, *urania* (gran agua); inundación, *urte*; año, *urte*; diluvio, *urtandia* (año grande); paloma, *urzo* (ave del océano, o del diluvio); hembra, *uriz* (lo que el agua, principio fluído).

Fuego, *su*; serpiente, *suge*; fuego central, *heren-suge* (gran serpiente); color blanco, *suri* o *xuri*; cordero, *axuri*; año solar, *xurien* (el más blanco).

Nada, *gaub*; privación, *gaube*; noche, *gau* o *gai*; mentira, *gau-iz-ur* (origen de fantasmas tenebrosos); mal, *gau-itx* (palabra oscura); el malo *gauiztoa*; perdición *gal*.

Elemento primitivo, *ekei* o *ikei* (preexistir); movimiento, *ekitza* o *ikitza*; creación, *ekintza* o *ikintza*; creador, *ekile*; sol *eki*, *ekuski* o *ikuski* (aquello por lo que se ve); navidad, *ekuberri* (solsticio o sol nuevo); verdad, *ekia*; cristiano primitivo, vidente, *ekiristi*; naturaleza de las cosas, *ekite* o *ikite*; día, *ekun* o *ikun* (buena luz); vista, *ekuste* o *ikuste*; arte de aprender, *ekaste* o *ikaste* (comenzar a ver); saber vivir, *ekastate* o *ikastate*; enseñanza, *erakaste* o *ikuserazte* (hacer ver); alimento, *iaki*; comida, *iate*; ciencia, *iakitate*.

(12) Vid. la nota 13 de este capítulo.

Tres hombres célebres, Humboldt, Laborde y Nodier, escritor este último el más instruído, elegante y rico de nuestro siglo, han proclamado en nombre de Alemania y de Francia la civilización de los antiguos iberos.

La *France litteraire* de Mr. Malo acaba de revelar un contradictor a esas grandes inteligencias en la persona de Mr. Pierquin de Gembloux, inspector de la universidad, autor que debuta con un largo y pesado artículo en el que ha repetido contra la lengua de los vascos todas las gasconadas históricas y filológicas que los pedantes de Castilla habían inventado cien años antes que él ; Gloria a Mr. Pierquin de Gembloux inspector de la universidad !

Nuestro eskuara primitivo no tiene raíces comunes sino con el sánscrito y los dialectos meridionales de la India Occidental. Los gramáticos ignorantes que hacen nacer a este bello idioma en el siglo XI, asignándole el mismo origen que a los dialectos romances, pueden enseñar el alfabeto y la lectura a los chiquillos de cuatro años, pero deben callarse en presencia de verdaderos filólogos. Les considero incapaces de comprender nada de nuestro divino *eskuara* y de su sistema maravilloso gramatical, y aún menos la vocalización virgen y sabia de este idioma que proporciona la definición explicativa de una infinidad de símbolos religiosos y mitos antiguos.

A todos esos incrédulos asalariados que ponen su insignificancia literaria al servicio de una idea religiosa o política, puede oponérseles como pruebas irrecusables de la antigüedad de nuestro euskara : la geografía de la Iberia primitiva y del Africa, conservada por los autores griegos y romanos ; el testimonio del geógrafo español Pomponio Mela y el de Séneca (De cons. ad Helviam libro VIII) ; las crónicas romances del siglo X, en las cuales se hace mención de la lengua difícil de los vascos (*el mal lenguaje dels Visquains*, en el apéndice de los «Anales de Navarra», de Moret) ; y, en fin, más de cincuenta improvisaciones que datan de los primeros siglos de la era cristiana, de las cuales una empieza así :

Ehun urte igarota
Hura bere bidean,
Jaun Satordin mintzatu da
Iruñeko irian.

Pasados cien años,
El agua en su camino,
San Saturnino ha hablado
En la ciudad de Pamplona.

Este apóstol, venido de las Galias, predicó por vez primera el evangelio galileo en Pamplona, bajo un viejo terebinto a la entrada de un templo consagrado a Diana ; tenía en la mano una cruz ; los montañeses suspendieron el sacrificio para escucharle. San Saturnino, martirizado en Toulouse, tuvo por sucesor en el obispado de esta ciudad al sacerdote Honesta, que era vizcaino. San Fermin, que los navarros veneran como su primer obispo, fué discípulo de aquél ; era hijo de un senador de la montaña. El día de su fiesta, los pamploneses danzan en las calles, cantando :

San Firmin egunian,
Iruneko karrikan, etc.

Los vascos occidentales y los navarros, llamados respectivamente por los autores griegos y romanos *cantabri* y *vascones*, no recibieron los nombres de *biskaini* y *navarri* sino hacia el siglo VIII, época en que nuestros sacerdotes escribieron en latín clásico los primeros elementos de nuestra historia moderna. Las lenguas castellana y francesa adoptaron mucho más tarde esas denominaciones euskarianas ; pero resulta de esos cambios cierta confusión que la sana crítica y el estudio de la cronología deben aclarar. Esta circunstancia y las calificaciones diversas que los vascos de Francia han llevado según los tiempos, ocasionaron la mayor facilidad para embrollar la cuestión de nuestro origen por parte de los impostores literarios sin escrúpulo para enturbiar con su rapacidad las santas páginas de la historia. *Nación pobre y pequeña, las divisiones duplican nuestra debilidad*. No tenemos historia general, y los grandes pueblos vecinos nuestros, con los cuales estuvimos tanto tiempo en guerra, se complacen en denigrarnos. ¡ Oh !, ¿ qué sable poderoso, qué inteligencia fuerte vengarán a los hijos de Aitor de la tribulación secular que el reino de los bárbaros les hizo sufrir ?

La identidad de la lengua, costumbres y leyes y el testimonio de la historia, prueban de consuno la filiación no interrumpida que relaciona nuestros vascos con los primeros iberos, mediante los antiguos cántabros y vascones. La ley, que prohibía a esos aborígenes el cultivo de la viña y la bebida del vino, ha regido en

Vasconia occidental hasta estos últimos siglos. Hay valles en esta región cuya población recuerda por sus usos a la sociedad primitiva: las vascas abandonan el lecho inmediatamente tras el parto y el montañés se acuesta al lado del recién nacido (13).

Es muy corriente el ver a una vasca trabajando en el campo hasta los últimos días de su embarazo; más de un niño bañado en el arroyo, al borde del cual vino al mundo, pasa su primer día a la sombra de un seto o un árbol, mientras que su madre vuelve al trabajo. Al lado de esas costumbres salvajes, florecen instituciones antiguas que denotan una civilización muy perfeccionada: la mujer cántabra goza de una perfecta igualdad en el orden social: recibe el título de *etxekandere* y puede heredar la casa patriarcal a falta de vástagos varones y aun en perjuicio de ellos, si tal es la voluntad del padre; el vasco que se casa con una heredera, la lleva una dote. Se ve por Strabón que los romanos encontraban muy extraño ese uso, pues los pueblos conquistadores necesitan la ley sálica; los bárbaros han desheredado siempre a la mujer y jamás han reconocido el derecho del débil. Rentería posee su *república de mujeres* (14), y nuestros montañeses tienen para el bello sexo infinitas atenciones que perpetúan el culto de amor con que sus antepasados halagaban la vanidad de las mujeres de Iberia.

(13) Strabon, libro III de la *Geografía*, pág. 223, dice: «las mujeres (españolas) cuando paren mandan acostar en su lugar a los maridos y los cuidan». Traducción de Juan López, 1787. En su índice, tanto en *maridos* como en *mujeres*, se señala con error la pág. 165 para esa frase. De la observación de Strabon acerca de la *couvade* entre los iberos, de Zamacola, en «Historia de las naciones vascas», pág. 47. T. III, 1818, y de Chaho, así como del *Itineraire descriptif de l'Espagne* de Laborde (Volumen I, pág. 273, de la 3.^a edición; la 1.^a es de 1809; no trae eso la trad. española) arranca la numerosa bibliografía que describe esa costumbre como actual entre los vascos, a pesar de que han salido al paso de tal infundio don Telesforo Aranzadi, Vinson, Veyrin, don Julio Urquijo, don Bonifacio Echeagaray, etc., aunque con escaso éxito, porque el copiar a los autores sin comprobar sus afirmaciones, está todavía a la orden del día, como se ve en Bernard, «Le Pays Basque Français». Webster lo ponía muy en duda en *Loisirs*, 94.

(14) Mad. d'Aulnoy hablando de la bahía de Pasajes (ella dice *Rentería*), cita a las *bateleras* y dice «que no admiten en su particularísima sociedad a otras mujeres ni a ningún hombre; constituyen una especie de pequeña *república* independiente a donde acuden siendo muy jóvenes las afiliadas, cuando no las acompañan sus mismos padres destinándolas a tal oficio desde niñas». Fouché Delbosc cree apócrifo este viaje, al contrario de Farinelli. Véase el 2.^o tomo.

Vasconia occidental es de todas las regiones (14 bis) euskarianas aquella en que las costumbres patriarcales han sufrido menor alteración, y sus villas contienen apenas la cuarta parte de su población, habiendo sido edificadas en su mayoría después del siglo XII; los monumentos públicos que los decoran son de fecha aún más reciente y debidos al gusto de algunos arquitectos *nacionales*, entre los cuales hay que citar a *Olarbide* (15). El resto de la población se halla diseminada en los montes. Sólo se precisa un porte decente y cortesía para viajar entre los vascos occidentales de día o de noche con la mayor seguridad. Los montañeses, muy distintos a los castellanos que persiguen a los franceses con gritos y tirándoles piedras, responden al viajero con saludo grave y benévolo. Le muestran los caminos que se deben seguir, con el mismo agrado que el parisino indica las calles de su capital al extranjero. Los vascos occidentales acostumbran a sus hijos a correr delante de los pasajeros ofreciéndoles frutas y flores con prohibición expresa de aceptar algo en cambio. Les inculcan así la noble inclinación al desinterés y la generosidad. La hospitalidad del vasco occidental es siempre gratuita, siendo una ofensa ofrecerle dinero, porque respondería con tono severo: «Le ruego crea, señor extranjero, que mi casa no es una posada».

Cada casa, rodeada de un jardín, de un huerto, de campos, praderas y bosques, forma el centro de la propiedad patriarcal que es para el jefe o *jaun* un pequeño reino. Vallas conservadas con el mayor esmero forman el cerco de cada pieza de terreno. El amor a la propiedad es un rasgo distintivo en el carácter del vasco, y sólo cede en puesto a su amor al orden. De todos modos, los vascos occidentales, criados en sentimientos de fraternidad republicana, no podrían gozar del bienestar si es exclusivo, por no ser accesibles al egoísmo.

Su previsión ha poblado los montes de *grosellers* (15 bis),

(14 bis) Regiones tenemos propiamente tres: Navarra, País Vasco francés (*Euskaria Norte*) y Vascongadas (*Euskaria occidental*). Las regiones 2.^a y 3.^a tienen tres provincias cada una.

(15) Supongo se trata del arquitecto vitoriano D. Justo Antonio Olaguibel, que floreció a fines del siglo XVIII. Su biografía, por José Colá y Goti, está en «*Euskal-Erría*», T. XIV, p. 433 y también en el T. XXXIV, p. 121. Murió en 1818.

(15 bis) Bowles solo los encontraba en el Gorbea.

manzanos, perales silvestres cuyos frutos se hallan a la discrección de los viandantes y de los pobres. Nogales y castaños forman grandes bosques. El altivo montañés prodiga todo lo que posee sin querer pedir, pues tiene la delicadeza de evitar a los demás esta humillación, y la abundancia que hace reinar fuera de los límites de sus heredades resta a los ladrones todo pretexto para atentar a la propiedad que reserva para sí y su familia.

Cuando la guerra destruye esas plantaciones comunales, los vascos occidentales las renuevan con asiduidad religiosa, consagrando cada año a este trabajo varios días festivos. Es un cuadro encantador ver a los montañeses vestidos con sus mejores trajes dispersarse por los valles en grupos alegres y bailar cantando al son del txistu y del tambor alrededor de un arbusto que plantaron. Esas fiestas, en la mente de los vascos occidentales, son una conmemoración de las primeras edades cuando sus antepasados se entregaban en común al trabajo de los campos.

Los magistrados de la provincia que fueron beneméritos para sus conciudadanos, son proclamados *padres de la patria*; marchan en triunfo en medio de las poblaciones que les ofrecen banquetes homéricos. Las bodas de Camacho no igualarían la prodigalidad de esos festines en que se ve a toda la población de un valle sentarse junto a mesas puestas al aire libre bajo la sombra de florestas olorosas; jóvenes y lindas mozas, tocadas con extrema limpieza, hacen el servicio; fuentes artificiales distribuyen el vino como agua; bueyes enteros se secan al sol. Más de un viajero convidado a la mesa de estos buenos cántabros, ha experimentado sentimientos ignorados por su alma y gustado por primera vez en su vida las dichas de una libertad fraternal.

Antaño, a la muerte de un vasco, la población a la cual pertenecía, se enlutaba durante varios días, haciéndose el entierro con gran pompa. La mujer del difunto se cubría la cabeza con un velo llamado *buruzea* y acompañaba al ataúd lanzando gritos desgarradores, entre los cuales se distinguían estas palabras: ¡*ai ene!*; ¡ay de mí!; y la viuda del guerrero se precipitaba sobre el cadáver y lo estrechaba entre sus brazos. Iba seguida de las plañideras, cuya voz melancólica dejaba escuchar el elogio fúnebre y



Chaho

la genealogía que los vascos llaman *eresiak*. Las más queridas amigas de la viuda excitaban su desesperación en vez de calmarla, y la impulsaban alternativamente, diciendo con voz exaltada: *Galdua haiz eta gal hadi* (todo se ha perdido para tí, no te queda sino perecer). Las vascas, al abandonarse a su dolor inmoderado, se arrancaban los cabellos y se golpeaban la cara. La influencia de los sacerdotes católicos consiguió una ley de Guernica prescribiendo a las mujeres, ¿quién lo creyera?, que tuvieran cuidado de su belleza.

La ley obligaba a los sacerdotes a casarse con una *gelari* o camarera (16); sabia medida que tuvo por efecto el mantener la pureza de las costumbres públicas. Las mujeres de mala vida no eran toleradas, y cuando se descubría una se la afeitaba las cejas, se la conducía con una brillante cencerrada hasta los límites del valle y se la despedía, deseándola buen viaje y dándola un rábano y un pedazo de pan. Los jóvenes bailaban ante la casa liberada de esa peste.

El vasco occidental disfruta de libertad individual en toda la latitud del derecho social, y leyes sabias protegen su dignidad de hombre libre. Sus armas y su caballo de batalla no pueden ser confiscados bajo ningún pretexto, sin que sea tampoco encarcelado por deudas. Cualquier delito de que sea culpable en España, no depende sino del Juez de Vizcaya (17) en virtud del principio por el cual todo hombre no debe dar cuenta de sus actos sino a la ley *nacional* cuya influencia ha regido su educación y modificado sus ideas y sus inclinaciones. Las cárceles de Vasconia occidental son buenas, perfectamente aireadas y sin calabozos; los detenidos no llevan grillos (17 bis), y son tratados con humanidad. Nunca hubo

(16) Léanse el «Ensayo histórico crítico» de J. M. de Zuaznabar, en la *Vida de San Ignacio de Loyola*, del P. Rivadeneira, el viaje de 1537 por Guipúzcoa, así como «Juan de Anchieta», de Coster, la «Historia de Valmaseda», por Martín de los Heros, pág. 375, y Zamacola, obra citada, T. II, pág. 305. Webster trata en detalle de este tema en *Loisirs*, págs. 97, 328 y 330, y refiere el capítulo del fuero que legislaba sobre las barraganas de los clérigos al canon VII del Concilio de Valladolid de 2 de Agosto de 1322, detalle que no se estableció en la discusión del asunto en las actuales Cortes Constituyentes.

(17) En la Chancillería de Valladolid, antecedente del régimen de capitulaciones seguido luego en China y Turquía. Véase en la *Revista de Archivos*, de Julio de 1914, un trabajo de F. Mendizabal.

vasco que aceptara el oficio de verdugo ; son asturianos y castellanos los que vienen a ejercer en Vasconia occidental tan triste ministerio en las raras ocasiones que es preciso recurrir a ellos. Los antiguos cántabros precipitaban a los culpables desde lo alto de un peña ; los parricidas eran apedreados por el pueblo.

La danza es la diversión favorita de los vascos. La *karrikadantza* (danza de las calles), reúne a todos los habitantes de un pueblo, jóvenes y viejos. La ley prescribe que las amas de cría figuren, teniendo en brazos a los niños de teta, porque el ruido jovial de las fiestas de la patria debe resonar temprano en el oído del vasquito. En las *romerías* que se verifican fuera de los poblados, en las praderas, las mozas y mozos llegan primero al teatro de la fiesta bailando agarrados de las manos ; las personas casadas avanzan a su vez ejecutando figuras que tienen algo de marcial y dramático. Barriles que sirvieron para contener aceite de ballena son encendidos al llegar la noche y esparcen llamaradas de luz sobre esta escena original. Cada danza termina con sonos agudos que las flautas dejan oír y los bailarines se dispersan entre gritos. La imaginación asigna por horizonte de estos festejos populares los bosques tupidos en que los antiguos cántabros pasaban las noches de plenilunio. Basta relacionar la jovialidad del vasco, sus costumbres hospitalarias y alegres, con las guerras desastrosas que este pueblo ha sostenido de siglo en siglo y con las heridas sangrientas de que se halla cubierto, para que su *nacionalidad original* y el encanto en que vivió durante las primeras edades se revelen por sí mismos a la mente del observador.

Raza predestinada que invencible fatalidad empujaba hacia su término, ¿qué esfuerzos generosos y constantes no hicieron los euskarianos para conservar su *nacionalidad* y su *independencia*? ¿Qué olas de sangre no derramaron para seguir a través de las revoluciones sociales la línea política trazada por los ancianos de Guernica? Oponiendo a Roma los celtíberos ; a los francos la Aquitania y los reyes de Toulouse ; a los moros Castilla ; como oponen hoy a la revolución castellana la monarquía de Carlos V. Se muestra-

(17 bis) Que, sin embargo, se llaman bilboes en la Torre de Londres y calcetas de Vizcaya, según Galdós.

ron con brillo en todos los campos de batalla en que el destino del Occidente se decidió por las armas durante la Edad Antigua. Las campañas de Anníbal en Italia, las insurrecciones de Viriato y de Sertorio, los sitios de Numancia y de Calahorra, los combates célebres de Munda, de Farsalia, ofrecieron a los vascos ocasión de desplegar valor incomparable, constituyendo una preparación para la lucha que debía entablar cuerpo a cuerpo con el imperio romano.

Es positivo que la agresión se produjo de parte de los vascos occidentales; las puertas del templo de Jano habían sido cerradas en Roma; profunda paz reinaba en el universo cuando los montañeses hicieron oír el grito de guerra enarbolando su *Labarum* en Guernica, estandarte federal sobrepuesto de cuatro cabezas *solares* con larga cabellera. Ante esta señal los asturianos, recientemente subyugados, se alzan en armas, los gallegos se sublevan por todas partes, lusitanos y celtíberos se agitan en sus cadenas; España está a punto de deshacer el yugo del imperio que pesa sobre ella desde hacía dos siglos.

Sigesama, villa principal de los vacceos sobre la orilla del Ebro (18) se convierte en punto de cita general de las legiones romanas. Durante siete años de lucha feroz, el emperador Augusto y sus mejores lugartenientes, Emilio, Antistio, Carisio, Agrippa, Furnio, a la cabeza de las legiones más aguerridas del imperio, no pudieron triunfar del heroico valor de los montañeses. Los iberos pirenaicos señalaron su resistencia por desesperados esfuerzos que revelan la omnipotencia de un principio divino y el fatalismo enérgico del hombre vidente y libre. Aquí guerreros mutilados por el hierro del lictor echan de menos sus manos valientes (18 bis) que no empuñarán más el hacha de los combates; allá, madres sublimes se inmolan con el mismo puñal que hirió al hijo querido; más lejos, el viejo cántabro hace una hoguera con su casa para entregarse vivo a las llamas sentado en el hogar de sus padres; en Roma, doscientos prisioneros rompen sus cadenas de un día, degüellan a sus amos en una noche y vuelven a sus valles nata-

(18) Es opinión general que corresponde a Sasamón entre Villadiego y Castrojeriz y, por tanto, lejos del Ebro. Preferimos seguir a Oihenart en lo que atañe a la localización de los cántabros fuera del País Vasco.

(18 bis) Especie de alguacil portador del fascio que ha remozado Mussolini.

les para comenzar de nuevo con más encono esta pelea suprema. ¿Diré que todos esos jefes cántabros expiaban su amor a la libertad en el suplicio de los esclavos, pero indomables hasta en las cruces y patíbulos, conservando en medio de las torturas aspecto sereno y desafiando la crueldad de los verdugos con exclamaciones de desdén y de amenazas, con canciones guerreras y risas insultantes..., mientras los ancianos del *roble*, reunidos en lo alto de las montañas, lloraban los desastres de la patria y se envenenaban en el festín fúnebre y postrero? (Floro, libro IV; Dión, libro 53; Plutarco, Vida de los hombres ilustres; Suetonio, Vida de Augusto, cap. 24; Strabón, libro III; Orosio, libro VII; Alfonso Sancho, libro I, etc.)

El *Bilzaar* de la confederación había previsto los desastres que una provocación audaz podía traer sobre los Pirineos con las armas del imperio. ¿Qué motivo de venganza o de gloria hizo alzar a los vascos occidentales el estandarte de los combates en el momento en que Roma, apoyada en el universo, como en un trofeo, iba a reposar en la embriaguez de la victoria y de los placeres? Fué uno de esos entusiasmos sublimes que constituyen todo el porvenir de un pueblo. El roble de la libertad ibérica replantado en los Pirineos, no había aún afrontado tempestades. Arrastrado por una de esas posiciones solemnes que las revoluciones sociales atraen rara vez sobre el globo, el pueblo de Aitor desafió *en su última patria* a los vencedores de las naciones y provocó esta lucha desigual como una prueba de su destino. La prueba fué decisiva. Augusto, al cabo de algunos meses, abandonó el teatro de la guerra, atacado de enfermedad peligrosa, resultado de fatigas y pesares cuya negra impresión le siguió a la tumba. Antistio, Carisio y Furnio sujetaron a duras penas las sublevaciones de los asturianos y galaicos. Agrippa, llegado de las Galias con los veteranos, consiguió varios éxitos contra los várdulos guipuzcoanos e hizo descender a algunos de ellos hacia las llanuras de Alava. Este general pensó que la debilidad de esos desterrados, su residencia en país más riente y febril, y la vecindad de los pacíficos berones suavizarían insensiblemente su amor inquieto por la independencia y la guerra. No escribió al Senado dándole cuenta de su

conducta y rehusó el triunfo que Augusto quería concederle. El final de la guerra no fué nada glorioso para los romanos. Agrippa se vió obligado a degradar la legión de Augusto, que se negaba a marchar al combate, y a diezmar varias cohortes que la sola presencia de los pirenaicos ponía en fuga. Velleio Paterculo nos refiere que los veteranos hacían su testamento antes de librar batalla a los cántabros.

En último resultado, los vizcaínos de Santander y Laredo (19), conocidos entonces bajo el nombre de pélicos, los autrigones de la Rioja y de la Bureba y los várdulos-alaveses permanecieron con los asturianos anexionados a la nueva provincia de Galicia. Las tribus de Guipúzcoa y de Vizcaya, vasco-várdulos, caristios, origeviones, cántabros, conservaron su independencia, últimos restos de la confederación de que fueron alma y fuerza. Se ve en Plinio que estas poblaciones vivían exentas de tributo y que no enviaban diputados a los estados de la provincia romana, congregados en Clunia (19 bis). Augusto y Tiberio hicieron construir en sus fronteras un cinturón de fortalezas cuyos oficiales civiles y militares recibían directamente las órdenes del Emperador, como si la guerra fuera permanente.

Floro escribía dos siglos después de las guerras cantábricas, que no legaron a los romanos sino espantosos y humillantes recuerdos. Confunde a propósito tiempos, lugares, personas y envuelve los diversos acontecimientos de siete años en el velo de una comparación poética. Dióñ puso más exactitud y buena fe en su relato. A medida que se acerca (20) la época de Tiberio y de Augusto, los escritores romanos evitan el pronunciar hasta el nombre de cántabros. Para explicar su silencio, no se debe recurrir a esa vileza de adulación o de temor que acalla o hace mentir a la voz de la historia bajo el reinado de los tiranos. Las armas y la política de los romanos tendían a la conquista universal; los historiadores del pueblo dominador tuvieron por norma mostrar únicamente a Roma ante los ojos asombrados de la posteridad.

(19) ?

(19 bis) Cerca de Coruña del Conde, partido de Aranda de Duero.

(20) Retrospectivamente en los escritores.

El hacha vasca había hecho brotar con un solo golpe en los Pirineos una *gloria* rival; los romanos se vanagloriaron de que esa *gloria* se apagaría *por sí misma* a la sombra de las montañas, no poseyendo el euskariano, para hacerla revivir, nada más que los cantos fugitivos y misteriosos de sus bardos. ¡Vana esperanza! ¡El imperio romano cayó hace quince siglos y el roble de Guernica florece aún! Los himnos de alabanza con que Horacio mecía el orgullo de Octavio, no son sino una voz de ruinas, vano rumor incomprendido por los pueblos occidentales; mientras tanto, los *brazos* de la prensa multiplican para el porvenir las hojas que un hijo del Pirineo consagra para celebrar en la nueva lengua (21) los triunfos de sus abuelos y la santidad de su república *solar*.

El *Bilzaar* de los antiguos cántabros fué grande y sabio, y marcó con esqueletos romanos el lugar de nuestro Capitolio. Las memorias que esta guerra nos ha legado ejercen imperio mágico en los vascos occidentales. «¿No sois el mismo pueblo que los romanos, vencedores del mundo, no pudieron doblegar?» Así hablaría a los pirenaicos el famoso Pelayo cuando se dispuso a reconquistar a España expulsando a los moros.

(21) ¿El francés de Chaho? ¿Se refería quizá al *Aztibegia* de 1834?

XI

A LOS CASTELLANOS

¿Dónde estaban los *cagotes* cuando los euskarianos, nuestros antecesores, poblaron la península y vieron florecer durante *tres mil años* en las provincias ibéricas los robles de sus *doce* (1) repúblicas? Cuarenta siglos pasaron desde la invasión de los celtas, y no habíais nacido aún, mientras nuestra raza, tan vieja como Europa, era ilustre en Occidente.

¿Pretenderíais ser los representantes de aquellos visigodos cuyo dominio comenzó con matanzas y terminó en una orgía? Los vascos conquistaron a los bárbaros Alava (2); en vano Leovigildo volvió a tomarla e implantó algunos tributos. Los alaveses sacudieron el yugo al advenimiento de Recaredo, llegando a ser su territorio campo cerrado en que los dos pueblos libraron combates encarnizados durante los reinos de Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Tulga, Chindasvinto, Recesvinto y Wamba. La expedición de este último, relatada por el obispo Julián que acompañaba al monarca bárbaro, restableció momentáneamente los tributos impuestos por Leovigildo; pero la historia atestigua que

(1) Alejandro Dumas, en la pág. 60 de su *De París a Cádiz*, edición Calpe, hablaba en 1846 de «los demás hijos de las doce Españas» (Vid. la pág. 106), que podían ser: Galicia, Asturias, León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Vasconia, Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía y Extremadura. Pi y Margall, en sus «Lecciones de federalismo», sustituye León por Granada. El médico Kaspar Stein, que vivió en 1610, habla de doce reinos: León, Castillas, Aragón, Portugal, Navarra, Granada, Valencia, Toledo, Galicia, Algarbes, Murcia y Córdoba. (Farinelli, II, 484).

(2) Que previamente habían tenido que abandonar.

los alaveses reconquistaron a su muerte su *plena independencia* para mantenerse en ella durante los reinados de Egica, Ervigio y don Rodrigo.

Los vascos constantemente en guerra con los visigodos, rechazaron el yugo de los bárbaros y desdeñaron su alianza. Si Liliolo, obispo de Pamplona, apareció en el concilio en que Recaredo abjuró del arrianismo con todos sus vasallos, las hostilidades se reanudaron entre los dos pueblos en cuanto regresó el obispo montañés, y jamás sus sucesores asistieron, ni aún representados por vicarios, a los numerosos concilios celebrados por los godos católicos en Toledo y en la Tarraconense. Los montañeses saquearon Sevilla (3) más de una vez e inspiraban tal terror a los visigodos, que los eclipses de luna o de sol eran considerados por este pueblo ignorante como siniestros presagios de incursiones de navarros y cántabros (Isidoro de Badajoz).

La conquista de los romanos fué sangrienta: la peste y el hambre acompañaron a la invasión de los godos; el establecimiento de los moros en España se efectuó bajo auspicios más felices. Un revés de cimitarra africana volcó la monarquía gótica, y, apenas pasaron diez y ocho meses desde el desembarco de Taric Ebn Nokair, cuando el estandarte del islamismo flotaba ya sobre la orilla meridional del Ebro. Los sarracenos franquearon los Pirineos orientales sin obstáculo y se lanzaron sobre la Narbonense tras los godos fugitivos. Vuestros historiadores han escrito para halagaros que los godos cristianos, refugiados con Pelayo en Asturias, comenzaron la obra gloriosa de la regeneración española; pero no fué así castellanos! Véanse para la historia de la expulsión de los moros a Servando, Sebastián de Salamanca, Rodrigo-Ximenez (4), Lucas de Tuy, Isidoro, Rodrigo de Toledo, Luis Mármol, Sandoval, Morales, Yepes, Zurita, Henao, Moret, Ferreras, Oihenart, Mariana, etc.; la Historia Universal de los Ingleses (5) y la traducción de todas las crónicas árabes conocidas, por don José Conde, bibliotecario del Escorial.

(3) ?

(4) de Rada. Explica el Rodrigo Simón de la pág. 166.

(5) ?

¿Sabéis qué quedó en los Pirineos occidentales de esos visigodos a los que vuestros reyes modernos quieren remontar el origen de su realeza? La casta envilecida y poco numerosa de los agotes a quienes los aragoneses y asturianos llamaron perros en sus romances. Los vascos (6) concedieron al bárbaro fugitivo una hospitalidad desdeñosa y dijeron al nuevo paria: «Edificarás tu casa en pasajes separados y desiertos, lejos de nuestras casas y villas; se te señalará la puerta por la que debes entrar a la iglesia, la pila en que encontrarás el agua purificadora y las galerías en que se te permitirá estar, como la oveja infectada que se separa del rebaño; vivirás con los cretinos y *los leprosos*, sometido a los severos reglamentos que dicta el interés de la salud pública; coserás sobre tus vestidos en el hombro una pata roja de ganso que permita el reconocerte desde lejos: jamás aparecerás en plazas ni mercados; no tocarás los víveres expuestos a la venta. Toda contravención te acarrearía la muerte. Evita el andar descalzo, so pena que te perforen el talón con un hierro candente; si algún montañés se te acerca por descuido, se lo advertirás por medio de gritos y huirás lejos de su presencia» (7).

La conquista de España por los árabes-moros fué una carrera triunfal hasta el Ebro. Una mezcla de celtíberos, romanos y suevos poblaban en esta época el reino de Asturias. La monarquía de Rechiario y Ariomiro, esforzada en mantener su independencia a favor de la guerra que los vascos occidentales hacían a los visigodos, buscó naturalmente su apoyo en la federación cantábrica a la llegada de los moros. La insurrección de los altos valles de Asturias siguió espontáneamente al alzamiento que navarros y demás vascos llevaron mancomunadamente; los navarros, proclamando un duque o jefe militar, bajo el roble de Sobrarbe, llamaron a la independencia a las poblaciones célticas de Aragón. Los vascos occidentales apretaron los lazos de su federación al pie del roble de Guernica y enarbolaron un nuevo estandarte sobrepuesto

(6) Suletinos, según *Biarritz*, I, 145.

(7) Léanse la pág. 10 y siguientes de la *Historia de Bermeo*, de don Ángel Zabala, obra que contiene muchas noticias interesantes mezcladas con algunas opiniones discutibles de que alguna vez trataremos. *Agote*, según Oihenart (Noticia, p. 310), es como *chrysteia*, un nombre vasco de godo.

de tres manos sangrientas con la inscripción ibérica : *Irurak Bat* (las tres no hacen sino una).

Pronto, Pelayo (8) al frente de los vascos, se unió a los asturianos sublevados, expulsó a los moros establecidos en esa región y fué proclamado rey de Oviedo. Soldado de fortuna, como Zumalacarregui, Pelayo era cántabro (Valera-Guevara, Saavedra, Carrillo, Andrés Lucas, Henao, Herrera, Echave, Mendoza), y los jefes intrépidos que dirigieron las cruzadas de montañeses cristianos contra los mulsumanes, Favila, Ordoño, Fruela, Alfonso el Católico y Ugarte, su lugarteniente general, pertenecían a nuestra raza (9).

Los vascos, durante el gobierno de los emires, llevaron sus armas victoriosas hasta el corazón de España. Las guerras de Aquitania suspendieron algún tiempo la cruzada que los pirenaicos habían emprendido contra los moros. Abderramán, primero de los califas omeyas de Córdoba, estableció su imperio hasta el Ebro, sin oposición por parte de los cristianos de las llanuras. Pero, después de la victoria de Roncesvalles, los montañeses federados bajaron conquistadores al otro lado del Ebro. Opusieron una barrera infranqueable a los progresos del islamismo y preservaron diez veces a Francia de la invasión de los moros durante los días de debilidad y de anarquía que entregaron ese reino a las devastaciones de los normandos durante los últimos Carlovingios.

El pequeño condado de Castilla no existía aún cuando Sancho Mitarra (10) conquistó la zona que bordea el Duero en su *frente*, plantando el pendón de Navarra sobre las ruinas de Numancia ; ni cuando rindió a Nájera, fuerte de los sarracenos del Norte que convirtió en capital de un reino efímero. *Habiendo los vascos occidentales dejado a los sucesores de Pelayo para seguir preferentemente a los reyes de Pamplona*, Asturias se vió amenazada de volver a ser conquistada por los mulsumanes. Almanzor el

(8) Echave (70 verso) hace vasco a Pelayo y dice que el vizcaíno Ugarte conquistó Zamora en 743 (71 recto). Lezámiz, en su «Vida del Apóstol Santiago el Mayor», México, 1669, escribe que D. Pelayo viene de tierra vizcaína («Euskal-Erria», T. 18, p. 111). Sanadon, p. 155, dice que Pelayo era cántabro y cita a Ugarte, basándose en Sebastián de Salamanca y Lucas de Tuy,

(9) ?

(10) Sancho I Garcés (905-926).

Victorioso tomó por asalto la ciudad de León y apareció el primero en la brecha blandiendo en una mano su brillante cimitarra y en la otra el estandarte del profeta. ¿Qué hacía entonces el rey Bermudo II? Se escondía con sus tesoros en los valles más inaccesibles de Asturias, implorando con voz suplicante el socorro del rey de Navarra desde aquellos mismos asilos en que Pelayo se había lanzado para la conquista. La victoria de *Gormaz*, conseguida por Sancho I y por sus vascos (11), humilló al altivo *Almanzor* (12); la de Calatañazor, en la cual el valor de los vascos brilló tanto bajo el mando de García IV el Temblón, enterró a la dinastía de los califas omeyas. Almanzor murió de rabia, y los quejidos que hizo oír antes de expirar en su palacio de Medinaceli, han resonado en la posteridad para gloria de los montañeses pirenaicos. Este triunfo preparó el reinado de Sancho III de Pamplona, que tomó el título de emperador y mereció el sobrenombre de Mayor; erigió Aragón y Castilla en reinos para sus dos hijos Ramiro y Alfonso (13).

La caída de los califas almoravides fué en gran parte obra de Alfonso I de Navarra, quien por veintisiete victorias señaladas mereció el sobrenombre de Batallador. La dinastía de los almohades se vió expulsada de España con Mahomet III el Verde por la batalla de Muradal (14). Los vizcaínos se hicieron los primeros dueños de los desfiladeros de Sierra Morena, y los navarros, teniendo a la cabeza a su rey Sancho VII el Fuerte, alcanzaron en la llanura una victoria completa, mientras que los castellanos huían cobardemente. Diego López de Haro, señor de los vizcaínos, encargó de distribuir a los vencedores un inmenso botín, excluyó del reparto a los castellanos. Esta jornada fué célebre durante mucho tiempo en las tradiciones del desierto bajo el nombre de Alhacab. Las guerras que los castellanos aislados emprendieron hasta la expulsión definitiva de los moros por Fernando el Católico, apenas merecen ser mencionadas en la historia.

(11) Con Ordoño II de León el año 915.

(12) Errata, porque Almanzor nació el año 939, o sea veinticuatro años más tarde. El califa derrotado era el ilustre Abderrahman III.

(13) Errata, por Fernando.

(14) Las Navas de Tolosa. Hay un cuadro de esa victoria en el castillo de Fontainebleau, al que los guías llaman de la batalla de Tolosa.

Los vascos no sólo expulsaron a los moros de España ¡oh castellanos! Repoblaron en parte vuestras provincias castellanas a medida que aseguraban su conquista. Sus colonias se conservaron distintas antes de mezclarse con las poblaciones vasallas; y se ve por las cartas de Gil Pérez (15), que varias poblaciones del principado de Toledo, entre otras las de Valverde y Alcontras (16), hablaban aún, en el siglo XVI, la lengua vasca, en su dialecto guipuzcoano.

Los vascos os descubrieron Canarias y os *han señalado* (17) la América. Acompañaron a Cristóbal Colón. El navegante Sebastián Elcano, que fué el primero en rodear el mundo, y su camarada Elorriaga, eran ambos guipuzcoanos. Pedro Navarro mereció en sus campañas de Italia ser llamado *gran capitán* e inventó el arte de las minas en el sitio de Nápoles, como Renaud Elizagaray (18), bajo-navarro, inventó más tarde las gabarras con bombas para el bombardeo de Argel. ¡Estáis orgullosos de la batalla de Pavía, castellanos, pero fueron los vascos quienes os la ganaron! Ellos mataron a la brillante nobleza que rodeaba a Francisco I y quienes apresaron al rey de Francia. El guipuzcoano Juan de Urbieta obtuvo de Carlos V, por esta hazaña, distinciones de que aun goza su familia.

Hay otras glorias que propiamente os pertenecen y que los vascos no os envidian ¡oh castellanos! Habéis destruído los monumentos más preciosos de la civilización islamita y las ricas bibliotecas que los califas moros habían acumulado con grandes gastos. Habéis cubierto América con sangre y ruinas como el bandido que incendia la casa en que recibía hospitalidad, para de-

(15) Vid. la 2.^a parte.

(16) Quizá Alconetar, en la provincia de Cáceres. Hay Alcontar en el distrito de Purchena. V. el 2.^o tomo.

(17) Andalouza, según el P. Feijóo (T. V, discurso V, pág. 325), y Saavedra Fajardo (Empresa Política, núm. 69). Emil. Arriaga le llama Andiolaza. Véase la nota 3 bis de la nota 158.

(18) El Comte de Bagneux dió una conferencia el 6 de Junio de 1932, en Bayona, sobre Petit Renaud d'Elissagaray, consejero de Marina y lugarteniente general de los ejércitos de tierra, al principio del siglo XVIII. Era pequeñito (Biarritz, I, 47).

(19) Vid. la correspondencia del capitán Duvoisin, carta núm. 234. Riev.

gollar a sus dueños a favor del incendio (20). Habéis levantado las infernales hogueras de la Inquisición, bajo el mismo cielo que hizo llover su rocío (22) sobre las tiendas de nuestros abuelos los patriarcas.

Siervos de los visigodos, esclavos de los moros, *vuestra nacionalidad no es sino una ficción de gobierno despótico*; sólo sois un rebaño de hombres, asentados en tierras incultas alrededor de una población central, que es Madrid. Los castillos y fortalezas que los vascos levantaron en la ribera meridional (23) del Ebro, comenzando la guerra para expulsar a los moros, inspiraron a nuestros cronistas el nombre de Castilla, que lleva vuestro reconquistado país; ese nombre es el símbolo de la servidumbre —de que no podíais aisladamente libraros— y de *vuestra liberación que fué obra de los montañeses pirenaicos*. Pueblo sin nombre, sois la espuma que el torrente fangoso rechaza a la superficie, el poso grosero que el nuevo vino deposita en cada vendimia al fondo de la prensa.

¿Osáis hoy, agotes degenerados (24), presentar a vuestros libertadores montañeses un yugo ridículo forjado por los sofistas? Comprended mejor vuestra decadencia e impotencia; pensad en que Madrid sería una población cosaca o francesa desde el momento *en que la mano que os fué fiel se vuelva contra vosotros. Mal andará vuestra monarquía desde el día en que el pensamiento vasco, disgustado de vuestro loco orgullo y anárquica miseria, diga ante los sucesos que se preparan: ¡Castilla debe perecer!*

Estos eran los motivos corrientes de nuestras conversaciones en la Junta de Navarra. Cada cual aportaba a la tertulia el giro y el matiz particular de su ingenio. El señor Bidaondo, de pequeña estatura y fisonomía expresiva, instruído, vivo, elocuente, nos deleitaba con sus entusiasmos patrióticos a los cuales ha-

(20) Aparte de lo que haya de exageraciones y de hechos naturales en esas épocas, los vascos participaron en la reconquista española y aún más en la conquista de América. No se olvide además el pogrom en el ghetto de Estella.

(22) ¿El maná?

(23) Sin embargo, Castilla la Vieja estaba al Norte del Ebro, en el actual partido judicial de Villarcayo.

(24) Huelga decir que no participamos de estos apasionados juicios de Chaho, que sólo reproducimos por su interés histórico para el nacionalismo vasco.

cían eco el alma enérgica de Marichalar y la imaginación guerrera de Martín Luis (25). El abogado Díaz del Río, venerable anciano, desarrollaba sus ideas sobre legislación comparada de los pueblos y discutía con flema jocososa los títulos constitucionales de nuestros vecinos. El secretario Peralta salpicaba las charlas más graves con salidas selladas de ingenuidad picaresca. El capellán de la Junta, el cura Echeberría (26), joven, alto y seco, de tez morena, ojos hundidos, hacía contraste con el jovial y robusto secretario, representando en medio de nosotros por su natural triste y melancólico el pensamiento religioso y la mitología (?) del catolicismo.

Estábamos en Huici desde hacía varios días (27) y a nuestra salida de Ezkurra había seguido la entrada inmediata de los cristinos en esa aldea donde esperaban sorprendernos. Entre tanto, Zumalacarregui apareció en Lecumberri (28), al frente de varios batallones y acompañado del general Eraso, que mostraba en sus bellos rasgos alterados por el sufrimiento, la traza de los pesares que le han llevado a la tumba (29). Zumalacarregui había enviado el día anterior (30) a la Junta un escrito por confidente fiel rogándola que se dirigiera a Lecumberri en la mañana siguiente. Tuvo allí con ella (31) una larga conferencia relativa a los acontecimientos de la campaña y a la dirección que convenía imprimir a la guerra.

(25) Echeberría, del Baztán; que murió en la victoria de El Perdón en 1838.

(26) Don Juan, vicario de Mañeru.

(27) Quizá desde el día 3 de Abril, vid. pag. 187, nota 25, Oráa estaba el 3 y el 4 en Santesteban. El 5 de Abril constaba a Mina que la Junta de Navarra estaba en Huici (Pirala. Historia de la Guerra Civil).

(28) El día 6 de Abril, viniendo con dos batallones (Pirala, Guerra Civil).

(29) En Septiembre del año 35. (Vid. p. 186, nota 23). Estaba tuberculoso, según Henningsen, T. 2.º, cap. XI.

(30) El día 5 de Abril, de las cercanías de Maestu (Pirala).

(31) La mañana del 7 de Abril comose ve en la pag. 216.

EL HOMBRE DE LA GRAN ESPADA

Las Juntas *federales* de las provincias vascas eran el alma de la insurrección del Norte, como Zumalacarregui era su brazo. Tipo del genio montañés, este jefe resumía en sí mismo toda la poesía de la guerra. Naturalmente serio y sombrío, comenzó la lucha nacional con la abnegación de los mártires. Alentado por el sentimiento religioso del patriotismo y del deber, la esperanza no había aún aclarado delante de sus ojos el duro porvenir de las tempestades y, encerrando en sí sus votos ardientes, sus proyectos atrevidos y su pensamiento profundo, descendió triste, pero con prestigio, al escenario de los primeros combates que harían su gloria. Pero, a medida que los golpes de esta valiente espada revelaban el destino del héroe, la aureola de la victoria y el resplandor del genio iluminaban su frente tormentosa, estallando a pesar suyo la embriaguez del triunfo en sus arranques de entusiasmo y en su jovialidad electrizante. La voz del pueblo y del ejército, unida a los bardos inspirados de las cumbres, vibraba en su alma con el poder de una poesía armónica, redoblando cada día el encanto de sus sueños exaltados. En esta situación *vi por primera vez* (1) *a ese gran hombre en Lecumberri*, pareciéndome todo en él soberano, mágico, imperioso; su mirada, su gesto, su palabra. *Los instintos monárquicos del partido castellano* y la envidia egoísta de una

(1) Contradicción en la p. 113.

camarilla (2) ignorante entregada a prácticas devotas y a mezquinas intrigas, acudían a cada momento a contrariar sus miras interrogando el secreto de sus planes. En vano intentaría yo describir la dignidad con que formulaba su negativa a obedecer otras inspiraciones que las suyas y la amenaza de retirarse antes de soportar el menor atentado a la libertad de su mando. La Junta de Navarra podrá atestiguarlo, y los enviados del cuartel general no habrán olvidado la contestación del general en jefe: «Podéis decir al Rey que el ejército está a sus órdenes; una palabra más, una sola palabra, y romperé mi espada. ¡Idos!»

He dicho en el capítulo anterior el móvil con que Zumalacarrregui, acompañado del general Eraso, había avanzado hasta Lecumberri. Apenas le llegó la noticia del combate de Ezkurra, púsose en marcha para cortar la retirada de las columnas enemigas, y pronto supo por espías que Sagastibelza (2 bis) venía a dar caza a los cristinos (3) y que era demasiado tarde para alcanzarles. Entonces volvió sus pasos para entrar en Lecumberri manifestando su intención de pasar allí la *noche*, suponiéndose que volvería a salir al alba con dirección a la Ribera (4).

La Junta había regresado a Huici. Solamente corto número de oficiales *nacionales* tenían el privilegio de asistir a la cena y de tomar parte en la conversación de los representantes de Navarra. Se habló de Zumalacarrregui, de sus grandes cualidades, y los miembros de la Junta no disimulaban el entusiasmo que había sabido inspirarles durante la *conferencia de aquella mañana*. Un sitio y un cubierto permanecieron vacíos entre el digno presidente Marichalar y el secretario Peralta. Como algún oficial preguntara por

(2) Ojalateros del campo carlista, palabra derivada del «ojalá ganen», que pronunciaban a menudo los cortesanos: la inventó el oficial carlista D. Carlos O' Donnell. No me convencen las objeciones de D. Sabino Arana en «El partido carlista y los Fueros vasco-navarros», p. 131.

(2 bis) Jefe nacido en Donamaria y al que se refiere el Gastibelza de Víctor Hugo, según Baroja. (La familia de Errotacho, p. 27).

(3) A Oráa el día 7 de Abril. V. el 2.º tomo.

(4) Marchó primero a Narcue, valle de Lana el 8 de Abril por el incendio del hospital carlista y el día 13 estaba por Vergara, de donde pasó a Mondragón y Oñate, el 19 en Eulate y el 22 ganó la batalla segunda de Artaza (Amezkoa) a Valdés: el 27 se firmó el convenio Elliot.

el convidado ausente (5), no obtuvo respuesta y la pregunta se esfumó en la conversación general.

Vestido con capote pardo y tocado con la boina de los voluntarios, el *Huérfano* (6) de los *Videntes* cruzaba en aquél momento las alturas que separan Huici de Lecumberri. La rapidez de su carrera indicaba bien que temía llegar demasiado tarde a algún lugar de cita ; su delgado aunque alto talle, sus flacos miembros y la agilidad con que se lanzaba a través de los obstáculos del camino, dejaban reconocer a un hombre joven ; llevaba en la mano uno de esos *trabucos* de boca ancha que se fabrican en Vasconia oeste y que llevan el nombre de Vizcaya (7).

Era una noche de *mediados de abril* (8), y para fijarla en la memoria, guardo el recuerdo del *claro de luna* magnífico que iluminaba las cumbres ; el aire era tibio, el tiempo hermoso, pero el viento Oeste comenzaba a soplar preludiando las largas lluvias con que terminó el mes de abril. El horizonte de las montañas aparecía negro por el lado del Océano ; a cada minuto se desprendían nubes que cruzaban el firmamento con majestad de sombras de Ossian ; el disco lunar se perdía a veces tras ellas ; los montes volvían a hundirse entonces en las tinieblas, y las fogatas de los vivacs, encendidas por los voluntarios en torno de Lecumberri, brillaban sobre las colinas. Los guerreros montañeses se entregaban al sueño ; el campo se sumía en el silencio ; las campanas de Lecumberri y Alli tintineando alternativamente, dieron las once.

El *Huérfano de los Videntes* llegó a la vista de Lecumberri y se detuvo algunos instantes para escuchar sobre la altura. Un ruido de pasos y voces confusas acudió a su oído contrariándole vivamente ; y los montaraces que trepaban por la ladera debían hallarse dotados de vista más penetrante y oído más fino que los suyos, porque mientras vacilaba acerca de la dirección que debía to-

(5) Chaho.

(6) El *Huérfano* es una alegoría oriental en la que Chaho investiga la prehistoria o la profecía apocalíptica (Lambert, p. 146).

(7) *Biscaiens* eran las bombas o granadas de los mosquetes usados en Francia los siglos XVI y XVII (Morales de los Ríos, *Euskal Erria*, T. 7, p. 527 y T. 8, página, 146). En italiano se llamaba *biscaglino* al fusil bizcaíno. Parece que la bayoneta se descubrió en Bayona en 1523.

(8) La del 7 al 8 de Abril.

mar, una voz recia gritó: «¡ *Quién vive!* » a veinte pasos debajo de él, y se alzó lentamente por encima de los brezos una cabeza envuelta en un pañuelo: era un veterano sargento de guerrilleros. «¡ Navarra!», respondió el Huérfano guardando su inmovilidad «¿ Qué bandera? » «¡ *La Independencia!* » A estas palabras el joven cae con viveza sobre sus manos, se arrastra y se escurre sin ruido a través de los bosques temiendo, sin duda, que su réplica fuera acompañada de un balazo; pero el sargento veterano puso en descanso la carabina con que apuntaba y dijo a su tropa: «¡ Hum!, ese hombre no ha recordado bien el santo y seña del día, pero no importa, porque es de los nuestros; es un independiente. ¡ Que encuentre todos los caminos libres y buena suerte! »

El Independiente (9), que así le denominaremos en adelante, fué guiado en su marcha por una aparición que chocó a su vista: un *hombre* envuelto en *capa negra* acababa de escalar la cumbre de una *altura vecina* y se hallaba de pie con inmovilidad de estatua sobre el pedestal, exagerada su estatura por el resplandor de la luna, que proporcionaba a su actitud algo de fantástico y dejaba ver claramente la punta de *su espada* sobresaliendo a lo largo de la *capa*. El Independiente, sofocado, pero jovial, llegó pronto hasta él para saludarle respetuosamente con un aire que equivalía a decir «¡ heme aquí! » y, tomando la mano que el *guerrero* le tendió silenciosamente, descendieron juntos la *colina por el lado Este* para detenerse en una *meseta*. El Hombre de la Gran Espada (10), fumando gravemente su cigarro, arrojó su *capa* sobre un *banco de peña* y se sentó fijándose con expresión indefinible en el joven, que se hallaba de pie frente a él. Ambos guardaron silencio durante algunos instantes.

El Independiente se complacía en examinar la amplia *boina* del *guerrero*, su pantalón encarnado y su zamarra agujereada por las balas, pero el examen alcanzó poderoso interés cuando descansaba la vista sobre el semblante viril y severo del Hombre de la Gran Espada. «Sí —se decía—, esos bigotes bravíos, esos labios móviles, esa nariz pronunciada, esos ojos grises, brillantes bajo cejas espesas, como los de un tigre, le hacen parecerse a *Crom-*

(9) Chaho. (10) Zumalacarregui.

well; pero la barbilla breve y seca, los pómulos óseos, la frente alta y descubierta, acusan con más energía y resolución el valor caballeresco y la franqueza del soldado que caracterizan al libertador de Navarra. Su fisonomía no presenta ningún indicio de sombrío misticismo ni del fondo astuto de aquel *inglés*, ofreciendo hasta alguna semejanza con la cabeza sajona de Blücher». Y dejando al lado el *trabuco* con que se presentó armado, ante la invitación del Hombre de la Gran Espada tomó asiento el Independiente a su lado y sobre la misma peña. El guerrero inició así la conversación :

—Habrás experimentado alguna sorpresa al ver el pintoresco uniforme de mis oficiales y el mío. Confieso que no se parece en nada a los brillantes trajes de un estado mayor francés o castellano, pero encuadra bien entre pobres montañeses y aldeanos. La boina *redonda* fué el tocado *solar* de nuestros antecesores y yo la he elegido roja como la sangre ; respecto a mi zamarra, me da bastante el aspecto del oso cuya piel visto.

—¡ El oso, atacado en su madriguera, se alzó terrible —exclamó el Independiente— ; destrozará a sus enemigos y digo que los devorará.

El Hombre de la Gran Espada lanzó sobre su compañero una mirada ardiente ; parecía satisfecho. Volviendo a tomar su aspecto impassible, añadió :

—Sí, el oso está más cerca de lo que se cree, de devorar su presa, y sólo siento que Mina se retire.

—¡ Que se vaya !, dijo el Independiente, él, que no repara en ponerse a la cabeza de *bandas extranjeras* para traer la matanza y el incendio a su país natal (11). ¡ Que se vaya ! Francia le recibirá en sus brazos señalado con una de esas heridas que no son nada honrosas y que todas las páginas ennegrecidas en elogio suyo no bastarán para cubrirla.

—En otra parte, ese lenguaje sería imprudente, joven.

Por toda respuesta, el Independiente pellizcó sus dientes con la uña del pulgar y extendió su brazo lanzando un silbido prolongado, lo que entre los montañeses es señal de perfecto desdén.

11) Mina nació en Idocin (Ibargoiti). Dimitió el día 8 de Abril de 1835.

El Hombre de la Gran Espada dirigió de nuevo sobre su compañero la mirada fija que le era habitual y, moviendo la cabeza y sacudiendo la ceniza de su cigarro, el labio móvil dibujó una sonrisa tras la nube de humo, que veló sus rasgos.

—Mina —prosiguió tras un momento de silencio—, se hizo justamente célebre durante la guerra de la independencia. Los franceses ejercían entonces con respecto a los vascos el sistema de terror que se nos aplica hoy ; pero, por cada montañés fusilado en Pamplona, cuatro franceses degollados eran clavados cada mañana a las puertas de la ciudad. Mis guerrilleros se acordarán todavía y aquél ejemplo no se ha perdido. ¿Por qué hemos de tratar a los cristinos de diferente manera que a los franceses?

—Mina no era sino un jefe de cuadrilla —repuso el Independiente.

—Supo luchar sin gran desventaja contra Harispe (12), uno de los mejores lugartenientes de Napoleón, sin contradicción el que mejor conocía la guerra de montañas, y que podría reivindicar la mejor parte de la gloria de Suchet. Harispe, sin salir de Bayona, ha obstaculizado más mis éxitos con su táctica e instrucciones que todos los generales de Cristina ; *cadajo!*, y no he podido raptarle uno solo de los convoyes de dinero que les enviaba, ; *cadajo!*

El Hombre de la Gran Espada, sacudiendo su cigarro quemado, acentuó con fuerza ese juramento que le era familiar, y su parpadeo rápido hizo brotar como relámpagos de sus miradas bravías ; pero se repuso enseguida.

—¿Qué se dice en Francia de esta guerra?

—Voy a hablaros con franqueza, mi general.

Los jefes y oficiales de la insurrección se tuteaban entre sí con una fraternidad republicana del todo ; otro tanto debo decir de los miembros de la Junta ; pero la ley ibérica no admite la igualdad absoluta, sino una igualdad relativa según la escala natural de la edad, sexo y posición ; esta jerarquía primitiva determina la medida de la conveniencia y del deber en todas las relaciones sociales y está consagrada por la lengua patriarcal de los vascos. Así, las formas *tengo* y *soy* reciben hasta ocho formas

(12) General nacido en Saint Étienne de Baigorri (1768-1855).

gramaticales —*dut, diat, dinat, dizut,— niz, nuk, nun, nuzu*— que se reproducen con tanta riqueza como variedad en las veinte mil inflexiones del verbo euskariano, según que la palabra se dirija con respeto o con familiaridad a un mozo, una joven, una mujer casada, un jefe de familia o un viejo.

Los jacobinos franceses del noventa y tres, dignos representantes de los celto-griegos y de los romanos, hicieron absoluta la igualdad universal al tutearse; abolieron el título de *jaun*, señor; ¡aquellos pobres diablos creían excluir las formas de una cortesía servil y seguir las inspiraciones de la naturaleza! No eran guiados sino por su depravada imaginación y sus extravagantes sofismas. La urbanidad de los grandes imperios que han surgido de la invasión norteña no es más que una barbarie refinada; el hombre de una sociedad primitivamente libre es sólo *Vidente* en la ley verdadera.

—¿Crees que mi pregunta tiene por móvil provocar mentiras?, dijo el Hombre de la Gran Espada con tono brusco y amenazador, que disimulaba mal su inquieta curiosidad. Los movimientos impetuosos y repentinos que acompañan en nuestros montañeses a la sucesión de ideas, eran conocidos por el Independiente, quien replicó con calma y sin dejarse afectar por la imponente severidad del ilustre jefe:

—He oído a realistas decir en Francia que más de un general mejor que tú se encuentra junto a Carlos V, y que eres hombre vulgar del todo, dotado de algún talento de organización y bravura de soldado poco conforme al mando supremo. Te aplican el nombre de advenidizo esos detractores de tu gloria que son refugiados *castellanos*.

El Hombre de la Gran Espada, a quien el principio de esta confianza había visiblemente entristecido, dejó escapar inefable carcajada al oír la última palabra. Alegrementemente observó:

—Esos no están todos en Francia. Hay aquí más de uno que me cuenta a mí mismo con imperturbable seriedad los detalles de una refriega a la que no ha asistido. Sus verídicos historiadores les adjudicarán sin duda algún día nuestras victorias, pero no dirán jamás que cuando la sangre de los montañeses corría por el

campo de batalla, esos grandes señores estaban agazapados bajo los colchones o se *escapaban* a través de los campos olvidando el sombrero que cubría sus testas preciosas. Su abnegación ha arrosado de esa guisa más de un catarro nasal.

—A los vascos, noble guipuzcoano, no les faltarán en adelante historiadores, y la posteridad os hará justicia, así como los contemporáneos. Sabed que sois vos el héroe de quien más se ocupa Europa.

Un fulgor de orgullo se reflejó repentinamente en el rostro del Hombre de la Gran Espada.

—Vuestra gloria ha provocado hasta la admiración de los sofistas, pero se os reprochan generalmente muertes inútiles.

—¡Muertes inútiles! —exclamó el guerrero levantándose con una especie de furor en que su alegría estallaba a pesar suyo. Y su mano izquierda, que había involuntariamente cogido la empuñadura de su gran espada, hizo salir a medias de la vaina el brillante acero. ¡Muertes! —repitió con el mismo acento y sin sospechar que su aspecto terrible denunciaba crueles instintos. Y la voz del héroe, al principio entrecortada, profirió palabras elocuentes: —*¿No es esta la tierra de nuestros padres? ¿Qué son los cristinos con respecto a los vascos sino bandidos que vienen a atacar de noche en su casa al hombre indefenso rodeado de su familia? Han abatido el nombre secular de Gernika, han mutilado nuestros niños y doncellas, degollado nuestras mujeres y viejos. Han cortado en trozos pequeños los cadáveres de mis oficiales. Todo ello debía producirse y he cumplido con mi deber...* (Aquí su voz se hizo más lenta.) *¿Pretenden los agotes superarnos en civilización? Viana, Estella, Echarri-Aranaz son testigos de nuestra generosidad. Si algunas muertes han enrojecido nuestras manos, hay que culpar de ello a Quesada, que fué el primero en dar carácter feroz a la guerra. ¿Por qué arrojaba a los vascos la muerte como un desafío? Ellos dieron el ejemplo: nosotros fuimos los primeros en abstenernos después de haber demostrado a Europa que los navarros se exaltan en las calamidades y que no se rinden jamás al miedo.*

Y acercándose al Independiente, el Hombre de la Gran Es-

pada reprimió la energía de su gesto y prosiguió en tono persuasivo y paternal :

—*Tú viste a esos prisioneros cristinos* palidecer ante la muerte que les preparaban mis jóvenes voluntarios ; abjuraban cobardemente de sus sentimientos políticos ; su aspecto suplicante pedía gracia y sus bocas pedían alistarse a nuestro lado, mientras lo desmentían en el fondo de su corazón. No es así como el navarro y el vasco del Oeste saben morir ; marchan altivos y desdeñosos, semejantes al halcón herido que hace chasquidos *con su pico* cortante y se arma de una mirada más intrépida. ¡ Cuántos han sido fusilados ! Ellos mismos ordenaban el fuego presentando a las balas su pecho desnudo para caer a los gritos de ¡ vivan los Fueros ! ¡ Viva Carlos V ! (Véase *Un capítulo de la Historia de Carlos V*, por el barón de los Valles.)

—Dignos hijos de los cántabros, que crucificados por los romanos cantaban mártires en medio de los suplicios, exclamó el Independientes. (Strabón, libro III ; Floro, libro IV ; Dion, libro 53 ; Plutarco, Vida de los hombres ilustres ; Orosio, libro VII.)

El Hombre de la Gran Espada se volvió a sentar y, alzando su boina rural, descubrió su noble frente que el otoño de la edad había en parte despojado de cabellos. Encendió otro cigarro y fumó inclinado sobre sus rodillas. Toda señal de emoción fuerte había desaparecido de su rostro, y su misma gravedad ofrecía un matiz de bondad y de algo sencillo y agreste en sus maneras, recordando la actitud patriarcal del viejo labortano. (12 bis).

—He leído —le dijo— tu folleto *Biskaiën* (13) y, aunque poco diestro en literatura, he encontrado en ese escrito la energía conveniente ; pero te desearía mejor recomendación que esa para el Cuartel Real.

—¿Qué quiere usted decir ? La independencia de Navarra no ha sido discutida y los mismos escritores oficiales de Carlos V dan a las provincias vascas el título de repúblicas *federadas*.

—Sin duda ; pero prometes a los pueblos una distribución de ramas del roble de Guernica. Créelo, *los realistas de Castilla están*

(12 bis) El del caserío de Sara.

(13) Paroles d'un Biskaiën aux Libéraux de la reine Christine.

medianamente dispuestos a conservar en España el árbol de la libertad (14). Lo que prefiero en tu impreso es el grito final ¡*Aerio!*

Esta palabra bizkaina corresponde a *hostis* como el vocablo *etsai* a *inimicus*. Se define como *a-herio*, he ahí la muerte, o como *kari-herio* muerte a aquel; era el grito de alarma que hacían sonar los cántabros a la aparición del enemigo.

Y el Hombre de la Gran Espada, con la movilidad característica de su fisonomía, haciendo preceder una sonrisa de inteligencia a la más sombría mirada que jamás brotó de sus ojos, extendió el brazo repitiendo aquel grito bravío. Enseguida recobró su aspecto ingenuo de hombría de bien y volvió a fumar acompañando a sus palabras con ligero balanceo de cabeza.

—¿Es conocida del Cuartel Real tu permanencia en medio de la Junta?

—Un despacho del ministro secretario requirió ya explicaciones acerca de los motivos de mi viaje, prohibiendo presentarme sin orden en el Cuartel Real. Les he respondido que vine a recoger notas para la historia de la insurrección y que el móvil exclusivo de mi viaje fué siempre dirigirme directamente hacia usted para seguir a mi costa los acontecimientos de la campaña.

El Hombre de la Gran Espada extendió su mano hacia el cielo:

—Mira cómo brilla la luna sobre nuestras cabezas; así iluminaba antaño las fiestas nocturnas del IAO eterno y las danzas religiosas de nuestros abuelos. El astro de las tumbas (*Ilargia*) no habrá completado dos cuartos cuando recibirás orden de abandonar Navarra. Harás bien en salir inmediatamente.

(La orden real no se hizo esperar largo tiempo y me fué comunicada por la Junta. He aquí su texto: «He dado cuenta al rey N. S. de la exposición de M. José Agustín Chaho, y enterado S. M. de su contenido me manda le manifieste, por conducto de esa Junta, que al paso que aprecia como corresponde el objeto de

(14) Recuérdese la postura de los diputados agrarios para el Estatuto de Cataluña en 1932.

(15) Pocos días después de esta entrevista. Vid. p. 230. Ignoro si publicó su viaje de regreso a París.

su venida, siente no poder hacer una excepción en su favor, después de haber negado a otros extranjeros el que siguiesen su ejército o permaneciesen sin motivo poderoso en el teatro de la guerra; que esta es una medida general y que circunstancias particulares han aconsejado, pero que S. M. espera poder revocar en breve. Sin embargo, si en su propio país quiere realizar A. Chaho su proyecto, se le transmitirán los materiales que pida en cuanto sea posible. Y lo digo a V. S. de real orden para hacerlo saber al interesado, para que pueda regresar a Francia.»

Una vez alcanzado el objeto principal de mi viaje sólo esperé la llegada de la noche para partir porque según el proverbio montañés hay tiempos en que se corre el riesgo de encontrar en el camino más enemigos que amigos. Algún día contaré al lector los incidentes que me ocurrieron al regreso a París.)

Y sin permitir al Independiente que insistiera sobre ello, el Hombre de la Gran Espada prosiguió con énfasis:

—¡Maldición! ¡La bayoneta navarra se hará célebre como la antigua hacha de armas de los vascones! ¿Sabes tú, joven, que en el momento en que pronunciabas esas palabras proféticas por medio de tu escrito (16), no poseía yo más de quinientos voluntarios alrededor de mi enseña? Pero cuando este puñado de bravos, lanzando aullidos terribles, se precipitaba bayoneta en mano sobre las columnas enemigas, se les hubiera creído lobos hambrientos de carnaza.

—Decid más bien chacales, mi general, y rejuveneceríais la comparación que un célebre poeta árabe aplicaba otrora a los infantes de Mitarra (17).

—Mis voluntarios montaban la guardia delante de mi tienda, en mangas de camisa y los pies desnudos, con un frío de los más rigurosos. Nos faltaban prendas de vestir; eran raras las municiones; nuestras armas era menester arrancarlas sangrientamente de manos del enemigo. Yo esperaba a los cristinos por las desembocaduras de los valles. Sus vanguardias no han podido nunca resistir el ataque impetuoso de los montañeses. He calcu-

(16) Paroles de un Biskaien.

(17) Sancho I Garcés, rey de Navarra del 905 al 926.

lado que por cada veinte cristinos puestos fuera de combate, quedaban en el campo de batalla unos doscientos fusiles, que pasaban a manos más dignas de llevarlos, y entonces volvía yo a los montes para distribuir entre nuevos combatientes estas armas conquistadas.

—Y los mentirosos boletines de los cristinos, pomposamente expuestos en las hojas parisinas, no dejaban de presentaros en fuga.

—Los vascos no huyen nunca —añadió el Hombre de la Gran Espada a cuyo orgullo ofendía esta palabra—, pero los principios de la guerra les permiten elegir la hora y el terreno que deban asegurarles la victoria. La hora ha sonado, joven patriota, y el campo de batalla está presto. No habréis aún entrado en París cuando todas las fortalezas cristinas caigan en mi poder. Después, los asedios de Bilbao y Pamplona : Reina, el bravo, el sabio, organiza mi artillería (18) y haré fundir si es preciso todas las campanas de nuestras iglesias para tener cañones.

—¿Cuáles serán los frutos del triunfo? ¿Ha calculado usted todas las consecuencias, mi general? —dijo el Independiente sosteniendo por vez primera la mirada imperiosa del Hombre de la Gran Espada.

El *guerrero*, envolviéndose en su capa, se levantó lentamente :

—Voy a contestar a tu pregunta, joven : aunque francés ¿no eres de nuestra raza, y no debo dar cuenta de los destinos de la patria a todos sus hijos? El primer beneficio de esta guerra será haber librado nuestras provincias de una exhuberancia de población que las amenazaba con hambre próxima, puesto que ignoras que, relativamente a su extensión, el País Vasco es el mejor poblado de toda Europa.

—Prueba de la dicha de que disfruta a favor de una administración sabia y de suave libertad, dijo el Independiente.

—Desde hace medio siglo, Vasconia occidental embarcaba cada año para América mil doscientos o mil quinientos de nuestros jóvenes, de los cuales las tres cuartas partes perecían *vencidos* por la miseria y el trabajo. La guerra reemplazará du-

(18) En la ferrería de Zumarrista por Erasun.

rante algún tiempo esas emigraciones. En cuanto a mí y en cuanto a mis hermanos de armas y miembros de las Juntas, principales actores de una insurrección sin ejemplo en la historia, nuestros laureles se hallan prestos, trenzados por manos de *castellanos*. Hemos hecho en favor de éstos el milagro de Josué; las aguas han retrocedido hacia su manantial, mientras nosotros reproducíamos *ante ellos* con brazo de hierro la revolución de un gran pueblo. Este poder de que se hallan ávidos los castellanos, esos frutos de nuestro triunfo que van a recoger, los disfrutarán un solo día quizás, día fugitivo que terminará la tempestad, aunque hay hombres que no se despojan jamás de sus instintos. Su implacable envidia está de acuerdo sobre este punto con la política constante de la monarquía de Fernando (19), y nos guardan como *recompensa* el destierro, el calabozo, el hierro o el veneno.

Y los ojos del Hombre de la Gran Espada brillaron con resplandor extraordinario, y una sonrisa amarga contrajo su labio mudo. Fué una transición penosa en la explosión de su jovialidad irónica.

El Independiente retorció sus manos. —¡Oh! —exclamó—, el montañés ha recibido de la naturaleza un alma franca, noble corazón con la pasión por la gloria y la libertad. Sucesivamente ciudadano, soldado y mártir, ¿cuándo unirá a su indomable energía *la superioridad de la inteligencia y de las luces*? Hoy la ambición pierde a los hijos de los jefes de los valles, el espíritu de error y de división les domina, y los héroes de mi país, cuyo sable fija los destinos de España, son aún instrumento que la mano de un anciano o de una mujer puede romper.

El rostro frío del Hombre de la Gran Espada, sus bigotes caídos, conservaban la inmovilidad de la muerte, dibujándose fúnebres pensamientos en sus ojos.

—Es muy cierto —dijo— que los mejores oficiales opuestos por Cristina a la insurrección del Norte son vascos: Espoz y Mi-

(19) Existe un libro editado en Filadelfia el año 1826 por don Carlos Le Brun, que se titula: *Vida de Fernando VII, rey de España. Inquisición de España o Fernando VII, que es lo mismo. Si en el universo hay un hombre que no aborrezca al execrable Fernando de Borbón, lea esta obra, e instruido con su lectura le aborrecerá.*

na, Jáuregui (el Pastor o Artzaina, en lengua navarra), Iriarte, Oráa, Gurrea (20), etc.

Y tú, a quien la aclamación de los montañeses hizo su generalísimo; tú, cuyo brazo pudo alzar tan alto *la bandera nacional*, no podrías...

—No —interrumpió el Hombre de la Gran Espada, cuya fisonomía volvió a tomar gradualmente su más noble expresión de audacia y de serenidad—; no, porque los tiempos marcados no se han cumplido todavía. Espera y consuélate. ¿Qué importa, mientras tanto, que nobles víctimas sufran su destino? Mi estrella es sangrienta; cualquier muerte me será hermosa; una vez vencedor, puedo sufrir todo, pues habré hecho bastante para conseguir mi gloria. *Nuestra raza*, demasiado tiempo sepultada en sueño letárgico, *ha despertado a mi llamamiento*, alzándose digna del papel excelso que le preparan grandes acontecimientos. *He fraguado ante ella el camino del porvenir*.

Y el Hombre de la Gran Espada se exaltó al hablar, y su frente se iluminó en la sombra, como esas imágenes de santuario que reflejan misteriosos resplandores.

—Nuestra sangre, derramada en los combates, hará nacer en los montes una generación de héroes. Testigos de las lágrimas de *la patria* y de nuestras heridas, nuestros hijos, mecidos con cantos guerreros, alimentarán en sus corazones el odio inextinguible a la opresión y se reunirán como hermanos en torno del roble de la libertad, enarbolando la bandera de la *liberación*; y cuando su invencible falange guiada por la estrella brillante de Aitor, se precipite en la baraúnda de los pueblos, se la verá como al rayo surcando el Occidente.

Y en tanto que, bardo y profeta, el *guerrero de la montaña* dejaba vibrar así su voz broncínea, su brazo poderoso permaneció algún tiempo extendido hacia el joven fascinado, cuyo débil cuerpo se agachaba como bajo el imperio de una tracción magnética. Y

(20) Ayerbe, Juan Zabala, Echalecu, Echaluze, Arechavala, León y Fermín Aldama, Iribarren, Manuel Gurrea, † en Andoaín el 29 de Mayo de 1837, que dudo fuera vasco, Barrera, Ros de Olano, Ezpeleta, Aspiroz, Ulíbarri, Urbina, Bayona, Osta, Navascués, Esain, Ayerra, Argoz, de la 2.^a guerra, varios de ellos. V. p. 104.

sobre el horizonte de la colina en que se erguía el *gigante*, el *Huér-fano*, vencido por la ilusión, creyó verle alejarse y engrandecerse hasta alcanzar el cielo con su *cabeza sublime*. Allí, semejante a la sombra de Odin, evocada por los *Escaldas* (21) o a la sombra más antigua de Aitor, que aparece a veces ante los bardos pirenaicos, la *visión* inmóvil durante un instante, descendió lentamente hacia la tierra para descender con la realidad... El *Hombre de la Gran Espada* acababa de descender por la falda de la colina. La luna, derramando sus rayos por un intersticio de las nubes, alumbraba en aquel momento el banco de peña en que el *héroe* se sentó y el cerrillo donde habló de pie antes de marcharse... El encanto se había disipado; el prestigio roto; el *Huér-fano*, encorvado al borde de la eminencia, escuchó el ruido de un *paso fuerte y mesurado* que resonaba en el fondo de la cañada; después el «¿quién vive?» de un centinela, al cual la palabra vibrante del *jefe* respondió «¡España!», pero cuando el voluntario añadió más bajo: «¿qué bandera?», el atento oído del *Huér-fano* no pudo distinguir más sonido que un vago murmullo, el de los vientos...

La noche alcanzaba la mitad de su curso; una nube espesa, imitando las formas de un cocodrilo negro, se extendía por el firmamento como para devorar a la luna que su larga garganta parecía aspirar; el disco plateado pareció agitarse sin poder deshacer el encanto de la atracción; su resplandor se hizo más vivo durante un instante, para apagarse gradualmente sumergiéndose en la espesura de las nubes; los montes se cubrieron de tinieblas, mientras un fulgor blanco serpenteaba entre sus masas titánicas; era la ruta de Pamplona a Tolosa. Pronto las campanas de Alli y Lecumberri dieron la media noche; el tintineo del bronce fué seguido por redobles de tambores; el murmullo de los vientos se unió a aquel tumulto; los fuegos de los vivacs brillaron animándose con el más vivo resplandor, y, de altura en altura, la voz de los centinelas, acompañada por el eco, repitió el grito de vigilancia: ¡alerta! ¡alerta!

El *Huér-fano*, cautivado durante un instante por la magia de

(21) Antiguos poetas escandinavos.

este cuadro, corrió a recoger de la hierba su *trabuco*, humedecido por el frío rocío, y volvió a tomar pensativo el camino del villorrio (22) en que se hallaba la Junta de Navarra y pocos días después la ruta de Francia.

No olvidaré en mi vida la noche de Lecumberri. ¡Memorias que no se borran han grabado profundamente en mi espíritu todos los detalles de aquella entrevista misteriosa, porque el Independiente de que se trata en este capítulo era yo, y el *Hombre de la Gran Espada, Zumalacarregui!* (23).

FIN

(22) Huici, p. 216.

(23) Este gran general fué herido en el palacio de don Juan Narciso de Olano, en Begoña, que estaba enclavado en el segundo chalet a la izquierda, descendiendo de la parroquia, o sea en el número 4 de la calle Virgen de Begoña. Su historia clínica mortal la hace en el Pírala el Dr. Vicente González Grediaga, siendo el diagnóstico de septicemia como lo sospechaba yo en la Riev., T. 21, p. 631 y lo ha demostrado mi querido amigo el Dr. Julián Guimón, en la Revista Clínica de Bilbao.

ÍNDICE DE MATERIAS

A	
Aborígenes vascos.....	130
Aduaneros franceses.....	63
Agotes.....	95, 209
Agricultura.....	147
Agua en París....	47
Alanos.....	193
Alava.....	65
Alaveses a Benabarra.....	67
Alborotos de soldados.....	149
Alcontras..	212
Amenaza antivascas de 1830.	104, 106
Ancudbox.....	168
Anecdotes americanas (1).....	161
Angelus..	112
Annales ecclésiastiques.....	162
Año 1830.	88, 106, 108
Apuestas de cachetes en trinquete.....	99
Ara, lengua (2)...	127
Arados.....	50
Araucana....	168, 199
Arbolados... 199,	200
Armas vascas ...	143
Arquitectura.....	199

Arie de procrear mozos a voluntad (3).....	167
Asalto a un soldado.	38, 39
Aves 134, 135, 136,	137

B

Baile (v. Danzas).	91
Balzola.....	140, 141
Bandera de Navarra.....	114, 228
Basojaun....	137, 138
Basoko.....	129, 130
Batalla de Alegría	84
Batallones guipuzcoanos.	173, 174
Batallones nabarrros.....	89
Bayona ..	17, 18, 29
Biblioteca de Goizueta.	155, 156, 161
Biblioteca de Valdespina ...	191, 192
Biscaiens, bombas.....	217
Bizantinos.....	65
Blasfemos.....	97
Borona.....	50
Brazos de la prensa.....	206
Bretones.....	53

C

Caballo del sordo	116
Camarilla carlista	191
Cárceles (3 bis) ..	201
Cargueras.....	150
Carlismo en Aragón....	89, 90
Carlismo y democracia..	10
Carlistas castellanos.....	190
Carlistas por Leiza.....	179, 180
Carro chirrión....	48
Cartulario de Arsius.....	119
Casa bretona....	53
Casas vascas....	199
Caseríos de Laburdi.....	56
Caserío de Vera..	77
Castilla....	9, 13, 14
Celos Castellanos	103
Celtas.....	58, 59
Celtas y Vascos..	143
Cementerios.....	94
Cena en el Caserío de Sara.	46, 47
Cena en Goizueta.	154
Centralismo del carlismo castellano.....	223
Cita de Chaho ...	217

(1) Por Ant. Hornot. París. Vincent, 1776.

(2) Humboldt decía que euskera era lengua de vascos (eusken-ara), XXIX, p. 98, y erdera, lengua del país (erri-ara), XVIII, p. 59, en la primera edición de la *Prüfung*. Pero el ver en *eusk*, relación con el ladrido... según Larramendi, le impidió dar a esa hipótesis una gran certeza.

(3) J. A. Millot, 1802, «L'art de procréer les sexes à volonté», 1801, París, 2.^a ed.

(3 bis) En la cárcel del Duranguésado de Astolazubiaur (Abadiano), se enseñaban grillos y cepeos, por otra parte tan citados en nuestra historia.

- Clero Vasco 66
 Clima 132
 Colonización americana 159
 Combate de Ezcurra 216
 Comida en case-río de Vera 79
 Comienzo del carlismo 225
 Conquistadores vascos . . . 159, 160, 161, 168, 169, 212
 Constituciones inglesa y vasca (Abbadie. Rev. Euskal Erria, T. 1 p. 34 y Monteath, según Pérez Arregui, Id. T. 79, p. 502). 74, 75
 Covada 198
 Cristianismo 95
 Cuevas 140, 141
 Curiosidad de la laburdina 51
- D**
- Danzas 148, 202
 Decadencia vasca 142
 Derecho penal 201
 Desafío carlista 81
 Descubrimientos vascos 158
 Despertar vasco 228
 Diluvio 127
 Dieciséis novias 36
 Diputación de Guipúzcoa 175, 176
 Divisiones vascas 120 189, 197
 Doce repúblicas 207
 Duques de Vasconia 68, 69, 70, 71, 73
 Duranguésado 172
- E**
- Echarri Aranaz 19
 Edad Media (v. Siglos
- Edad primera o de oro: 10 siglos en India y Africa desde 1600 años antes de Cristo (Indoatlántidas) 34, 58, 125
 Edad Segunda o de sangre y tinieblas, de mezcla o corrupción o reino de Babel (comienza 30 siglos a. J. C.) (Carta a X. Raimond 11 y 22) 34, 58, 142
 Emigración vasca 226
 Emigración hiperbórea: 30 siglos antes de J. C.
 Entierros 200
 Entrevista principal, etc 218
 Envidia castellana 227
 Era, lengua 127
 Eresiak 201
 Ensayo sobre la nobleza de los vascos 163, 164
 Escasez de caballos 116
 Essai critique (4). 186
 Euskera en Toledo 212
 Euskera en la enseñanza 170
 Euskera en la literatura 169, 170
 Euskera. Su origen 194, 195, 196, 220, 221
 «Euzko» 127
 Evacuación carlista de Leiza 178
 Evangelización vasca 196, 197
 Evolución humana 145
 Examen de ingenios 167
 Expulsión de Chaho 224
- F**
- Fecundidad vasca 157
 Federalismo carlista 223
 Folk-lore. Véase Mitología 52
 Francos 68
 Fraternidad vasca 83
 Frenología 45
 Frugalidad 187
 Fueros. Véase Constitución 105
 Fuerte de Bayona 29
- G**
- Ganadería 145
 Ganipotes 140
 Gascuña 14, 15
 Gastronomía 154, 155, 200
 Generales liberales 105
 Geroko gero 161
 Germanos 193
 Gnosis 12
 Goizueta 156
 Granaderos franceses 101
 Guadaña 49
 Guerra de Napoleón 101, 102
 Guerra de la Convención 101, 104
 Guerra de la Fe. 104, 108
 Guerras cantábricas 203, 204, 205, 206
- H**
- Heridos carlistas 183, 184
 Hierro 149
 Hiperbóreos (celtas y escitas). 58, 127
 Historia Universal de los ingleses. 208
 Historia General de las tribus cántabras 163

(4) Se publicó en mayo de 1835 en «La Gironde» un trabajo de título muy parecido en la pág. 698. Su autor debió ser Ad. Mourier y la firma es sólo una M.

Hospitalidad..... 43
 Hugonotes bearneses..... 162

I

Iberos al extranjero..... 128, 129
 Iberismo.... 196, 197
 Iglesias..... 94
 Igualdad..... 164
 Incendio de Lecároz.... 16, 102, 219
 Indianos.... 156, 157
 Ingleses (Historia Universal)..... 208
 Inquisición..... 212
 Introducción del cristianismo.... 196, 197
 Inuxentes..... 89
 Invasión de los barbaros..... 129
 Invasión de los Celtas..... 127
 Isturitz..... 141

J

Jacobinos..... 221
 Jefes carlistas... 100
 Junta de Navarra.. 213, 214, 216
 Juventud laburdina..... 31, 32

L

Laburdi..... 18, 45
 Laburdi contra Bayona. 23, 24, 25
 Lechuza..... 134
 Leheren-Suge 122, 123
 Leiza..... 178
 Leyes Godas.... 144
 Leyes medievales.... 74, 145, 209
 Liberales en Leiza 178
 Liberales en la frontera.... 88, 108
 Liberales sacrilegos..... 97

Liberales vascos..... 104, 227, 228
 Literatura vasca. 161, 162, 169, 170
 Lucha fronteriza de 1830.... 88
 Llegada de los vascos al Pirineo..... 142
 Llegada de los vascos a España: 4600 años antes de Cristo. En la «leyenda de Aitor» dice que veinte siglos antes de Augusto..... 125, 142
 Llegada de celtas. En 2200 años a. de Cristo. 58, 142

M

Mamíferos... 133
 Marinos..... 75, 76
 Mascaradas. 172, 173
 Megalantropogenesia (5)..... 167
 Meses en euskera 49
 Mitología 121, 122, 123, 124, 130, 131, 137, 138. 139
 Montes..... 122
 Morena..... 19, 33
 Mozos... 208
 Muchachas 30, 31, 32, 33
 Mujeres. 151, 152, 153, 154, 198, 201
 Mulo..... 176, 177

N

Navarra romana . 193
 Nabaerri..... 130
 Nabarrico..... 77
 Nacionalismo vasco.. 12, 54, 59, 60, 61, 119, 120, 189, 202, 213, 218, 222, 228
 Navas de Tolosa. 211

Niños vascos.... 78
 Nobleza vasca... 163, 164, 165
 Norte contra Sur. 11
 Noticia de los dos Vasconias. 162
 Novias de Xangarin..... 36
 Novios suletinos..... 180, 181, 182

O

Oficiales carlistas 189, 190
 Ojalateros. 216, 221, 222
 Oración al anochecer.... 107, 110
 Origen de los vascos..... 192

P

Paganismo..... 95
 Paisaje desde Larrun..... 64
 Palomas..... 136
 Paquete de Bayona..... 30, 32
 Paroles d'un Biskaien..... 16, 223, 224, 225
 Partido castellano. 11, 216, 221, 222
 Pastorales.. 173, 174
 Patriotismo..... 146
 Pelota.... 97, 98, 99
 Penuria carlista.. 84, 225
 Peseteros. 40, 64, 178
 Pipa del hachero . 21
 Pinturas..... 86, 96
 Pirineos ístmicos 118, 120
 Plantas.... 133
 Poblados Ibéricos 126
 » celtas.. 128
 Poema de la música..... 166
 Poesías vascas 33, 34, 55, 177, 181, 182, 196, 197
 Porvenir vasco .. 150

(5) J. B. Demangeon publicó en 1829 en París su «Anthropogénèse»

Prensa parisién.. 15
 «Proverbios vascos» . 162
 Proyectos carlistas... 226
 Psicología..... 152
 Puertos..... 149, 150

R

Raza solar.....
 Raza indo-atlántida .. 124
 Raza vasca 141
 Reconquista española.....
 209, 210, 211, 212
 Renacimiento humano..... 127
 República de mujeres 198
 Respeto a los ancianos..... 57
 Retama 38, 41
 Revolución francesa. 163, 165, 221
 Revoluciones de 1830..... 106
 Reyertas carlistas 189
 Ríos..... 122
 Romanos.....
 193, 203 a 206
 Roncaleses y zuberoanos 120
 Roncesvalles. 71, 72, 73
 Ruta vecinal..... 34

S

Sacerdotes. 66, 188, 201
 Saint Barthelemy de 1572, v. Orthe (Alzola, Revista Euskal Erria, T. 29 página 359)..... 25
 Salitre 22, 56
 Salvajes del Irati. 139
 Sánscrito.... 195, 196
 Saqueo de Sevilla 208
 Sendero a Goizueta.. 116
 Siglo VI... 66, 207
 » VII... 68, 208
 » VIII 71, 197, 209
 » IX 73
 » X... 22, 210
 » XI.. 211, 196
 » XII
 » XIII 211
 » XIV... 23, 26
 » XV... 80, 212
 » XVI 212
 » XVII
 » XVIII... 54, 101
 Solares, pueblos (6)..
 Soldados carlistas... 100
 Soldados del puente..... 35
 Solsona..... 188
 Solteras..... 94
 Sordos congénitos... 117

T

Tumba del contrabandista..... 37
 Txistu..... 90, 91

V

Valentía vasca...
 84, 144, 146
 Valverde 212
 Vascos en Andalucía 125
 Vascos en India y Africa 124
 Vascos en Gasconia 75
 Vascos, guerreros 145, 146
 Vegetales..... 132
 Verdugos..... 202
 Vergara (colegio). 170
 Visigodos 65
 Videntes. 160, 166, 170, 179, 207, 208

Y

Yugo..... 49

Z

Zuberoa..... 172
 y siguientes.
 Zuberoanos y roncaleses..... 120

(6) Según Bachofen, los mediterráneos, antiguos o masculinos.

ÍNDICE DE PERSONAS

A

Abderrahman 210, 210
 Achica Allende... 80
 Adán..... 194
 Adalrico..... 73
 Adela..... 71
 Aduanero carlista 86
 Agila..... 65
 Aginan..... 68
 Agrippa. 203, 204, 206
 Agrónomo inglés. 50
 Aguirre, Domingo 69
 Aguirre, Lope. 160, 161
 Aitor. 58, 60, 124,
 143, 173, 194,
 197, 204, 228, 229
 Alava..... 166
 Albret..... 26
 Aldama, León y
 Fermín.... 187, 228
 Alderete..... 168
 Alfonso el Cató-
 lico..... 210
 Alfonso Sancho.. 204
 Alfonso I..... 211
 Altadill..... 126
 Almanzor. 173, 210, 211
 Allendesalazar... 186
 Amando. 68, 70
 Ana de Austria... 64
 Andalouza (1).... 212
 Andeka..... 66
 Antistio..... 203, 204
 Anchieta, Juan... 201
 Andrés Lucas.... 210

Annibal. 143, 203, 155
 Anselmo..... 72
 Apeles..... 94
 Aranzadi, Telesforo.. 198
 Arana, Sabino. 46,
 58, 80, 122, 127, 216
 Arechavala..... 228
 Ariomiro..... 67, 209
 Argoz..... 228
 Arizmendi.....
 83, 91, 92, 94, 97,
 100, 101, 103, 104,
 114, 116, 117, 118,
 151, 152, 171, 176,
 178, 179, 180, 184
 Arizmendi herma-
 nas..... 93
 Armida..... 121
 Arriaga, Emil.... 212
 Arsius (2)..... 119
 Artigas..... 167
 Arturo, rey..... 112
 Artzaia, (ver lauregui).
 Assance... .. 98
 Aspiroz..... 228
 Asta..... 106
 Astarloa..... 191
 Atanagildo..... 65
 Augusto. 43, 130,
 192, 203, 204, 205, 206
 Axular..... 161, 162
 Ayerbe..... 228
 Ayerra..... 228
 Aymon..... 71
 Aznar..... 73
 Azpilicueta. 171

B

Bagneux, conde de. 212
 Balmaseda..... 104
 Barandiarán..... 166
 Baroja, Pío. 75, 131, 216
 Baronius..... 162
 Barón de los Va-
 lles..... 98, 223
 Barrera..... 228
 Barrés, Alphon-
 se.... 36, 113, 185
 Basojaun. 137, 138, 135
 Bayona..... 228
 Bela..... 163
 Belisario..... 65
 Belsunce (Gaston
 y García Ar-
 naud).....
 27, 111, 131, 162
 Benito..... 188
 Bera..... 122
 Bermudo II..... 211
 Berraondo, Ra-
 món.... 15, 20,
 52, 120, 122,
 125, 144, 148, 158
 Bernard Ezy (Señor
 d' Albret). 11, 25, 26
 Bernard..... 198
 Bertrand.... 69
 Biclarense..... 65
 Bidaondo (v. Vi-
 daondo) 185, 187, 213
 Bladaste..... 67
 Blanca..... 166

(1) ¿Sería Alfonso Sánchez de Huelva? Estornés (Historia, 226) cita a Postlewit en este asunto.
 (2) La falta de este Cartulario en la colección de Harduino chocaba ya a Larramendi, Dic. Tril. Cap. V.

Blanco 104
 Blücher..... 219
 Boggis 69, 70
 Boricario (v. Arizmendi).
 Bowles..... 199
 Bushnell..... 167

C

Cabrera..... 188
 Calomarde 106
 Camacho..... 200
 Campión 65
 Camoens..... 167
 Capa vieja.. 101, 103
 Capitán guipuz-
 coano 189
 Capuchino.....
 82, 83, 84, 85, 86,
 88, 89, 90, 91, 92, 104
 Carisio..... 203, 204
 Carloman 71
 Carrillo 210
 Carlomagno
 .. 71, 72, 73, 173
 Carlos III..... 27
 Carlos V.. 10, 11,
 12, 31, 59, 82, 84,
 90, 98, 103, 104,
 106, 108, 184, 190,
 191, 202, 212, 221, 223
 Carlos V de Ale-
 mania 164
 Carnicer..... 90, 188
 Castillo, Diego
 Enríquez..... 80
 Cavanillas..... 106
 Cecilio.. 88
 Celaya 191
 Centulios..... 73
 Cervantes... 158, 167
 Clodio Civil 193
 Clotario 68
 Colá..... 199
 Colón, Cristó-
 bal... 125, 158, 212
 Conde, José 208
 Corocota 43
 Cooper, Feni-
 more 159, 171
 Coronel E..... 36
 Cosa, Juan de la 125, 158
 Coster..... 201

Cristina 11,
 12, 16, 40, 84,
 89, 90, 104, 105,
 106, 220, 223, 227
 Cromwell... 218, 219
 Cura de Saint E... 174, 175

CH

Chadoin..... 70
 Chaho.. 161, 166,
 172, 181, 187,
 192, 198, 224, 225
 Chapalangarra... 88, 108
 Charles Martel... 71
 Charpentier . 120, 122
 Chilperico.... 67, 69
 Chindasvinto 207

D

Dagoberto
 45, 68, 69, 70
 Daranatz..... 19
 Dasconaguerre... 141
 Dassance..... 98
 D' Aulnoy... 130, 198
 Derrazu..... 158
 Dembowsky..... 173
 D' Elbée 98
 Delmas.. 191
 Desbarreaux..... 97
 Diana 197
 Díaz del Río . 187, 214
 Diego (v. López
 de Haro)..... 211
 Diodoro 127
 Diesel 167
 Dion Casio
 43, 204, 205, 223
 Diputado de Bajos
 Pirineos 50
 Dominika.....
 40, 41, 44, 46
 Don Rodrigo. 70, 208
 Dumas 207
 Durville, Henri... 124
 Dueño del mulo.. 176
 Duvoisin 212
 Ducos..... 158

E

Ebroin 43
 Echaluze..... 228
 Echave, Balta-
 sar... 125, 129, 210
 Echeverría, Juan (cura).
 91, 184, 187, 214
 Echeberria, Martín
 Luis.... 91, 114, 214
 Echegaray, Boni-
 facio..... 65, 198
 Echegaray, Car-
 melo 167
 Eduardo III... 23, 24
 Egica..... 208
 Egiberto..... 72
 Eginardo 72
 Elcano..... 212
 Elío 103, 105,
 106, 107, 108, 186
 Elorriaga... 212
 Elizagaray..... 212
 Elliot..... 216
 Enriquez del Cas-
 tillo, Diego 80
 Emilio..... 203
 Enrique IV... 80, 164
 Eraso..... 88,
 107, 108, 108,
 185, 186, 214, 216
 Ericsonn 167
 Ercilla.....
 160, 166, 168, 169
 Ervigio..... 208
 Erro..... 159, 192
 Esain..... 228
 Espasa..... 111
 Escipión 193
 Espronceda (nieta
 de tafallés. Eus-
 kal Erria, T. 68,
 p. 25)..... 108
 Espoz y Mina. 102, 228
 Esquivel..... 166
 Estrabón. 125, 130, 148
 Etchauz 162
 Etcheverri-Sara.. 119
 Eudes 70, 71
 Eurico..... 194
 Eulogio 24
 Ezpeleta 228

F

Faget de Beure... 74
 Farinelli 198, 207
 Favila..... 210
 Fenelon 155
 Feijóo, P..... 212
 Felipe II..... 168, 169
 Fernando V..... 211
 Fernando VII. 98,
 105, 106, 107, 108, 227
 Ferreras.....
 204, 205, 208, 223
 Florian..... 166
 Florus 119
 Fouché Delbosc.. 198
 Francisco I. 74, 164, 212
 Fruela..... 210
 Furnio..... 203, 204
 Fulton..... 167

G

Gaiferos..... 71
 Galdós..... 202
 Gall..... 45
 Galileo 167
 Gaón..... 164
 García IV.. 112?, 211
 García de Paredes 160
 Garibay..... 164, 166
 Garcimiro 73
 Gastibelza..... 216
 Gavel, Henri.. 61, 177
 Gaztañaga..... 151
 Genial..... 68
 Gil Pérez 212
 Gisela ... 68, 69, 73
 Godofredo de
 Bouillon..... 173
 Goizueta, Wen-
 ceslao..... 75
 González, Gredia-
 ga, Dr..... 230
 González Moreno. 190
 Gordo (capitán). 105, 108
 Gregorio de Tours,
 San..... 65, 67
 Guerin de Mon-
 clave..... 71
 Guilisasti..... 149
 Guerra, Juan Car-
 los..... 104, 228

Guimón, Dr..... 230
 Gurrea.. 105
 Gundemaro 207

H

Hachero 20,
 21, 22, 30, 34,
 35, 36, 37, 38,
 39, 40, 56, 81, 82
 Harispe.. 54, 162, 220
 Haro, Luis de.... 64
 Hassan..... 102
 Hércules..... 168
 Henao 208, 210
 Herrera..... 210
 Herrero..... 139
 Henningsen.. 36,
 81, 83, 113, 185, 214
 Helvia..... 196
 Henri IV..... 136
 Hermenegildo.... 67
 Heros, Martín.... 201
 Homero..... 161, 168
 Horacio. 143, 155, 206
 Honesta 197
 Hotchkiss 167
 Huarte, Dr... 166, 167
 Hugo..... 216
 Hunaldo..... 71
 Humboldt, Gui-
 llermo.. 58, 129,
 149, 158, 162, 192, 196

I

Idacio..... 194
 Indart 98
 Inuxente..... 99, 100
 Iriarte, Ignacio... 167
 Iriarte, General. 104, 228
 Iriarte, Tomás (fa-
 bulista).... 166, 167
 Iribarren..... 228
 Isabel..... 11
 Ispizua 160
 Isidoro, San 129
 Isidoro de Bada-
 joz 208
 Iturralde. 93, 107, 109
 Ivon 71

J

Jacquard 167
 Jacob 157
 Jano..... 203
 Jáuregui (pastor). 40,
 56, 88, 100, 104,
 228, 105
 Jaurgain 74
 Jesucristo..... 161
 Jiménez de Rada.. 166
 José M.^a (volunta-
 rio) 171, 183
 José (el volunta-
 rio)..... 88, 89, 90
 Josué 227
 Jovellanos..... 149
 Julián..... 207
 Justiniano..... 65
 Juvenal..... 165
 Juan Vizcaíno.... 158
 Juan de Cantabria. 158

L

Las Casas... .. 159
 Labayru 80
 Laborde. 186, 196, 198
 Larramendi 166
 Larrea..... 166
 Laburdina. 41, 45,
 46, 47, 48, 51,
 52, 53, 55
 Ladrón (Santos).. 184
 Lambert..... 96 217
 La Tour d'Auverg-
 ne..... 54
 La Fontaine 166
 Lascoz 98
 Le Brun 227
 Leherenus 122
 Leovigildo. 65, 66,
 194, 207
 Le Roy... .. 139
 Lerminier..... 16
 Lezamiz 210
 Liberio 65
 Loma..... 104
 Lope de Aguirre..
 López 81
 López, Juan..... 198
 López Mendizábal 122
 Lorenzo 149

Lucano..... 146
 Lucas de Tuy. 208, 210
 Ludovico, Pío. 73 74
 Luis XI..... 164
 Luis XIV..... 64
 Lupos 70, 71, 73
 Luzaide..... 121
 Llorente..... 166, 192

M

Mahomet III..... 211
 Marot 162
 Maitagarri 121
 Malo 196
 Magua..... 171
 Mariana, P..... 208
 Marichalar .. 184,
 185, 214, 216
 Marco Antonio... 193
 Mariñesi..... 36
 Marmol, Luis.... 208
 Martín Luis (Eche-
 berría). 184, 185,
 187, 189
 Martel, Carlos.... 103
 Máximo 167
 Maytie..... 162
 Maroto... 184
 Mazarino, Carde-
 nal 64
 Mela, Pomponio. 130, 196
 Mendizábal 201
 Mendoza. 168, 169, 210
 Menéndez Pelayo. 140
 Merino, Cura ... 188
 Mendel 167
 Mezeray..... 130
 Metastasio..... 166
 Michico..... 98
 Mina.. 16, 40, 88,
 102, 103, 104, 105
 Mingo .. 214, 219, 220
 Mitarra 112 ?
 Mithra 159
 Mitchell 103
 Moguel..... 129
 Mongez..... 137
 Montfort..... 74
 Morales de los Ríos.. 217
 Morena 19, 33
 Morales 208
 Moriones..... 104

Moret... 166, 194,
 196, 208
 Mourlane Michele-
 na, Pedro. 74,
 79, 80
 Muncharaz, Peru-
 cho de..... 80
 Mussolini..... 203

N

Nabarre 166
 Napoleón. 50, 51,
 101, 104, 173, 220
 Narsés 65
 Navarrico. 77, 78,
 79, 80, 81, 82, 83
 Navarro (Conde),
 Pedro..... 80 212
 Navarro, Villoslada... 122
 Navascués..... 228
 Nodier 196
 Novia suletina.. 180, 183
 Novio suletino.. 180, 183

O

Obispo de Solsona .. 188
 Octavio 206
 Ochoa..... 70
 Odín 229
 O'Donnell, Carlos. 81, 216
 O'Doyle 84
 Oihenart. 102, 119,
 162, 163, 203,
 208, 209
 Olarbide,..... 199
 Olaguibel..... 199
 Olano, Juan Nar-
 ciso 230
 Olivier 72
 Oncken..... 193
 Oráa ... 104, 214,
 216, 228
 Ordoño..... 210, 211
 Orbe (Valdes-
 pina)..... 107
 Orosio.. 193, 204, 223
 Orthe, vizconde
 (Alzola, Rev.
 Euskal Erría,
 T. 29, p. 359)... 25

Ossian 217
 Ovidio 161

P

Palassou 122, 123
 Palencia, Alonso de.. 80
 P. Alzo..... 102
 P. Donosti..... 98
 P. Estella..... 55
 Pastor, ver Jáuregui..
 Paulo Emilio..... 193
 Pedro Navarro...
 Pelayo... 71, 112,
 155, 206, 210,
 211, 208
 Peralta.. 185, 187,
 214, 216
 Pérez, Gil 212
 Perkain..... 98
 Perucho de Mun-
 charaz..... 80
 Picot 133, 137
 Pierquin de Gem-
 bloux..... 196
 Pi y Margall..... 207
 Pineda, Juan..... 169
 Pipinos 71, 74
 Piralá... 173, 214, 230
 Platón..... 161
 Plinio... 125, 148,
 193, 206
 Plutarco..... 204, 223
 Pompeyo.... 129, 193
 Posidonio 130
 Poza 125
 Príncipe de Gales. 26,
 (Negro) ?
 Prudencio 166
 Puyane. 23, 24, 25,
 26, (Pierre o Pés)

Q

Quesada..... 222
 Quintiliano 166
 Quijote..... 158

R

Rada 166
 Radoin 70

Ramiro 211
 Ramond 133
 Raymond 127
 Recaredo 67 207
 Recesvinto 207
 Reclus 108
 Rechiario 194 209
 Reina... 113, 185,
 186, 226
 Remistain 70, 71
 Ribadeneira 201
 Risco, Padre 119
 Rodrigo de Toledo .. 208
 Rodil 83 105
 Rodrigo Jiménez
 de Rada... 166, 208
 Roldán 72, 173
 Ros de Olano... 228

S

Saavedra Fajar-
 do.... 212, 178, 186
 Saavedra.... 210, 158
 Sagastibelza, 93,
 104, 107, 108,
 109, 110, 111, 116
 Salaberry 55,
 177, 182
 Sanadon. 43, 158,
 163, 210
 San Agustín 161
 San Aldabaldo, 23 69
 San Amando. . . . 23
 Sancho VI 166
 Sancho de Azpei-
 tia 158
 Sánchez de Huel-
 va, Alfonso (3). 158
 Sancho VII el Fuer-
 te 114, 211
 Sancho III 18, 211
 Sanchol Garcés. 210,
 211, 212, 225
 San Emiliano 66
 San Fermín... 87, 197
 Sandoval 208

San León 22, 23
 San Ignacio 201
 San Saturnino. 87, 197
 Sta. Rictrudis. 23, 69
 Santiago el Mayor... 210
 Santos Ladrón... 88
 Sancho II Abarca. 155
 Sarasa.... 56, 86,
 87, 88, 93
 Sarsfield. 107, 108, 191
 Saroihandy 129
 Sesostris 161
 Sebastián de Sa-
 lamanca... 208, 210
 Semeno 73
 Semmelweis 167
 Séneca 129 196
 Sertorio 203
 Septimio, Severo. 142
 Servando 208
 Sescosse 74
 Simonena 167
 Silio 146
 Sisebuto 207
 Soldado asaltado. 38, 39
 Soldado del puente.. 35
 Solimán 173
 Sordo 116, 117
 Sponde 162
 Stein 207
 Spurzheim 45
 Strabon. 154, 198,
 125, 130, 148,
 204, 223
 Suintila 43, 207
 Suchet 220
 Suetonio 204

T

Tácito.. 128, 141, 193
 Tafel 43
 Taric 208
 Tasso 121
 Tejada 188
 Teodobaldo 68
 Teobaldo... 166

Teodoberto 68
 Teudis 65
 Tiberio 192, 206
 Torrijos 190
 Tournafort 133
 Tulga 207

U

Ugarte 210
 Ulibarri 228
 Urquijo, Julio.. 5,
 119, 151, 198, 161
 Urbina 228
 Urbieta 212
 Ursua 160

V

Vacani 111
 Vargas 190
 Valdés 216
 Valdespina (v. Or-
 be). 107, 108,
 183, 191, 193
 Valera Guevara.. 210
 Vallée, Jacques... 97
 Varrón 130
 Veyrin... 198
 Velleio Paterculo. 205
 Víctor Hugo.. 51, 216
 Vidaondo . 185, 187, 213
 Viejo de la montaña . 102
 Viejo leñador.... 178
 Viejo laburdino de
 Sara. 41, 42, 43,
 44, 45, 46, 47, 48,
 49, 50, 51, 52, 53,
 54, 55, 57, 58, 59
 60, 61, 62, 223
 Villabaso, Camilo 80
 Viriato 155, 203
 Vinson 52, 198
 Voltaire 148, 166

(3) Euskal Erría, T. 56, p. 366; Bernardo Aldretz, «Varias antigüedades de España, Africa y otras Provincias», 1614; P. José Acosta; el Inca Laso de la Vega. Humboldt (Los Vascos, p. 181) cita al P. Mariana (l. XXVI, c. 3), a Riccioli en su Geografía reformada (l. III, p. 90), una disertación extractada en Oct. 1804 en el «Moniteur» y a Garat en el «Mercure de France».

W

Waifaro 71
 Wamba..... 207
 Webster .. 23, 74, 201
 Wright..... 167
 Wordsworth 74

X

Xangarin.. 22, 30,
 33, 35, 36, 37, 38,
 39, 40, 41, 55, 56,
 57, 63, 64, 81, 82, 83

Y

Yepes 208

Z

Zabala, Angel .. 103, 209
 Zabala, Fernando
 Brigadier.. 107,
 108, 191
 Zabala, Juan... . 228
 Zamácola. 94, 140,
 198, 201
 Zaro 131
 Zarrabeitia 106

Zumalacarregui.. 10,
 11, 15, 19, 54, 59,
 63, 80, 81, 82, 84,
 85, 93, 100, 107,
 108, 109, 110,
 111, 112, 113,
 114, 155, 173,
 184, 185, 186,
 187, 210, 214,
 hasta el final.
 Zurita 208
 Zuaznabar... 158, 201

FIN

EPÍLOGO DEL EDITOR

Tan extraordinariamente rica en sugerencias se me antoja esta obra que me ha sido preciso un esfuerzo de la voluntad para no anticipar en este epílogo nada de lo que ha de constituir el nervio de la *Segunda parte* de esta obra, que se ha de titular «El nacionalismo vasco», trabajo enteramente original que espero ha de salir de las prensas el año próximo de 1934.

La dificultad radicaba en un *embarras de choix* por los numerosos asuntos que se me ofrecían para estas breves páginas. Creo poder superarla en algún grado hablando brevemente del autor, de las ediciones de esta obra, de la presente edición, de las colaboraciones que para mi trabajo he tenido, de algunas aclaraciones al texto y, por último, del nacionalismo de la obra.

EL AUTOR

Joseph Augustin Chaho nació en Tardets o Atarratze en vasco, en la provincia vasco-francesa de Zuberoa o Soule el día 10 de Octubre de 1811; en Galicia y Portugal existe mucha toponimia con el nombre de Chao, que significa llano.

Según su biógrafo Lambert (Etude sur Augustin Chaho), pasó parte de su niñez en Mauleon, en la casa que siglos atrás había sido de su pariente Oihenart. Saroihandy, en una carta suya a D. Julio de Urquijo, comunicaba haber descubierto un manuscrito de Chaho en el que se establecía que nuestro autor fué preceptor en una rica familia de Mauleon (Zuberoa).

Escribió a los 25 años la presente obra, que revela una gran lectura de autores vascos y de materias relacionadas con nuestro país. A pesar de que según su biógrafo Lambert, no comunicaba el sentimiento de lo posible a sus aspiraciones, llegó a contar con fanáticos suyos en Bayona y en todo el País Vasco Francés. Era un liberal original, pues substituyó la palabra *igualdad* del tríptico francés por la palabra *jerarquía*.

Hacia 1844 tuvo un duelo en Bayona, y cuatro años más tarde, en 1848,

a la caída de Luis Felipe, obtuvo 21.000 votos en la elección de diputado por los Bajos Pirineos para la Asamblea Nacional, sin conseguir el acta.

En 1849 hizo unas manifestaciones en favor de la unidad francesa, propugnando sólo para España el federalismo, y obtuvo 30.453 votos, perdiendo la elección por 127 votos. Precede en el federalismo a Martínez Villergas, y desde luego, a Pi y Margall. Sostuvo violentas polémicas periodísticas en sus *Ariels*, *Courriers* y *Republicain*, de Bayona, en las cuales llegó a denominarse socialista.

En 1852, tras el golpe de Estado que convirtió al presidente Napoleón en el emperador Napoleón III, fué desterrado a Vitoria, donde permaneció un año; el manuscrito titulado «Lettres d'un exilé», que poseía la familia Lespés, es muy posible que verse sobre esta estancia que pudiera resultar interesante, aunque quien lea sucesivamente sus escritos encontrará que el hombre se agotó rápidamente en «el infierno de la vida periodística provincial», que dice Lambert.

Citaremos entre sus obras:

«Paroles de un Biskaien aux liberaux de la reine Christine», 1834. París.

«Philosophie des revelations», 1835.

«La propagande russe a París», 1837.

«L'Espagnolette de Saint Leu», 1841.

«Agonie du parti révolutionnaire en France», 1838.

«Philosophie des religions comparées», Bayona, 1846.

«Introduction à l'histoire primitive des Euskariens Basques», Bayona, 1847.

«Safer et les houris espagnoles», 1854, dos tomos. (García IV el Trémulo de Navarra).

«Aztibegua», París, 1834.

«Biarritz entre les Pyrenées et l'Océan», 1855.

«Etudes grammaticales sur la langue euskarienne» con Th. Abbadie, 1836.

«Florilegio de canciones vascas», ms., Vinson (333, 657, 747 y 803).

«Euskera y religión». Tomo II, págs. VII y VIII del Vinson. 1846.

Carta sobre el sufijo *iz*. «Curiosités du Pays Basque». Daranatz. I, 112.

«De l'origine des Euscariens ou Basques». Vinson, 781, 798.

«De la unidad del pueblo euskariano a pesar de la diversidad de las denominaciones históricas». L'Ariel. Vinson (747). Noviembre de 1844. ¿Será de Chaho? Ariel era, según D. Vicente Arana, el genio tutelar de los vascos.

«Mistères de Madrid», novela no terminada.

«Paroles d'un voyant», respuesta a «Paroles d'un croyant» de Lamennais.

«Du genie de la langue latine», folleto aparte.

«Lelo ou la Navarre il y a 500 ans», escrito a los 21 años.

«Dictionnaire basque, français, espagnol et latin» (hasta Mantelina), 1856-58. Trae al principio su «Guerre des alphabets» o «Reglés de orthographe euskarienne», en la que cree que el sánscrito, griego y latín proceden de la mezcla del euskera con el elemento celto-escita en los diversos territorios.

«Les basques et Zumalacarreguy» en «La France Litteraire». París, T. XIX, 1835, págs. 298 a 341. Vinson (768).

Carta sobre la llegada de la princesa de Beyra a Navarra en Octubre de 1838. Vinson, 627. Según Vinson (779), usaba como seudónimos Barón de Rignon y le Philologue Cantabre. Yo creo, al ver el Vinson (747), que también sería él el C... del Ariel, pero ello necesita ulterior comprobación.

«Basque et sanscrit, lettre a M. Xavier Raymond». París, 1836. Vinson (217 y 761). De este autor Raymond habla también Vinson en las páginas 289, 596 y 802.

Para consultar sobre la obra de Vinson en general véanse en la magnífica Bibliographie de Vinson las siguientes páginas: 240, 288, 289, 295, 307, 309, 333, VII, 556, 585, 596, 627, 628, 657, 690, 747, 761, 768, 779, 780, 781, 786, 791, 798, 802, 803.

Chaho murió en Bayona el 23 de Octubre de 1858 y estaba enterrado a la izquierda de la entrada en su cementerio civil; un busto suyo, hecho por M. Roland, recordaba al luchador escritor.

LA OBRA

He empleado para mi trabajo, en primer lugar, la *primera* edición de la obra en la editorial de Arthus Bertrand, de París, del año 1836.

La *segunda* edición, mucho más asequible, es la francesa de 1865, que también he consultado a menudo; es de la editorial Lespés, en Bayona. El año 1836 se tradujo al *alemán* por Alvensleben, y de esta edición habla Vinson en su *Bibliographie*, en el párrafo 215 c. Farinelli, en sus «Divagaciones bibliográficas; viajes por España y Portugal» no cita estas dos últimas ediciones.

Es curiosa, por lo pobre y errónea, la reseña que Allendesalazar hace en su «Biblioteca del Bascófilo» de esta obra, en el número 2.020: «Entre otras noticias importantes contiene una reseña curiosa de la situación en aquella época de la familia bascongada y de los nombres especiales con que el pueblo eúskaro distingue sus diferentes dialectos».

Y, por último, había una traducción *castellana*, en la «Revista Internacional de Estudios Vascos», aunque incompleta, como hecha en el período de la Dictadura, por mi amigo y correligionario, el publicista donostiarra D. Ramón Berraondo. Como hecha para la divulgación, y no como edición crítica, fué escrita muy rápidamente, y de ahí los innúmeros cambios que yo he introducido. Respeto las notas de dicho traductor, que van firmadas con una B, y le agradezco muy sinceramente las facilidades que me ha dado para la utilización de su previo trabajo. Esta traducción de la *Riev* tampoco es citada en la obra bibliográfica de Farinelli.

La República permite el hacer ahora una edición completa; salvo unas páginas geológicas sobre el Pirineo (págs. 122 y 123) que de seguro interesarían a poquísima gente.

NUESTRO TRABAJO

Espero que esta obra proporcione una amena introducción a la cultura vasca en sus aspectos de mitología, historia, filología aunque arbitraria, costumbres, literatura, hecha por un escritor de Tardets muy inteligente y de brillante estilo, a los 25 años de edad. Dada la poca afición a la erudición en Euskaria trataré de que la obra sea un a modo de enlace bibliográfico y de orientación para quien desee ampliar notas que aquí se tocan muy concisamente. No lo hago pues por alarde de cultura sino por trabajar por el país que me ha visto nacer, de una manera más eficaz que con el grito estridente.

He subrayado, a mi entero arbitrio, numerosas palabras del texto para hacer resaltar los textos nacionalistas o para poner claridad en una descripción tan cargada de detalles, bastantes de los cuales solo he podido captar tras varias lecturas del texto.

En esta obra—por así decirlo documental y de emplazamiento—he tratado de ayudar al lector con la presentación de un mapa para seguir el itinerario del autor, tan sencillo, que no he creído necesario trazarlo en el dibujo.

He añadido un grabado de Zumalacarregui tomado de la biografía de Madrazo, con el antejo que le regaló lord Elliot y otro contenido en la primera edición de la obra que—según Vinson, en la página 596 de su utilísimo «Essai d'une bibliographie de la langue basque»—corresponde al mismísimo Chaho. Ambos retratos han sido reproducidos en el Huecograbado Arte de Bilbao, con una admirable justeza.

Son tantos los puntos concretos que esta desordenada obra contiene, que para hacerla de fácil consulta la he dotado al final de un índice de materias y otro de personas, auxilios de que hasta ahora carecía y que tanto han de acrecer su valor: en su formación me han ayudado muy eficazmente mis cuñados Elisabet, Lide y Javier Arostegui, a los que doy desde aquí mis más rendidas gracias.

También he dotado a la obra, en la parte superior de cada página, de la enunciación del asunto de que en la misma se trata, acompañado del número del capítulo a que la misma pertenece. La cronología, bien comprobada, del itinerario que doy al principio, también será útil para situar la obra en relación con otros libros, folletos y documentos que supongo tanto se han de manejar durante el *centenario carlista*, que comienza el próximo Octubre.

He colocado innúmeras notas mías sin firma para que la edición resulte un tanto crítica, y la simpatía por el personaje no me ha llevado a ocultar

sus lapsus. He traducido asimismo algunos versos para ser útil a lectores que se interesen por el euskera.

Quiero precaver contra etimologías absurdas como Gu-iz-on, Goiz-ueta, etc., aunque en otras teorías haya marcado su huella para la futura historia de la gramática vasca que propuse a la Sociedad de Estudios Vascos; coincidió casi en la época de viaje con el solitario y originalísimo Borrow, que entró en España el 6 de Enero de 1836.

He reducido a notas parte de los datos que extracté de la lectura de los 79 tomos de la revista *Euskal Erría*, que tantos vascos debieran hojear.

Las notas escritas al texto por el mismo Chaho, hasta Setiembre de 1835, como se ve hablando de Eraso, las he incorporado al texto, salvo alguna supérflua, para evitar confusiones acerca de la distinta paternidad de las notas.

A este «Viaje a Navarra» seguirá una segunda *zwanglose* parte que se titulará «El nacionalismo vasco» y en la misma se hará un detenido estudio de Chaho, su producción literaria, su significación, su persona, etc. En mi opinión fué Chaho la persona que con Astarloa y Humboldt más destacó en la vascolología de la primera mitad del siglo pasado, y fué el padre de la literatura vasca hasta que irrumpieron Campión, Unamuno y Baroja con distinto sello.

COLABORACIONES

Daré aquí las gracias a D. Julio de Urquijo, a quien dedico esta obra por ser él quien primeramente ha dado un carácter científico a la vascolología indígena que ha levantado de su estado de postración ante la vascolología extranjera, *nacionalizándola*, por así decirlo, y porque me ha ayudado con datos valiosos y con el préstamo de obras de su rica y selecta biblioteca vasca. A mi colega y amigo Vicente Laffitte, que me ha esclarecido en las bibliotecas de Burdeos varios datos bibliográficos franceses con una febril actividad. A Mr. Louis Dassance, de Ustaritz, que me ha proporcionado las fechas de nacimiento y muerte del pelotari Asantza (p. 98). A D. Ricardo Power, porque me proporcionó el dato de Saavedra Fajardo (p. 212).

A mi joven e inteligente amigo estudiante en Madrid, D. Antonio Odriozola, quien se ha dignado estudiarme la cuestión del saqueo de Sevilla visigótico por los vascones que no encuentra por parte alguna y que debe referirse a una invasión vascona en tiempo de Recesvinto (p. 208).

A mis queridos amigos y colegas Alvaro Arciniega y Juan de Dios Ugarte por haberme leído y corregido las pruebas de imprenta.

Porque sin su ayuda esta obra no hubiera podido aparecer tan completa, a D. Darío Areitio, director de la Biblioteca Provincial Vizcaína, así como al

oficial D. Angel Rodríguez y resto del personal a sus órdenes que se ha desvivido por ayudarme.

Asimismo a la Imprenta Moderna, que no me ha negado facilidad alguna para el completo logro de la edición que así puede servir —cuidando de su materia—, para la mayor perfección de la Historia Vasca, cuyo segundo loable ensayo por Estornés Lasa acaba de aparecer y cuyo tercer ensayo por D. Bonifacio Echeagaray, patrocinado por la Sociedad de Estudios Vascos —a cuya Directiva me honro en pertenecer— esperamos todos marque una época en la historiografía vasca.

A mis correligionarios José Arrúe, por la magnífica portada que me ha pintado para este libro, y a D. José Arriaga por haberme cedido los clichés de la bandera marítima vasca que aparece en el reverso final y que es la que yo veía de vez en cuando ondear en el Concejo de mi villa natal de Vergara.

En la portada aparece la de A. N. V., sin la svástica, que para mí significa la raza y la lengua, es decir, el nervio vasco. El fondo rojo es Navarra, o sea la historia vasca, la tradición; y la estrella de seis puntas, la unión a Navarra de los otros seis estados, porque yo me resisto a involucrar Benabarra en Navarra sin contar con la opinión, seguramente adversa, de sus moradores: la estrella es la soberanía y el verde la esperanza. La bandera marítima que va al final del libro, significa el comercio y la aventura.

En el texto cito a otras personas a quienes debo esclarecimientos en determinadas cuestiones.

ACLARACIONES A LA OBRA

A pesar de todas las notas que aparecen al pie del texto de Chaho, todavía hay bastantes conceptos que requieren una global explicación, lo que nos permite alguna vez el *Etude sur Augustin Chaho*, de Gustave Lambert, 1861, Libraire André, Bayona, basado en el examen de las restantes obras de Chaho.

En él vemos que el pueblo de los videntes (*Atlantes* de los griegos, *hijos del Sol* de Bailly) se localizaría en el centro de Asia y norte de Africa y que los vascos eran un residuo del mismo; su cultura sería anterior a las históricas que conocemos de Egipto y de Sumeria.

Nuestro autor distinguía cuatro clases de hombres: 1, videntes o sabios; 2, creyentes; 3, sofistas o escépticos, y 4, ateos o impíos. Los primeros ven o intuyen, los segundos siguen a la autoridad, los terceros dudan y los cuartos niegan.

Lambert trata de demostrar que Chaho no era ateo, relacionándolo acertadamente con iluminados como el sueco Swedenborg; Chaho se llama

Vidente y decía que los videntes son los hijos del *Sol* de la tradición indostánica, denominando a los vascos *Católicos-Videntes de Cantabria*.

De Jao, ser supremo, deriva Jao-piter y Jao-on-goikoa, como pudo añadir Jahvé; ve en Adama los conceptos de padre y madre, como el Doctor D. Vicente Aguirre de Eibar veía en Eva el final de *arriba*, y que interpreta como mujer del varón Campión, *Testimonios de la Lingüística*, página 389, cuando *eba* es para mí pariente.

En mi opinión, cuando habla de verbo en esta obra, se refiere a lenguaje, aunque lo identifica seis veces con Adán y sólo una vez lo usa en el sentido de Verbo eterno. Su calenturienta imaginación emplea también como sinónimos los conceptos de Cristo, el sol y el cordero.

Denomina gigantes a los bárbaros del Norte que, en la Prehistoria, casi aniquilaron a los Videntes.

En la página 31 se cita una locución con la que hay otras relacionadas, como vamos a mostrar: *saltar, correr como un vasco*, según D. Roque Barcia, en *Euskal Erría*, T. 12, p. 399; *iban al paso bascongado*, es decir, a la carrera, en la misma revista, T. 23, p. 414; *los vascos son los mejores andarines de Francia*, Humboldt, en «Cantábrica», traducida por Unamuno, p. 302. Al jugador de tennis Borotra le llamaban *basque bondissant* y *bounding basque*, respectivamente, en francés e inglés.

AITOR (ÍNDICE DE PERSONAS)

«Hidalgos, en vasco aitonen (aita onen) seme. Esa palabra ha variado, dialectal y eufónicamente, de aitoren, como eguraldi viene de egunaldi. Pero de ese aitoren se ha hecho el genitivo de un *pretendido* nombre de persona. Chaho cuenta la *leyenda puramente imaginativa* de Aitor, padre primitivo de todos los vascos» escribe Vinson, *Revue de Linguistique*, T. 15, p. 322, año 1882, 15 Julio.

Unamuno debió de tener este texto a la vista cuando escribía sobre ello en la *Revista de Vizcaya*, p. 268, el 16 de Febrero de 1886.

La *Guerre des Alphabets*, de Chaho, p. 35, dice: «Hemos ensayado el resumir con más o menos método y en forma más o menos feliz o poética, esta historia de las *ideas* del pueblo euskariano por las *palabras que las expresan*, en la Leyenda de Aitor (a). Como dialecto céltico (b) preferiríamos el latín al griego a causa de las bellas lenguas meridionales y de los patois románicos que del latín se derivan: el latín nos suministraría la Leyenda del rey Latinus, que publicaremos algún día, si esta forma de *investigación y de definiciones etimológicas* gusta a los filólogos. Está, pues, claro que

(a) Al final de la «Histoire Primitive» y en su «Philosophie des religions comparées».

(b) ?....

Aitor y Latinus no son aquí, para nosotros, otra cosa que la personificación poética de una raza de hombres, de una Nación». Véase la p. 51 y 161 de esta obra.

En otras obras llama a Aitor el Noé eskualdun.

Ha interesado a los vascólogos la procedencia de esa frase *aitoren seme*, y Azkue en su *Diccionario* se pregunta si se habrá originado de *aitonen seme* (frase de Silvain Pouvreau que editó sus obras hacia el 1660 y tantos) por vía de errata. Urquijo probó en la *Riev.*, T. III, p. 504, que la cita de Pouvreau se refiere a Oihenart, y Azkue, en la voz *aitorralaba*, cita a Oihenart, quizá de la pág. 217 de sus «*Proverbes Basques*», de 1847.

No he visto hasta ahora que nadie haya citado el pasaje de que pudo Pouvreau haber tomado esa cita; está en la pág. 54 de la edición de 1638 de la *Notitia Ultriusque Vasconiae* y en la 40 de la traducción castellana de la de 1656, por el P. Gorosterratzu, y no es errata porque aparece su explicación al añadir «como si dijera: *Aifjoren seme*», desapareciendo el apóstrofo en la segunda edición citada. Ahora bien, *jori* es «apreciado», por lo que yo lo traduciría por «hijo de padre apreciado».

«Posthumus. Aïta hillez guero sorthua. Baiña çu beçalaco *aitaren semea*, emaçurz içanagatic ere, ecin dateque gaizqui», leemos en el *Guero*, M. DC. XLIII, p. 4-5. Habla también en contra de que sea errata el hecho de que D. Julio de Urquijo lo haya encontrado en las ediciones segunda y tercera del *Guero*, en la p. 3, al decir, «*Ordenaco aitoren seme*», sustituyendo al *aitonen* de la primera.

Azkue cita también a D'Urte en su *Gram.*, del año 1712, p. 513, y Lhande trae *aitur* y *aitoneron*, éste de Hiribarren como *trisaïeul* constituyendo todo ello una cadena demasiado prolongada de coincidencias para ser achacable a una simple errata.

«Hijosdalgo a quienes llamaban Aitonen semeac, que quiere decir hijos de buenos padres», dice Baltasar de Echave en sus *Discursos de la antigüedad de la lengua Cántabra Bascongada* (México, 1607), en su capítulo 18, folio 70 al margen. Cita también este pasaje Lope de Isasti en su *Compendio Historial de Guipúzcoa*, p. 40.

Se emplea *aitun*, abuelo, en Etxarri Aranaz y en el valle de Larraun y en la Soule se dice también *aitunen seme*. El apellido foral consistía en dar la voz *aitaren seme*: p. 18 de «Defensa de los fueros de Vizcaya», 1837, Juan José Zarrabeitia, Imp. Delmas, según lo ha mostrado D. Fernando de la Quadra Salcedo. La llamada se hacía padre por hijo, según cita en su *Viaje* L. Lande, pág. 232, *Riev.*

Emplean esa frase Sallaberry para hijos de nobles cuando dice «Aitunen onic, Aitonen semeac» y Vinson al citar una traducción del Quijote al euskera.

MAD. D'AULNOY

Pág. 218. «Relación que hizo de su Viaje por España. La señora condesa d'Aulnoy en 1679»; trad. castellana en Madrid, 1891. Editor, Juan Jiménez, librero.

Taine hizo un gran elogio de esa obra. Fouché-Delbosc opinaba que no se había efectuado sino que era una compilación de otros varios. Farinelli (II, 132) cree en la autenticidad del viaje.

En su parte vasca se relatan circunstancias algo extrañas, que reunidas me hacen suponer que la autora jamás atravesó Vasconia. Paso a hacerlas notar.

Yo no puedo creer que las damas bayonesas llevaban un cerdito bajo el brazo, como cuenta la autora: ¡como no se refieran a los de Indias o cobayos! El puerto de San Juan de Luz lo sitúa entre *dos grandes montañas*. Vió luego el castilo de *Artois* (que será el de *Urtubia*) y algo más adelante *Orognes* (Urruña).

«Pensaba yo hacer noche en Irún» —y luego dice— «ya entrada la noche solamente llegaremos a las orillas del Bidasoa». ¿Mala *traducción* quizá?

En el paso de Behobia ve a la derecha la isla de la Conferencia y *poco después* la fortificación de Fuenterrabía que se ve antes, yendo de Urruña a Behobia «al atravesar las *montañas* de Behobia» como ella dice.

Dice que el euskera es pobre hasta el punto de significar una palabra multitud de cosas distintas. Ese criterio resulta fallido en el inglés con el Diccionario Murray de Oxford, que contiene 416.000 vocablos distintos. Atravesamos el caserío de *Tran*, que he leído en algún otro viajero está entre Fuenterrabía e Irún, y no entre Behobia e Irún, como dice Madame d'Aulnoy.

Al alto entre Irún y el valle de Oyarzun llama montaña alta y encrespada y cumbre de los Pirineos, y a llegar a Rentería dice que habían atravesado *muchas* montañas.

Al río Oyarzun llama Hendaya. Desde la bahía de Pasajes, dice ver las galeras de España, surcando el mar a corta distancia de la costa.

Añade que Fuenterrabía es la población más cercana de Pasajes. También al Urumea llama Hendaya. Las damas donostiarras la proponen una expedición al monasterio de religiosas edificado en lo más alto de la costa; dicenla que la vista desde allí no encuentra límites, descubriendo en un vasto panorama el mar, los buques, las ciudades, los bosques y los campos; alaban mucho la voz, la hermosura y el atractivo de las monjas. Creo que será una fantasía.

Otros viajeros —como ella— han visto pinos por San Adrián. Desde allí «en todo el espacio que abarca la vista sólo se ven *desiertos* cruzados por

arroyos». ¡Es muy sospechoso el que no vea pueblecitos alabeses! Dice que las dos aberturas del túnel se cierran con dos grandes puertas.

En el descenso hacia Alaba el camino va paralelo al río Urrola (?). En Galarreta hay aduaneros como en Behobia. Llama Quebaro a Guevara.

Entre Vitoria y Miranda dice que subieron por empinados montes. Se detuvieron en un pueblo, quizá se refiera a La Puebla de Arganzón, donde se revisan los pasaportes y se pagó el impuesto real; ahí cuenta una fantasía del castillo de Niños. Habla de nuevo del río Urola, por Zadorra.

En Miranda ve un castillo sobre una cima elevada.

PUEBLOS GUIPUZCOANOS EN TOLEDO

Pág. 212. Chaho toma frecuentes préstamos históricos de Sanadon. Sanadon, (1785) p. 156, escribe: «De lá vient que dans le Royaume de Toléde, quelques peuplades, entr' autres celles de Valverde et Alcontas, parloint encore du temps de Pérez, Auteur du seizieme siècle (Lettres de Pérez) la langue Basque des Guipuzcoans».

Consulté en esta oscura cuestión a una autoridad española y he aquí su respuesta:

«Mi distinguido amigo: He buscado algo acerca de Gil Pérez, que Vd. me consulta y no sé de más Gil Pérez que un traductor del moro Rasis que vivió probablemente en Toledo en el siglo xiv. No puede ser el citado y tampoco sé qué pueblo puede ser *Alcontras*, del que no aparece vestigio en la provincia de Toledo.

Suyo atento amigo q. l. e. l. m.

MENÉNDEZ PIDAL.»

Don Diego Clemencín, en el tomo 7 de los Recuerdos de la Real Academia de la Historia dice que según el mismo libro de Rasis el rey D. Dionis de Portugal († 1325) fué quien mandó traducirlo del árabe, valiéndose para ello del Maestre Mahomad y del clérigo Gil Pérez. El primero explicaba del original y el segundo, lo ordenaba en romance. La crónica árabe se escribía después de 1050 y antes de 1065.

Gil Pérez autor de cartas es citado por Farinelli en «Viajes por España y Portugal», II. p. 343, creyendo sea una ficción de Pietro Borsieri, escritor italiano en 1819. Pero el libro de Sanadon es anterior.

Antonio Pérez escribió muchas cartas, entre otras a Gil de Mesa y quizás provenga de ahí la confusión, aunque al hojearlas nada he visto de esa materia.

COMBATE DE EZCURRA

Pág. 216. El día 5 de Abril estaban un batallón carlista en Labayen, otro en Erasun, otro en Leiza y los armeros en Ezcurra, si seguimos a Pirala. De Ezcurra salieron por la tarde tres batallones al valle de Larraun; Zumalacarregui estaba hacia Maestu en Alava.

El día 6 quería Oráa salir de Santesteban a Labayen, Ezcurra, Saldías y Zubieta y Jáuregui a Goizueta, movimientos que hubo que aplazar a causa de la lluvia. Este día llegó Zumalacarregui a Lecumberri con dos batallones.

El día 7 salió la primera brigada liberal por Oiz y Urroz hacia Labayen a cuyo frente debía llegar a las cinco de la mañana, destacando dos batallones a la izquierda para que no se retiraran los carlistas de Ellue a Basaburua mayor y Larraun. La segunda brigada liberal debía salir a la una y media por el alto de Topilloberro y Ameztia, ocupando un batallón la borda de Azcarate a la derecha de Labayen y los dos restantes con Barrena el portillo de Saldías para evitar que los carlistas de este puesto y los de Erasun socorrieran a los de Labayen cortando la retirada a los carlistas, juntándose con los dos batallones liberales de Ellue.

Barrena debía ocupar Erasun pero llegó tarde y murió de una apoplejía que le produjo dicho pesar. Mientras Oráa tenía divididas sus fuerzas en dos batallones en Saldías y uno y medio en Erasun, los carlistas se escaparon por el portillo de Saldías. Oráa pasó a Ezcurra con los otros tres batallones carlistas. A la derecha de los liberales se luchó en el monte Usategieta.

Oráa tuvo que retirarse a la altura de la tejería de Erasun y la izquierda de Ezcurra fué cubierta por el liberal Cruz Alvarez pero este murió.

A Zumalacarregui alcanzaron en Lecumberri este día 7 los otros cuatro batallones que le seguían y fué por el camino de Beruete con los seis batallones en total a la cresta de la montaña de Erasun, pero Oráa fué de Erasun a Saldías donde llegó cuando Zumalacarregui entraba en Erasun.

Oráa se retiró por Ituren a Santesteban.

El día 8 Oráa estaba en Elizondo. El 9 fué a Echalar a ver a Jauregui.

El 10 Sagastibelza atacó Santesteban, pero a la noche se retiró a Urroz.

NACIONALISMO DE CHAHO

Mucha gente, cuando he escrito que Chaho fué nacionalista en 1836, no ha querido creerme, creyendo que yo trato con eso de regatear méritos a Sabino Arana, fundador del Partido Nacionalista Vasco. Creen que una nacionalidad se descubre como el gramófono o el teléfono y les parece poca labor la de haber organizado un movimiento eficaz cual ningún otro para caminar en la dirección de las reivindicaciones raciales.

Los inventores o descubridores no son quienes queremos que lo sean sino quienes presenten prioridad cronológica. Es una cuestión de hechos y quien no los comprenda no tiene percepción histórica.

El primer día aparecerá quizá algún vasco que formuló con claridad el principio nacionalista vasco anteriormente a Chaho y se le cederá ese mérito sin ninguna dificultad, al menos por mi parte. Aunque claro es que como dice Bernard Shaw en su prólogo a «Santa Juana», eso no es una cosa medieval y va unida al romanticismo del pasado siglo con Mazzini y demás.

Antes que en la presente obra se manifestó en sus «Paroles d'un Biskaien aux liberaux de la reine Christine» de 1834 que no conozco en el original aunque se transcriben párrafos suyos en un folleto respuesta de don B. Foz, editado en Barcelona el año siguiente y que da idea de aquél al sostener respuestas como aquella de «y no españoles puesto que no queréis serlo» y aquella otra de «Y sobre todo, sino queréis ser españoles ¿cómo a D. Carlos le llamáis rey de España?»

Ese folleto de Chaho contiene muchas ideas que se desarrollan en la presente obra y ofrece la particularidad—hablando de las juras de Alfonso XI—de situar en Guipúzcoa a la ermita de Guerequiz de Morga.

Foz ignora, al parecer, que Chaho fuera suletino, porque supone en la pág. 33 que Chaho no sabría pronunciar la palabra *Jaon*, diciendo además que ningún navarro sabrá lo que la misma significa. Como otros encinófilos, convierte Foz en encina al roble de Guernica.

Respecto al «Viaje a Navarra» editado en 1836, diremos que en él se formula con toda claridad el principio nacionalista vasco, veintinueve años antes del nacimiento de Sabino Arana en 1865 y 46 años antes que el que concibieran los hermanos Arana en 1882 en su jardín de Abando.

Olvidando el gran papel del clero en la cultura vasca, el nacionalismo de Chaho era anticlerical como se ve en algunos ataques que nosotros conservamos a título documental, así como sus diatribas anticastellanas que casi es excusado decir que no coinciden con nuestra manera de enfocar estos dos problemas.

En la «Lettre a M. Xavier Raymond», de 1836, escribe: «... V. pregunta si sería moral y justo de parte de navarros y vascos el aislarse como intentan hacer (sic), proclamando su independencia política». «Y si, al contrario, la fusión de las razas humanas y la futura pacificación del universo social no son un sueño engañoso, esa maravillosa regeneración tendrá lugar a la sombra de la bandera federal» (p. 35).

Con todo esto, abandonamos ya el libro a su suerte, y quiera ésta que las ilusiones que sobre aquél nos hemos formado sean paralelas a la acogida del público amable.

Justo Garate.

Bilbao, 10 de Abril de 1933.

Alameda de Recalde, 74

Le envoie un Addendum

AL LECTOR

Citaré algunas erratas importantes:

<u>PÁGINA</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
17, nota 9	1889	1789
18, línea 31	cintura	faja
102, nota 13	1912	1812
202, nota	de la Torre	en la Torre
212, nota 17	la llama	le llama

Ha sido al final cuando he decidido qué materia iba a asignar al «Epílogo del editor» prefiriendo reservar para el segundo tomo aquello original y perfectamente separable de la obra de Chaho. Por eso, las citas que en las notas a Chaho hago referentes al *segundo tomo* o *parte*, inclusive la de la pág. 245, se encuentran todas en dicho *Epílogo*, pues me ha parecido mejor que el hacer esperar a la aparición de mi libro original para la explicación de dichas notas.

Tan solo hay una excepción para ello y trataré de obviarla aquí; es la nota a Ifaztorgui en la pág. 126 de la que habla Echave en la pág. 34 r. de su interesante obra en esta forma: «Más abajo de Andújar y en la misma ribera estuvo Ipastorgui, a quien llamé Ubaztergo, que quiere decir el que está a la orilla del agua». ¡Así se puede probar algo más que el vasco-iberismo!

Como digo en la pág. 246, esperaba insertar al final del libro la bandera del Consulado de Bilbao, pero por no esperar más tiempo y teniendo listos los clichés de una bandera que nos atribuyen los ingleses, he decidido que sea ésta la que aparezca.

J. G.

4 de Mayo de 1933.

AL LECTOR

Este libro es el resultado de un trabajo que he realizado durante muchos años en el campo de la historia de la literatura española. He querido que este libro sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra completa y que cubra todo el terreno que me interesa. He procurado que sea una obra clara y sencilla, pero sin perder de vista la exactitud y la profundidad de los datos que he recogido. He procurado que sea una obra que sea útil para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema.

En este libro he tratado de dar una idea general de la historia de la literatura española. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema.

En este libro he tratado de dar una idea general de la historia de la literatura española. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema.

En este libro he tratado de dar una idea general de la historia de la literatura española. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema. He procurado que sea una obra que sea una obra de consulta para todos los que se interesan por el tema.



